



EUGENE
BURDICK
Y
HARVEY
WHEELER

FAIL SAFE

(Límite de seguridad)

Lectulandia



Por un error militar, un cazabombardero nuclear americano recibe la orden de destruir Moscú. Los jefes militares y políticos de los dos países tratan de evitar la catástrofe.

Nos hallamos ante una novela-reportaje apasionante, cuya lectura no puede dejarse después de empezada ni olvidarse después. Los caracteres que describe son dignos de ser recordados y los detalles técnicos plenamente convincentes. A la habilidad narrativa de los autores se une su profunda convicción en el tema expuesto.

Desde las primeras páginas, en las que describen una calma decepcionante, hasta las últimas llenas de angustia, dan al lector una visión clara del modo en que, de pronto, puede acaecernos el mayor desastre a todos, amigos, enemigos y aliados por igual, y esto podría suceder mañana, el mes que viene o el año próximo... Un dilema que ya no dejará de atormentarnos todos los días de nuestra vida, narrado con la maestría llena de suspense y la tremenda habilidad de dos autores excepcionales. El enorme interés de esta apasionante novela ha llevado a un crítico norteamericano a sugerir que debiera hacerse una edición rusa.

Un relato de indescriptible fuerza que ha sido llevado a la pantalla en una emocionante película protagonizada por Henry Fonda y dirigida por Sidney Lumet.

Eugene Burdick & Harvey Wheeler

Fail Safe

Límite de seguridad

ePub r1.0
Titivillus 13.11.2019

Título original: *Fail-Safe*
Eugene Burdick & Harvey Wheeler, 1962
Traducción: Montserrat Abelló
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Carol y Peggy

PREFACIO

Los personajes de esta novela son contemporáneos nuestros y se enfrentan con un problema que ya tenemos encima. Un problema discutido diariamente en Washington, Moscú, Londres y en todas partes por los jefes de estado, diplomáticos y expertos militares. Los hombres de buena y mala fe se han angustiado años y años pensando en él sin encontrarle solución.

A pesar de que la ciencia y la técnica han estado unidas al sistema de defensa americano en una forma casi milagrosa, a la mayoría les ha pasado inadvertido incluso ese aspecto del problema que ha sido glosado y discutido ampliamente en los periódicos y libros técnicos. Así nos encontramos con la paradoja de que este relato novelado de dicha faceta del problema pueda ser considerada por los lectores legos en la materia como una de tantas novelas de ficción científica y como algo ya pasado a la historia por los expertos.

Los autores no han tenido acceso a los archivos propiamente dichos, pero se han permitido tomar algunas libertades con la información disponible. Ésta se ha reducido generalmente a atribuir mayor eficacia y potencia a determinadas armas y sistemas de control, dotando a este sistema perfeccionado de nombres modificados o ficticios, pues se supone que los hechos narrados en esta historia ocurren en el año 1967.

Este libro no pretende ser un libro de divulgación. Tampoco pretende señalar ningún fallo específico en nuestro sistema de defensa, pero quizá lo que se pretende sea más grave que esto, pues hay casi unanimidad entre los expertos de que va aumentando la posibilidad de una guerra por accidente a medida que se incrementa la complejidad de los componentes hombre-máquina que constituyen nuestros sistemas de defensa. Casi se puede decir que no pasa una semana sin que las personas entendidas, conscientes de su deber de mantener informada a la opinión pública, nos señalen un nuevo peligro en este sentido. Además, se ha recibido información con demasiada frecuencia de pasadas crisis en que el mundo se ha tambaleado al borde de la

guerra termonuclear, mientras los altos mandos del S. A. C. deliberaban sobre la verdadera naturaleza de objetos voladores no identificados que han aparecido sobre sus pantallas de radar.

Así el elemento de esta novela que parece menos real —el tema central de la misma y su solución— es de hecho su parte más real. Teniendo en cuenta que los hombres y las máquinas son lo que son, este libro encierra, por desgracia, una historia «real». Quizás el accidente no ocurra en la forma descrita, pero las leyes de probabilidad nos aseguran que acabará ocurriendo, y la lógica política parece indicar que cuando esto suceda no tendremos otra salida que optar por el desastre que estimemos menor.

EUGENE BURDICK

HARVEY WHEELER

1

EL TRADUCTOR

Peter Buck caminó hacia la entrada de Pennsylvania de la Casa Blanca. Era uno de esos días decepcionantes de principios de primavera, duros y cristalinos. El obelisco del monumento a Washington aparecía blanco y brillante. Los turistas no sólo caminaban aprisa, sino que pasaban corriendo frente a la Casa Blanca. Los coches oficiales circulaban con todas las ventanillas cerradas y los pasajeros del asiento de atrás, ocupados en hojear sus papeles, llevaban bien subido el cuello del gabán. El aire era maravillosamente puro y lleno de sol, pero hacía frío.

Buck había sentido a menudo el deseo de perderse entre la muchedumbre, de caminar a la deriva hacia el muelle, de vagabundear por el Smithsonian, incluso de visitar el Capitolio y sentarse en la galería del Senado, de visitar la Corte Suprema el lunes, cuando se leían las sentencias, de volver a recuperar aquella inocencia que tenía cuando años atrás había venido a Washington por primera vez. Un pequeño y sordo dolor le demostraba a Buck que era víctima de una vieja enfermedad: lo que él veía de la ciudad era mucho menos que lo que veía el turista. Pero hoy se alegraba de llegar frente al centinela de la Casa Blanca y hubiera querido encontrarse ya dentro de su bien abrigada oficina.

Bote estaba de guardia en su garita de madera. *Bote* era un hombre que parecía delgado como un alambre, pero aquellos dieciséis años de guardia frente a la Casa Blanca habían desarrollado su vientre, ahora redondo y duro. Nunca hacía ejercicio pero, por alguna extraña ley fisiológica, seguía teniendo la cara y los brazos muy delgados. A través de la ventanilla de su puesto de centinela daba la impresión de ser una persona muy frágil, tanto que parecía

desnutrida. Pero en cuanto salía de la garita era otra cosa; parecía exactamente que se hubiese tragado una vieja bala de cañón.

Buck no sabía en realidad cómo se llamaba. Ello formaba parte de la rutina de la Casa Blanca: los guardias tenían la *obligación* de saber los nombres de todos los que la frecuentaban, pero los otros empleados rara vez sabían cómo se llamaban los guardias. El *Flaco*, *Bote*, el *Indiano*, *Cara Marcada*, *Jefe*, *Gruñón* y *Esfinge*, eran algunos de los nombres con que el personal civil de la casa distinguía a esos hombres. Buck no había oído nunca llamar a los guardias por su verdadero nombre.

Bote salió de la garita y saludó a Buck. Sus ojos echaron un vistazo a la gruesa cartera de cuero de Buck y gruñó sonriente:

—¿De queso y jamón?

—Equivocado —contestó Buck. Abrió su cartera. Contenía dos manzanas, un envase de cartón con yogourt y un muslo de pollo envuelto en papel parafinado.

—Paga la apuesta.

Bote buscó en su bolsillo y sacó una moneda de níquel que echó en la mano de Buck.

—O. K., hoy pierdo —dijo *Bote*—. ¿Sabe a cuánto estamos ahora, Mr. Buck? Hemos hecho 932 apuestas y yo he ganado 501 y usted sólo 431. ¿Sabe lo que significa esto?

—¿Quién sabe? —dijo Buck.

Sonrió de nuevo y siguió su marcha, pero las preguntas de *Bote* le irritaban. Hacía ya más de tres años que continuaba aquellas pequeñas apuestas con *Bote*. *Bote* era muy astuto y se daba cuenta en seguida cuando Buck, al comprobar que empezaba a subir de peso, reducía el almuerzo que traía a la Casa Blanca. Tiempo atrás habían establecido, en plan de broma, distintas categorías de comidas y *Bote* trataba de adivinar lo que Buck llevaba en su fiambreira. Con el tiempo, ello se convirtió en una apuesta en serio y, finalmente, constituyó una parte de su rutina diaria. Hoy *Bote* había perdido su apuesta por primera vez en toda una semana. Buck se había vuelto muy ingenioso en la preparación de sus almuerzos, esforzándose en engañar a *Bote*. Pedía a su esposa, Sarah, que buscara salchichas de sabores poco corrientes, huevos rellenos de lechuga y, a veces, emparedados de caviar. Una vez, para jugarle una broma, incluso había ido a una de las charcuterías más caras de Washington y había comprado una lata de carne de canguro, pero al sacar el bocadillo y ver la expresión de la cara de *Bote* se dio cuenta de que

había rebasado las reglas del juego. *Bote* pagó la apuesta pero su mirada era glacial.

Buck entró en el ala este del edificio, saludó con una inclinación de cabeza al *Indio*, y luego se dirigió hacia la izquierda, entrando en su pequeña oficina.

Abrió su cartera, depositó rápidamente su almuerzo en el último cajón de la izquierda de su escritorio, sacó un ejemplar del *Washington Post* y lo puso encima de la mesa. Cerró la cartera y la colocó en un rincón detrás de la percha de los abrigos. Luego se sentó ante el escritorio. Exactamente en medio de éste, en el lugar donde los había dejado media hora antes el conserje, había, como de costumbre, un ejemplar recién llegado de los diarios *Pravda* e *Izvestia*, además de una revista literaria mensual también rusa.

Buck empezó a leer los periódicos rusos. Leía a una velocidad increíble. Mientras leía, repitiendo esta tarea diaria que ya había hecho cientos de veces, se daba cuenta que le invadía una agradable sensación de orgullo. Sabía muy bien en su fuero interno que se contaba entre los tres mejores traductores de ruso de los Estados Unidos. Quizás el acento de Ruskind y Berkely fuera un poco mejor que el suyo, pero eso era todo. Buck estaba seguro de ser mucho mejor que Watkins, que trabajaba en el Pentágono. Después de ellos tres había una distancia enorme hasta llegar al cuarto de los mejores expertos en lengua rusa de origen norteamericano; éste seguramente era Haven, en Columbia.

Buck recordó, no sin cierta malicia, que en la última reunión de la Asociación de Lenguas Eslavas, Haven había equivocado el significado de la palabra «pope» dos veces en el mismo trabajo. Sólo Ruskind, Watkins y Buck se dieron cuenta del error. Se habían mirado entre sí y habían sonreído moviendo levemente la cabeza. Nadie más se dio cuenta.

Buck se había convertido en un experto en lengua rusa por casualidad. Allá por los años 1950, cuando sólo tenía veintidós años, lo habían llamado a filas en el momento que empezó la guerra de Corea. Seguía en aquel tiempo los primeros cursos en una escuela superior, pero no sentía ningún interés especial por los idiomas. En realidad pensaba seguir los estudios de ingeniero. Pero al pasar su examen de aptitudes para el Ejército, obtuvo una puntuación muy alta en el coeficiente de capacidad para los idiomas, y casi sin saber cómo se encontró en la Escuela de Idiomas del Ejército, en Monterrey.

Lo que siguió después asombró al mismo Buck. Al finalizar la primera semana de enseñanza se encontraba por lo menos dos meses más adelantado que sus compañeros de clase. El profesor, un emigrante ruso oriundo de

Kazakstan, estaba pasmado, pues Buck no sólo aprendió el alfabeto ruso, su sintaxis y sus peculiaridades gramaticales muy aprisa, sino que, casi instantáneamente, pudo contestar en cualquier dialecto en que se le hablara. Al cabo de dos semanas se convirtió en una especie de fenómeno. Los profesores rusos del Colegio de Idiomas se encerraban con él en una habitación y empezaban a hablarle en ruso. Les contestaba sin titubear empleando el mismo acento de la persona que le hablaba. Si el profesor ruso era oriundo de Georgia, Buck le contestaba con el acento peculiar de Georgia, si era de Leningrado, daba a su pronunciación la suave inflexión propia de esa región. Los profesores le examinaban atentamente, sonriendo a veces cuando lograba reproducir un acento difícil. Al cabo de tres semanas, lo excluyeron de clase porque su presencia desmoralizaba a los demás.

Desde entonces vivió una doble existencia en el colegio. Pasaba la mitad del día siguiendo un curso acelerado de ruso en el cual se le enseñaban toda clase de materias, desde literatura rusa antigua, escrita en lenguaje arcaico, hasta trabajos rusos científicos contemporáneos. Durante la otra mitad era examinado por un grupo de psicólogos que trataban de averiguar por qué razón aprendía el ruso con tan asombrosa facilidad. Le hicieron una interminable serie de tests sobre su personalidad, y su capacidad intelectual y física. Los resultados eran mediocres. Tenía el coeficiente de inteligencia que suele tener cualquier estudiante del montón, alrededor de 122. Éste subía un poco en las pruebas que medían su capacidad verbal, pero ni tan sólo indicaban que sus reflejos y retención visual fuesen extraordinarios. Su capacidad auditiva incluso era subnormal. Su discriminación de tonos, frecuencia e intensidad de los mismos era fenomenal, pero no tenía ninguna correlación con las otras pruebas. Los psicólogos no sólo estaban desconcertados, sino que empezaron a abrigar sospechas; sopesaban incluso la posibilidad de que Buck estuviese escondiendo algo. A un psicólogo se le ocurrió la teoría de que quizá Buck había estado en contacto constante cuando era muy pequeño con alguien que hablaba ruso y, para sostener su teoría, incluso escribió un folleto con el título «Estudio de un caso de efectos retroactivos de impresiones de lenguaje». El hecho de que fuera completamente imposible encontrar a nadie en la historia de Buck que hubiese hablado el ruso, le dejó completamente impasible.

Al cabo de algún tiempo, los mismos psicólogos, al darse cuenta de la indiferencia de Buck, empezaron a hablar delante de él del resultado de sus pruebas. Así supo exactamente cómo interpretaban las manchas de tinta que hacía por el sistema Rorschach, el resultado de su MMPI^[1] y su coeficiente

de inteligencia basado en ocho pruebas distintas, el resultado inequívoco de su Examen Vocacional, su índice neurótico y su tolerancia de la ambigüedad. Todos indicaban un término medio aplastante.

Buck sonreía indulgentemente a los psicólogos. Se daba perfecta cuenta que su inteligencia no pasaba de lo corriente; tampoco se explicaba aquella facilidad extraordinaria para los idiomas. Pero no le preocupaba en lo más mínimo.

Al finalizar el año, Buck podía hablar el ruso y sus dialectos tan bien como cualquiera de los profesores del colegio.

Primero fue destinado a una sección del Pentágono en la cual se traducían los documentos militares rusos más importantes. Estos documentos provenían a veces de espías americanos que los habían conseguido personalmente o los habían comprado en los hormigueros de espías existentes en Hong-Kong, Berlín y Tángier. A veces sólo se trataba de largos artículos recortados de diarios militares rusos.

Buck desempeñaba su trabajo en el Pentágono en forma rápida y eficiente. Incluso los más expertos estaban asustados de la rapidez con que podía traducir las frases más difíciles.

«El sargento Buck es realmente un fenómeno en su especialidad», escribía su jefe refiriéndose a su trabajo. «No sólo posee un conocimiento inmejorable de la lengua rusa sino que cuando debe traducir una de esas nuevas frases de uso corriente que tanto abundan en ruso, su interpretación de las mismas es siempre correcta». Después de varios párrafos de la carta dedicados a alabar su capacidad, terminaba recomendándolo para recibir la enseñanza de oficial en términos más bien hostiles.

«Esta persona debiera ser enviada a la Escuela de Oficiales, porque su conocimiento extraordinario de dicho idioma pone en situación algo difícil a sus superiores, que deben tratarle como un vulgar soldado».

Buck se daba cuenta de que no era muy bien mirado por los otros miembros de dicha sección y sabía muy bien el porqué. Todos los demás sentían un vivo interés no sólo por el idioma ruso sino por la política rusa, su personalidad, su potencia militar, sus condiciones económicas e incluso las pequeñas habladurías de los rusos. En cambio, Buck ni siquiera trataba de ocultar que todo lo que se refería a Rusia le aburría soberanamente. Sentía muchísimo más interés por su «MG», un pequeño auto rojo de segunda mano que consiguió funcionara a la perfección; por una muchacha de acento meloso de Georgia, llamada Sarah, y por el «jazz» frío.

Había días en que todos los miembros de la sección estaban sumidos en un paroxismo emotivo porque algún miembro del Presidium o Consejo Soviético había sido privado de su cargo. Pasaban horas haciendo conjeturas sobre el significado que ello podía tener. Cuando le preguntaban a Buck su opinión, se contentaba con menear la cabeza diciendo: «Sin comentarios». No lo decía molesto; sencillamente, no le interesaba. En la sección se habló del resurgimiento y caída de los burócratas rusos, se especuló sobre su producción agrícola, discutieron violentamente sobre si Stalin había sido un buen marxista o sólo un oportunista. Esta indiferencia de Buck, empezó por desconcertarles un poco y luego se les hizo insoportable. Fuera de eso, la perfección con que traducía y el hecho de que fuese el único que no necesitaba el diccionario, contribuyó a disminuir sus simpatías.

Al cabo de un año de servicio en el Pentágono, Buck fue enviado a la Escuela de Oficiales. Salió con el grado de teniente segundo y la orden de incorporarse a una división de infantería que se hallaba en Alemania. Vendió su vehículo rojo con pena pero abandonó su puesto en el Pentágono con placer. Satisfecho de poder escapar a la tiranía que suponía para él aquel don inesperado de su facilidad para el ruso. Disfrutó de esos largos ejercicios, en el que, junto a su pelotón, avanzaba lentamente a través de los oscuros bosques de Alemania, sosteniendo sus rifles con la bayoneta de casi veinte centímetros, con el zumbido de los tanques precediéndoles, y de vez en cuando el ruido devastador de una pretendida mina que agregaba un elemento de emoción a las maniobras.

A veces, iba con otros miembros del pelotón a una ciudad próxima donde se emborrachaba con la buena cerveza alemana y comía cantidades asombrosas de distintas clases de salchichas. Sus ratos de ocio los dedicaba a cuidar un hermoso «Porsche» coupé que había comprado tan sólo por lo muy barato que le resultaba a un soldado americano y porque adoraba su bella línea. También escribía diariamente a Sarah. El «Porsche» era un verdadero dechado de perfección mecánica. Buck lo ajustó de tal forma que su funcionamiento era perfecto. A veces salía a probarlo, recorriendo las pintorescas e intrincadas carreteras, que pasaban a través de los bosques que cubrían las laderas de los montes cercanos. Le emocionaban los peligros que encerraban los abismos que se encontraban detrás de cada violenta curva, pero nunca forzaba el coche. Después de estas excursiones lo lavaba cuidadosamente, limpiaba el tapizado de cuero con un líquido especial, revisaba el motor y, después, lo cubría con un paracaídas rojo.

Al cabo de dos años de servicio, Buck fue licenciado del ejército, siendo repatriado en el mismo barco que su flamante «Porsche». Dos semanas después de haber desembarcado en Nueva York se casó con Sarah y empezó a trabajar como traductor en las Naciones Unidas. Dos años más tarde sólo dos cosas habían cambiado en la vida de Buck; tenía un hijo de cuatro meses, y había descubierto que existía la ciencia del Derecho.

Empezó a leer un libro de tesis sobre la ley de agravios que alguien había dejado olvidado en el gabinete de traductores del edificio de las Naciones Unidas y no pudo dejarlo hasta que lo terminó. Fue un descubrimiento que lo dejó aturdido. El derecho escondía algo simétrico, limpio y perfecto, lógico y majestuoso, casi sobrenatural en su certidumbre. Como si fuera un nuevo y complejo lenguaje extranjero, con su propio vocabulario, gramática y sintaxis. A Buck le pareció irresistible.

Sarah, que combinaba un bajo índice en su metabolismo con un rostro sumamente dulce y suaves modales, alentó a Buck a que persistiera en su naciente entusiasmo por la carrera de leyes. El único problema era cómo sostener a su familia y seguir los cursos en la Escuela de Derecho al mismo tiempo. A través de la red de traductores supo que había una plaza disponible en la Casa Blanca para un traductor de ruso. Un trabajo que tenía fama de ser fácil y que requería pocas horas. En realidad, su presencia allí sólo era requerida en el caso poco probable de que el Presidente tuviese que hablar directamente con algún ruso que no supiera inglés. La última persona que había tenido el empleo lo había ejercido durante cinco años, no había visto nunca al antiguo Presidente y se retiró aburrido cuando nombraron el nuevo. Buck envió su instancia solicitando el empleo y en las oposiciones sacó catorce puntos de ventaja a su contrincante más próximo.

Junto con Sarah, el niño y el «Porsche», marchó a Washington. Sarah empezó a instalar su hogar en Arlington, y Buck asistió a las clases nocturnas de la Escuela de Derecho de Georgetown. Durante el día, pasaba las horas de oficina enfrascado en sus libros de derecho o bien, ocasionalmente, echaba una ojeada al montón de documentos rusos que automáticamente llegaban a su oficina.

Un buen estudiante podía haber pasado sus estudios de derecho en cuatro años, desempeñando al mismo tiempo su trabajo fuera de la escuela, pero Buck no tenía prisa. Le encantaban sus clases y ejecutaba su trabajo pacientemente, en una forma parecida al joyero que quiere dar un toque determinado a una piedra preciosa. Sus profesores de derecho le consideraban inteligente, trabajador y sumamente cuidadoso del detalle, pero estimaban que

carecía completamente de lo que ellos llamaban «imaginación legal». Una vez Buck preguntó a su profesor por qué sólo había obtenido la calificación de aprobado en un examen al que había contestado en forma extensa dando una serie de detalles complicados.

—Mr. Buck, estoy de acuerdo con usted en que su trabajo, quizás a primera vista, se merezca un sobresaliente —le había dicho el profesor, apoyándose en el respaldo de su asiento y frotándose los ojos—. Pero nuestro deber es formar abogados que tendrán que aplicar la ley; capaces de pensar rápidamente y de ajustarse a los continuos cambios jurídicos. Su respuesta es la contestación perfecta de un libro de texto. Yo no lo podía haber hecho mejor. Pero le falta calor, sentimiento hacia aquello que está detrás de la ley. Quizá, Mr. Buck, en realidad su vocación sea la de profesor de Derecho y no la de abogado.

A Buck le entusiasmó esa contestación. Lo que más le habría gustado era pasarse la vida sumergido en todos aquellos intrincados sistemas legales. Absorto lenta y metódicamente en ese puro placer de aquel que se sabe escogido, Buck estudiaba. Pasaban los cursos y Buck permanecía allí año tras año. Sabía que llegado el momento terminaría sus estudios y sería profesor de Derecho. Mientras tanto tenía una vida muy llena.

Su empleo en la Casa Blanca le quitaba poco tiempo. Al cabo de algunos años consideraba a la Casa Blanca como un lugar de estudio, una especie de refugio que, además, le proporcionaba un sueldo. Es verdad que había visto al Presidente, pero nunca por asuntos de trabajo. Durante el primer mes de su presidencia éste había entrado en la habitación de Buck para que le conociera, sentándose allí un rato. A Buck le impresionó la juventud del Presidente, su falta de empaque, la naturalidad con la que se sentó apoyando los pies encima de su escritorio y le hizo preguntas sobre su vida. Sólo más tarde Buck se dio cuenta que, tras aquellos modales un poco despreocupados y aquella aparente tranquilidad, se escondía una mente dura y analítica. Aquella visita agradable y sin protocolo había sido, en realidad, una especie de examen. Buck supo lo que había sucedido, pues el Presidente despidió poco después sin inmutarse a varios empleados de esos que no hacen nada, comunicándoles secamente que los despachaba por incompetentes; además se lo dijo directamente él mismo en vez de encargárselo a otro.

Sin embargo, a pesar de su fuerza de carácter, Buck tenía sus dudas. Consideraba que el hecho de ser heredero de una familia rica, haber entrado fácilmente en la política y haberse casado con una mujer hermosa no eran cualidades que le sirvieran para enfrentarse con sus adversarios de la Unión

Soviética. La información recogida por Buck le indicaba que los dirigentes rusos eran duros hasta el extremo de la ferocidad, y estaban entregados a su misión hasta un punto inimaginable para un americano, especialmente para un americano de fortuna.

Las dudas que abrigaba Buck sobre la capacidad del Presidente hicieron que su trabajo demasiado fácil le pareciera más justificado.

Esta misma mañana Buck había terminado de revisar rápidamente los diarios *Pravda* e *Izvestia* y ya se preparaba a sumergirse con placer en uno de los ensayos de Maitland sobre la personalidad jurídica de las corporaciones. Abrió el libro y empezó a hacer pequeñas anotaciones al margen escribiendo algunas notas en su libreta de apuntes.

Buck estaba tan absorto que no oyó el agudo sonido que invadió la oficina durante varios segundos antes de que se diera cuenta de lo que se trataba. Nunca lo había oído antes, pero supo instantáneamente de dónde venía. En el segundo cajón de su escritorio había un teléfono rojo. Cuando le instruyeron sobre sus obligaciones le dijeron que ese teléfono sólo sonaría en casos de emergencia y que no debía usarlo para comunicaciones corrientes. Para el trabajo normal de oficina debía usar el teléfono negro situado sobre su escritorio. También le habían explicado que si alguna vez sonaba el teléfono rojo no sonaría con llamadas cortas e intermitentes, como un teléfono corriente, sino que emitiría un sonido largo y agudo hasta que él respondiera.

Algún encargado de la central telefónica de la Casa Blanca se había equivocado, pensó Buck. Hacía ya tres años que trabajaba en aquella oficina y el teléfono rojo no había sonado nunca hasta ahora. Buck estaba convencido de que ya no sonaría nunca. Abrió el cajón e instantáneamente el sonido se hizo más agudo.

En cuanto vio el teléfono rojo algo empezó a atormentarle en la memoria; sintió una fuerte sensación de malestar. Entonces recordó que el alto empleado que le dio posesión en la oficina también le había dado un diario en cuya tapa se leía: «Diario para el teléfono rojo», con instrucciones de indicar la hora exacta en que sonara el teléfono rojo... si es que sonaba. Buck no había visto ese diario desde hacía más de un año. Se le había extraviado entre los libros de derecho y los viejos ejemplares de *Izvestia*, revistas rusas y libretas. Empezó a buscar con ambas manos entre los montones de papeles sobre su escritorio, abrió el primer cajón y dio un vistazo a los tres cajones situados a la izquierda del mismo. No pudo encontrar el diario, se calmó un

poco. Seguramente habían llamado por equivocación. No obstante, sacó una hoja en blanco y luego miró su reloj. Anotó la hora con grandes números negros en medio del rectángulo blanco: «10,32 m»

Ya más aliviado tomó el auricular.

—Mr. Buck, el Presidente al habla —decía una voz. No había error posible. Era una voz tranquila con acento nasal de Nueva Inglaterra.

—¿Quiere hacer el favor de dirigirse al refugio antiaéreo de la Casa Blanca tan aprisa como pueda?

—Sí, señor; yo... —dijo Buck y luego calló. En cuanto hubo pronunciado la palabra «sí», el Presidente colgó.

SALA DE COMANDO DEL GABINETE DE GUERRA, OMAHA

La sala del Comando Estratégico del Aire de Omaha no era muy grande. Sobre todo teniendo en cuenta lo que allí se hacía. No era mayor que un pequeño teatro. Sin embargo, las lagunas oscuras de las esquinas producían una sensación de inmensidad, como si no tuviera límites. Sólo estaba iluminada por la luz que reflejaba el Gran Tablero. Éste cubría completamente la pared principal y parecía una pantalla gigante si no hubiese sido porque estaba hecha de una especie de material plástico traslúcido. En ese instante en el Gran Tablero había sencillamente un mapa del mundo. Los continentes y los océanos eran los de siempre, así como líneas de longitud y latitud. Pero aquí terminaba su similitud con un mapa corriente. Estaba cubierto de un extraño diluvio de signos cabalísticos. Flechas, círculos, cuadrados, números y triángulos se derramaban sobre la pantalla; a veces aparecían muy brillantes y claros y otras veces más tenues e incluso, de vez en cuando, algunas de estas anotaciones desaparecían por completo dejando sólo un brillo fosforescente que persistía unos segundos.

Incluso bajo esa luz un poco difusa era posible determinar que sólo había media docena de hombres en la sala. En la penumbra, los hombres parecían menudos muñecos. Esto contribuía a aumentar la impresión de inmensidad.

—Esperaba algo más movido —dijo el diputado Raskob—. Sí, es igual a un teatro de segunda categoría. ¿Pero dónde están los acomodadores?

El teniente general Bogan, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, miró de arriba abajo al diputado Raskob. Su reacción era muy semejante a la de otras personas que veían el Gabinete de Guerra por primera vez, pero el

general Bogan sabía también que querían tirarle de la lengua; le habían informado debidamente sobre la personalidad de Raskob.

—Ahora mismo, señor, se puede decir que estamos en un momento en que nos encontramos poco preparados —dijo el general Bogan—. Ahora todo es rutina. Pero en cuanto ocurre algo no es acción lo que falta.

—En breves minutos, señor, sus ojos se acostumbrarán a la oscuridad y le mostraremos algunas de las cosas más interesantes que hay en este Gabinete de guerra —dijo el coronel Cascio. El coronel Cascio era el ayudante del general Bogan.

El diputado gruñó. Permanecía de pie en el pasillo situado un poco más alto, en el fondo del Gabinete, con los pies separados, y su cuerpo pequeño y grueso erguido en una postura que era casi arrogante.

«Será un hueso duro», pensó el general Bogan. Miró a uno de los otros invitados, Gordon Knapp, el presidente de la Universal Electronics. No, aquí no habría dificultades.

Knapp era uno de esos científicos de la nueva generación que, después de la Segunda Guerra Mundial, se había convertido en una especie de científico-inventor y hombre de negocios a la vez. A pesar de medir casi dos metros, Knapp tenía el cuerpo curvado como si acabase de correr una larga y agotadora carrera. En realidad era su postura normal. Desde que había descubierto la ciencia, Knapp *había corrido* con una especie de alegría y desesperado entusiasmo que no encerraba ningún elemento de ansiedad. Bogan tardó unos meses en darse cuenta que el único adversario de Knapp eran los problemas científicos. Se lanzaba con toda su fuerza física e intelectual a dilucidar problemas y sus éxitos se sucedían. Se había convertido en una eminencia en miniaturizaciones, física estática, semiconductores y, recientemente, en problemas relacionados con la conservación de archivos. Mientras tanto se había hecho millonario y había acrecentado su fama. Pero se olvidaba de ello constantemente. No se acordaba de nada, fuera de los problemas que todavía no había resuelto. No sólo había estropeado su cuerpo en el proceso, sino que había aprendido a vivir durmiendo sólo cinco horas, y, a su manera, era muy feliz. Era un hombre de rápidos viajes aéreos, café, llamadas telefónicas, dibujos técnicos, pensamientos intuitivos sobre voltajes y amperios, una gran cantidad de correspondencia por contestar, secretarios agotados, trajes arrugados, y de una atención viva y ardiente por una sola cosa: sus problemas científicos. Su misma mujer dijo —claro que en broma porque le amaba y le adoraba— que se habría divorciado de él años atrás pero que nunca estaba en casa bastante tiempo para discutir el asunto.

Ésta era la primera vez que Knapp visitaba la Sala de Comando y el general Bogan observó que casi temblaba de entusiasmo. Muchos de los mecanismos que encerraba el gabinete habían sido inventados y fabricados por él, y sus ojos brillaban de entusiasmo mientras trataba de identificar aquella maquinaria en la penumbra.

—Puede parecer sencillo, Mr. Raskob, pero es una de las habitaciones más intrincadas del mundo —dijo Knapp en voz baja.

—Y también una de las más caras —observó Raskob.

El general Bogan trató de contener un suspiro. Raskob era un hombre duro e inteligente. Era diputado por el distrito de Manhattan, integrado por algunas casas nuevas de departamentos muy caros y en parte por viejas propiedades que poco a poco pasaban a manos de los portorriqueños y los negros. Cuando salió elegido por primera vez lo fue por muy pocos votos de diferencia, y Raskob tuvo que buscar una fórmula política que fuese igualmente atractiva para los nuevos residentes y los pobres, para los viejos habitantes y los ricos. Su fama como político había sido preparada con el mismo cuidado que la ejecución de una escultura maestra. Siempre que había que votar alguna ley referente al bienestar o a los derechos civiles votaba con los liberales y tomaba las medidas necesarias para que esto se supiera entre los portorriqueños y los negros. Cuando se trataba de fondos para gastos militares se mostraba siempre en plan crítico, diciendo que provocaban la inflación, y caían en manos de generales y almirantes con poca visión, contribuyendo a aumentar los impuestos. Esta postura le beneficiaba de dos maneras; aquellas personas que le habían dado su voto y pertenecían a la clase que vivía en los pisos más lujosos, lo consideraban como defensor de una doctrina antiinflacionista y contraria a los impuestos; en cambio, sus representados más pobres, que carecían de la preparación suficiente y especializada para pertenecer a los grandes gremios o trabajar en una industria de armamentos se sentían atraídos por su doctrina antimilitarista. Había sido reelegido ocho veces, y cada vez había obtenido más votos.

La figura un poco cuadrada de Raskob, tenía cierto parecido con el exalcalde de Nueva York, La Guardia, y Raskob jugaba con este parecido. Usaba una especie de bombín y, cuando hacía discursos, no cesaba de golpear la balaustrada con él. Siempre que se dirigía a un grupo de personas de habla extranjera se aprendía algunas frases que pronunciaba en el idioma de su auditorio. Cuando hablaba a sus electores más ricos usaba siempre un tono pausado y sus discursos eran deliberadamente cortos y proyectados hacia el futuro. Sus discursos en los barrios obreros, por el contrario, eran mucho más

encendidos y en ellos hablaba de nuevos salarios y chuletas de cerdo. En realidad, los que le votaban eran demócratas en el fondo, pero pocos lo sabían en aquel distrito. Ni les importaba. Raskob era una personalidad.

—¿De dónde eres, amigo? —preguntó Raskob al coronel Cascio, esforzando la vista, pues todavía no podía acostumbrarse a aquella penumbra. Sus palabras eran como una especie de reflejo político para pasar el rato.

—De Nueva York, señor —contestó el coronel Cascio.

Raskob se volvió para mirarle y su vista se clavó en el coronel Cascio. Su interés ahora era real.

—¿De qué parte de la ciudad? —preguntó.

El coronel Cascio dudó un momento.

—Central Park Oeste —dijo—, por los setenta.

—Probablemente en el distrito veinte —especuló Raskob—. Seguro que ahora se está empezando a llenar de portorriqueños. Es uno de esos distritos fluctuantes; tanto puede ser que ganen los demócratas como los republicanos. Dentro de unos pocos años será completamente demócrata.

—En realidad, diputado Raskob, mi familia se trasladó al sector Este hace unos años —dijo el coronel Cascio, y ladeó la cabeza lanzando una rápida mirada al general Bogan. Luego añadió distraído—: Verá, como soy militar no sigo de cerca los movimientos políticos.

El general Bogan se sintió un poco intranquilo, como si le recorriera una sensación ya olvidada de querer proteger a alguien. Entonces recordó aquel incidente que había sepultado cuidadosamente en su memoria. Ocurrió durante una de las frecuentes visitas que él y el coronel Cascio hacían a Nueva York. Una noche le llamaron diciéndole que el Servicio de Control Aéreo iba a efectuar uno de sus innumerables ejercicios por sorpresa. Debía regresar a Omaha por la mañana sin falta. Un auto de las Fuerzas Aéreas había llegado ya y estaba estacionado frente al hotel, y el general Bogan le indicó que se dirigiera a la dirección dada por el coronel Cascio, quien había ido a «visitar a su familia».

La dirección pertenecía a un vetusto edificio, envejecido por el viento y el hollín pero de aspecto digno. Sin embargo, no había ningún apellido Cascio sobre la larga línea de timbres. Un poco impaciente, el general Bogan apretó el botón que indicaba conserje e inmediatamente se abrió la puerta y apareció una mujer un poco gruesa de aspecto duro y muy ordenado.

—Estoy buscando el departamento de los Cascio —dijo el general Bogan—. Es urgente.

—¿Otra vez metido en líos? —preguntó la mujer—. ¿Es usted policía?

Encogió los párpados tratando de ver mejor con sus llorosos ojos azules y miopes, pero no alcanzó a distinguir el uniforme.

—Los Cascio no tienen ningún piso —añadió—. Viven en el departamento destinado a los conserjes, ahí abajo a la izquierda. Si se trata de algún lío con la policía ya les puede decir de mi parte que ésta es la última vez, y lo mejor será que se vayan. —Se inclinó un poco, diciendo en son de confidencia y con voz quejumbrosa—: Sargento, hace tiempo que habría despachado a ese hijo de... pero es difícil encontrar conserjes ahora.

El general Bogan bajó los escalones de dos en dos y llamó a la puerta con los nudillos de la mano. Sintió un ruido apagado en el interior y luego una voz con acento del Sur dijo:

—Hijo, no hay derecho que te dejes caer aquí y luego empieces a amonestarnos en esta forma. ¡No pienso aguantarlo, condenado!

La puerta se abrió de par en par y todo lo que contenía la habitación apareció iluminado despiadadamente, bajo la dura luz que desprendían las cuatro bombillas sin pantalla de un viejo candelero de bronce.

Sin lugar a dudas, el hombre que abrió la puerta era el padre de Cascio; eran sus mismas facciones. Pero aquel hombre estaba borracho, tenía las mejillas hundidas, los ojos inyectados en sangre, y llevaba unos pantalones sueltos y arrugados. Parecía el doble, viejo y arruinado de su propio hijo.

El coronel Cascio se hallaba sentado detrás de una mesa cubierta con un mantel de hule. Estaba muy tieso en su silla, frente a un plato lleno de judías y costillas a la plancha del que no había probado bocado. Apoyada en el fogón estaba una mujer, sin duda la madre del coronel Cascio. Tenía una mirada de avispa, era muy delgada y llevaba un viejo vestido de algodón y unas zapatillas de fieltro negro, demasiado grandes para ella. El general Bogan se dio cuenta de que también se había entregado a la bebida... y eso no sólo porque tenía un gran vaso de moscatel en la mano, sino por todo su aspecto; su cara de derrotada, sus ojos llenos de sospechas.

—Señor, soy el general Bogan y he venido a buscar al coronel Cascio —dijo el general. Entonces se dio cuenta que, como estaba en la penumbra, su ayudante no le había reconocido. Al oír estas palabras, el coronel Cascio casi se cayó del asiento, y una expresión atormentada cubrió su rostro.

—Deja que entre este hom... señor, Walt —dijo la madre de Cascio—. Una sonrisa de bienvenida cubrió su cara como una máscara; quería ser tan amable que resultaba grotesca. Dio unos pasos hacia la puerta, caminando con los pies muy separados, tratando de mantener el equilibrio. Un largo hilo

ámbar de moscatel iba derramándose de la botella, que había caído sobre la mesa, hasta el suelo.

El padre, desde profundidades desconocidas, saludó al general Bogan. Murmuró unas palabras extrañas de bienvenida, entrecortadas. «Hijo siempre habla bien de usted, señor... nos sentimos honrados; ¿quiere... comer con nosotros...?... cualquier cosa... o... quiere cosa».

Hubo un largo momento de silencio, un momento en que al general Bogan le pareció comprender algo de la vida del coronel Cascio, que nunca había tratado de analizar antes. Sus padres tenían acento de Tennessee; eran gente de alta montaña y no habían podido aclimatarse a la vida ciudadana. Ahora comprendía por qué el coronel Cascio no hablaba nunca con acento del Sur, jamás bebía y permanecía soltero. Su carrera militar era todo lo que poseía.

El coronel Cascio deshizo aquel cuadro deprimente. Irguiéndose, se dirigió a la puerta y saludó al general Bogan.

—Muy bien, señor. —Había recuperado perfectamente su dominio—. Supongo que nos necesitan para unos ejercicios de práctica.

—Eso es, coronel. Siento tener que interrumpirle aquí, en su casa.

El coronel Cascio esbozó una sonrisa forzada. Miró hacia atrás y luego expresamente, en forma deliberada, cerró la puerta con fuerza, como si fuera la pesada puerta de una caja fuerte. Se oyó la voz entrecortada del padre que gritaba tras las delgadas hojas de la puerta:

—¡Desgraciado, al diablo contigo, señorito! Hum, ingrato... ¡No te damos lástima, no!

Subieron al auto quedamente, sin decir palabra, y jamás hablaron de ello.

La familia del general Bogan, que tenía una fuerte tradición militar, también provenía de Tennessee. Siempre habían vivido en aquellos altos montes de Tennessee y la tierra nunca había producido lo suficiente para mantener a todos los hijos. La carrera militar había sido desde siempre la única ocupación aceptable para los miembros de la familia Bogan que no podían quedarse en el terruño. Desde los remotos tiempos coloniales, un miembro por lo menos de la familia Bogan había prestado sus servicios en las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Algunos habían sido soldados rasos simplemente, otros oficiales. Durante la Guerra Civil, los Bogan habían luchado en los dos bandos. El abuelo de Bogan había sido capitán de la marina, y ayudante del almirante Mahan. Su padre había sido sargento de infantería y lo condecoraron dos veces durante la Primera Guerra Mundial con la Estrella de Plata. El primero y segundo nombre del general, Grant Lee Bogan, le habían sido impuestos por su padre, no porque éste poseyera

sentido del humor, sino porque creía que el general Grant y el general Lee fueron los generales más importantes que hubo en la historia de América. El hecho de que hubiesen luchado en campos distintos no contenía ningún sentido irónico para él. Grant Lee Bogan fue el primero de los Bogan que llegó a la graduación de general.

La atención de Bogan se fijó de nuevo en lo que ocurría en la Sala de Comando. Sintió la voz de Knapp que decía:

—Es casi como si trabajasen en un submarino, ¿verdad, general?

—Sólo la compuerta de aire acondicionado me recuerda los submarinos —contestó el general—. Al cabo de algún tiempo uno se acostumbra a la idea de que se encuentra a ciento treinta y dos metros de profundidad y es como si se trabajara en cualquier otro lugar.

El general Bogan no decía toda la verdad. En realidad, cuando lo destinaron como jefe del Gabinete de Guerra no le había gustado nada. Hacia los años treinta había ingresado en la Fuerza Aérea por una razón específica: volar. Durante casi treinta y dos años lo hizo. Había volado en los primeros bombarderos biplanos, más tarde en los «P-38» y los «P-51», después de la guerra en los bombarderos «Jets». Volaba siguiendo las «instrucciones al pie de la letra» y tenía fama de ser más bien metódico y carecer de imaginación. Pero a su sentido metódico unía un valor a toda prueba. Esto le había valido la Cruz de Guerra durante la Segunda Guerra Mundial.

Volaba en un «P-38» sirviendo de escolta a un grupo de «B-17» que iban a hacer una incursión aérea diurna sobre Alemania. Era el principio de la guerra y los aviadores no podían resistir la tentación y algunos empezaron a hacer pases a unos «Focke-Wulf» que se encontraban a considerable distancia; otros, a su vez, entraban en esa lucha de cuadrillas cuyo control mantenían ampliamente. El general Bogan siguió volando en forma perfectamente mecánica sin meterse con nadie. Permaneció junto a los bombarderos que le habían ordenado defender, pendiente de no gastar mucho combustible y disparando sólo cuando era necesario, con el resultado de que todos los otros aviones de la escolta ya habían gastado casi todo el combustible unos cien kilómetros antes de llegar al blanco; uno a uno tuvieron que virar y regresar a Inglaterra. Cuando los «B-17» llegaron al lugar indicado, el avión del general Bogan era el único que les escoltaba. Cayeron en una perfecta emboscada. Los «Focke-Wulf» alemanes, pensando que todos los otros cazas habían desaparecido, se mostraron imprudentes, y ocho de sus aviones subieron derechos a disparar contra el fuselaje de los «B-17». Bogan aceleró y metódicamente acribilló a toda la línea de cazas alemanes. Se acercó

lo más que pudo al puesto de mando de cada uno disparando directamente contra la cabina del piloto con la esperanza de matarle antes de que pudiera avisar a los demás. En forma perfecta, siguiendo las instrucciones recibidas durante meses de entrenamiento. Bogan acabó con ocho de los «Focke-Wulf». Cada vez que estallaba uno de los primeros seis aviones retrocedía rápidamente subiendo varios metros. En el último momento, los dos aviones que quedaban le vieron e instantáneamente se lanzaron a toda velocidad hacia atrás para echársele encima en cuanto bajase. De nuevo Bogan siguió las instrucciones «del libro». Valiéndose de la pequeña ventaja en cuanto a velocidad del «P-38», logró distanciarse lo suficiente para que no le alcanzaran los disparos de los cazas alemanes. Le siguieron hasta llegar casi al Canal de la Mancha, movidos por el acicate de acabar con aquel que había dado muerte a seis de sus camaradas. Bogan, sin perder la calma, había avisado por radio y unos cuarenta kilómetros antes de llegar al Canal un grupo de «P-38» ya se encontraba esperándole, trazando círculos en el aire. Entonces bajaron zumbando, con toda la ventaja a su favor: treinta segundos más tarde el último de los «Focke-Wulf» había sido destruido.

Bogan siempre se sintió un poco avergonzado de que le hubieran impuesto la Cruz de Guerra, pues, después de todo, no había hecho sino seguir las instrucciones. Como todos los que vuelan durante el combate había sentido un temor profundamente enraizado, interminable; esto le pasaba siempre que entraba en acción. Pero durante aquella operación que le había valido honores no sintió nada especial ni que corriera un riesgo distinto, sólo aquel temor que ya le era familiar.

El último avión en el que había volado el general Bogan en misión de servicio fue el «B-58», el «Hustler». Fue entonces cuando casi fracasó en uno de los exámenes de condiciones físicas. No era nada grave. El médico de aviación encargado de la revisión había hecho la vista gorda, hablando de atrofia motril y su correlación con la edad, reflejos y rapidez de reacción en el individuo. Habían hablado en términos generales, pero ninguno de los dos se engañaba. Si el general Bogan hubiese insistido en pilotar el «Hustler», le habrían declarado físicamente incapaz. Si se contentaba con pilotar aviones más antiguos o volar como copiloto, podría seguir prestando sus servicios en el aire. Habían sido unos momentos duros. Entonces el general Bogan mencionó, así como de paso, que había estado pensando en dedicarse a operaciones estratégicas en vez de volar. Mintió diciendo:

—El vuelo es un juego para los jóvenes; nosotros, los más viejos, debemos asumir la responsabilidad de todo el conjunto.

Al final, los dos hombres se pusieron de acuerdo sin necesidad de palabras. Bogan sería destinado a un puesto de tierra siempre que pudiese pilotar de vez en cuando un «T-33», «sólo para mantenerse en forma».

Al cabo de dos semanas lo habían ascendido a teniente general asignándole la dirección del Gabinete de Guerra.

El general Bogan miró de soslayo a Raskob. Comprendía parte de la desilusión que éste sentía. Recordaba las primeras impresiones que tuvo cuando llegó a la Sala de Comando demasiado vivamente. Había odiado el ascensor. Salía disparado lanzando a sus ocupantes a una vertiginosa caída de 132 metros. Durante los últimos metros, en que disminuía la velocidad, sentía una aguda sensación de impotencia, como si todo él fuera de plomo. Luego, en cuanto se cerraban las puertas, la pequeña habitación en que se hallaba se convertía en una cámara de presión. La presión del aire en dicha sala se mantenía siempre un poco más alta de lo normal para que no pudiese filtrarse ninguna partícula de polvo que pudiese ensuciar la delicada maquinaria y evitar que entrara ninguna emanación atómica capaz de contaminar a los seres humanos.

Otra cosa que desagradaba al general era el olor de aquella habitación. Las docenas de pupitres colocados sobre el largo suelo en declive de la Sala de Comando eran en realidad consolas eléctricas en cuyo interior había cientos de aparatos, todos ellos cubiertos de una capa protectora de laca. Cuando todos aquellos aparatos funcionaban y se calentaban, el ambiente se llenaba de un tenue olor acre a laca, un poco mareante.

El general Bogan tardó mucho tiempo en olvidar aquel viejo olor, que le era tan familiar, de los aeroplanos. Aquellos olores fuertes y viscerales de los potentes motores, el olor a combustible de los «Jets», ese olor especial y peculiar a cuero y sudor masculino que flotaba en todas las cabinas de los pilotos.

Durante meses, la Sala de Comando le pareció algo demasiado afectado y delicado y también completamente irreal. Con el tiempo, la apreciación del general Bogan había cambiado. Se dio cuenta de que aquellos escritorios, pequeños y grises, eran increíblemente complicados. Aquella habitación tan silenciosa, en la que se hablaba siempre a media voz, pintada de gris, engañaba enormemente. Su aparente simplicidad no era sino una máscara. Su orden exagerado escondía algo muy complejo, tanto, que cuando se entendía plenamente era muy parecido a un concepto artístico. A la Sala de Comando llegaban toda clase de informaciones: por radio, teletipo, a través de mensajes especiales, informes escritos, cartas, controles, verdaderos bancos de

memoria, archivos automáticos, transportadores, tubos, teléfonos, así como en forma verbal. Llegaban traducidos en forma de cálculos, temores, valor, intuición, deducciones, opiniones, locas suposiciones, verdades a medias, hechos reales, estadísticas, recomendaciones, errores, rumores, informes sobre viejos desconocimientos e información errónea; todo era encauzado por un procedimiento riguroso que llevaba a una o dos conclusiones: es decir, a un hecho real o a una posibilidad futura.

El general miró a Raskob y deseó haberle podido comunicar su secreta visión del lugar. La Sala de Comando era para él como un barco o un avión; un lugar de mando, el puesto donde se toman decisiones. A pesar de estar encerrado bajo cientos de toneladas de concreto y millones de toneladas de tierra, aquella habitación le transmitía una curiosa sensación de movimiento continuo. Ahora, en una forma casi perversa, el descenso en el ascensor lo imbuía de una excitación parecida a la del despegue. Desde su escritorio, situado en el centro del gabinete, experimentaba la sensación de hallarse volando, volaba confiado por completo en sus instrumentos. También llegó a sentir respeto por todo el resto de la tripulación de ese extraño vehículo de su imaginación. Eran profesionales, tanto o más que cualquiera de los componentes de la tripulación de cualquier avión bajo su mando. Ya no era el servidor impersonal, ni tampoco el engranaje automático de una complicada maquinaria. El Gabinete de Guerra era una delicadísima combinación de hombre-máquina. En muchos casos, aquellos mecanismos recibían, analizaban y llegaban a una decisión final; pero en otros había visto en forma clara y precisa que él era el comandante de la nave. Todavía se encontraba incorporado a aquella profesión de tomar decisiones.

El general estimó que los ojos de sus visitantes ya habrían empezado a acostumbrarse a la penumbra y que ahora ya podrían empezar a bajar por la suave pendiente hacia el centro donde se hallaba el pupitre de mando.

—Coronel Cascio, ¿quiere proyectar la situación naval en el Pacífico sobre el gran telón? —dijo, y al mismo tiempo empezó a bajar por la suave pendiente.

—Sí, señor —respondió el coronel Cascio y caminó lleno de brío delante del grupo. Cuando llegaron frente al gran escritorio central ya había apretado el botón cuyo letrero indicaba PACÍFICO, MARINA. Casi instantáneamente la imagen trazada sobre el gran tablero empezó a desaparecer, disolviéndose. La proyección del mapa del mundo se borró. Por un momento la pantalla quedó vacía. Entonces, un trazado de líneas fuertes, el mapa del Océano Pacífico, la cubrió por completo. El coronel Cascio miró al general.

—¿Le gustaría empezar con una demostración del lugar donde se encuentran los submarinos rusos? —preguntó.

El general asintió con un movimiento de cabeza. El coronel pulsó dos botones. De pronto aparecieron dieciséis puntos rojos sobre el mapa. Al mismo tiempo, una pequeña máquina colocada en un pupitre cercano empezó a hacer ruido moviéndose mientras una cinta salía por uno de sus lados. Uno de los puntos rojos parecía hallarse a sólo pocos centímetros de Los Ángeles. Otro se hallaba a unos treinta y cinco centímetros más o menos al oeste de Pearl Harbor. Los restantes se encontraban diseminados por todo el Pacífico.

Raskob se puso rígido; maquinalmente se encasquetó el bombín.

—¡Jesús! ¿Puede ser que todos esos puntitos sean submarinos rusos? —preguntó—. Éste de allí parece como si estuviera en la misma bahía de Los Ángeles.

—Señor, ese submarino soviético se encuentra aproximadamente a unos noventa kilómetros de la bahía de Los Ángeles, y en, o más bien dicho, sumergido en alta mar —dijo el general Bogan tranquilamente—. A menos que se acerquen más allá del límite fijado de cincuenta kilómetros, o muestren tener intenciones agresivas, todo lo que podemos hacer es observarles.

—Mire, general, esto sí que me parece peligroso —dijo Raskob—. ¿Qué diablos pueden hacer con aquel submarino tan cerca de nuestras costas?

—Supongo que están haciendo exactamente lo mismo que nosotros cuando mandamos nuestros «U-2», o situamos nuestros satélites de observación para que vuelen alrededor o por encima de las fronteras soviéticas, o cuando colocamos nuestras estaciones de radar en Turquía. Sencillamente, nos están observando.

Precisamente este tipo de explicaciones eran las que comprendía Raskob. Se tranquilizó un poco, y al hablar su voz adquirió un timbre más duro.

—¿Cómo saben que son submarinos rusos y que realmente están allí? —preguntó.

—Señor, la Marina ha colocado gran número de captadores de sonido por todo el Pacífico —dijo el coronel Cascio—. Son instrumentos en extremo sensibles, y recogen cualquier ruido que se produzca en cualquier lugar del Pacífico. La información captada se retransmite a la bahía de Kanehoe, en Hawai, y es interpretada allí por un especialista de la marina. Esos especialistas son tan buenos que pueden distinguir perfectamente entre el ruido producido por un fuerte viento que rompe el oleaje y un submarino al vaciar sus tanques.

El coronel se dirigió entonces hacia la máquina que había sobre el pupitre cercano y cortó la cinta. Dándosela a Raskob, dijo:

—Cada vez que se proyecta una cosa específica sobre el Gran Tablero funciona una pequeña señal y simultáneamente los numerosos bancos de memoria, que almacenan millones de informaciones, buscan automáticamente entre sus archivos aquéllas que tengan alguna relación con lo que se proyecta, y las mismas salen inmediatamente impresas sobre la cinta.

Los cuatro hombres inclinaron la cabeza mirando la cinta que habían estirado sobre el escritorio. La primera frase decía: «Submarino soviético “Kronstadt” dos torpedos, con equipo de radar por 30 segundos a 1820 raya, 18, raya 00. Sumergido a una profundidad de treinta y nueve metros, procedió hacia el noroeste al punto WLDZ a una velocidad de 6,5 nudos». La cinta seguía dando otros datos sobre la cantidad de combustible, el número de mensajes transmitidos y el tiempo de patrulla de varios submarinos soviéticos en el Pacífico.

—Si lo deseáramos, podríamos disparar otro banco de la memoria y nos daría una información estratégica completa sobre la situación exacta de los submarinos rusos en el mundo entero —dijo el general Bogan—. Ésta contendría, además, el porcentaje de acero de su producción nacional empleada en la construcción de submarinos, el número de ellos movidos por fuerza nuclear, y los que tienen armas atómicas. Es decir casi todo.

—¡Que me maten! —murmuró Raskob—. ¡Esto sí que es un instrumento útil!

—Sí; ese instrumento, y todos los demás que contiene este gabinete, cuestan más de mil millones de dólares, Mr. Raskob —dijo el general, evitando cuidadosamente que su voz tradujera su ironía—. Hay otro gabinete como éste en el Pentágono y otro en Colorado Springs. También hay varias versiones más reducidas situadas en otros lugares del mundo. Como asimismo cierto número de aviones, y uno de ellos está constantemente en el aire, que transmiten versiones en miniatura de este mismo tipo de información.

—¿En qué lugares están situadas todas esas otras habitaciones? —preguntó Raskob.

—Lo siento, señor, pero no puedo darle esta información a menos que reciba órdenes directas de mis superiores o del Presidente —contestó el general. Tuvo una ligera vacilación y luego, movido por el súbito rubor que vio aparecer en el rostro de Raskob, añadió—: Es lo que llamamos «secretos de estado, sólo para los interesados directamente». Esto quiere decir que sólo

aquellas personas que necesitan esos informes para su trabajo y pueden demostrarlo, tienen acceso a los mismos.

Raskob sonrió.

—Es indudable que quedo fuera —dijo—. Para lo único que me serviría sería para venderles el secreto a los comunistas o para armar un gran escándalo entre los militares durante el curso de una conferencia. ¿Qué otras cosas puede indicar ese tablero?

El coronel Cascio se inclinó de nuevo buscando entre los timbres del escritorio. Pero todavía no los había tocado cuando apareció una brillante luz azul encima de la pantalla. Parpadeó muy aprisa una media docena de veces y luego siguió brillando en forma continua. Todos los resortes del escritorio volvieron a su posición cero sin que los tocara el coronel Cascio. El general y el coronel se quedaron mirando fijamente el Gran Tablero. La imagen que contenía ya había empezado a disolverse. Una máquina control situada en otro escritorio empezó a gruñir. La pantalla quedó limpia y a los pocos momentos apareció una gran proyección de un sector situado entre Groenlandia y el Canadá. Por una puerta abierta en una de las paredes de la habitación, entraron seis oficiales y se sentaron frente a varios de esos escritorios. A medida que los instrumentos empezaron a moverse, e iban apareciendo los resultados en los distintos escritorios, la iluminación en cada uno de ellos inundaba la sala de luz.

Tanto Raskob como Knapp miraban fijamente el Gran Tablero lanzando de vez en cuando rápidas miradas a toda la habitación. Estaban totalmente fascinados y absortos.

—¿Qué pasa, general? —preguntó Raskob.

—No lo sé todavía —contestó éste. Su compostura era perfecta, nada indicaba que hubiese algún motivo de preocupación—. Lo único que sé es que estamos en Posición Azul, que es la más baja en cuanto a preparación —dijo mirando al coronel Cascio.

Éste se volvió inmediatamente y fue hacia la máquina, que se movía a pequeños saltos. Echó una mirada a la cinta que pendía de la misma y la rompió; cuando regresó al escritorio de mando la proyección sobre la pantalla ya no se movía y apareció un pequeño punto rojo y brillante entre Groenlandia y la costa este del Canadá.

—Señores, aquello que ven ustedes es un objeto no identificado descubierto por nuestro radar —dijo el general Bogan con los ojos fijos en el tablero—. Hasta que no sepamos exactamente lo que es, permanecerá rojo y seguiremos estudiándolo como si fuera un objeto enemigo.

Los dos visitantes se quedaron mirando, como hipnotizados, aquel punto rojo. Ahora se movía lentamente sobre la pantalla. El general Bogan sabía exactamente lo que estaban pensando en aquel momento. Posiblemente lo que veían era un enemigo real, un avión u otro tipo de nave que volaba hacia los Estados Unidos con intenciones siniestras.

—¿Qué piensan hacer ahora? —preguntó Knapp. Desde el momento en que entró en la Sala de Comando había hablado en voz baja. Ahora su voz no sólo era baja sino casi ronca.

—Esa información, Mr. Knapp, no ha sido clasificada —dijo el general esbozando una sonrisa—. Los Soviets se quebrarán la cabeza pensando qué es lo que pasa. Siempre tenemos un cierto número de bombarderos del Servicio de Control Aéreo en el aire. Han recibido el informe indicando que hemos entrado en Posición Azul y empezaron a volar hacia su Límite-de-Seguridad.

—¿Límite-de-Seguridad? —preguntó Raskob.

—Ese Límite-de-Seguridad es un lugar distinto para cada grupo —explicó el general Bogan—. También cambian de un día al otro. Son puntos fijos en el espacio, donde cada avión se mantendrá en órbita hasta que reciba órdenes precisas de moverse. Si ésta no llegase, deben volver a los Estados Unidos. Esto se llama Control Positivo. Límite-de-Seguridad quiere decir sencillamente que si algo falla, allí todavía están seguros. En resumen, la guerra no puede provocarse sin una orden expresa. Ningún bombardero puede hacerlo basándose en su propio criterio. Nosotros somos los que damos esa orden.

—Deben recibir la orden de «listos» por radio —preguntó Raskob—. ¿No es así?

—Eso es, Mr. Raskob —contestó el general—. En realidad no reciben la orden verbalmente, sino que ésta es transmitida a una pequeña caja a la que damos el nombre de Caja Límite-de-Seguridad, y de la que hay una en cada avión. El mecanismo de las mismas opera mediante una clave que cambia diariamente y se usan sólo si se recibe la orden expresa del Presidente de los Estados Unidos. Seguramente debe haber leído que le acompaña siempre a todas partes un oficial del servicio jurídico de las Fuerzas Aéreas que conoce el código vigente para operar dichas cajas.

—¿Por qué no les dan una orden verbal directa: sí o no, y se ahorrarían todas estas complicaciones? —preguntó Raskob.

El general Bogan se daba cuenta de que Raskob empezaba a ponerse nervioso. Sus ojos no se despegaban de aquel punto rojo y de su inexorable avance.

—En realidad hacemos ambas cosas. Pero le sería muy fácil al enemigo captar la misma longitud de onda y transmitir el mensaje que desearan imitando sencillamente la voz del Presidente o la de uno de los componentes del Alto Mando —dijo el general sonriendo, y luego añadió—: Recuerde que nuestro Presidente tiene un acento regional que puede imitarse fácilmente. Además, cuando alguien habla por radio, muchas veces no se capta exactamente lo que dice, especialmente si hay interferencias. En cambio no puede haber ninguna interferencia en las Cajas Límite-de-Seguridad, pues sólo funcionan de una manera y bajo la orden expresa del Presidente.

El diputado apartó la vista de la pantalla y dijo duramente al general:

—¿Y qué pasa si allá arriba, o aquí abajo, uno de ellos se vuelve loco?

—Seguramente recordará, diputado Raskob, que durante el mes de julio pasado la Fuerza Aérea presentó pruebas a su comité, y a los componentes de nuestro programa, de que se hace un examen psicológico completo a todos los aviadores que tienen algo que ver con las armas nucleares —añadió el general, tratando de que su voz no delatara ningún deje de ironía—. Y esto comprende desde los generales hasta el último soldado.

—Pues sí, señor, son muchos los que creen que hay un índice muy alto de locos entre los tripulantes aéreos de dichas fuerzas —añadió el coronel Cascio sonriendo a su vez—. Años atrás hubo una verdadera discusión sobre si era posible o no que un loco, ya fuese general o piloto de un avión, pudiese empezar una guerra. Con este nuevo procedimiento quizá todavía exista semejante loco, pero ya no puede hacer nada para iniciar la guerra.

Los ojos de Raskob se fijaron de nuevo en el gran telón. Ahora se lamía los labios al hablar. Esta vez su voz denotaba algo más que irritación.

—¿Bien, y qué es lo que hacen ahora? —preguntó bruscamente—. Por Dios, eso bien podría ser un proyectil atómico o un bombardero ruso, y por lo que veo me parece que no están haciendo nada todavía.

El general Bogan ya no pudo resistir más:

—Ahora mismo se está haciendo mucho. Aviones cazas vuelan en dirección al objeto no identificado; nuestros proyectiles teledirigidos están listos, escuadrones enteros de bombarderos han sido revisados y provistos de combustible y armas adecuadas por si eso fuese en realidad un vehículo enemigo que se dirigiese contra nosotros —dijo—. Pero comprenda, diputado Raskob, que si tuviéramos que tomar todas las medidas extremas cada vez que un objeto no identificado aparece en la pantalla, necesitaríamos cuatro veces más fondos de los que nos otorga actualmente el Congreso. Toda esta seguridad es algo que cuesta muy caro.

A Raskob se le escapó la ironía que contenía aquella frase.

—¿Qué quiere decir con eso de cada vez que esto sucede? —preguntó Raskob—. ¿Es que esto sucede muy a menudo?

—Unas seis veces por mes —dijo el general—; y si cada vez tomáramos las medidas extremas o de «Posición Roja», nos costaría alrededor de mil millones de dólares.

Casi instantáneamente la expresión del rostro de Raskob se suavizó, su postura se hizo más amable y rió.

—O. K., general, usted gana —dijo—. Sí, me llegó su indirecta sobre los fondos destinados a ello por el Congreso, pero debía haberme dicho antes que esto ocurría hasta seis veces por mes. No puede ser tan peligroso si pasa tan a menudo.

—Señor, nosotros no nos arriesgamos nunca —dijo el coronel Cascio. Al decir estas palabras su voz tenía una extraña inflexión, dura, como si le reprochara algo—. Ahora mismo no sabemos de qué objeto se trata. Nuestra reacción es exactamente la misma que si se tratase de un vehículo enemigo de una clase o de otra. Si tardamos unos minutos más en identificarlo, o su comportamiento es sospechoso, entraremos de lleno en la «Posición Amarilla». Si todavía no estamos satisfechos y ocurren cosas que complican más el asunto, incluso llegaremos a la «Posición Verde». Nuestra posición extrema, como usted sabe, es la «Posición Roja». Nunca hemos llegado a este punto extremo, pues ello significaría que nos consideramos en guerra y deberíamos lanzar nuestras armas, todas nuestras armas contra el enemigo. Precisamente lo que nos asegura todo este mecanismo es que si vamos a la guerra no será debido a un accidente o por la acción de algún maniático. Este sistema es infalible.

El coronel Cascio estaba equivocado.

Desglosándose del Gabinete de Guerra hay todo un hormiguero de habitaciones bien construidas y sincronizadas entre si. Cada gabinete desempeña su función. Cada uno de ellos protegido por muchas capas de concreto reforzado y una de plomo. Todos tienen aire acondicionado y se comunican con el Gabinete de Guerra por distintos conductos y métodos. En su totalidad forman el conjunto más compacto y simétrico, eficiente y ordenado que haya podido construir la mente y el músculo humano.

Una de las habitaciones de esta extensa madriguera que rodea el Gabinete de Guerra, tiene un rótulo que dice: «Red del Comando

Presidencial». Frente a la puerta hay un guarda de las Fuerzas Aéreas durante las veinticuatro horas del día. Dentro de esta habitación —de una longitud y anchura determinados— hay seis máquinas grises bajas y anchas. Encima de ellas hay un letrero que dice: «Mecanismos para poner en marcha las cajas Fail-Safe». Debajo de esto y con caracteres gruesos escritos en letras rojas se lee: «Debe usarse sólo por orden presidencial». Hay dos escritorios en esta habitación. Uno frente a la plataforma donde están las seis máquinas y otro detrás.

Detrás de cada uno de estos escritorios hay un soldado cuya única misión es controlar y velar por que las máquinas estén en óptimas condiciones. Su mecanismo queda expresamente descubierto, y el organismo o parte vital de las mismas debe estar siempre a la vista de los dos inspectores. El aire que entra en esta habitación ha sido filtrado tres veces para que no pase ni la más mínima partícula de polvo.

En el mismo momento que el coronel Cascio pronunciaba aquella palabra «infalible», uno de los sargentos que estaba sentado frente a uno de esos escritorios, se puso en pie y se dirigió al otro lado de las máquinas.

—Frank, ¿tienes cigarrillos? —preguntó—. Los míos se han terminado.

Frank le tiró un paquete de «Chesterfields». El sargento alargó la mano para cogerlos. En aquel preciso instante en la Máquina número 6, un pequeño condensador dejó escapar un poco de aire. Fue algo que no hizo ningún ruido. Tan sólo un poquito de humo de volumen no mayor que el de una nuez, que desapareció instantáneamente.

El sargento olfateó el aire y, volviéndose hacia Frank, preguntó:

—¿Hueles algo; como si se estuviese quemando alguna cosa?

—Sí, esto es —dijo Frank—. Me estás pidiendo cigarrillos todo el tiempo y después no me los devuelves. Ya lo creo, soy yo el que ardo.

Al decir esto, los dos se sonrieron divertidos. El sargento regresó a su escritorio. Todo funcionaba normalmente... es decir, casi, pues una pequeña palanca impedía que el sargento viera esa diminuta partícula de carbón quemado encima del condensador que se había echado a perder. Ninguno de los instrumentos que había sobre su mesa denunciaban aquel pequeño desperfecto.

El diputado Raskob era un hombre fogueado, y se sobrepuso en seguida. Ahora incluso disfrutaba con aquella situación de emergencia. Era algo parecido a un problema de tipo político.

—¿Puede proyectarnos los aviones de caza que en este momento se dirigen hacia ese objeto no identificado? —preguntó Raskob.

—Desde luego, señor —dijo el coronel Cascio.

Movió varias palancas. A un metro escaso del punto rojo apareció un pequeño gusano fosforescente que fue haciéndose más claro hasta que se desglosó en seis puntitos separados, todos negros. La distancia entre ellos y también con el punto rojo iba disminuyendo en forma perceptible para el ojo humano.

—Son cazas canadienses. Seguramente son aviones subsónicos, así que rodearán el objeto no identificado dentro de media hora más o menos.

—Coronel Cascio, ¿qué información tenemos del ONI^[2]?

El coronel Cascio se acercó a la máquina y cortó otro pedazo de cinta. La entregó al general Bogan. Decía: «ONI en Ángel 30, velocidad 525, avanzando a 196».

—Esto significa que se encuentran a una altura de 9900 metros y marchan a una velocidad de 866 kilómetros por hora, a un ángulo de 196" —dijo el general.

—Supongamos, general, que los aviones llegan allí en el tiempo calculado. ¿Qué cree que encontrarán? —preguntó Raskob.

—Generalmente se trata de un avión comercial que ha olvidado enviar su hoja de ruta o que se ha salido de la misma debido a fuertes vientos —dijo éste—. Además, recuerde, señor, que hay un gran espacio neutro sobre el Atlántico donde ni los equipos de radar europeos ni los de América tienen la potencia suficiente para localizar aviones. Esto no constituía un verdadero problema cuando se trataba de aviones menos veloces volando a alturas más bajas, pero, en cambio, actualmente, con los «Jets», que vuelan tan alto y a tanta velocidad, es fácil que puedan desviarse varios cientos de kilómetros mientras están en ese «espacio neutro». También ocasionalmente el mismo radar comete algún error captando algún pequeño ruido que proviene de la luna o que es simplemente producido por un vuelo de gansos, o incluso el falso eco de un satélite. Pero los errores de radar puede decirse que han sido eliminados totalmente desde 1960.

—Supongamos que en realidad parezca un avión comercial, pero que, sin embargo, vaya cargado de bombas termonucleares que pretende pasar bajo ese disfraz... —dijo Raskob.

—También es posible, pero no probable —repuso el general encogiéndose de hombros—. Los pilotos de los aviones de caza se pondrían en comunicación por radio con el otro piloto preguntándole su punto de destino y

lugar de procedencia, y mientras tanto habrían comprobado la veracidad de esos datos retransmitiéndolos a la oficina de Aviación Federal para estar seguros de que se trataba de un vuelo ordinario. Por otra parte si los pilotos de los cazas abrigasen alguna sospecha se acercarían al avión y lo inspeccionarían de cerca. Si en realidad aquel aparato que a primera vista parecía ser sólo un «DC-8» tuviera cables u otros indicios que indicaran que llevaba un depósito de bombas, esto cambiaría la situación. Sí, mucho.

—¿Qué harían en ese caso? —preguntó Knapp—. Quiero decir si incluso después de haber inspeccionado el avión aún seguirían recelosos.

—Seguramente no —dijo el general Bogan—. Los cazas pedirían al avión que regresara a tierra y si no hacía caso de esta orden entonces nos tocaría tomar una decisión un poco difícil. Seguramente entraríamos en «Período Amarillo», se mandarían más cazas y los bombarderos se prepararían para estar a punto de partir. Pero aun así, un solo avión no identificado que se encuentra a más de mil kilómetros del Canadá o de cualquier ciudad americana, no constituye en realidad un gran peligro. Cualquier posible enemigo lanzaría mayor número de aviones para atacarnos. De lo que sí nos aseguraríamos es de que este avión solitario no estuviese en manos de un piloto fugitivo que intentase cometer su «harakiri» sobre Nueva York o Montreal.

—General, ¿puede hacer que aparezcan en el Gran Tablero también los bombarderos del SAC (Servicio de Control Aéreo) que vuelan hacia su «Límite-de-Seguridad»? —preguntó Raskob.

—Claro que sí, señor —dijo el general Bogan. Hizo una pequeña indicación con la cabeza al coronel Cascio y éste empezó a accionar unas palancas—. Lo que usted verá ahora será una proyección más detallada del hemisferio norte. Algo parecido a como lo vería si estuviese mirando hacia la tierra desde un punto situado directamente sobre el Polo Norte y a una altura de unos 165 000 metros.

De nuevo la proyección sobre el Gran Tablero fue borrándose lentamente. Cuando empezó a surgir la nueva imagen, las líneas de longitud se unieron en un solo punto en medio de la pantalla. El objeto no identificado y los seis cazas eran ahora unos objetos pequeños, y debido a que se hallaban proyectados a una escala mucho mayor, se iban acercando a su objetivo a una velocidad aparentemente menor. Seis grandes puntos verdes, fragmentados en pequeños puntitos luminosos, se hicieron claramente visibles. Incluso los ojos poco habituados de Raskob y Knapp veían claramente que esos puntos verdes avanzaban a mayor velocidad que los cazas y el objeto no identificado. Cada

uno de ellos se dirigía hacia una cruz verde que, en cada caso, se hallaba situada a una distancia considerable de las fronteras soviéticas, pero que, al mismo tiempo, formaba una especie de ancho círculo alrededor de éstas.

—Como puede ver, los bombarderos avanzan a una velocidad mucho mayor que los cazas o el ONI —dijo el coronel Cascio—. Son bombarderos «Vindicator» y vuelan a más de 2500 kilómetros por hora. También notarán que algunos de ellos, tal como ese grupo que tienen su base en Okinawa, pueden llegar a sus puntos Límite-de-Seguridad casi al mismo tiempo. El que tendría que atravesar una mayor distancia es el Grupo Seis; sí, ese que ahora se encuentra sobre el estrecho de Bering. Como pueden ver se está moviendo directamente hacia la cruz verde, encima de la isla de San Mateo, que se halla justo a unos 80 grados de longitud. Ése es su punto Límite-de-Seguridad.

—Faltan siete minutos para llegar al punto Límite-de-Seguridad —dijo una voz clara y fuerte que se oyó en toda la sala. Era una voz grabada en una cinta dirigida a una de las máquinas de calcular.

—Es una voz grabada previamente que empieza a contar automáticamente a los siete minutos, computando el tiempo que falta. No es probable que los aviones lleguen a sus puntos Límite-de-Seguridad, esto no ocurre casi nunca. Generalmente, los errores o perturbaciones en las estaciones de radar o del ONI son hallados mucho antes de que los bombarderos lleguen a sus puntos Límite-de-Seguridad. Cuando eso ocurre, aumentamos la frecuencia de nuestra transmisión de onda a los «Vindicator» y les ordenamos que vuelvan a sus bases, o a un punto donde puedan abastecerse de gasolina. Diré que quizá sólo una vez entre veinte, en que se llega a la «Posición Azul», esos aviones alcanzan sus puntos Límite-de-Seguridad.

—Pero supongamos que lleguen a ese punto y el objeto no identificado siga sin serlo. ¿Qué pasa entonces? —preguntó Raskob.

—Un verdadero diluvio de cosas —dijo Knapp inesperadamente.

Los tres hombres le miraron.

—La firma de Mr. Knapp fabrica gran parte del equipo que entra en funcionamiento al llegar a ese punto —explicó el general Bogan—. Lo primero que sucede es que, automáticamente, pasamos a «Posición Amarilla». Aunque la situación no haya cambiado en nada, el solo paso del tiempo ya constituye un peligro. Además, un número de bombarderos de reserva, equipados con armas defensivas y escoltados por aviones de caza, empezarán a volar hacia sus puntos Límite-de-Seguridad preparados para ayudar a la operación en conjunto.

—Faltan seis minutos para llegar al punto Límite-de-Seguridad —dijo la voz mecánica.

Una de las puertas de la Sala de Comando se abrió y entraron cuatro oficiales, sentándose frente a otros tantos escritorios.

—En este momento están presenciando una «Posición Azul», que no se presenta muchas veces —dijo el general—. En la mayoría de los casos el presunto peligro ha sido analizado y resuelto antes de esto. Sólo como precaución, en cuanto llegamos a seis minutos del punto Límite-de-Seguridad se empiezan a tomar los mandos de las diversas máquinas de la Sala de Comando.

Tanto el general Bogan como el coronel Cascio miraban fijamente el ONI. Los dos puntos parecieron fusionarse. Durante breves segundos el punto mayor fragmentado, correspondiente al caza, oscureció el pequeño puntito del ONI. El general Bogan hizo una señal con la cabeza al coronel. Éste se dirigió a la máquina y cortó otro pedazo de cinta y se la pasó.

En aquel momento el ONI desapareció de la pantalla.

—El objeto no identificado se encuentra volando ahora sobre las islas Nenieu, junto a la bahía de Baffin —leyó el general—. Está perdiendo altura rápidamente. Nuestros cazas han sobrevolado el objeto y ahora hacen una inspección visual. Todavía no nos han comunicado nada. Las señales de radar no pueden fijarse.

—Faltan cinco minutos para el punto Límite-de-Seguridad —dijo la voz mecánica—. De ahora en adelante computaremos el tiempo que falta para el punto Límite-de-Seguridad cada medio minuto.

—Pero, general, ¿qué diablos ha pasado con aquello? —dijo Raskob—. Ha desaparecido.

—Coronel Cascio, será mejor que pasemos a «Posición Amarilla» —dijo el general en tono que no admitía réplica.

Raskob y Knapp se volvieron rápidamente, fijando su vista en él. Éste no despegó los ojos del Gran Tablero.

—No deben preocuparse, señores; podríamos decir que nuestra decisión es puramente formal —dijo el general—. El ONI está actuando en una forma un poco fuera de lo habitual y tengo la facultad de pasar a «Posición Amarilla» si lo creo conveniente. Lo he hecho porque el ONI ha bajado unos mil metros y ha desaparecido en la hierba. Por «hierba» entendemos una especie de poso que se forma en el fondo del radioscopio y que es producido por las interferencias procedentes de los montes, por algún defecto inherente a los mismos tubos o por otras causas que no nos acabamos de explicar. Pero en

cuanto el objetivo se encuentra en esa zona de «hierba», el radar no lo encuentra. Puede tratarse de un avión que haya sufrido alguna avería en su mecanismo y esté a punto de estrellarse, pero también cabe la posibilidad de que sea un avión enemigo que intenta evadirse.

El general Bogan se volvió a mirar a los dos visitantes. El rostro de ambos denotaba una expresión que ahora ya le era conocida. Era una mezcla de excitación, horror y malicia. No era nada agradable, pero había aprendido años atrás que, incluso los aviadores más experimentados, sentían una especie de morbosa fascinación cuando se estrellaba un avión.

—Faltan cuatro minutos y medio para el punto Límite-de-Seguridad —dijo la voz.

Sobre el Gran Tablero, los seis puntos correspondientes a los seis «Vindicator» se acercaban a sus puntos Límite-de-Seguridad. Era una maniobra elegante, y tenía aquella gracia alada de un grupo de danzarines de ballet colocándose en sus puestos. Cada grupo se encontraba exactamente a la misma distancia de su punto Límite-de-Seguridad y cada uno se movía ahora a su máxima velocidad.

—Cuatro minutos para el punto Límite-de-Seguridad.

Dijo una voz que salía de otro de aquellos pupitres. Un mayor que estaba frente al mismo rompió la cinta y se la pasó al general Bogan. Sin pararse a pensarlo, éste chilló:

—¡Pasen a «Posición Verde», hagan el favor de proyectar los bombarderos ligeros, los defensas «Skyscraper» y los tanques «Jet» sobre el Gran Tablero!

—Qué diablos... —empezó a decir Raskob, pero se paró antes de acabar la frase al ver que el general levantaba la mano.

La luz del Gran Tablero ahora era verde. Un ruido agudo, parecido al de un claxon, atravesó el gabinete. Empezaron a abrirse distintas puertas y al cabo de treinta segundos había un hombre al mando de cada uno de los escritorios del gabinete.

—Faltan tres minutos y medio para el punto Límite-de-Seguridad —seguía diciendo aquella voz imperturbable.

El Gran Tablero se iba llenando de extrañas formas que parecían florecer allí mismo. Detrás de cada grupo de «Vindicator» aparecía un solo punto grande. Eran tanques transportados por el aire. Dos pequeños puntitos fragmentados aparecieron a babor y estribor de los «Vindicator» y avanzaron formando ángulo hacia ellos. Representaban a los cazas que entraban en

acción siempre en toda maniobra Límite-de-Seguridad pero que no habían sido proyectados sobre el Gran Tablero hasta aquel momento.

El coronel Cascio explicó rápidamente la nueva situación a los dos visitantes, sin despegar sus ojos del tablero.

—Tres minutos hasta el punto Límite-de-Seguridad.

—¿Puede explicarnos sus razones para entrar en «Posición Verde»? —murmuró Knapp.

—No, señor, no puedo, por las mismas razones que le di antes —dijo el general Bogan sin mirarle siquiera. Su voz tenía una nota impersonal e imperativa—. Coronel Cascio, venga conmigo a mirar el escritorio 413-L.

Miró a Raskob y Knapp al volverse y sintió el impulso de explicárselo todo y en seguida le invadió una intensa preocupación.

En cuanto llegaron al escritorio, el general Bogan pasó el pedazo de cinta al coronel Cascio. Decía: «Extendido línea DEW estación n.º 4.6 sobre ONI. Hay alguna interferencia atmosférica, pero ONI no es un vehículo reactor de aire».

—Faltan dos minutos y medio para el punto Límite-de-Seguridad —decía aquella voz mecánica. La voz se oía ahora mucho más tenue, pues las docenas de aparatos de la sala, ahora en funciones, producían un fuerte murmullo que sofocaba su agudo timbre.

—¿No es un reactor de aire? —preguntó el coronel Cascio. Su voz denotaba pavor. El coronel Cascio se dirigió al oficial frente al escritorio y dijo—: Trata de ponerte en contacto con la línea DEW n.º 4.6 y mira si tienen alguna nueva información que confirme lo del ONI.

El oficial repitió la orden pero mientras hablaba sus dedos iban moviendo resortes y palancas. Se encendió una línea que contenía tres luces verdes.

—Dos minutos para el punto Límite-de-Seguridad.

—Si no es un reactor de aire —dijo el general Bogan lentamente—, quizá se trate de un avión comercial al que le fallan sus cuatro motores y no desarrollan la velocidad suficiente para que la turbulencia del aire pueda ser captada ni siquiera por los nuevos detectores de turbulencia del sistema DEW.

—Un minuto y medio para el punto Límite-de-Seguridad.

—Si se trata de un avión comercial al que le fallan los motores, lo sabremos en seguida —dijo el coronel Cascio—. El piloto podrá volar sin motor sólo un corto tiempo y luego se estrellará.

El general Bogan miró fijamente al coronel Cascio unos momentos.

—No necesariamente —dijo con estudiada calma—. Saca a esos dos visitantes de aquí.

El coronel Cascio se acercó a Knapp y Raskob con velocidad casi animal. Les dijo unas palabras muy aprisa. La voz de Raskob se alzó en son de protesta. El general Bogan se dirigió inmediatamente hacia ellos.

—Ahora, ¡maldito sea!, escúcheme bien, general, si estalla una guerra nuestras vidas peligran tanto como la suya y quiero saber qué pasa —dijo Raskob.

—¿Quién mencionó la palabra guerra? —preguntó el general. De pronto su voz se hizo dura como un látigo—: El coronel Cascio les ha pedido que abandonen el gabinete y lo hizo obedeciendo órdenes mías.

La voz se oyó de nuevo:

—Falta un minuto para llegar al punto Límite-de-Seguridad.

Raskob había separado un poco más los pies. Tenía un aspecto definitivo y feroz de pirámide. El general Bogan se dio cuenta instantáneamente de que se trataba de un hombre acostumbrado a la pelea.

—No trate de engatusarme, general —dijo Raskob—. Tal como yo veo la situación, estamos a punto de que estalle la guerra y, ¡por todos los demonios!, que saldré de aquí para reunirme con mi familia en Nueva York o si no puedo hacerlo me quedaré aquí mismo sin moverme y veré lo que pasa. Lo que no pienso hacer es dejar que me lleven a uno de sus lavabos o a cualquiera de esas pequeñas habitaciones que tienen por aquí. No, a menos que sea por la fuerza, y hablo en serio, general.

—Falta medio minuto para el punto Límite-de-Seguridad —decía la voz—. Desde ahora empezaremos a computar el tiempo por segundos. Veinticinco, veinticuatro, veintitrés...

El general Bogan miró de nuevo a Raskob y vio claramente que no podría sacarlo de allí si no era a puñetazos. Tenía otras cosas más importantes que atender. Se olvidó de él y empezó a hablar con el coronel Cascio.

—Puede ser que no se trate de un avión comercial a punto de estrellarse —dijo—. También podría tratarse de un pretendido avión cohete enemigo que una vez conseguida bastante altura ha parado sus cuatro motores hasta llegar a unos veinte metros del suelo, donde nuestro radar ya no es efectivo.

Una expresión dolorosa cubrió el rostro de Cascio.

—Puede que esté en lo cierto, general —dijo el coronel Cascio—. Es posible.

De repente el general Bogan se dio cuenta que la mirada angustiada de Cascio era porque no había considerado lógicos esos puntos de vista y no debido a la situación.

—Quince, catorce, trece...

El teletipo empezó a moverse en el escritorio 413-L. El oficial encargado del mismo se echó atrás, apartándose de la cinta para que los otros dos hombres pudieran verla mejor. La cinta iba surgiendo a la velocidad normal pero al general le parecía que lo hacía con una deliberada lentitud.

—ONI confirmado «Boeing 707» pero zona de «hierba» no deja obtener impresión total —decía la cinta—. Los operadores dicen que a pesar de las interferencias confirman ONI reacción idéntica al 707.

—Ocho, siete, seis, cinco...

Sobre el Gran Tablero se veían a los seis grupos de bombarderos, a punto de converger con las cruces verdes que marcaban sus puntos Límite-de-Seguridad. Cada uno se encontraba a la misma distancia exactamente de su cruz verde, pero la distancia era pequeñísima. El puntito del ONI era invisible ahora, aunque, de vez en cuando, desprendía un pequeño destello que desaparecía luego. Durante el curso de innumerables ejercicios, el general Bogan había visto a muchos cazas, e incluso bombarderos pesados, entrar así volando muy bajo y aprisa, a saltos, moviéndose de un lado al otro, aprovechando cualquier grupo de árboles y los montes bajos, logrando evadir el ojo mecánico del radar durante cientos de kilómetros.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, tan deliberado como si abriera lentamente su mano cerrada, el general logró calmarse. Así y todo sintió cómo una sola gota de sudor, ácida de tensión, le resbalaba por el espinazo. Le pareció que no era sudor sino un pedazo pequeño y sólido de metralla.

Otras veces habían llegado al punto Límite-de-Seguridad pero el general Bogan nunca había visto un ONI que actuara de modo tan extraño. Mientras estaba allí parado, mirando el Tablero, ocurrieron tres cosas. La voz mecánica dijo: «Todos los grupos a su punto Límite-de-Seguridad», y los seis puntitos correspondientes a los bombarderos se juntaron simultáneamente de un modo hermoso y perfecto con sus cruces verdes.

El teletipo del escritorio 413-L empezó a sonar de nuevo. El general Bogan miró hacia allí, y al hacerlo, vio los rostros de Knapp y Raskob. Raskob tenía los dientes apretados, pero sus ojos no mostraban temor. Su semblante astuto e inteligente indicaba que entendía perfectamente lo que estaba sucediendo. Knapp parecía hipnotizado por toda aquella maquinaria. El general Bogan tuvo la impresión de que no se daba cuenta de lo que pasaba. Las palabras empezaron a salir de nuevo de un modo terriblemente lento de la máquina 413-L. Decían:

—ONI se encuentra ahora a 340 metros de altitud. Se ve claramente que es un aparato generador de aire. Creemos que se trata de un avión comercial

«Boeing» 707 de la BOAC, que ha vuelto a poner en funcionamiento sus dos motores «jet».

—Todo bien, coronel Cascio —dijo el general Bogan—. De todos modos parecía muy absurdo, porque si hubiesen venido seguramente lo habrían hecho con varios aparatos. Sin embargo, deje que los «Vindicator» se mantengan volando en sus puntos Límite-de-Seguridad hasta que esto nos sea confirmado de un modo más positivo por los cazas canadienses.

El coronel Cascio se puso de pie y, aunque sonreía, seguía lamiéndose la comisura de los labios con su lengua rosada.

—General, seguirán en órbita pase lo que pase —dijo—. Es SOP^[3]. Pero todavía no estoy muy seguro de ese ONI. ¿No es posible que los rusos pensaran exactamente a qué conclusiones llegaríamos si añadían un par de motores «jet» a ese pretendido avión y los pusieran en marcha al llegar a una distancia en que pudiera captarlo el sistema 413-L?

—Es posible —dijo el general Bogan sin darle demasiada importancia—. Pero no muy probable. En conjunto no me parece un cálculo acertado.

Se miraron y sonrieron, pero de pronto el general Bogan tuvo la sensación de haber dicho algo inconveniente. El coronel Cascio bajó los ojos.

El general se volvió entonces a sus invitados.

—Es casi seguro que este ONI es un avión comercial de la línea BOAC cuyos motores perdieron velocidad y luego la recuperaron a baja altura —les dijo—. Debemos seguir en «Posición Verde» hasta que nos lo confirmen, pero a mi entender no se corre ningún riesgo ahora.

—Me gusta todo este jaleo —dijo Raskob quedamente—. Quiero decir que es tan agradable y sedante encontrar que hay personas que pueden ordenarlo todo y amarrarlo con una cinta, que nos libra de preocupaciones. Debo añadir, general, que en este mundo hay, lo juro, contadísimas cosas que se libren de la tontería.

El teletipo de la máquina 413-L repicaba.

Esta vez, el general Bogan esperó a que el mayor le entregara la cinta. La leyó a sus visitantes. Decía: «ONI entrado en campo de visión y puesto en contacto por radio. Se trata del vuelo n.º 117 de la BOAC. Su cambio de ruta se debió a fuertes vientos soplándole por la cola y a pérdida de velocidad en dos de sus motores debido a fallo de las hélices, lo que las colocó en posición “off”. Entrando en funcionamiento nuevamente a 340 metros de altitud».

—Esto es todo, señores, siento haberles alarmado —dijo el general Bogan.

El coronel Cascio se inclinó hacia adelante y movió una simple palanca. Instantáneamente la orden transmitida por radio se hizo visible en el Gran Telón. Los bombarderos empezaron a moverse hacia sus bases trazando una larga curva. Los aviones tanque «jet» se separaron formando ángulo de su grupo de «Vindicator». Los bombarderos de defensa viraron rápidamente trazando un ángulo de 180°. La potente luz del Gran Tablero se apagó. Los hombres empezaron a salir del Gabinete y disminuyó el ruido de las máquinas.

Fue Raskob el que lo notó primero. Miró fijamente al tablero unos segundos, y, luego, volviéndose al general Bogan sonriendo sarcásticamente dijo:

—¿Pero qué diablos estará haciendo aquel punto número seis? ¡Pero si ha pasado más allá del punto Límite-de-Seguridad y sigue en dirección a Rusia!

El general Bogan giró sobre sus talones, su codo se clavó en el cuerpo nervioso y tenso de Knapp, pero ni tan sólo se dio cuenta. Se quedó mirando el tablero asombrado, sentía su cuerpo como si fuese un solo y terrible músculo torturado. La cabeza le ardía y no podía concentrarse en nada más que no fuese aquella cosa. «El grupo seis ha rebasado el punto Límite-de-Seguridad». Habló con la boca un poco torcida, dándose cuenta de un modo algo grotesco de su parecido asombroso en aquel momento con un conocido actor de cine.

—Coronel Cascio, comuníqueme con el Presidente por el teléfono rojo —dijo el general Bogan con un timbre de voz afectada y muy bajo.

Al mismo tiempo que entregaba al general Bogan el teléfono rojo, el coronel Cascio tomó el libro que decía «Diario Teléfono Rojo». Echó una rápida mirada al reloj de pared y escribió «10,30».

DESCENSO CON AUTORIDAD Y POMPA

Buck salió de la oficina a las 10,34. Movido por un impulso innato ordenó su escritorio, se puso la chaqueta y luego le pasó el cepillo. Pensó ir a peinarse al lavabo para hombres, pero en cuanto cruzó la puerta se dio cuenta de que eso era imposible.

Parado enfrente de la misma, unos pasos más allá, vio a un mayor de infantería de Marina. Respiraba hondo.

—¿Es usted Mr. Buck? —preguntó.

—Sí —contestó Buck, y tras una corta pausa añadió—: Señor.

—¿Me podría mostrar su carnet de identidad, señor?

Buck hurgó en su cartera buscándolo. Durante todos aquellos años, todo se había reducido a un mero formulismo exento de importancia cada vez que entraba en el recinto de la Casa Blanca; entonces sacaba la cartera y se la mostraba a *Bote*, éste movía la cabeza en señal de asentimiento y él seguía su camino. Buck sentía que la situación se hacía embarazosa. Era muy posible que hubiese olvidado el carnet de identidad en casa. Volvió a echar un vistazo a las tarjetas que llevaba, cada una dentro de su cubierta de celofán. El mayor permanecía inmóvil, con la vista fija, fingiendo no darse cuenta de los apuros que estaba pasando Buck. Todavía no había podido recuperar del todo su respiración normal y el ruido que hacía al inhalar y volver a expeler el aire por la nariz dominaba todos los otros ruidos más pequeños del corredor. La tarjeta del «Diner's Club», la de la biblioteca de la Escuela de Derecho, un retrato de su hija, un retrato del «Porsche» recién pintado, una tarjeta de crédito de una compañía de gas, otra de socio de una asociación de lingüistas profesionales, una fotografía de sus padres. Miró en el compartimiento donde llevaba los billetes de banco: siete dólares.

Buck levantó la vista hacia el mayor; le quedaba un solo lugar donde buscar. Sí, la tarjeta de identidad estaba allí. Casi suspiró de alivio.

El comandante tomó la tarjeta sujetándola con fuerza y miró la fotografía pegada en la misma. Entonces se movió un poco y examinó el perfil de Buck. El nerviosismo de éste aumentó.

—Mr. Buck, aquí dice que tiene usted una pequeña cicatriz en la muñeca. ¿Puedo verla?

—Es muy poca cosa; me la hice jugando al fútbol en el Instituto —dijo Buck, mientras se subía un poco la manga.

El mayor la miró fijamente. Luego se cuadró y le devolvió la tarjeta.

—Sígame, señor —dijo el mayor, y empezó a caminar pasillo abajo con paso ligero.

—Sí, señor —dijo Buck y tuvo una ligera duda. Si el mayor le llamaba señor, quizás él no debía darle el mismo tratamiento. Buck decidió no hacerlo. Sintió una especie de satisfacción al guardar de nuevo su tarjeta de identidad en la cartera.

Ahora el mayor caminaba unos pasos más adelante. Buck corrió un poco para alcanzarle y luego prosiguió a su mismo paso. A Buck, que era un poco más bajo, le costaba seguirle.

Pasaron del anexo de la Casa Blanca a ésta y luego por varios pasillos que Buck no había visto nunca hasta entonces; doblaron por otro y cuando estuvieron más o menos a la mitad de éste, el mayor se paró y se cuadró de nuevo. Un hombre alto y delgado, acompañado de una mujer que iba tomando notas en una libreta avanzaba hacia ellos. A la izquierda de Buck había un ascensor. Buck se dio cuenta entonces de dos cosas casi al mismo tiempo: primero, el ascensor estaba pintado del color verde del ejército y el que lo conducía era un oficial; segundo, el hombre que venía hacia ellos era el Presidente y la mujer que le acompañaba su secretaria, Mrs. Johnson.

Buck había oído hablar de ella. Le habían dado el apodo de «Johnnie» y tenía una personalidad muy genuina. Sus pasos denotaban autoridad y seguridad en sí misma. Su actitud hacia el Presidente oscilaba delicadamente entre la de una abnegada niñera y la de una secretaria. Había empezado su carrera como secretaria del famoso padre del Presidente hacía más de cuarenta años. Se había convertido desde entonces en un competente y eficiente instrumento de la familia, sin que por ello se permitiera ninguna clase de familiaridades. Cuando el Presidente entró en el campo político como candidato para el Congreso, pidió a su padre que le dejara tomar a Johnnie a su servicio. Cuando ocupó la presidencia años más tarde, Johnnie le siguió

automáticamente. Ahora tenía el pelo blanco y estaba mucho más gruesa, pero sus modales hacia el Presidente no habían cambiado lo más mínimo. No le temía, pero su actitud tampoco era demasiado familiar.

Cuando el Presidente estuvo a cinco pasos de ellos, el mayor le saludó cuadrándose. El Presidente inclinó levemente la cabeza en señal de saludo y se dirigió hacia el ascensor con paso elástico; caminaba como una persona atlética amante del ejercicio físico.

—Dile a Pete que no dé ni el más leve indicio a la gente de la prensa de que nos enfrentamos con un estado de emergencia —dijo el Presidente a su secretaria. Ella anotó algo en su cuaderno—. Llama al Vicepresidente también y explícale exactamente lo que ha ocurrido. Ya sabe lo que tiene que hacer. Llama al senador Fullbright y pídele que llame al Vicepresidente. No, mejor que pase por la oficina del Vicepresidente.

El Presidente se paró frente al ascensor. Le dio la mano al mayor y luego, mirando a Buck, dijo:

—Hola, Buck. Recuerdo que le vi en su oficina ya hace algún tiempo.

«Hace algún tiempo» significaba varios años, pero a pesar de ello Buck se sintió satisfecho.

—Sí, señor —dijo Buck—. Soy el traductor de ruso.

Sin pronunciar palabra, más bien por la sola actitud de su propio cuerpo, el Presidente los hizo entrar en el ascensor a todos, incluso la secretaria. A pesar de su color francamente militar, Buck notó que el ascensor era nuevo y muy bueno. Sólo tenía una cosa especial; en el fondo había una rueda muy grande con una placa encima que decía: PARA HACER FUNCIONAR EL ASCENSOR EN CASO DE FALLAR LA FUERZA, GIRAR A LA DERECHA PARA QUE BAJE, GIRAR A LA IZQUIERDA PARA QUE SUBA.

Las puertas del ascensor se cerraron de golpe e instantáneamente empezó a bajar. A Buck le parecía que iban cayendo como una piedra en el vacío. Las piernas le flaquearon un poco, pero se sobrepuso y, en seguida, sintió un peso triste y desolado en el estómago. Buscó la pared para apoyarse, porque tenía la sensación de que iba a marearse. No tenía ni idea de la profundidad a que se encontraba el refugio antiaéreo de la Casa Blanca. Pero vomitar allí, en aquel impecable ascensor del ejército, con el oficial operador y el Presidente apoyados confortablemente contra la pared mientras la secretaria escuchaba sus palabras y el mayor, aparentemente tan tranquilo, parecía tallado en madera, habría sido demasiado.

Pararon suavemente como sobre muelles al cabo de pocos segundos. A Buck se le doblaron las rodillas unos centímetros, pero lo mismo sucedió a todos los que iban en el ascensor. Se sintió aliviado.

La puerta se abrió de golpe y entraron en una habitación espaciosa que contenía media docena de escritorios. A la izquierda había una pantalla luminosa que cubría todo un paño de pared. Se parecía a una pantalla cinematográfica, pero era más gruesa, de una densidad especial. Unos objetos extraños se movían sobre la misma como centelleantes gusanos. Buck no alcanzó a distinguir más que seis cruces verdes. Cinco iguales y otra que tenía un extraño destello de luz a unos centímetros de distancia.

Detrás de los escritorios había varias personas que a Buck le parecieron vagamente familiares. Reconoció a uno de ellos; era uno de los ayudantes especiales del Presidente, y se dio cuenta que los otros pertenecían también al Servicio Especial de la Casa Blanca o eran oficinistas del mismo. Todos los hombres que se hallaban en la habitación saludaron en posición de firmes, pero lo hicieron de un modo que traslucía confianza. El Presidente se limitó a saludarles con una leve inclinación de cabeza, sin pronunciar palabra. Los rostros de todos los ayudantes se volvieron de nuevo hacia la pared luminosa. El Presidente se dirigió hacia una puerta a la derecha seguido por el pequeño grupo que le acompañaba. Un coronel de la Armada la abrió de par en par, era su ayudante naval.

—Esto es todo, mayor —dijo el Presidente de un modo casual, y éste no entró con ellos en la oficina.

Buck sentía un gran respeto por todos los que tenían conocimientos que él no poseía. Primero se dio cuenta de que todos aquellos hombres se encontraban muy a sus anchas con el Presidente y, teniendo en cuenta sus altas graduaciones, títulos universitarios, libros escritos, discursos, posiciones ganadas, crisis pasadas, su fama de hombres duros y los rumores que corrían sobre sus atrevidos modales, no le sorprendió su actitud. En segundo lugar le asombraba esa naturalidad tan especial del Presidente. Lo notó en seguida en la manera como indicó al mayor que ya no lo necesitaba. No era humillante ni brusca, sólo natural y obvia. Era como un simple y amistoso movimiento de hombros, que para el mayor fue más significativo que una larga frase y, sin embargo, no era ofensivo.

El Presidente les llevó a una pequeña oficina. En ella había un escritorio de tamaño mediano y encima varios teléfonos. Había una silla a cada lado del mismo. El sonido del aire acondicionado era como de una fuerte pulsación. El

Presidente se sentó detrás del escritorio. Indicó a Buck que se sentara también. El Presidente se dirigió a Mrs. Johnson.

—Mira, Johnnie, preveo que algo andará mal entre Pete y la gente de la prensa —dijo el Presidente—. Pete llevará bien el asunto, pero alguien se enterará y empezará a llamar a Scotty o a telegrafiar o harán alguna otra maldita cosa. —Hizo una pausa, se echó hacia atrás apoyándose en el respaldo de la silla, tomó un lápiz y lo miró como si lo estudiase cuidadosamente—. Dile a Pete que les comunique a todos que es algo importante, pero nada terrible. No, por ahora. Nada fuera de lo normal. Que no dejen traslucir nada. Que se les escape algo y ese individuo y su diario son hombre muerto. Ahora y para siempre. ¿Entendido?

—Se lo diré a Pete exactamente —dijo Mrs. Johnson, y sonrió.

—¿Y qué hacemos con el grupo del Pentágono? —dijo el Presidente, sonriéndole a Mrs. Johnson, sin hacer caso de su pequeño comentario—. Usted debe tener una lista o algo...

—Sí, señor Presidente, aquí está —dijo Mrs. Johnson. Miró entre los papeles que traía. Lo hizo con la rapidez que lo haría un experto jugador de cartas barajándolas rápidamente. Una tarjeta blanca apareció entre sus dedos.

La precisión con que encontró la tarjeta también infundió confianza a Buck. Estaba seguro de responder bien ante gente tan preparada y segura de sí misma.

—Entréguesela a Mr. Buck —dijo el Presidente.

Mrs. Johnson le pasó una tarjeta blanca y tiesa. La miró. En la parte superior de la misma estaban impresas las palabras: Pentágono Grupo de Alerta. Había sido extendida esa mañana a las 8,00 y Buck se dio cuenta que con toda seguridad debían hacer una lista nueva cada día. La lista contenía el nombre de todos los jefes adjuntos de personal, de los secretarios y de un representante del Consejo Nacional de Seguridad. Buck notó que después del nombre del secretario del Aire había una frase escrita a mano que decía: «En Dallas para inaugurar un nuevo lugar de lanzamiento de proyectiles. Volverá el jueves».

Uno de los teléfonos encima del escritorio del Presidente sonó y se encendió una luz.

—Seguramente será Bogan desde Omaha —dijo el Presidente. Mrs. Johnson empezó a caminar hacia la puerta—: Espera un segundo, Johnnie.

El Presidente tomó el teléfono. Dijo «¡Hola!», pero, sin duda, alguien había empezado a hablar en seguida y con rapidez.

Con un gesto automático, Buck miró su reloj. Eran las 10,37.

Mrs. Johnson se acercó a Buck. Por primera vez notó que las mejillas de aquel rostro de mediana edad eran lisas y estaban enrojecidas por la emoción. Se agachó un poco hacia Buck y le habló en voz baja y excitada.

—Por lo menos la situación en que nos encontramos ahora es mucho mejor de lo que era en 1950, cuando empezó todo aquello de Corea. Es una de las primeras cosas que logré cambiar aquí —dijo orgullosa—. Ese pobre hombre Truman apenas tenía quién le aconsejase. Prácticamente tuvo que tomar una decisión solo. Telefoneó al Gobierno de Estado, al Pentágono, a la Colina, aquí y allí, a todos. No había nadie en casa. Así es que lo tuvo que hacer todo solo.

«¿Hizo qué?», pensó Buck para sí.

Buck levantó la vista y miró a Mrs. Johnson sonriendo débilmente. Se decía que tenía una memoria ilimitada y unos conocimientos enciclopédicos y que era muy difícil entenderse con ella. Había oído decir, y no recordaba dónde, que cuando sus mejillas aparecían lívidas, cubiertas por pequeñas manchas rosadas, ello equivalía al estado en que se encontraba Hitler cuando estaba a punto de sufrir un ataque epiléptico.

Ahora Buck se dio cuenta por primera vez de que se trataba de algo más que un simple ejercicio, que quizás iban a tomarse grandes decisiones. Se le secó la garganta pero tal como había aprendido a hacerlo siempre que se sentía demasiado preocupado, sus labios se abrieron en una sonrisa todavía más ancha fingiendo a la perfección hallarse realmente interesado y divertido. Entonces vio que los ojos del Presidente se fijaban en él, interrogantes y curiosos, por encima del teléfono.

CIELOS AZULES, OSCURAS PROFUNDIDADES

Cinco segundos después que el general Bogan terminó de hablar con el Presidente, el teléfono estaba de nuevo colocado en su sitio y el general, junto con el coronel Cascio, se dirigía a una puerta situada a unos tres metros del escritorio central. Ambos sentían que no debían alarmar demasiado a Raskob y a Knapp. Caminaban con paso rápido, pero lo hacían con aparente tranquilidad. Repetían algo, largo tiempo ensayado. Por primera vez se movían impulsados por una razón inmediata y, a pesar de ello, su paso era mesurado.

Frente a la puerta colgaba un letrero que decía: CONTROL TÁCTICO. El coronel Cascio abrió la puerta y los dos entraron. Aquella sección estaba a cargo de un sargento que, incluso en el momento en que saludó en posición de firmes, lo hizo sin apartar los ojos de los controles de luces y mecanismos que llenaban la habitación. La máquina del centro era una consola larga y estrecha con una hilera de interruptores que se extendían de arriba abajo como un espinazo. Inundaba la habitación un zumbido tenue, más bien agradable, parecido al de una colmena que se encontrara a cierta distancia en un día de calor. Encima de una mesa, ante la consola, había un solo teléfono.

—Todos los puestos de mando a «Posición Roja», sargento —dijo el general Bogan.

—Todos los puestos de mando a «Posición Roja» —repitió el sargento.

Con un gesto experimentado, debido a la mucha práctica, pasó la mano por encima de aquellos treinta interruptores moviéndolos y debajo de cada uno apareció instantáneamente una luz roja mientras que otras luces idénticas, pero verdes, que estaban encendidas encima de los interruptores, se apagaron.

—¿Verificación? —preguntó el coronel Cascio mirando al sargento.

El general Bogan sintió un pequeño destello de confianza al oír la voz del coronel. Su ayudante conocía perfectamente todos los ejercicios de rutina, procedimientos, manejo y funcionamiento de cada una de las estancias que estaban al servicio del Gabinete de Guerra. Esto complacía al general. En parte porque le confirmaba en su creencia de conocer bien a los demás y, también en parte, porque la destreza límpida y sencilla del coronel era en sí tranquilizadora.

El sargento se volvió y miró el tablero de señales de otra máquina, observando que la máquina hacía dos cosas: Verificar que la larga consola central funcionaba perfectamente, y confirmar que cada uno de los puestos de mando del Servicio de Control Aéreo (SAC) esparcidos por todo el mundo, habían entrado «en contacto» y recibido la «Posición Roja». Era meramente otra precaución que se tomaba para asegurarse de que no ocurría ningún fallo mecánico.

—Entrada en contacto con todos los puestos de comando y circuitos de control táctico en funcionamiento —dijo el sargento.

El general Bogan tomó el teléfono que había encima de la mesa. En cuanto hablara, su voz sería retransmitida por una red de transmisores al menos por tres ondas distintas a cada uno de los puestos de control del SAC.

—Aquí el general Bogan, en Omaha —dijo el general—. He dado orden de pasar a «Posición Roja», pero no he dado orden de entrar en «acción»; por favor, confirmen.

Habían entrado en el sistema de «Posición Roja», el último paso entre alarma y acción. Era el momento en que una compleja red de hombres y máquinas llegaban a su punto de máxima preparación. Fragmentos de todo aquel sistema entraban en movimiento activo, pero gran parte de ese enorme contingente se encontraba en un punto tenso de preparación. Hacía bastante tiempo que el cuerpo de investigadores del SAC se habían percatado de que las «alarmas por colores» eran algo confusas. Para los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, el rojo era decisivo. Para otros significaba sólo una simple espera, una sencilla señal de tráfico. Todos los que formaban parte de aquel extenso sistema sabían que esta última posición de alerta significaba tan sólo el momento de máxima tensión, de enorme preparación, de una serie intrincada de medidas de precaución. En cuanto se movían aquellos interruptores y se pronunciaban esas palabras, entraba en funcionamiento una combinación extraordinaria de lo más delicado y lo más burdo, de lo individual y lo colectivo, que era, en realidad, como una orquestación.

Mientras el general Bogan oía confirmar a cada uno de los oficiales de guardia tanto la orden verbal como la mecánica, recordó algo que había dicho meses atrás el coronel Cascio a propósito de la «Posición Roja»: «Es como el comienzo de una carrera de cien metros. Excepto que, no obstante estar realizando continuamente pruebas alcanzando el “tiempo prefijado” y la “máxima preparación”, hay que permanecer quieto, cubierto de sudor y esperando con todos los músculos en tensión. Pero la pistola no se dispara y no nos llega nunca la señal de partida».

Para el general Bogan era una cosa muy distinta. Todo aquello se debía a que el coronel Cascio había sido en sus tiempos de estudiante una de las «estrellas» en carreras cortas de velocidad y había recorrido los cien metros en menos de 10 segundos. Incluso se rumoreaba, entre los hombres del ejército, que aún corría los 100 metros en poco más de diez segundos. El general Bogan nunca le preguntó nada al respecto, pero le parecía posible, pues el coronel tenía algo en su porte que recordaba la forma alargada de un jaguar. Se mantenía en un estado físico perfecto, aunque no se jactase de ello. Jamás hablaba de sus arduos ejercicios gimnásticos y nunca trataba de convencer a los demás de la necesidad de combatir la obesidad y de mantenerse físicamente fuerte. Sencillamente, lo hacía para mantenerse en forma.

En cuanto el general Bogan terminó de recibir las contestaciones que confirmaban su mensaje, la operación de transmitir la orden de «Posición Roja» se consideró terminada. La transmisión de la misma era iniciada por un ser humano, controlada por una máquina, que era controlada por otra persona y ésta, a su vez, controlada también por otra máquina, y todo el conglomerado de hombres y máquinas era cuidadosamente vigilado por otros hombres y máquinas que lo verificaban. Este enorme conjunto hombre-máquina se ponía en marcha por sí solo, se controlaba, coordinaba, refrenaba y se pasaba la información recogida a sí mismo, filtrando cuidadosamente todos los datos recibidos del exterior y poniendo automáticamente en funcionamiento otros sistemas a su servicio.

En la base de las Fuerzas Aéreas de Barksdale, Louisiana, el oficial a cargo del segundo contingente de Fuerzas Aéreas colgó el teléfono en cuanto confirmó la orden del general Bogan. Apretó el botón de una máquina de control electrónico, para asegurarse de que la orden verbal dada por el general había sido recibida, a su vez, por la máquina encargada de ello en Omaha. Entonces tocó otro timbre situado junto al teléfono. Casi instantáneamente sonó el alarido de una veintena de sirenas colocadas en distintos lugares. El

gigantesco edificio-cuartel se transformó inmediatamente. Una pared entera del mismo desapareció enrollándose. En el interior había diez camionetas «station wagon» cada una con su motor de inducción, que ahora se movía lentamente, enchufado en un dispositivo especial en el suelo. Sentado frente a cada uno de los volantes había un soldado. En el espacio que quedaba detrás de esas camionetas se encontraba el bar, con mesas para jugar a cartas, aparatos de televisión, sofás y sillas, en el que había unos cincuenta hombres. El ambiente que reinaba allí unos treinta segundos antes era tranquilo; una mezcla un poco fuera de lo corriente de casa-hogar, salón de recreo y centro de reclutamiento. En cuanto se abrió la puerta y las sirenas empezaron a sonar, cada uno de los hombres corrió a ocupar su puesto en el camión que le correspondía. Con una precisión magníficamente aprendida, los camiones partieron atravesando el vasto campo. Cada camión se paró junto a un bombardero «Vindicator» y la tripulación empezó a salir de él. Mientras tanto, los bombarderos supersónicos ya se encontraban listos; preparados cada uno por su destacamento que se encargaba de poner en marcha los motores para que se calentaran, debiendo mantener además un control constante de las partes esenciales de los complicados bombarderos. Estas brigadas entregaban entonces sus aparatos a otros hombres que les eran completamente extraños, sin quitar los ojos de los instrumentos a su cargo hasta el último momento y luego, sonriendo, cedían el mando a esos tripulantes desconocidos, saltaban del avión y subían a los camiones que les esperaban.

Dos minutos y medio escasos después de haber sonado la primera señal de alerta, el primero de ese grupo de bombarderos rodó hacia el extremo de la ancha pista y empezó a moverse por encima de la faja de asfalto negro. Cinco minutos más tarde de dar la señal de «listo», los aviones estaban en el aire.

La actividad de Barksdale no cesó por eso. Por el contrario, aumentó. En cuanto despegó el primer grupo de bombarderos, una nueva serie entró en preparación, mientras nuevos contingentes de tripulantes ocupaban los cuarteles y los camiones habían regresado, colocándose en sus lugares de origen.

Las puertas del barracón de alistamiento estaban cerradas. Ninguno, ni los que acababan de salir hacía unos momentos, ni sus actuales ocupantes, sabían si se hallaban en guerra o repetían sencillamente unos ejercicios que ya les eran familiares. Los hombres parecían tranquilos e indiferentes, y, en realidad, lo estaban. Todo vestigio de ansiedad hacía tiempo que había desaparecido.

En algunas bases, el metabolismo de su funcionamiento aumentaba tan poco con la situación de «Posición Roja» que apenas era perceptible. Las tripulaciones de los enormes tanques «jet», por ejemplo, se dirigían a sus enormes aparatos conscientes de enfrentarse con dos alternativas: si el enemigo ya se encontraba en el aire, ni uno solo de ellos llegaría adonde se encontraba su avión, sino que quedarían reducidos a unos restos negros y calcinados en algún punto de su corto trayecto; pues los tanques situados en el exterior se hallaban sin protección alguna. La otra alternativa podía ser que se tratase de un ejercicio de práctica. Aquellos hombres hacía tiempo que habían dejado de preocuparse del albur de estas dos alternativas. Habían aprendido una lección; nada podían hacer para modificar la situación.

Algunas partes de ese enorme sistema no eran sino grandes oficinas. Una pequeña porción de su «conducción lógica». Sus hombres y máquinas cumplían una sencilla misión de oficinistas, aunque también necesaria. Se aseguraban de que cada uno de los componentes de dicha operación tuviesen suministros adecuados de todo lo que pudieran necesitar, hasta de lo más inverosímil: goma de mascar; un millón de toneladas de combustible para los «jets»; envases de plástico conteniendo pequeñas agujas que tenían una diminuta porción de veneno en la punta capaz de aniquilar un hombre en tres minutos, tomates frescos, una variedad infinita de cajas negras, tubos, tornillos, pestillos, máquinas de escribir, neumáticos, pequeños cubitos de color grisáceo que, una vez sumergidos en agua, se convertían en bistés, aspirinas, jeringas para aplicar morfina, papel blanco y papel carbón de todos los tamaños imaginables; motores «jet» embalados, motores «jet» acabados de ajustar a punto de ser transportados, habichuelas secas y en conserva, chaquetas salvavidas, códigos de señales, cigarrillos, chaquetas de cuero, botellas de coñac, libros de historietas, camisas de fuerza, contadores Geiger, píldoras contra el mareo, cobertores de lana y seda y muchísimas cosas más.

—No tiene más que nombrarlo, seguro que lo tenemos —dijo un orgulloso y soñoliento sargento encargado del depósito mientras echaba un vistazo a las hileras de archivos y máquinas de calcular a su alrededor. Cientos de otros hombres como él en todo el mundo hacían lo mismo... confiados y orgullosos de su seguridad fuera de duda.

Cientos de veloces cazas fueron preparados, pero sólo despegaron unos pocos. Estaban cargados y revisados hasta el límite máximo, listos en sus hangares que se abrían sobre las anchas pistas de despegue, parados como brillantes agujas, con las alas caídas. Su turno llegaría más adelante.

En todo aquel vasto sistema no había ni un solo hombre que supiese con certeza el motivo de aquella nueva operación. Nadie sabía si era un verdadero estado de «alerta al ataque» u otra de las muchas maniobras a que habían estado sometidos otras veces. Los hombres actuaban con calma. Todo aquel intrincado mecanismo funcionaba a la perfección.

El segundo sistema activado por el general Bogan era el conocido con el nombre de «sistema Oro». Éste era distinto al del teléfono dorado que ponía en contacto directo con la Casa Blanca a un puñado de hombres encargados de trazar planes de acción. El primero era un sistema global de lanzamiento de proyectiles; nuevos y extraños vehículos lanzados por los hombres, pero que no llevaban ningún ser viviente a bordo. Una vez en el espacio, algunos eran guiados desde tierra por experimentados técnicos, mientras que otros fijaban sus posiciones sirviéndose de las estrellas y los planetas, haciendo pequeños cambios mientras se movían a una velocidad de 3300 kilómetros por hora. No podían ser lanzados por aquellos que los preparaban, y sólo podía hacerlo aquel hombre situado en la cúspide de la pirámide de mando. Una vez lanzados ya no podían regresar y era imposible evitar que el enemigo se percatara de ello.

Estos proyectiles variaban de tamaño, desde los estratégicos de gran volumen, abultados y chatos, que pesaban cientos de toneladas, hasta los más pequeños, diseñados para operaciones tácticas, que tenían piedras preciosas en sus engranajes.

El trabajo que requería la preparación de esos proyectiles era complejo y llevaba largo tiempo. Proyectiles como el «Atlas» y el «Titán» empezaron a desprender fantásticas nubes mientras llenaban sus tanques de oxígeno. El «Minute Man» y el «Polaris», que usaban combustible sólido, empezaron la serie de elaborados recuentos que ya habían efectuado cientos de veces antes.

En la Base de las Fuerzas Aéreas de Lowry, en Colorado, no se veía ni la más pequeña señal, ya fuese desde el aire o desde tierra, que indicara que una inmensa base de proyectiles ocupase 115 kilómetros cuadrados de los prados de Colorado. Era una base de «suelo duro». Todo se encontraba instalado profundamente bajo tierra. Sólo un impacto directo hubiese podido incapacitar los tres proyectiles «Titán», gobernados desde seis complicados lugares de control y lanzamiento, entre los que se incluía la rampa para proyectiles de Lowry. Incluso en el caso de que una de esas complejas bases de proyectiles fuese puesta fuera de servicio, todavía quedarían cinco en funcionamiento, pues una distancia de más de 18 kilómetros las separaba entre sí. Dentro de cada una de esas bases subterráneas se desarrollaba una

compleja vida que se bastaba a sí misma y la separaba herméticamente del resto del mundo, ya que ellas serían el blanco preferido del enemigo.

El personal de dichas bases lo expresaba en diferentes palabras, de acuerdo con su cultura y educación: Homero, 4,0, *Knockout*, célula vital, principio del fin, las doce campanadas, número 1, *après vous le deluge*, As de triunfo, el primer saludo... Todo quería decir lo mismo. Todos sabían que cualquier enemigo que atacase empezaría primero por esas bases. Las ciudades, puertos, barcos, aviones y demás objetivos serían atacados más tarde.

Al descender a uno de estos Puestos de Comando, con su sección de personal, enterrados a tanta profundidad, se experimentaba la sensación de entrar en un ataúd colectivo ingeniosamente construido, ya que al bajar a él se ignoraba si sería por última vez. En realidad nadie creía en esas situaciones extremas, y suponían siempre que se trataba de un ejercicio práctico más. Su estado emocional se hallaba en un punto neutro; habían llegado a la insensibilidad. Tiempo atrás, después de un largo examen bajo el ojo avizor de un grupo de psicólogos, todos aquellos de carácter asustadizo y propensos a la claustrofobia habían sido eliminados. El resto se había ido volviendo deliberadamente insensible. Eran hombres muy capacitados que llevaban sobre sí el peso de algo horrible, pero habían logrado dominar sus nervios, hasta olvidar el fin catastrófico a que conducía su trabajo. A decir verdad eran muy pocos los que tenían fe en su tarea. Era un gigantesco juego de niños, un oficio aprendido a la perfección cuyas funciones eran ejecutadas con la máxima precisión. Todo para nada. Cada uno había realizado su trabajo cientos de veces, se habían revisado los miles de aparatos auxiliares, se habían redactado cientos de miles de informes, archivado millones de hechos... Luego, todo aquello se detenía, volviendo a su punto cero sin llegar al clímax.

Mientras el «Titán» subía en el potente ascensor, pasaba a través de aquellas puertas de hormigón de 200 toneladas y su cuerda umbilical empezaba a caer entre las revueltas nubes del helado *Lox*, cada uno de los hombres actuaba como si la guerra fuese una cosa inmediata. Pero siempre, hasta entonces, durante los cientos de veces que lo habían hecho, había llegado la orden de regresar a sus puestos devolviendo al «Titán» con sumo cuidado a su base.

A pesar de que un proyectil-cohete intercontinental requiere sólo veinte minutos para alcanzar su blanco en Eurasia, necesitan horas de preparación para el proceso de su calentamiento. Muchos deben trabajar en una

complicada gama de controles, calculando, comprobando y revisando, todo a gran velocidad pero con un cuidado extremo. El conjunto de la operación era coordinado por el jefe, que era la única persona que podía dispararlo. Estos proyectiles-cohete tienen también su caja Límite-de-seguridad, pero ésta correspondía más bien a un determinado punto en el proceso de comprobación que a la acción misma del despegue. Era un Límite-de-seguridad tranquilo, ordenado y autónomo que duraba solamente un momento, pasando luego a un preciso y bien conocido punto de «control positivo» para llegar a la «fase final» después de computar esta última operación. Ésta sólo podía ponerse en marcha mediante una orden expresa del Presidente de los Estados Unidos.

Aquella vida cavernaria, su misterio prefabricado y el increíblemente alto grado de entrenamiento requerido, hacían que las bases de proyectiles-cohete constituyesen una difícil experiencia. Las extrañas tripulaciones vivían enterradas en vida. Al acabar su turno de servicio era como si hubiesen puesto término a una sentencia. A medida que eran relevados, salían al aire libre restregándose los ojos cegados por la luz, aún incrédulos de verse de nuevo en un mundo lleno de escaparates y tiendas, de niños y de enamorados. Se les había preparado para considerar la posibilidad de ascender a un mundo desconocido, negro e incinerado, en el cual su deber sería evitar contaminarse gravemente y luchar en forma salvaje para conservar su propia existencia.

Los detalles de la lucha por su propia conservación eran deliberadamente ambiguos. Preparar un grupo de hombres para la derrota es una manera casi segura de destruir su capacidad de lucha. Sabían que al llegar a la situación extrema serían feroces, pero el objetivo hacia el cual iría dirigida esa ferocidad no se había especificado.

Sin embargo, los hombres que pasaban su vida levantando y descendiendo aquellas masas gigantescas de complicados materiales explosivos, no carecían de inteligencia ni de corazón. Se daban perfecta cuenta de lo dura y macabra que era su existencia. Pensaban en lo extraño de su situación actual y mantenían largas discusiones sobre este tema. Era un diálogo surrealista en el que intervenían técnicos, con una educación que llegaba apenas a los de una escuela superior, y oficiales con títulos universitarios. El ambiente en que se hallaban les daba un aspecto lúgubre. Estos habitantes subterráneos se movían como si carecieran de nervios a través de aquel mundo artificial, desarrollando nuevos puntos de vista y teorías que ofrecían una visión forzada de sí mismos y de la realidad; evocaban un nuevo humor lleno de amor y al mismo tiempo profundamente cínico, sonreían de una manera distinta, y

vivían sintiendo nostalgia por muchas cosas, como un poco de aire puro y hierba fresca. Su mente estaba abarrotada de nuevas fantasías desconocidas hasta entonces por el hombre, pues nunca se había vivido en semejante forma.

En cuanto salían de sus puestos subterráneos se incorporaban de nuevo a la vida de la superficie sin esfuerzo aparente. Su aspecto y modo de proceder era normal y corriente; pero en cuanto volvían a esas lúgubres profundidades formaban parte de una casta diferente.

Narraban el antiguo mito de Sísifo de una manera que habría sorprendido a un estudiante de los clásicos; ese mito que refiere cómo se condenó a Sísifo a empujar un peñasco haciéndolo rodar con gran esfuerzo hasta la cima de una colina para que, una vez allí, cayera de nuevo y se viese obligado a subirlo una y otra vez. Se lo contaban por igual los oficiales entre sí y los soldados rasos, de las maneras más diversas y groseras, pero todos lo comprendían. Y siempre, a pesar del lenguaje empleado, le daban una nota extraña de misterio y de revelación.

De entre estos hombres de los proyectiles, los más especulativos y cultos descubrieron un poeta nuevo al que laurearon oficiosamente: Albert Camus. El Premio Nobel de literatura que supo comprender tan bien lo absurdo, fútil y grotesco que encerraba la vida moderna, y había hallado al mismo tiempo, aunque en forma algo perversa, un principio donde fundamentar su voluntad de vivir. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, sufriendo la tremenda prueba de la lucha en las filas de la resistencia francesa. Así estos hombres habían aprendido, como Camus, a vivir en un mundo totalmente absurdo.

Penetrar en una de esas bases en fase de alerta «Posición Oro», era como entrar en un severo monasterio, dedicado por entero al servicio de incomprensidos «totems» mecánicos. En forma tranquila y sistemática, sin que hubiese sido necesaria una declaración pública y sin que la gente se diese cuenta de ello, la nación entera se encontraba sumergida en una vergonzosa y total alerta.

También había otro elemento perturbador en la vida subterránea que todos conocían y comprendían perfectamente aunque nunca hablasen de ello. El íntimo convencimiento de que el enemigo hacía precisamente lo mismo. En alguna parte, en la mitad opuesta de su hemisferio había otros depósitos, otro sistema de fortalezas, otras organizaciones que suponían casi idénticas a las suyas. Esta convicción es difícil de soportar. Sería muy distinto dedicarse al perfeccionamiento de armas termonucleares y a preparar inmensos proyectiles, si se ignorase que otras personas con idénticos conocimientos y prácticas están haciendo exactamente igual, que incluso sus pensamientos son

semejantes y que ambos trabajan bajo la presión de esta continua necesidad de superar lo que hace el otro sin conocerlo exactamente. Hasta que el pensar en lo que los otros piensan y hacen se vuelve obsesionante.

No es vida para un hombre corriente. Hay que tener una visión clara de las cosas y aparentar no verlas, tener nervios y carecer de ellos, obedecer ciegamente y ser independiente. Debe manifestarse una aparente cordialidad y mantenerse interiormente frío, pues la vida en estos inmensos silos es íntima y forzada y despreocuparse demasiado sería fatal, como también lo sería mantenerse demasiado encerrado en sí mismo.

Aquellos hombres subterráneos eran orgullosos y confiaban completamente en su valía. También habían sabido desarrollar, hasta un grado casi sublime, su capacidad para olvidarse del conjunto de la tarea en que trabajaban, para concentrarse sólo en el pequeño papel que les correspondía. Eran un equipo magníficamente bien entrenado e incluso entusiasta, pero evitaban cuidadosamente el mencionar siquiera el resultado a que debía conducir su minucioso trabajo de equipo.

EL BUEY HERIDO

El general de brigada Warren A, Black se despertó de repente. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, los dedos de los pies separados, hincándose en las sábanas, y los de la mano apretados en el puño cerrado y el estómago estirado y tenso. Su piel rezumaba un sudor espeso que era más bien el residuo del miedo. Sabía que dentro de pocos minutos sonaría su reloj despertador de pulsera, pero aún así sentía un pequeño cosquilleo en los ojos y hubiera querido dormirse de nuevo. Pero se desperezó, sabía que era peligroso.

Si dormía volvería a repetírsele aquella pesadilla.

Seis meses antes no recordaba haber soñado nunca; pero ahora su tranquilo reposo de antes se veía interrumpido por una variante u otra del mismo sueño y entonces despertaba tenso y sudoroso. Al principio se sintió sorprendido entre un fuerte deseo de cerrar los ojos y seguir durmiendo y el miedo de que se repitiera de nuevo aquel sueño. Pero desde hacía algún tiempo optaba invariablemente por seguir despierto.

Sabía que tenía un solo camino para acabar con todo aquello: renunciar a su cargo. Se lo repitió cientos de veces, burlándose de sí mismo cruelmente unas y otras, pero, a pesar de ello, el sueño no se desvanecía. Era un sueño invulnerable al análisis lógico. Sabía de una manera vaga, pero llena de una terrible certeza, que ya nunca se desprendería de aquel sueño. Sólo desaparecería si dimitía. Pero sólo pensar en la posibilidad de abandonar la Fuerza Aérea era para él una tortura.

El sueño siempre empezaba en una plaza de toros, aunque Black nunca había visto una corrida en su vida. Pero desde que tenía aquel sueño había consultado algunos libros de tauromaquia. El sueño era exacto: repleto de

detalles de picadores montados a caballo, de banderillas, de música de mal gusto, con un fondo de grandes anuncios de cerveza, automóviles y montones de gente. Quizá, pensó Black, toda aquella riqueza de detalles la había leído tiempo atrás en algún libro que no recordaba.

Ahora también el toro era de verdad, de eso no cabía duda; furioso, lanzándose al ataque en cuanto se abría la compuerta, arañando el suelo con sus pezuñas, resoplando fieramente. Pero de repente se paró en seco con un gruñido, con todo su inmenso cuerpo echado hacia atrás, apoyado en sus patas traseras, quieto como una estatua. Luego, erguido en sus cuatro patas, movió su enorme cabeza cornuda de un lado al otro buscando al adversario en el ruedo. Entonces lanzó un bramido fuerte, solemne. Un bramido de plena confianza en sí mismo. Y la gente que llenaba la plaza le contestó con un silencio profundo, también solemne.

El bramido del toro, apenas iniciado, terminó con un entrecortado rugido de agonía, y una raya roja apareció encima de su negra piel a la altura de la paletilla.

El toro giró en redondo —apoyándose sobre sus patas con una velocidad y gracia magníficas— y entonces lanzó de nuevo aquel grito de agonía. Otra tira se destacó contra su flanco oscuro, ahora era blanca. Entonces el toro se lanzó a la carga una, dos, tres veces... sin descanso, sin que, aparentemente, disminuyeran sus fuerzas. Pero estaba confundido. Cada vez que giraba en redondo y se paraba aparecía una nueva raya, roja o blanca, sobre su lomo.

«Debe haber un matador en la arena», se decía Black. «No puedo verle; sin duda, la misma luz deslumbrante, al refractarse en la arena, me lo oculta, o quizá los colores de su traje se confunden en forma involuntaria con lo que le rodea, con ese fuerte juego de colores que inunda la arena». Black, a su vez, movió la cabeza intranquilo buscando al matador, pero siempre en vano.

Al echar un vistazo al ruedo, Black tuvo la agradable sensación de que todos los que se hallaban en los palcos le fuesen familiares. Eran la misma gente que trabajaba a su alrededor, que veía diariamente en su trabajo: soldados, empleados, secretarios, generales, coroneles, técnicos, mayores, científicos, profesores. Pero le era imposible identificar a ninguno de ellos con precisión. No podía dar un nombre a aquellos rostros. Lo único que sabía es que le eran conocidos y que le infundían confianza.

Aquel torero invisible hizo que el toro fuese acercándose más y más al lugar donde se hallaba Black. Sentía el aire que expelían aquellos enormes pulmones, veía los pequeños chorros de arena que levantaba al escarbar con

sus pezuñas, aquel cuello macizo balanceando la cabeza coronada por la cornamenta. El toro se acercó más.

Fue entonces cuando Black comprendió lo que eran realmente aquellas tiras blancas y rojas. Le arrancaban tiras de piel a lo vivo. Aquel torero invisible no lo hacía sirviéndose de una espada vulgar y corriente, sino con algún otro instrumento que cortaba largos trozos de piel del animal; las tiras blancas que quedaban al descubierto correspondían a la grasa y a los cartílagos y las rojas estaban llenas de sangre que iba escurriéndose por aquel cuerpo doliente y goteaban sobre la arena.

Ahora que estaba tan cerca, Black vio que el toro se hallaba muy cansado y confuso. El torero le asestó un nuevo golpe y otra tira de piel se desprendió silenciosamente de su carne viva. Ahora sólo le quedaban algunos parches de piel. Tenía la cabeza gacha y el aire que salía pesadamente por la nariz del animal formaba dos diminutos volcanes de polvo, pequeños como el puño. El polvo le inundaba los ojos. Angustiado el toro apretó los párpados.

Black echó un vistazo al ruedo. Aquellos rostros familiares disfrutaban aparentemente con todo aquello. Sus bocas abiertas parecían gritar de entusiasmo —pero no se oía nada—. Sonreían señalando hacia allí con el dedo, bailaban excitados y lágrimas de alegría surcaban su rostro.

La tranquilidad de Black desapareció.

Entonces ocurrió aquello tan terrible. El toro levantó la pesada cabeza y aquellos ojos agonizantes se fijaron en Black. Durante unos breves instantes se miraron sin pestañear y, entonces, sin saber cómo, hicieron un pacto. La mirada del toro se hizo más tranquila.

Black sintió de un modo inconsciente cómo su cuerpo penetraba en el del toro. Como si se disolviera en la niebla y fuera adquiriendo su forma. Su propio cuerpo perdió forma y sustancia y se introdujo en el de aquel inmenso animal. Ahora era él quien miraba a los espectadores aturdido por aquellos extraños colores y ruidos y movía la cabeza buscando al matador invisible.

Se sentía terriblemente confuso, asediado por dos clases distintas de temores.

Estos temores concretos siempre le despertaban bruscamente. El primero era la certeza de que, de un momento a otro, sentiría cómo el dolor de esa bárbara flagelación invadía su sistema nervioso, estallando en su cerebro de toro. El segundo era su convicción de que al volverse vería con sus ojos de toro al matador. Ambas cosas eran tan espeluznantes que despertaba bruscamente.

Black se revolvió inquieto en la cama, miró su reloj y vio que sólo habían transcurrido unos minutos. Se preguntó en qué momento se empezaba a sudar durante el transcurso de un sueño. Sentía el pijama húmedo pegársele sobre el cuello, los brazos y la cintura. Experimentaba la sensación de haber sudado durante horas enteras pero al mismo tiempo sentía intuitivamente que aquello sólo había durado unos pocos segundos.

Logró relajarse un poco. Debía reaccionar en forma lógica, se decía. Como le había ocurrido otras veces, tuvo la certeza de que aquel extraño sueño estaba íntimamente relacionado con el SAC. Sabía que si presentaba la dimisión de su cargo aquellos sueños desaparecerían. Pero se sentía ligado a toda aquella organización, respetaba a los que la constituían; casi tanto como a su propia familia. Además, la misión que desempeñaban era importantísima... Pero una sombra se interpuso a sus pensamientos, un pequeño zumbido de intranquilidad que desapareció en cuanto quiso examinarlo de pleno. Sin embargo, le invadió un presentimiento angustioso. En el fondo de todo aquello había algo malo.

Durante unos instantes se sintió desesperado. ¿Acaso seguiría despertándose así, bruscamente, pasando de aquel terrible terror a la realidad? No le gustaba despertarse así, tan de repente, a pesar de que cuando era aviador, veinticinco años atrás, había tenido que acostumbrarse a ello. En aquellos días eran unos ruidos muy distintos los que le sacaban de su sueño bruscamente, casi como un «shock»; aumentando la velocidad de su metabolismo como una inyección de adrenalina. El aullido de las sirenas, el recuerdo de una mano ruda sacudiéndole los hombros en una mañana fría de invierno, en Inglaterra, durante la Segunda Guerra Mundial, el frenesí creciente provocado por el ruido de las bombas que caían... Entonces, oh sí, entonces se había despertado instantáneamente. Pero era un despertar completo, diferente, pues carecía del lastre de terror de este sueño.

Tomó una determinación mientras se sentaba en la cama. Olvidaría aquel sueño. Debía prepararse para la tarea diaria. Sonrió forzosamente. Se acabó, no sudaría más. Si tenía suerte podría conseguir un Cessna «Blue Canoe» e ir a casa Andrews por su cuenta. De todos modos tenía tiempo, la avioneta lo dejaría en el Pentágono antes del Consejo de las diez. De una manera u otra saldría adelante. Acabaría con aquel sudor.

Miró hacia la figura que dormía a su lado. Betty ni se había movido. Necesitaba dormir y Black quería afeitarse, vestirse y salir sin que se despertara. Se levantó suavemente de la cama y hurgó en uno de los cajones de la cómoda buscando ropa limpia.

Era un hombre alto. De una belleza muy masculina, cuadrada, hecha un poco a golpes. Incluso la forma de su cabeza hacía pensar en ángulos y cuadrados, como si hubiese sido dibujada sobre una de esas páginas cuadriculadas con gruesas rayas que ponen como ejemplo en los libros de «Cómo aprender a dibujar». Era como una escultura inacabada cuya superficie no había sido bien redondeada. No sólo daba la impresión de solidez sino que al verle se comprendía que con la edad no cambiaría su consistencia, que sus músculos no se fundirían en grasa. Parecía que el diseño de su persona hubiese sido hecho por un buen dibujante conocedor del oficio, pero al que faltaba el toque del artista.

Tenía el pelo castaño oscuro y ondulado y lo llevaba corto, casi rapado. Una vez, durante sus años de colegio, se lo había dejado crecer y parecía que llevara un apretado gorro de rizos. Uno de los profesores, un tipo delgado y sensible, al verle le dijo sonriendo: «Pareces un sátiro del bosque». Black ya nunca más se dejó crecer el pelo. Sus ojos eran muy francos y estaban muy hundidos en las órbitas, como si buscasen protección. Eran ojos castaños que miraban fijamente sin pestañear. Incluso cuando debía dar una dura reprimenda permanecían inalterables. Sus subordinados más observadores podían anticipar la reacción de Black fijándose en las líneas de su boca y en la manera como entrecerraba los ojos.

Black se paró un momento en la habitación de los chicos al ir hacia el cuarto de baño. Conservaba el hábito adquirido durante sus tiempos de piloto; un sentimiento secreto, casi subconsciente, que le hacía despedirse de todos ellos como si se fuera para siempre. Eran demasiado mayores ya para besarlos en público, aunque él lo hubiera hecho con gusto. Pero en la mañana, temprano, podía entrar de puntillas y besarles suavemente en la frente.

John, que tenía doce años, dormía hecho un ovillo metido muy adentro, casi al pie de la cama, con la cabeza hundida entre la ropa. Black lo enderezó suavemente, le estiró la ropa tapándole bien la espalda y los hombros. David, el mayor, de catorce años, dormía con los brazos extendidos, medio atravesado; las mantas habían resbalado dejando parte de su cuerpo descubierto, y uno de sus pies le colgaba fuera de la cama. Black lo enderezó también y le arregló la cama. Los dos muchachos eran el polo opuesto, no sólo en estos pequeños detalles sino en muchas otras cosas. Se había pasado la vida, o al menos parte de ella, arrojando a David y evitando que John se sofocara.

Mientras se afeitaba rápidamente con mano experta, usando su navaja de seguridad y jabón aerosol, se lamentó de tener que pasar tanto tiempo lejos de

los muchachos. Seguramente, porque Betty era siete años menor que él, Black se sentía separado de los tres por una especie de sentimiento de responsabilidad paternal. Sonrió mirándose al espejo. Bueno, aquello se fundía rápidamente cuando se encontraba a solas con Betty en lo que ella llamaba, riendo cariñosamente, «sus noches sensibles».

Formaba parte de la familia Black, aquella familia inmensamente rica de San Francisco. Habían llegado a millonarios durante los años cuarenta del pasado siglo, cuando un hombre joven y anónimo, llamado Ned Black, había dado con una veta en el Yuba y había regresado a San Francisco con un burro cargado de casi 3100 onzas de oro entre polvo y pepitas. Nadie sabía de dónde venía ni si tenía familia. Los Black de San Francisco empezaron con Ned Black, compró grandes extensiones de terreno arenoso en San Francisco y las vendió con fabuloso beneficio.

Black había conocido la biblioteca de su antepasado Ned Black. Había libros de John Locke, Fourier, Robert Owens, los grandes cartesianos, de Marx, Spencer, Ricardo. Los libros eran viejos y desgastados por el uso. Ned Black tomó las armas durante la Guerra Civil y regresó con un brazo menos. Siempre fue un hombre tranquilo y siguió siéndolo mucho más después de esto. La única doctrina que trataba de inculcar a sus hijos era que el hombre, como ente social, tenía una obligación primordial hacia la sociedad de la que formaba parte.

Los Black, como todos los ricachos de San Francisco, hicieron donativos para el teatro, la Ópera, la Sinfónica y los museos, pero la mayor parte de sus donaciones iban a los colegios, hospitales y bibliotecas. Ni uno solo de los edificios que habían regalado a la ciudad llevaba el nombre de Black. Los hijos de Ned, sus nietos y tataranietos, todos continuaban viviendo de la misma forma que él, quieta e intensamente. Hubo sacerdotes, hombres de negocios, educadores, y algunos de ellos, con gran satisfacción por parte del viejo Ned Black, entraron en el campo de la política. Ned Black la consideraba la más noble de las profesiones, la tarea social más necesaria. Siempre que había algún movimiento de reforma legislativa, una comisión para investigar un crimen, o se emprendía una campaña para ampliar los campos de enseñanza, un Black estaba metido en ello.

A Warren Black le había costado seguir esta tradición. No sentía ninguna debilidad por la política y tenía poco interés por los negocios. Incluso después de su graduación en uno de los mejores colegios del «Ivy League», se sentía desarraigado y un poco culpable. Durante la Segunda Guerra Mundial había entrado en las Fuerzas Aéreas y sólo entonces, y más tarde en el Servicio de

Control Aéreo (SAC), se había sentido útil. Voló y luchó con un éxito que no encerraba nada de espectacular y, a pesar de que aborrecía la destrucción y la pérdida de vidas, llegó a la conclusión de que era algo necesario e inevitable. Era un hombre de buen temple, muy competente y sin ningún deseo de publicidad. Durante todos esos años creció su devoción por las Fuerzas Aéreas, aunque, en el fondo, sabía que era imposible sentirse ligado de verdad a una organización tan inmensa e impersonal.

Había conocido a Betty cuando las Fuerzas Aéreas le mandaron al Ivy League College, después de la Segunda Guerra Mundial, a estudiar política internacional y tratados internacionales con el famoso profesor Tolliver. Betty se había metido a la fuerza en uno de los seminarios de Tolliver y pedía permiso a Radcliffe una vez a la semana para poder asistir. Aquel viejo austero le había puesto numerosos obstáculos, pero el padre de Betty era un famoso profesor de historia naval y Tolliver acabó por ceder. Aunque subrayó, en forma algo brusca, que era la primera mujer que asistía a un seminario de política internacional, que a veces se empleaba en él un lenguaje un poco «picante», y que no le tendrían ninguna consideración porque fuese una hembra, no dijo «muchacha» deliberadamente.

Betty movió la cabeza en señal de asentimiento. Se presentó ante el seminario más bien como quien se dispone a librar una batalla y no a discutir ideas abstractas. Iba con el rostro limpio, sin maquillaje de ninguna clase, vestida con severos trajes sastre grises, y casi nunca sonreía. Al hablar lo hacía con una voz fuerte, sin entonaciones, perfectamente controlada. Ya había transcurrido la mitad del semestre, cuando un día, al disgustarse, la expresión de su cara cambió y la hizo aparecer realmente hermosa. A Black le cogió por sorpresa, dándose cuenta de que no sólo era una persona atractiva sino de fuertes emociones.

Betty había sentido un gran antagonismo contra Tolliver desde un principio. Lo veía intelectualmente como su enemigo. *Verlo* así no era difícil. A la mayoría de los estudiantes les pasaba lo mismo. Pero *revelar* ese antagonismo era otra cosa. Tolliver era formidable.

Tolliver era uno de los más antiguos profesores en su materia. Descendía de los primeros pobladores de Nueva Inglaterra, y se dedicó a sus estudios en forma salvaje, total y completa. Si la convicción de sus ideas le llevaba a salir de la clase y de la biblioteca y a entablar una batalla pública no dudaba ni un momento en hacerlo.

Su primera intervención pública, cuando todavía era muy joven, había sido una catástrofe. Antes de la Primera Guerra Mundial era pacifista. Habló,

dio conferencias y escribió en favor de la no intervención entre los fuertes bloques europeos, atacando la guerra como algo inhumano y caduco, y organizando demostraciones pacifistas en Nueva York y Washington. Había estudiado las guerras antiguas y medievales, las del siglo XIX y las del siglo XX. Sin saberlo, con el solo afán de atacarla, se convirtió en uno de los primeros eruditos en materia bélica.

En algún punto de sus estudios —nunca se supo exactamente cuándo, y jamás Tolliver hablaba de ello— cambió. Fue una de las más famosas conversiones de tipo intelectual de su tiempo. Entonces Tolliver se declaró en favor de la guerra. Abandonó a sus amigos pacifistas y su causa, abanderándose con sus oponentes, hasta tal punto que alarmó a los mismos intervencionistas: la guerra era algo intrínseco de la sociedad misma, decía. Sus argumentos no eran arbitrarios, sino que se basaban en apuntes, referencias históricas, la psicología agresiva, alusiones a Freud y el deseo de la muerte, y exponía sus ideas usando un lenguaje moderado y correcto. Tolliver no sostenía que la guerra fuese algo bueno o deseable, sólo que existiría siempre mientras los hombres siguiesen organizándose en grupos sociales.

Durante los años treinta, Tolliver gozó de muy pocas simpatías. Decían que era probritánico y subversivo, y un «gira chaquetas». Los alumnos que asistían a sus clases disminuyeron. Las revistas liberales y radicales le atacaban ferozmente. Pero en cuanto América entró en la guerra, casi de la noche a la mañana, Tolliver se convirtió en algo parecido a un profeta, un héroe, un intelectual «que tocaba el suelo con sus pies». Tolliver ignoró estas alabanzas al igual que había ignorado las críticas. Logró mantener incluso sus razones para no hacer el servicio militar. «Algunos intelectuales deben quedarse en casa para desarrollar una teoría sobre la guerra y la paz, y yo soy una de las personas mejor preparadas para hacerlo. Y pienso dedicarme a ello».

No había hecho otra cosa desde entonces.

Era una persona totalmente intelectual. Incluso su edad era indeterminada y nadie se había atrevido a preguntársela. Tenía el pelo muy blanco y fino y casi nunca se peinaba. Su guardarropa contenía varios trajes; aunque nadie sabía cuántos, pues todos eran del mismo corte severo, confeccionados con el mismo excelente paño inglés y en el mismo tono. Al cabo de pocos meses estaban completamente estropeados. Nunca los planchaba, ni los limpiaba; y se llenaban de pequeños agujeritos como una cabeza de alfiler producidos por las quemaduras originadas por la ceniza de su eterno cigarrillo. Fumaba tanto

que cuando se ponía de pie una pequeña nube de ceniza se desprendía de su persona.

Su rostro, cuando estaba tranquilo, tenía un aspecto suave, más bien fofo. Pero era sólo una ilusión y, además, eran contadas las ocasiones en que aparecía tranquilo. Generalmente ardía lleno de furia. Esto se expresaba sobre todo en sus ojos —azules, brillantes, graníticos, típicos de Nueva Inglaterra—, que reflejaban con viveza una excitación parecida a la del cazador. Cuando discutía, su rostro se endurecía y su nariz se hacía más aguileña. En cuanto sospechaba la menor crítica a sus ideas, incluso la más pequeña sombra de indiferencia, Tolliver atacaba. Con el cuerpo tenso se inclinaba un poco hacia adelante desde su asiento. Parecía una especie de ratón de la lógica, con los dientes enredados en argumentos endebles, tratando de arrancar evidencias más sólidas con una terrible persistencia. Casi nunca dejaba un argumento sin haber llegado a una decisión final. Sus conocimientos sobre la guerra y la sociedad eran tan vastos, sus puntos de vista tan especializados, que al escucharle se veía claramente que era muy difícil poder encontrar a alguien que supiese más o que pudiese desarrollar un punto de vista que él no hubiese previsto de antemano y desarrollado en su poderosa mente.

Tolliver vivía ajeno a la política universitaria, a sus colegas, a las reuniones de carácter social, y a otras trivialidades. Sólo sus alumnos merecían su plena atención, muy intensa y enfocada hacia un solo punto, pues los consideraba como portadores de ideas. Personalmente sólo los conocía por su nombre; intelectualmente no se le escapaba nada. Era imposible adularlo; entonces miraba a su interlocutor con ojos fríos, llenos de desprecio.

La primera vez que Betty difirió del punto de vista de Tolliver, los estudiantes del seminario extremaron su atención inclinándose en sus asientos, mirándolos, esperando que se armara una gran discusión. Pero no sucedió exactamente lo que ellos pensaban. Betty señaló una observación antropológica sobre el hecho de que existían unas tribus en la Melanesia que buscaban la paz y no la guerra. Su política se basaba en un mutuo afán de hacerse regalos y pequeños favores y en multiplicar sus atenciones entre ellos. El ejemplo era nuevo para Tolliver, pero contraatacó en seguida. Dijo que los datos recogidos eran insuficientes para llegar a una conclusión general; añadiendo que en cuanto estas tribus se sintiesen atacadas, reaccionarían en forma agresiva. «Pero si ya habían sido atacadas y no lo hicieron...», le contestó Betty leyendo sus apuntes.

Cuando terminó, Tolliver destrozó su teoría con un furioso análisis; rebatido a su vez por ella con mayores pruebas.

Black interrumpió exponiendo una pregunta de tipo general y Betty le miró despectiva. Llevaba uniforme y ella supuso automáticamente que apoyaba los puntos de vista de Tolliver sobre la completa inevitabilidad de la guerra.

El argumento había acabado en un callejón sin salida. Tolliver masculló unas palabras diciendo que estudiaría el original y buscaría más pruebas antropológicas. Viniendo de Tolliver, esto era ya un éxito espectacular. Black felicitó a Betty mientras los alumnos desfilaban por la puerta del seminario. Ella le contestó secamente. Era evidente que no le gustaban los uniformes.

Además de su uniforme, había otras cosas que le desagradaban. En cuanto supo que pertenecía al clan de los Black de San Francisco, le achacó en seguida todas las responsabilidades y males de los Huntingtons, los Hopkins, y el viejo abuelo Black. Sabía que Black era rico y pensaba que las Fuerzas Aéreas eran su único «hobby». Una vez le dijo, parafraseando a Will James: «Parece como si para ti la guerra fuese otra manera de dar rienda suelta a tus instintos de *playboy*».

Fue precisamente durante aquel semestre cuando el actual Presidente había entrado en el campo político, presentándose como candidato al Congreso de un Estado cercano. Como necesitase la mayor ayuda posible para su candidatura, como es natural se acordó de sus viejos compañeros de curso. Black era uno de ellos.

Betty también tomó parte en esa campaña inicial, e incluso una vez llegó a amonestar a Black y a otros por su indiferencia política. Cuando supo que Black pedía permiso los fines de semana para cooperar en la misma campaña, Betty se sorprendió. En forma jocosa y divertida, que más tarde Black encontraría encantadora, le atacó por formar parte de las «grandes fortunas» del Este.

Para Betty, Black constituía el ejemplo perfecto de una casta peligrosa; de esa poderosa «élite» que tenía en sus manos las fuerzas industriales, financieras, militares y políticas del mundo. Fue precisamente en el transcurso de las clases con Tolliver donde se disolvieron gradualmente sus prevenciones contra él. En una de aquellas sesiones, Tolliver había ido demasiado lejos al hablar de los derechos y posiciones adquiridos en la guerra. Un joven candidato al doctorado en Ciencias, llamado Groteschele, que recientemente había pasado al campo de las ciencias políticas, estaba presente. Sostuvo que la guerra contra el fascismo no había terminado como

él creía, y que las fuerzas militares que habían acabado con el fascismo negro debían atacar ahora al fascismo rojo.

Black oía hablar a Walter Groteschele por primera vez, y mientras le escuchaba ignoraba que lo oiría hablar muchas veces más tarde. Groteschele fue el primero de ese grupo matemático-político-científico que se desarrolló después de la Segunda Guerra Mundial; un grupo que incluyó a hombres como Henry Kissinger, Herman Kahn, Herbert Simon y Karl Deutsch. Pero al principio, durante unos cuantos años, acorde con sus planes, Groteschele se mantuvo solo sin que nadie le hiciese sombra. En ese momento Black sólo sentía una pequeña sensación de irritabilidad frente a las palabras de Groteschele. No era nada definido que pudiese señalar con precisión o rebatirse inteligentemente, sólo una borrosa sensación de inquietud, un algo que le indicaba que debajo de las teorías expuestas por Groteschele se escondía algún oscuro peligro.

Los estudiantes de tendencias liberales que asistían al seminario se movieron inquietos en sus asientos, pero ninguno de ellos habló.

Tolliver miró a Black. Pero este último, en vez de dar la respuesta esperada, expuso en líneas generales lo que él creía era el punto de vista militar sobre Rusia, diciendo que, aunque fuera un contrincante peligroso, era una amenaza que América podía mantener fácilmente bajo control.

Black habló con calma, seguro de sí mismo, y sus ojos se mantuvieron firmes, incluso cuando Tolliver se tensó en su típica postura de ataque. Black rebatió sus argumentos con calma, refiriéndose siempre a opiniones de expertos en la materia, a estudios realizados, estadísticas, cálculo de probabilidades...

Betty se sentía angustiada, cogida entre dos fuegos, como podía leerse claramente en su rostro. Le era difícil apoyar a Black el militarista, pero cuando por fin se decidió a ello, lo hizo con una feroz elocuencia. El seminario no acabó aquel día de la forma fría y contenida que le gustaba a Tolliver, dejando los asuntos concluidos, sino en una atmósfera llena de tensión y falta de equilibrio. Los estudiantes se marcharon recelosos.

Black se acercó a Betty al terminar la clase. Ésta se levantó de golpe, dobló sus papeles, los tiró de cualquier manera dentro de su cartera y se marchó sin siquiera mirar a Tolliver. El rostro arrebolado de Betty era muy hermoso. «Tiene el encanto de un pequeño rufián desenmascarado durante un paseo dominical», pensó Black.

—¿Qué te parece si continuamos hablando de todo esto mientras nos tomamos una cerveza? —dijo en voz baja, hablándole casi al oído.

Ella se volvió con tal presteza que casi le rozó la mejilla con la nariz antes de que pudiese evitarlo. Su cara ruborizada enrojeció aún más al darse cuenta de ello. Black se percató entonces de algo que permaneció inalterable para él desde ese momento. Betty era la muchacha más atrayente, más interesante y más quijotesca que había conocido. Estuvo a punto de besarla allí mismo, y ella lo sabía.

En el fondo, ambos decidieron su futuro mientras tomaban aquella cerveza. Todo lo que vino después fueron los pasos y toma de posiciones necesarios para llevar a cabo esa decisión. Se presentaron dificultades sobre el problema de «la fortuna de los Black no ganada por él», pero Betty se sintió más tranquila cuando Black le dijo que vivía exclusivamente de su sueldo de coronel, y que la parte que le correspondía de intereses de los bienes familiares iba a un fondo en el Wells Fargo Bank. Black dijo que no tenía una noción exacta de la cantidad que representaba aquel fondo, pero que era «quizás de alrededor de cuatro millones», y ambos estallaron en carcajadas.

En otra ocasión, un mes después de aquello, fueron de excursión a almorzar en Walden Pond.

—Pero ¿por qué escogiste las Fuerzas Aéreas? —le preguntó ella—. Comprendo que ingresaras en ese cuerpo al principio de la guerra, pero no me explico por qué has seguido allí después.

—Es muy sencillo —dijo Black—. ¿Qué otro trabajo puedo hacer donde el «éxito» sea realmente mío y no proceda de mi familia? El trabajo que hacía en las Fuerzas Aéreas era mío. Las recomendaciones de ascenso venían de los mayores y los coroneles, que ignoraban quién era, y aún les hubiera importado menos si hubiesen sabido que era uno de los Black de San Francisco. —La miró fijamente, y ella por vez primera se dio cuenta de cuán directo y honrado era—. Tú misma supiste que era uno de «esos» Black y me catalogaste en seguida.

Betty movió la cabeza asintiendo de tal manera que era como si le pidiera disculpas al mismo tiempo.

—Eres mi militarista favorito —añadió tiernamente.

—No encasilles a la gente, Betty —dijo él en tono autoritario—. ¿Crees que todos los que trabajamos en el Servicio de Control Aéreo estamos deseosos de entrar en guerra? No seas idiota. Tenemos tanto miedo como los otros. Mira, yo mismo estuve en el Servicio de Control estratégico de bombarderos en Alemania después de la guerra. Algo que más bien hace aborrecer las contiendas.

Black hizo una corta pausa. Su trabajo de entonces también había supuesto una pausa en su vida. Lo había preocupado mucho. Pues la gran conclusión resultante del estudio de los daños hechos por los bombarderos era, que a pesar de la destrucción aparente, lo único que se destruía de verdad era a la gente. Nuevas fábricas y ferrocarriles aparecían en forma metódica y rápida. En realidad, todo aquello parecía como un acicate para buscar la supervivencia, que aumentase el impulso natural de devolver el golpe.

—Blacky. —Ella le tomó la mano y él la miró sorprendido. Betty echó la cabeza hacia atrás y rió con fuerza asustando a unos pájaros que emprendieron la fuga atravesando la laguna—. Me miras como si tuvieras miedo de que alguien te raptara —dijo ella.

A él le parecía imposible que ella dijera esto. Se sentía feliz, confuso y muy aturdido.

—¿De verdad? —preguntó.

—De verdad, ¿qué?

Casi se atragantó riendo y sin darse cuenta se abrazaron, un poco torpes al principio. Con los labios apretados contra su camisa, ella murmuró: «Soy tan burra».

Así, en ese mismo tono —más o menos—, se casaron tres meses después.

Su paseo matinal en auto desde Long Island a la Base de la Fuerza Aérea en Mitchel fue rápido, pues encontró poco tráfico. Llegó con tiempo suficiente para el vuelo a Washington. El día era claro y la temperatura agradable; en seguida divisó un «Cessna 310». Siempre le habían gustado los aviones pequeños. Ahora incluso el 310 era automático, pero aún se sentía el placer de volar en él. Un día compraría uno de esos rechonchos y rápidos biplanos que se fabricaban ahora y quizá volvería a sentir aquella emoción de volar, de volar de verdad y no de dirigir un avión como hasta ahora.

En cuanto se instaló en el asiento del avión que iba a llevarlo a Washington, sintió repentinamente la necesidad de beber un buen sorbo de agua fresca. Entonces, los recuerdos de la reunión de la noche anterior invadieron su mente. No tenía ningunas ganas de ir. A Betty nunca le había gustado Groteschele. Además Black sabía que escucharía a Groteschele en la conferencia de esta mañana. Por eso, cuando la secretaria del senador Hartmann le llamó, trató de eludir el compromiso.

Pero Hartmann insistió. Había conseguido que acudiese Emmett Foster, el editor del *Liberal Magazine*, que criticaba constantemente las pruebas

nucleares y defendía el desarme unilateral. Lo que había pretendido Hartmann era enfrentar aquella noche a Foster y Groteschele. Los dos, a su manera, eran hombres notables y distinguidos. Sólo que ambos se encontraban en los dos extremos opuestos de la controversia sobre armas nucleares. Hartmann no era ningún imbécil. Era un republicano del Medio Oeste de tez roja, con una mata de vigoroso cabello blanco y un cuerpo redondo como el de Falstaff^[4]. Como orador tenía la fuerza expresiva de un William Jennings Bryan, y su facha, por lo general, parecía la de un senador de opereta. Sin embargo, bajo esa mata de espeso pelo blanco se encontraba una de las mentes más despejadas de Washington. Como miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, quería conocer sus puntos de vista expuestos en el transcurso de una reunión amistosa. Sabía que Black era considerado como un general con una buena cantidad de materia gris, y que era una especie de eslabón entre la gente meramente táctica del SAC y los grandes planeadores del Pentágono. Groteschele se había hecho famoso, claro está, a consecuencia de la aparición de su libro *Counter-Escalation*, que Foster había analizado en forma destructiva en las páginas de su revista.

Por regla general, Betty rehusaba asistir a esos cócteles de militares, gubernamentales y académicos. Pero con gran sorpresa por parte de Black insistió en asistir a éste.

Llegaron tarde. Foster ya estaba allí, pero Groteschele, como de costumbre, vino más tarde. Foster estaba de pie en un rincón hablando con voz firme y en un tono parejo y tranquilo. Black se dio cuenta en seguida de que no era un tipo agresivo. Black tenía a la mayoría de los «liberales de profesión» por hombres de voz aguda, que hablaban atropelladamente y acusaban a todos los que creían en la necesidad de las armas nucleares. Para ellos todas esas necesidades carecían de importancia. Los sobrevivientes, la moralidad, la humanidad, el mal que se podía hacer a las generaciones futuras, sólo eso les preocupaba.

Pero Emmett Foster era distinto. Era un hombre sereno, de eso se dio cuenta Black en seguida. Incluso durante los cortos instantes en que conversaron al cruzar la habitación, Foster, un hombre pequeño, de fuerte musculatura y penetrantes ojos negros, empleó palabras y conceptos que indicaban bien a las claras que había leído el Diario del Congreso y estaba al corriente de las revistas científicas, y aun que, probablemente, se había entrevistado con numerosos militares. Otra cosa que notó en Foster es que no se iba por la tangente, sino que contestaba a las preguntas en forma precisa, sin apartarse nunca del tema y basándose sólo en testimonios y pruebas

fidedignas. Betty y Black escucharon atentamente durante quince minutos y, luego, Betty se dirigió a Black y enarcando las cejas dijo:

—Un hombre inteligente, ¿verdad?

—Inteligente —asintió Black.

En ese mismo momento llegó Groteschele. No había cambiado mucho físicamente desde sus días universitarios. Un poco más grueso, pero no mucho. Sin embargo, vestía mucho mejor y tenía un aire seguro de celebridad. «Es resbaladizo como la seda», pensó Black. Sonrió con soltura, diciendo unas palabras a cada una de las personas que le presentaban, dio unos golpecitos en la espalda a Black y besó a Betty en la mejilla. Desprendía un suave olor a colonia masculina.

Hartmann lo presentó a Foster, pero Groteschele sonrió y dijo que ya lo conocía. Con movimientos medidos, Groteschele se acercó a Foster y se dispuso a entrar en el debate sin mostrar el menor signo de antagonismo o condescendencia.

Foster esperó a que hubiesen terminado todas las presentaciones y empezó diciendo:

—Los tiempos han cambiado mucho desde Clausewitz. En verdad, la guerra entonces era una especie de institución, como la iglesia, la familia o la propiedad privada. Pero llega un momento en que las instituciones caducan y acaba su función. Una mente realmente fuerte debe reconocer que la guerra nuclear no es sólo una extensión de una política anterior por medio de otros instrumentos, sino el fin de todo; de la gente, de la política, de las instituciones.

—Groteschele —dijo Foster de ese modo suyo firme y seguro— es un moderno Don Quijote, que se lanza a través de la estratosfera en naves nucleares, hablando de aniquilación como si eso pudiera tener sólo un carácter parcial, hipnotizado por sus propias palabras.

Foster dejó de hablar por cortesía, y miró a Groteschele. Éste se balanceaba suavemente sobre sus talones, mirando atentamente su whisky con agua. Dejó que persistiera el silencio. Meneó un poco la cabeza, una sola vez, con un movimiento lento, interrogante, como si sopesase una idea y luego la abandonase.

Betty, que casi nunca bebía, tomó un vaso de whisky de uno de los camareros que pasaban. Black notó que la mano le temblaba un poco.

Por fin, Groteschele se decidió a hablar. Su voz era en extremo suave.

—Sí, en una guerra nuclear a gran escala entre América y Rusia se exterminarían cien millones de personas, más o menos, ¿verdad? —dijo

mirando a Foster.

—Cien millones —repitió Foster— o más.

El grupo de personas que les rodeaban se movieron intranquilas.

Betty terminó su bebida de un sorbo y miró a su alrededor buscando un camarero. Black se acercó más a ella.

—Las cosas cambiarían bastante —dijo Groteschele—. Nuestra cultura y la de ellos ya no sería la misma. ¿No es así?

—Así es —dijo Foster con una ruda sonrisa.

—Bueno, es una tragedia y nadie lo niega —continuó Groteschele y al decir esto paseó la mirada por todo el grupo deteniéndose un poco más en el senador Hartmann—. ¿Pero no concuerdan ustedes conmigo en que la cultura que tenga los mejores armamentos, que posea los mejores refugios antiaéreos, que disponga de los mejores medios y de una defensa más fuerte, mantendría una ventaja conocida y clásica?

—¿Cuál? —preguntó Foster.

—Sería el vencedor porque recibiría un daño menor que el enemigo —contestó Groteschele—. En todas las guerras, incluso las nucleares, hay un vencedor y un vencido. ¿O es que usted pretende sugerir que seremos vencidos? ¿Es que valora menos nuestra cultura americana que la cultura soviética?

La presión de la mano de Betty sobre el brazo de Black se hizo más fuerte.

—Maravilloso —dijo Foster, y su sonrisa era ahora tan forzada que le daba un aspecto feroz—. Simplemente maravilloso. Tan simple, tan lógico, tan ordenado...

Hizo una pequeña pausa y miró fijamente a Groteschele. Éste no se movió, pues sabía que se preparaba para el ataque. Sonrió por primera vez, una sonrisa llena de condescendencia.

—Groteschele, con eso quizá persuada a un mono, a un crío de segundo grado o incluso a algún general de la Fuerza Aérea, o quizás a un senador, pero no a muchos más —dijo Foster en forma agresiva—. Todo esto indica que usted mismo es un prisionero...

—¿De qué? —preguntó Groteschele.

—Del pasado, de ideas caducas, de clisés preconcebidos. —Hizo una pequeña pausa, y mirando al grupo añadió—: Lo que hace falta es que abramos una brecha completa y revolucionaria en nuestra manera de pensar. Es como si nos hubieran encerrado en una bolsa de papel llena de viejas ideas y creencias. Tenemos la impresión de que este saco que nos rodea es perfecto

y sin salida, cuando en realidad con sólo romperlo disfrutaríamos de la libertad de poseer nuevas ideas y puntos de vista. Lo que necesitamos es un nuevo Carlos Marx.

—Un nuevo Marx, Foster —interrumpió Groteschele—, ¡qué idea más estupenda! ¿Y qué diría en el nuevo manifiesto?

—Proclamaría la paz —dijo Foster sin vacilar—. Pero no porque sea algo agradable en sí o porque sienta un amor invencible hacia los seres humanos como yo, o porque es cristiano o porque Gandhi odiaba la violencia y por todas esas blandas insulseces de las cantilenas liberales. Paz porque es el único medio en que será posible vivir. ¿Lo entiende, Groteschele? Las leyes de probabilidades y la bomba de cobalto han hecho que esté atrasado por lo menos en diez años. Sea realista.

La revista que publicaba Foster tenía un tiraje de sólo unos treinta mil ejemplares. La gente que se encontraba allí por casualidad y los más influyentes que le escuchaban eran —o por lo menos lo parecían— más del tipo de Henry Luce, pero aún así estaban vivamente impresionados.

—Conmover, muy conmover —replicó Groteschele—. Pero un poco cogido por los pelos, un poco vago, sin nada que nos indique cómo pasamos de la guerra a la paz. Nadie quiere la guerra, Foster. Pero la posibilidad de que se produzca es una realidad, y a mí me gusta encararme con las realidades.

—Muy bien, Groteschele; considérelo desde un punto de vista antropológico —dijo Foster—. ¿Qué papel o función tiene la guerra?

—La solución de un conflicto —dijo Groteschele cortante.

—En las sociedades primitivas, ¿cómo se resolvían esos conflictos?

—Mediante combates individuales —replicó Groteschele. Había echado los hombros un poco hacia atrás y se le veía más tenso. Este tipo de diálogos en los que sus oponentes tomaban una posición socrática lo ponían nervioso.

—¿Y qué pasó cuando se organizaron en tribus? —siguió diciendo Foster.

—Entonces, las luchas se hicieron colectivas.

—Y cuando estas colectividades llegaron a naciones-estados, ¿qué?

—La respuesta es siempre la violencia, maldito sea, Foster —dijo Groteschele—. Por eso encuentro que el hecho de sugerir que algo cambia, a medida que un grupo social crece y que el poder de las armas va en aumento, es de una gran irresponsabilidad.

Foster interrumpió bruscamente:

—¿Sugiere usted que se puede comparar el tiro de una flecha al lanzamiento de una bomba nuclear? ¿Y que se trata sólo de una diferencia de grado? ¡Tonterías! ¿No es posible, Groteschele, que la guerra en sí se haya

convertido en algo inútil? En su misma *Counter-Escalation*, tan bien razonada, dice usted que en una posible guerra futura una mayoría abrumadora de ciudadanos morirían. ¿Le sigue valiendo esto aún para decir que la guerra es una manera de resolver conflictos?

—Foster, usted es un sentimental sin remedio —replicó Groteschele—. La situación no es tan diferente a la de miles de años atrás. En algunas de esas guerras primitivas se aniquilaron poblaciones enteras. El problema está en quién será el vencedor y quién la víctima. Pero sigue siendo una cuestión de supervivencia de una determinada cultura.

Foster se balanceó sobre sus talones.

—Una cultura —dijo muy despacio, con tono asombrado—. Una cultura con todos los que la formaban muertos, con el olor de la muerte descomponiéndose en el aire durante años, con la vegetación arrasada e incluso con el mismo plasma reproductor contaminado. Dice que yo soy el utópico y usted el realista. ¿Es que cree realmente que ese mundo que usted describe tendrá cultura?

Groteschele estaba acostumbrado a las jugadas difíciles. Su respuesta, pronunciada en voz queda, fue muy razonable y difícil de combatir. Habló extensamente y los espectadores le escucharon con respeto.

Fue Betty la que puso fin a esa especie de hechizo. Black se dio cuenta que se había apartado de su lado, que estaba un poco ebria, pero que mantenía un rígido control sobre sí misma.

—Es inútil —dijo mirando fijamente a los dos hombres—. Los dos son unos románticos empedernidos atrapados en sus mundos fantásticos de razón y de lógica, y por eso resulta tan endiabladamente inútil. Porque es el hombre mismo quien es incapaz. Se ha convertido en una especie de «dido», de dinosaurio, pero por razones opuestas. Su maldito cerebro se ha enredado en su propia suficiencia y no podemos salir de este embrollo debido a nuestro orgullo. El hombre se ha calculado tan bien, especializando su cerebro en tal forma, que ha sobrepasado la realidad. Ya no puede conseguir que su maltratado cerebro le indique la verdad porque esto, para un especialista, sería un grave error.

Black no la había oído hablar en una forma tan equilibrada desde hacía años. Sus palabras parecieron desalentarlos. Incluso Groteschele estaba perdido buscando en vano la frase adecuada para contestar. Se entretuvo sacando un cigarro filipino de un pequeño estuche de cuero que guardaba en su bolsillo. Desde el episodio de la bahía de Cochinós, había dejado de fumar cigarros habanos.

—¿Creen que he exagerado? —dijo Betty. Al pronunciar estas palabras toda ella pareció transformarse. Black la miró preocupado. Una honda intensidad interior parecía fluir de su ser, algo que casi era tangible. Todos lo sintieron y siguieron mirándola y escuchándola como si estuvieran magnetizados.

—El mundo —continuó Betty, y ahora había una nota de desesperación en su voz— ya no es el teatro donde se mueve el hombre, sino que éste se ha convertido en un mero espectador sin ningún poder. Las dos malditas fuerzas que ha creado —la ciencia y el estado— se han combinado en tal forma que forman un solo cuerpo monstruoso. Nosotros nos encontramos a merced de nuestro monstruo y los rusos a merced del suyo. Juegan con nosotros como los dioses del Olimpo jugaban con los griegos. Lo mismo que esos dioses griegos, tienen un sino trágico. Sólo saben cómo destruir, pero ignoran cómo salvar. Esto es lo que está sucediendo en nuestra guerra fría: una nueva tragedia griega en forma moderna con nuestros monstruos semidivinos jugando un papel decisivo en el cataclismo de la tragedia.

Calló un momento y echó una rápida mirada a Black, como si buscase ayuda. Pero antes de que éste pudiera hablar o acercarse a ella, empezó a hablar de nuevo.

—Todos sabemos que la gran explosión ocurrirá. Lo único que les preocupa a ustedes, a los dos por igual, es morir intelectualmente bien. Pero mi problema es mucho más primitivo. Lo único que deseo es que cuando esto ocurra y mis hijos mueran yo pueda librarles de sus agonizantes dolores con un poco de morfina.

Terminó diciendo esto en una voz monótona carente de emoción. Esta última frase pareció conferir seguridad a Groteschele, como si hubiese encontrado la clave para entrar de nuevo en la conversación y guiarla a zonas más seguras. Habló con suavidad y comprensión.

—Betty —dijo—, los que conocemos bien la situación sentimos casi lo mismo que acabas de exponer. Pero ¿qué quieres que hagamos? ¿Que salgamos todos a comprar morfina? Comprende, Betty, estoy tratando de salvar a tus hijos, no de narcotizar su agonía. Esto es la clave de todo lo que he escrito. A pesar de nuestros esfuerzos, puede sobrevenir una guerra atómica. Debemos encararnos con esta posibilidad y no encerrarnos en nuestras ideas como un avestruz. Lo que yo trato de conseguir es que si la guerra viniese, los hombres, es decir, los hombres como nosotros, tengan las máximas posibilidades de sobrevivir.

Betty parecía tranquila, pero Black sentía cómo sus dedos se enterraban en su brazo.

—¿Qué piensa de todo esto, general Black? —preguntó el senador Hartmann.

Black levantó los ojos, que tenía fijos en Betty, hacia Foster quedándose unos minutos pensativo.

—Creo que Betty tiene razón en parte —dijo muy lentamente—. En cuanto se sabe qué es lo que se quiere se puede encontrar una gran cantidad de detalles lógicos y de ejemplos que respalden sus argumentos. Yo también tengo la terrible sensación de que hemos acordado, tanto nosotros como los soviets, nuestra mutua destrucción. Ahora ambos hacemos una llamada a argumentos lógicos distintos para llegar a conclusiones idénticas. Probablemente, ambos obtendremos el resultado que queremos. En ese caso, la morfina es más importante que un refugio antiaéreo.

Hizo una pausa y durante un breve instante se sintió muy excitado. Una excitación salvaje e irracional: ahora comprendía su sueño. Se encontraba metido en una especie de juego en el que le iban arrancando todo aquello que formaba su razón de ser. Y entonces, de repente, no pudo seguir hablando.

Los comentarios de Betty habían puesto punto final a la reunión. Todos bebieron y charlaron cortésmente durante unos minutos más y, en seguida, empezó el intrincado ballet de las despedidas. Black sabía que su anfitrión no olvidaría fácilmente su posición herética. El senador era un hombre metódico.

Una vez dentro del taxi que les condujo a su departamento ninguno de los dos habló. Betty se durmió sobre sus espaldas con los dientes rechinándole lastimosamente.

El general Black despachó rápidamente todo aquello que le atormentaba volviendo a la realidad en el momento en que el «Cessna 310» se aproximaba a la Base Aérea de Andrews, en las afueras de Washington. Al mirar las casas junto al agua de la bahía de Chesapeake, lamentó que el avión no pasase por encima del Washington propiamente dicho. Pues siempre se sentía conmovido por el esplendor del monumento a Washington con su blanco obelisco, la sobrecogedora majestad del monumento a Lincoln y el Pentágono. Pero también este último era distinto. Su forma aplastada y poco definida no había sido diseñada para cautivar a los aviadores. Más bien parecía un enorme y burocrático barco de guerra terrestre anclado junto al Potomac. En realidad no era sino eso, musitó Black, asediando continuamente

aquella flotilla indefensa de barcos burocráticos más débiles que se extendían a lo largo del Potomac.

«A trabajar, Blackie, muchacho-general», se dijo a sí mismo. «La vida es algo serio, es de verdad».

Aterrizó con pericia sin esfuerzo y diez minutos más tarde se dirigía en un coche oficial hacia el Pentágono.

REFUGIO ANTIAÉREO, LA CASA BLANCA

El Presidente miró hacia donde estaba Buck, al otro lado del escritorio. Buck sabía que el Presidente no le veía. Notó que encogía los párpados; entonces Buck se rebulló inquieto en su asiento. Los ojos del Presidente captaron aquel movimiento. Su rostro se endureció repentinamente, como si sólo entonces volviera de nuevo a la habitación.

—¿Qué piensa de esta lista, Buck? —le preguntó, señalando la tarjeta que Buck tenía aún en las manos. Éste titubeó, levantándola como si fuese algo muy delicado, y miró de nuevo los nombres. Quiso humedecerse los labios con la lengua, pero se contuvo. Buscó una respuesta en su mente, algo que tuviese sentido. Le fue imposible.

—Sólo los conozco de nombre —dijo con voz queda—. Hay algunos que no, nunca he oído hablar de ellos.

Leyó en el rostro del Presidente que aprobaba su respuesta. Luego el Presidente dejó de verle, estaba abstraído.

—Póngase cómodo, Buck —dijo el Presidente—. Nos enfrentamos con un estado de emergencia pero todavía tenemos tiempo, un poco por lo menos. Una decisión y el tiempo que apremia. Esto son las premisas de una emergencia. La decisión nos la ayudarán a tomar estas personas que usted tiene en su lista. El tiempo, en cambio, no podemos controlarlo. Transcurre, sencillamente.

Parecía un poco tonto aquello, pero Buck sabía que el Presidente no estaba pensando realmente en lo que decía. Su voz y su mente funcionaban en dos niveles distintos. Se juntaron y el Presidente vio realmente a Buck de nuevo.

—Buck, esa gente se ve todo el tiempo, a diario —dijo el Presidente—. Sin duda han hablado de todo tantas veces que tienen una bonita solución de comité para cada cosa. ¿No es cierto?

—Sí, me imagino que debe ser así —dijo Buck.

—El único problema es que ahora nos enfrentamos con algo no previsto y para lo cual no tienen solución —añadió—. Bogan me dijo que en Omaha no tienen ningún procedimiento standard operativo para esta clase de emergencia. Así que nos enfrentamos con una situación que se presenta por vez primera, algo completamente nuevo.

El Presidente hizo girar su silla y miró a su secretaria.

En una forma completamente automática ella levantó el lápiz y lo acercó al cuaderno de notas.

—Blackie forma parte del grupo del Pentágono, ¿verdad? —preguntó el Presidente.

Buck recorrió la lista con los ojos.

—Sí, aquí figura un general Black, señor Presidente —dijo. Tenía la boca seca.

—Sí, ése es Blackie —dijo el Presidente—. Fuimos a la universidad juntos. —Tras una pequeña pausa añadió—: Blackie es un muchacho inteligente, tiene valor y carácter. Le confiaría cualquier cosa, es decir, casi. Tiene la cabeza en su sitio y es capaz de enfrentarse con situaciones imprevistas. La dificultad estriba en que o bien tomarán una solución de comité o se guiarán por lo que diga alguien como Blackie. Apenas habla, excepto cuando realmente cree en lo que dice... —Calló de pronto y miró fijamente a la pared sin verla. Entonces giró sobre su silla, quedando frente a ellos y diciendo más animado—: Necesitamos a alguien que no forme parte del grupo del Pentágono pero que esté enterado de cómo va todo aquello. ¿Quién les parece?

Hizo la pregunta a ambos, a Buck y a Mrs. Johnson. Buck se puso rígido. Su mente parecía vacía, incapaz de recordar nada concreto. En aquel momento no le venía a la memoria ningún nombre. Luego, surgieron el nombre de su madre, el de Gypsy Rose Lee, el del viejo Carmichael del departamento de abajo... Creía volverse loco.

Mrs. Johnson lanzó una mirada al Presidente, luego pasó rápidamente varias páginas de su libreta de notas.

—Tienen al profesor Groteschele en su reunión —dijo—. No es uno del grupo. Quiero decir que no trabaja en el Pentágono.

El Presidente se balanceó en su asiento.

—Sí, es verdad, no trabaja en el Pentágono —dijo lentamente—. Pero según el libro que escribió es casi como si fuera uno de ellos. —Hizo una pequeña pausa, y añadió—: O. K., Johnnie, de todos modos añadiré algo a ese grupo de personas que se han estado viendo con demasiada frecuencia. Dile al Pentágono que incluya a Groteschele en el cuerpo consultivo. Dile a Swenson que Groteschele tiene mi visto bueno, y que puede opinar sobre cualquier asunto que se presente.

—Bien, siempre que sea algo pertinente —dijo la señora Johnson sonriendo entre sus apretados dientes.

El Presidente le contestó con una breve sonrisa, diciendo:

—Swenson tiene un sentido bien desarrollado de lo pertinente.

—Lo sé, señor Presidente —contestó Mrs. Johnson.

—Ya sé que usted lo sabe, Mrs. Johnson —confirmó éste haciéndole un pequeño saludo a guisa de burla.

Ella sonrió levantándose, dio media vuelta y salió de la habitación.

Buck se quedó sentado allí, silenciosamente, junto al Presidente de los Estados Unidos. Sabía que esperaban algo, pero no sabía el qué.

EL HOMBRE ORGANIZADO

Walter Groteschele despertó a las 5,30 de la mañana. No se despertó al sentir el reloj despertador y, además, tampoco llevaba reloj de pulsera. A pesar de ello nunca se equivocaba de hora. Estaba completamente despierto. Mientras saltaba de la cama, su mente ya estaba planeando el trabajo del día. Lo hacía rápidamente, en una forma perfecta y ordenada, no le llevaba más tiempo del que necesitaba para trasladarse de la cama al cuarto de baño. A las 6 y 10 ya estaría listo; se habría duchado, afeitado, vestido, se habría tomado una taza de café rápido, y estaría esperando el tren en Scarsdale. Tardaría una hora en llegar a La Guardia, esto es a las 8,30. Una hora para llegar a Washington (donde se tomaría su segunda taza de café, a 330 metros) a las 9,30, y estaría en el Pentágono diez minutos antes de las diez.

La lista de cosas que hacer estaba completa. Su día controlado.

Groteschele subió a la báscula del cuarto de baño: 82 kilogramos. Pesaba 74 cuando tenía veintiún años. Conocía a muchos que no querían pesarse, tenían miedo de saber su peso. Groteschele se pesaba todos los días. Al bajar de la balanza incluso trataba de pensar en lo que significaba aquel aumento de peso. Hay que encararse a la realidad, se decía quedamente con orgullo. A ello debía el encontrarse en la situación brillante del momento.

Mientras se duchaba, frotándose el cuerpo con una áspera esponja natural, meditó rápidamente sobre las diferencias físicas de los veintiuno y los cuarenta y ocho. Entonces era delgado y tenía buena musculatura. Ahora había un exceso de grasa en el torso. No era gordo, pero así y todo se le notaba bajo el traje. Menos firme. Alrededor de la cintura la carne hacía un pequeño bulto. Donde más se notaba era en torno del cuello y en la cara. Generalmente llevaba cuellos muy apretados que se le enterraban un poco en

la carne, haciendo que su rostro apareciese ligeramente rosado. Mientras se afeitaba pensaba en si le sería posible o no eliminar toda esa grasa. No tuvo que pensarlo mucho.

No le quedaba tiempo para hacer ejercicios.

Sólo una vez durante sus cinco etapas —auto, tren, taxi, avión, taxi— entre Scarsdale y Washington, se relajaba un poco la mente de Groteschele para pensar en otra cosa que no fuese el informe a presentar. Era en el taxi desde el Grand Central hasta La Guardia. Quizás era la sensación de lujo que se derivaba del hecho de viajar solo en un taxi, mientras todos los demás iban en los autobuses, lo que hacía que Groteschele pensara en su juventud. Aunque fuera por breves instantes se permitía el lujo de dejar correr el pensamiento.

El padre de Groteschele era un médico eficiente, brillante y trabajador, un gran cirujano también. Además era judío, y, por desgracia alemán. A principios de 1930 se dio cuenta de lo que se avecinaba. Había discutido con otros judíos en su ciudad nativa de Hamburgo, afirmando que había sólo dos alternativas: armarse y pelear o abandonar Alemania. La mayoría de sus amigos y parientes se quedaron anclados junto a lo suyo y, acostumbrados al sufrimiento, se quedaron en Alemania. Muchos murieron en las cámaras de gas.

Walter Groteschele tenía quince años cuando su padre abandonó sus largos años de práctica en Alemania y se trasladó desde Hamburgo, vía Londres y Nueva York, a Cincinnati. Antes de poder ejercer la medicina en América necesitaba hacer dos años de práctica de internado y tenía que pasar una serie de exámenes. Nunca pudo reunir el dinero suficiente para hacer esos dos años de práctica. Emil Groteschele trabajó primero como peón caminero. Sin embargo, no pudo aguantar que sus manos de cirujano se le llenaran de asperezas y callosidades. Por fin terminó trabajando de matarife en una carnicería judía. Esto era una ironía, pues Emil Groteschele era un judío reformista y nada devoto. Pero, en ese trabajo, podía valerse de sus manos en una forma levemente parecida a aquello para lo que habían sido tan bien adiestradas.

Emil Groteschele no era un hombre amargado. Había comprendido bien lo que le deparaba el futuro cuando abandonó Berlín. Pretendía salvar su vida y la vida de su familia, esto era todo. Una de las pocas veces en que su hijo recordaba haberle visto enojado fue a propósito del *Diario de Anna Frank*. Emil Groteschele tuvo una violenta discusión con los judíos de Cincinnati al sostener que Anna Frank y su familia se habían portado como imbéciles. Les

dijo que en vez de esconderse en una buhardilla ligados a sus tradiciones judías, debían haber trazado planes para escapar, o, en su defecto, deberían haber estado dispuestos a luchar contra los nazis cuando llegara su hora:

—Toda la escalera que conducía a aquella miserable buhardilla debería haber estado teñida de sangre nazi junto con la de la familia Frank —argüía el doctor Groteschele amargamente.

—Si cada uno de los judíos de Alemania hubiese estado preparado para aniquilar a un miembro del S. S. antes de que los condujeran a los campos y a las cámaras de gas, hubiesen detenido a muchos menos judíos —sostenía Emil Groteschele—. Hubiera llegado el momento en que Hitler y los S. S. habrían tenido que detenerse y encararse con esa realidad. Si cada uno de los judíos detenidos hubiese caminado hacia la puerta con una pistola en la mano y hubiese empezado a disparar contra todos aquellos presuntos héroes, ¿cuánto tiempo hubiesen podido mantener aquello los nazis? Al llegar a varios centenares habrían empezado a pensárselo un poco. Al llegar a unos cuantos miles habrían empezado a temblar un poco también. Si hubiesen llegado a los veinte mil, habrían cesado de hacerlo. Pero los primeros judíos que avanzaron silenciosamente en dirección a los campos de exterminio o se escondieron como ratones en las buhardillas, fueron los instrumentos de destrucción de los demás.

Groteschele sabía que su padre consideraba que la vida no era sino una batalla. Era un verdadero seguidor de Darwin; tanto que nunca expresó resentimiento ni se lamentó de haber pasado a ser un matarife después de haber sido un gran cirujano.

—Vivimos en otro medio. No soy tan eficiente como los americanos —decía aquel hombre decidido, en una voz exenta de lástima, como si hablara de otra persona—. Los americanos nacieron en este medio; los más débiles han desaparecido hace tiempo. Yo, en cambio, nací para un medio más blando: señoras judías con demasiada grasa, rabíes con úlceras, gente que bebía demasiada crema agria, «lox» y bolas de matzoth. —Miró fijamente a su hijo—. Cada grupo se protege, lo mismo que los individuos. No pierdas tu tiempo lamentándote. Prepárate para entrar en el grupo que quieras.

Su hijo había tomado en serio sus consejos. Se lanzó a la caza de conocimientos como si se trataran de un enemigo. Al acabar su segunda enseñanza había obtenido todos los honores académicos que se podían conseguir en las escuelas públicas de Cincinnati.

Cuando Groteschele ingresó en la pequeña universidad de Ohio, lo hizo con tres becas distintas y sin tener la menor idea de lo que pensaba estudiar.

Durante su primer año se inscribió en un curso de letras y se dedicó a estudiar a sus compañeros de clase. Esto sirvió para afianzar su confianza. En general no sabían lo que buscaban; eran jóvenes agradables, ansiosos a la busca de citas, distraídos durante las clases, obsesionados por lo material, jerseys de cashemira, autos convertibles, tocadiscos y banderines. Eran una nueva casta de judíos, pensó Groteschele, amarrándose a las invisibles cadenas de sus propiedades, pero carecían del empuje y de la habilidad necesarios para soportar las pruebas porque pasaba un judío de verdad.

Groteschele, por fin, se dedicó a las matemáticas. Las escogió de una forma sistemática. Vio que no aprendía nada nuevo hablando con sus compañeros. Se dedicó, por el contrario, a buscar los profesores más brillantes en la materia haciéndoles preguntas. Averiguando qué opinión tenían sobre la industria americana y cómo creían que se desarrollaría dentro de unos cinco años. Su contestación unánime era que la nación estaría en guerra o al final de una guerra y que la ciencia se hallaría sumergida en una nueva ola de progreso. Y que, para ello, las matemáticas serían esenciales. Obtuvo un *Phi Beta Kappa* durante sus primeros cursos y un *summa cum laude* al graduarse y, literalmente, no conocía por su nombre sino a una docena de sus compañeros.

Antes de que tuviera tiempo de buscarse un empleo, una ráfaga de aviones japoneses pasó violentamente sobre Pearl Harbor y cambió nuestras vidas. Por entonces Groteschele había desarrollado una especie de pseudociencia, una dura intuición sobre lo que acaecería en el futuro. Lo hacía mediante una eliminación sistemática de esperanzas que iba sustituyendo por un cálculo de realidades. Aplicaba la misma teoría darwiniana de su padre pero de una manera más dura y metódica. No era una Casandra, pero trataba siempre de estudiar con lentitud y cautela buscando la situación en que se hallaría dentro de cinco años y de moverse tras lo que parecía inevitable. Sus cálculos lo llevaron a presentarse inmediatamente como voluntario para el servicio militar.

Fue seleccionado para estudiar en la Escuela de Oficiales y, en cuanto terminó los cursos, lo asignaron con un grupo de oficiales para interrogar a los prisioneros alemanes antes de ser procesados y enviados a los campos de concentración diseminados por todo el país.

Al principio, este trabajo encerraba una deliciosa sensación de venganza y Groteschele disfrutaba con él. Día tras día, aquellos mismos hombres que habían maltratado a tantos judíos en las pequeñas y confortables ciudades alemanas, que se habían paseado llenos de soberbia en sus uniformes del

partido, y que habían gritado pidiendo la guerra, pasaban frente a él. Ahora sus ojos estaban llenos de amargura y parecían asustados e indecisos y llenos de nostalgia por su patria. Defraudaron al mismo Groteschele, quien se extrañó de sus sentimientos.

Al cabo de unas semanas, esas entrevistas se hicieron monótonas. Era imposible mantener despierta la ira contra una fila de hombres fofos como patatas, de mirada vacía, cansados y abatidos después de la travesía del Atlántico, que expresaban, lloriqueando, su ignorancia sobre los campos de concentración: «*Konsentration camps, ach nein, Herr Leutenant*», con los ojos abultados por la fingida sorpresa. «Imposible, nunca he oído hablar de eso». Y luego, los argumentos inevitables de que eran hombres oscuros, soldados rasos, que no hacían sino ejecutar órdenes, hombres que creían cumplir con su deber, que eran secretamente antinazis.

Al cabo de un mes, Groteschele, a causa de sus conocimientos de alemán, logró ser transferido a otra sección donde se entrevistaba a guardias de las S. S. Esas entrevistas eran más largas, más concentradas y significativas. El oficial encargado del careo podía, en realidad, preguntarle al S. S. todo lo que quisiera. Groteschele siempre llevaba la interrogación hacia la cuestión judía. Los S. S. le miraban tranquilos, sin que sus rostros delataran ninguna emoción, diciendo: «Conejos. Los judíos son como conejos, pero no tienen la rapidez de éstos». Siempre acababan comparándolos a un conejo o a una rata o ratón mal alimentados.

Fue durante este período cuando Groteschele se dedicó a eliminar su exceso de peso haciendo un poco de ejercicio diario, y finalmente, ampliándolos con ejercicios al aire libre, a la barra, verticales, etc. y paso atlético. Se hizo tan fuerte físicamente como los S. S., plano de vientre como ellos, y educó su rostro para que no expresara ninguna emoción. Siempre, próxima a terminar la entrevista, Groteschele dejaba caer el hecho de que él también era judío. Nunca lo decía de frente, sino de una forma velada, como asumiendo que el prisionero ya lo sabía desde un principio.

Era lo único que hacía que los S. S. se sintieran nerviosos, aunque sólo fuera por un momento. Se quedaban mirando el cuerpo bien musculado de Groteschele, su cara inescrutable y su mirada dura. Entonces, durante un breve instante, Groteschele leía el temor en sus ojos. Pero al poco tiempo había desaparecido, cerraban los ojos y su rostro se hacía inexpresivo. Pero eso le bastaba a Groteschele. Comprobaba que habían visto un tipo diferente de judío y que aquello les asustaba.

En cuanto se acabó la guerra, Groteschele había cultivado una nueva afición: el estudio de la política. Los americanos eran maestros de la tecnología y el hombre científico seguiría siendo un héroe durante algún tiempo. Pero las grandes decisiones, el verdadero poder, estarían en manos de los que entendían de política. Ser competente en política sería lo máximo, a pesar de que la política electoral de los partidos seguiría siendo tan voluble como siempre. Debía, razonó prudentemente, ser un experto en política pero no estar sujeto a la opinión popular. Calculó que con el GI Bill^[5] y el dinero que había ahorrado, todavía podría obtener su título de doctor en Física en un Ivy League College, e incluso ahorrar algunos miles de dólares.

Su padre le había aconsejado lo siguiente:

—Si quieres llegar a profesor, cambia tu nombre y ponte Groth —dijo—. Hay demasiados judíos alemanes en las universidades americanas. Acabarán perdiendo la tolerancia que sienten hacia ellos.

Pero Groteschele no cambió su nombre. Fue la primera vez que no siguió sus consejos, pero es que ahora ya estaba más seguro que su padre de ciertas cosas: del carácter de los americanos, por ejemplo, y de la actitud favorable que existía en el mundo académico hacia los judíos intelectuales. Esto no quiere decir que los apellidos le fueran indiferentes. En realidad, le fascinaban. Se había dado cuenta, por ejemplo, que la mayoría consideraban que su apellido era alemán, y sabía que su aspecto físico no era típicamente judío. Incluso sopesó la posibilidad de que pudiera afectarle algo el sentimiento antialemán, pero también recordó los cargos de conciencia que se hicieron los americanos sobre su política antialemana después de la Primera Guerra Mundial. Pensándolo bien, después de calcularlo todo, concluyó que saldría beneficiado si continuaba usando el mismo nombre que hasta entonces.

Una vez tomada esta decisión, el plan era bien simple. Sabía que necesitaba un poco de suerte, pero estaba determinado a poner todo de su parte para minimizar en lo posible la importancia de ese elemento.

Lo primero que debía hacer era convertirse en un protegido de Tolliver.

Groteschele intuyó que Tolliver tenía una personalidad de formidables proporciones. Esto fue lo que le indujo a trabajar en el campo de los grandes movimientos diplomáticos, de las intrincadas estrategias militares, y también lo que le condujo a una inmediata y feroz defensa de sus puntos de vista.

Durante el primer año en la universidad, Groteschele no dio ningún paso para acercarse a Tolliver. Se estaba muy quieto en sus clases y leía todos los libros y artículos escritos por él. Observaba la reacción de los otros

estudiantes a medida que iban poniéndose al corriente de los abismos y terrores del mundo académico. A fines del primer año, ninguno de ellos le consideraba la «torre de marfil» que habían creído era. Aprendieron que todo aquello era más parecido al castillo de Kafka: un lugar de enorme tensión, el escenario donde se desarrollaban incomprensibles intrigas, un puesto de acecho y de veloces carreras tratando de huir de un enemigo invisible. Groteschele observó cómo iban cayendo algunos y se mantuvo impasible. De lo único que estaba seguro Groteschele es de que él no sería de los que se darían por vencidos. Venía preparado para enfrentarse con el hecho de que aquellos hermosos edificios y aquellas salas de estudios llenas de libros y los tranquilos seminarios no eran realmente sino campos de batalla.

A fines de su primer año llegó su oportunidad. Tolliver publicó un libro titulado *Models for the Future War*^[6]. El título fue una equivocación. Parecía sugerir que Tolliver, en realidad, patrocinaba la guerra. Las críticas del libro fueron en general negativas y algunas incisivas. Groteschele leyó las críticas cuidadosamente. Finalmente encontró una en una revista liberal mensual, que demostraba claramente que el autor de la misma no había leído todo el libro y que sencillamente había hojeado los primeros capítulos, usándolos después como una plataforma para desarrollar sus propias teorías sobre «la creciente ola militarista».

Groteschele escribió una carta de 2000 palabras a dicha revista. Un verdadero modelo de análisis cuidadoso y demoledor. El editor, en un momento de remordimiento, envió a Groteschele un cheque de 25 dólares y publicó la carta en forma de artículo.

Groteschele, prudentemente, no envió un ejemplar con su artículo a Tolliver; pero era inevitable que éste lo leyese. Jamás le dio las gracias por ese artículo ni, en realidad, lo mencionó nunca. Pero durante su segundo año de universidad, Groteschele recibió un escrito de Tolliver pidiéndole trabajar con él como auxiliar suyo en el seminario. Groteschele trabajó como nunca. Los ojos le ardían continuamente debido a que se pasaba horas leyendo con mala luz en las bibliotecas. No le quedaba tiempo para practicar ningún deporte ni hacer ejercicio, y sentía cómo su cuerpo se ablandaba, cómo se iba recubriendo de grasa y desaparecía aquella fuerte musculatura que tanto le había envanecido.

Groteschele leía con gran cuidado y paciencia todos los informes que Tolliver, que formaba parte desde hacía largo tiempo del cuerpo consultivo del Pentágono, recibía de Washington. A través de sus estudios de aquellos informes, y haciendo preguntas bien calculadas a Tolliver, Groteschele

encontró lo que quería: una brecha existente en el pensamiento militar americano. Desde hacía más de una generación, se había extendido la certeza de que América nunca empezaría una guerra. Incluso los militares más endurecidos trataban de bordear cuidadosamente esa pregunta. Como resultado de todo ello, se había creado una atmósfera que hacía completamente imposible que pudiera discutirse la posibilidad de que, en algún momento, América fuese la primera en atacar. Algunos oficiales se habían atrevido a insinuarlo en algunas reuniones extraoficiales y no tardaron en ser tildados de amantes de la guerra e incluso había sido alterado el curso de sus carreras, haciéndolas derivar hacia campos que estuviesen fuera de la visión pública. Aun entre ellos mismos los militares habían desarrollado una teoría, un léxico y una estrategia que siempre bordeaba la idea de que fuese Estados Unidos el que pudiese empezar la guerra.

En su tesis, Groteschele atacó ese tabú. Forjando en un lenguaje respetable, unas teorías en las cuales el «dar el primer golpe» o la «guerra preventiva» podían ser tratados. El título que dio a su disertación era *The Theory of Counter-Escalation Postures in a Thermonuclear World*. Dio a Tolliver cinco copias de las primeras pruebas de su disertación. Tolliver comprendió por qué había recibido aquellas copias extras, y las envió a Washington.

Groteschele trató de no espolear sus esperanzas. Sabía que había muchos ejemplares de copias similares a las suyas que desaparecían en los laberintos de Washington. O que la idea central podía ser atacada por algún poderoso, o, aun peor para él, que fuera calificada de trivial o de chifladura. Pero no le abandonó la suerte. Un día recibió una llamada telefónica.

—Doctor Groteschele, soy el coronel Stark, de la Fuerza Aérea del Pentágono —dijo una voz tranquila—. Hemos leído su artículo con gran interés y nos gustaría saber cuándo podría venir a Washington a tratar ese asunto.

Técnicamente, Groteschele todavía no tenía su título de doctor, pero estimó que ése no era el momento oportuno de hacer hincapié en ello.

—Coronel Stark, tengo varios compromisos los cinco o seis días próximos —dijo Groteschele prudentemente—. Quizás un día de la próxima semana.

Stark le interrumpió bruscamente. Se notaba un filo de irritación en su voz, pero también denotaba respeto.

—Doctor, nosotros aquí lo consideramos bastante urgente —dijo—. Después de todo se trata de la seguridad del país.

—¿Puede arreglarlo para que nos reunamos mañana por la tarde? —preguntó Groteschele sin más explicación.

El coronel dijo que sí y cumplió su palabra. La reunión de aquella tarde no fue fácil. Por primera vez desde el día que sintió los comentarios de los S. S. nazis sobre los judíos, tratándoles de conejos, Groteschele se sintió solo. Se hallaba sentado al extremo de una larga mesa. Los otros asientos estaban ocupados por seis generales, cinco coroneles, cuatro civiles y un secretario que escribía en una máquina «Stenotype». Groteschele echó una rápida mirada a Stark. Su rostro era impasible. Groteschele ni tan sólo se preocupó por los demás. Sabía de sobras que ninguno se había pronunciado todavía.

Groteschele sintió que perdía valor. Todo aquello era demasiado absurdo. Él era sólo un estudiante que había pertenecido algún tiempo al ejército con el grado de teniente y se disponía a hablar a un grupo de profesionales que habían dedicado toda su vida al estudio del arte de conducir una guerra y a la estrategia. Presentía que iba a quedar en ridículo. Rápidamente, y con esa capacidad telescópica de los momentos trágicos, vio lo que sería su vida después de aquello. Empezaría a resbalar cuesta abajo, resbalar, resbalar. Una sonrisa dura cubrió su rostro mientras calculaba cuál sería su fin, cuál sería el equivalente de la carnicería donde trabajaba su padre. No sería sino un profesor de segunda enseñanza, tratando de instruir a un puñado de niños idiotas.

Odiándose terriblemente se dio cuenta de cómo había perdido en fuerza física; ya no era una persona fuerte y bien formada. Seguramente, para aquellos hombres poderosos y elegantes que se hallaban alrededor de la mesa, no era sino un gordo académico atiborrado de lecturas. Miró a Stark, tratando de excusarse.

—Perdone, coronel Stark —dijo Groteschele y luego hizo una pequeña pausa.

Él mismo se sorprendió al oír su propia voz tan mesurada y fría, sin el más ligero balbuceo. Tenía la boca seca, su mente hecha un torbellino, y los dedos le temblaban, pero su voz tenía el sonido duro de una roca. Su decisión estaba hecha. Leería su tesis tal cual la había escrito, valiéndose de la única cualidad física que aún tenía bajo control: su voz. Más tarde, mientras iba leyendo, se dio cuenta que su tesis era una jugada peligrosa. Revisaba diferentes teorías sobre la moderna guerra nuclear y con una fuerza implacable, parecida a la de una ametralladora, las hizo pedazos. Sin duda estaría causando daño a alguno de los hombres que se hallaban en la habitación. Sintió que la boca se le ponía espesa como si la tuviera llena de

algodón, pero a pesar de ello las palabras siguieron surgiendo incluso más controladas que antes. En cuanto terminó su revisión de «alternativas anticuadas», tuvo la sensación de haber herido individualmente a cada uno de los hombres que estaban en aquella habitación. Ahora ya no podía volverse atrás, no le quedaba más remedio que seguir.

Al llegar a sus propias teorías, su voz se hizo más aguda, más incisiva, a pesar de que las palabras fuesen más ambiguas. Sin esbozar una sonrisa, valiéndose de su nuevo vocabulario, presentó la alternativa de que fuese Estados Unidos el primero en dar el golpe. Sin embargo, no utilizó estas mismas palabras. Sino que condujo hábilmente a sus oyentes hasta el problema llevándolos al borde del abismo, y obligándolos a mirar al fondo del mismo. Entonces, con un lenguaje que seguía siendo frío y correcto, describió la situación como un abismo que no era tan amenazador, sino que ofrecía en realidad una oportunidad magnífica y brillante. Tardó una hora y diez minutos en presentar su informe. No le interrumpieron ni una sola vez.

Cuando terminó y arregló los papeles sobre la mesa frente a sí, Groteschele se quedó mirando fijamente hacia adelante.

La primera persona que habló después era un hombre de cierta edad, de pelo blanco, vestido de uniforme y sentado al otro extremo de la mesa. Tenía una voz honda y autoritaria, que emanaba de un rostro curtido, y llevaba cuatro estrellas sobre cada hombro. Groteschele no se había fijado en él antes, pero se percató en seguida de que era el oficial de más graduación en la sala. Era, en realidad, el encargado de los planes estratégicos de la Fuerza Aérea, y deliberadamente no había querido pronunciarse respecto a ningún punto de vista. Despiadado cuando la lógica era pobre y la evidencia débil, tenía fama de escuchar con mente amplia y abierta cualquier propuesta razonable que le presentaran.

—Doctor Groteschele, hablando en mi nombre solamente le felicito por su presentación extremadamente clara y lúcida de un problema complejo —dijo el general. Se miró las manos y sonrió. Luego siguió diciendo—: La alternativa que presenta es difícil. Creo que puede ser la adecuada y por lo menos debe ser discutida a fondo.

Groteschele respiró. Estaba a salvo. Apenas oyó lo que decían las otras voces, que murmuraban diversas razones que aprobaban la tesis de Groteschele.

Cuando la reunión se dispersó, Stark le invitó a comer. Groteschele sonrió consciente de que la invitación había sido hecha *después* de la reunión y no antes. Aceptó. La cena fue más bien modesta, pero Groteschele sabía que los

hombres allí presentes eran poderosos. Y él era el «ganador», el experto que todos buscaban. Las miradas se volvían hacia él cuando hablaba. Otros interrumpían sus conversaciones para escucharle.

—Dios mío, ¿no oíste como el «Viejo» decía que quizás el doctor Groteschele había encontrado «la verdadera»? —decía el coronel Stark—. Nunca le he oído pronunciarse en una forma más directa.

Todos miraban fijamente a Groteschele. Éste ni tan sólo sonrió. Muy sereno se puso a describir algunas cosas según su punto de vista.

Esto había sido al comienzo.

Pronto fue como si prácticamente se comunicara con Washington. Una conferencia siguió a la otra. Planes a discutir aparecían a intervalos regulares. Durante cada nuevo viaje, a cada nueva conferencia, Groteschele adquiría mayor y más valiosa información. Le dieron un pase para que tuviera acceso a los materiales de mayor secreto. Tenía libre comunicación con los expertos que trabajaban en las fantásticas fronteras del desarrollo de nuevos sistemas defensivos.

Su tesis doctoral fue publicada bajo el título de *Counter-Escalation*. Casi instantáneamente Hanson Baldwin le hizo una crítica en *The New York Times*, en la sección crítica de libros, y fue el primero que abrió el fuego. Walter Millis le hizo una crítica en el *Herald Tribune*. Para un libro de su tipo se vendió muy bien, más de 35 000 ejemplares. Su fama se extendió por todas partes. Los periódicos liberales atacaban el libro. Un grupo de pacifistas lo quemaron en Marin County, California; después recapacitaron sobre la quema de libros y pidieron disculpas a un público que no les escuchaba. El libro fue llevado a discusión en un foro abierto en dos sesiones por la televisión nacional. Muchas personas que no lo habían leído lo discutían violentamente.

Con una velocidad que llegó a asustarle, se convirtió también en personaje público más allá de los círculos militares y académicos. Analizó las razones de su éxito y finalmente encontró una explicación a las mismas. Había algo morboso en el tema escogido que en una forma u otra se adhería a Groteschele y lo rodeaba de una aureola. Tenía buen cuidado de no tratar jamás temas considerados «secretos» en público, pero a pesar de ello podía trazar un buen cuadro de cómo se verían los Estados Unidos después del primer golpe termonuclear, las terribles consecuencias de una rendición, el número de niños que sufrirían defectos genéticos malignos debidos a la radiactividad. Mirando con fiereza a las personas que llenaban la habitación, les explicaba cuántas décadas pasarían antes de que los sobrevivientes a una guerra nuclear pudiesen volver al nivel de vida de los tiempos medievales.

Sentía cómo su auditorio se iba poniendo rígido, cómo se humedecían nerviosamente los labios con la lengua y cómo aumentaban los signos de intranquilidad y fascinación.

Groteschele sabía que le consideraban como una especie de mago. Aquellos poderes terribles en los que se había especializado: los secretos de la vida, de la muerte y la supervivencia, el nuevo lenguaje cabalístico de los filósofos nucleares y el de la alta ciencia de la física, eran hechos reales. Pero el hombre de la calle, el socialista poderoso, el industrial y el político atribuían a Groteschele también el *control* de todas las cosas que describía.

La atención y las alabanzas que le prodigaban era algo que le producía un hondo placer. Lo admitía y se hizo cargo de los aspectos incidentales de la fama sin dificultad. Poseía más dinero, muchísimo más, y Groteschele delegó sus asuntos financieros en un experto en la materia. Aprendió a dictar en dictáfonos portátiles mientras iba en taxi o en avión. Supo asimismo que era muy peligroso emborracharse la noche antes de una reunión importante. Varias fundaciones y firmas de negocios le eligieron su consejero, pero él las seleccionaba cuidadosamente antes de aceptar. No quería involucrarse en nada que pudiese dañar sus relaciones con el Gobierno Federal, pues sabía que la posición que había conseguido en Washington y la información que allí obtenía eran las verdaderas fuentes de su poder. Se mantuvo incólume a través de tres distintos mandatos presidenciales. Muchos de los más altos funcionarios militares y políticos no estaban de acuerdo con él, pero lo consideraban un elemento valioso. Era un innovador, un hombre incisivo, un sabihondo con una mente de acero, e incluso aquellos que no estaban de acuerdo con él y le discutían violentamente sabían que tenían el deber de considerar las alternativas que su poderoso pensamiento exponía.

Después del éxito de su libro, Groteschele había sido asediado con numerosos ofrecimientos para que ocupara puestos académicos. También los estudió cuidadosamente. Finalmente escogió el de una eminente universidad cercana a Washington, que acordó ocuparlo sólo unas horas durante un semestre y pagarle su sueldo completo. La universidad, a su vez, también hizo un buen negocio, pues obtuvo un elemento notable, un nombre famoso, y lo sabía.

Todo había cambiado para Groteschele rápidamente. Pensó brevemente en sus relaciones con las mujeres. No era apuesto ni poseía atractivos sexuales, y nunca los había tenido. Se lo explicaba a sí mismo diciendo que era como si las mujeres que se sentían atraídas hacia él por otras causas se sintieran a su vez repelidas por su mente. Pero esto también había cambiado ahora. Cuando

transitaba por los largos corredores del Pentágono, sentía como las secretarias le miraban con pequeñas sonrisas de contenida admiración. Él las saludaba con una ligera inclinación de cabeza pero nunca les hablaba. Se sorprendió también al ver que hermosas y brillantes mujeres le buscaban. Si quería no tenía más que mantenerse muy tranquilo en una reunión social cualquiera, mirar especulativamente a las mujeres allí reunidas y escoger una... Luego, dejar que la situación se fuese desarrollando permitiendo que ella tomara la iniciativa. Muchas veces incluso aquello terminaba cómodamente en el lecho de ella.

Groteschele estaba casado y tenía una hija de quince años. Su mujer y su hija se parecían de un modo notable: menudas y nerviosas, ambas poseían una belleza delgada y transparente. Su hija era además una estudiante muy brillante, y lo que Groteschele amaba más en ella eran sus éxitos académicos. Como otras esposas de muchos hombres atareados y famosos, su mujer se había esfumado detrás de una neblina doméstica, fría y tranquila. Se había casado con ella en Cincinnati, años atrás, cuando poesía la frescura propia de la juventud y a él le había parecido una unión apropiada. Groteschele no la llevaba nunca consigo y sus conversaciones en casa eran breves y perentorias. Ella se percató de que su vida sexual transcurría fuera de casa, pero al saberlo se sintió aliviada. En realidad nunca había sentido pasión por aquello, y en sus relaciones conyugales, sobre todo después de la publicación de *Counter-Escalation*, había algo en el comportamiento de su marido que le perturbaba. Le confería una sensación de impersonalidad, como si hubiese sido arrancada de sí misma, como si fuera algo sin nombre para él, una figura anónima sobre la que se debatía preso de un furor hondamente enraizado. Durante algún tiempo trató de convencerse a sí misma de que aquello no era sino el reflejo de una natural pasión, pero sabía que no era cierto.

La pasión amorosa había conducido a Groteschele hacía poco a una nueva experiencia que le había extrañado profundamente, revelándole de una manera viva los manantiales de su poder. El asunto empezó en una de aquellas frecuentes discusiones extraoficiales con un grupo de importantes e influyentes hombres de negocios y políticos. La reunión tuvo lugar en el Metropolitan Club de Washington. Aquella noche se trataba de un grupo muy selecto, en total unos veinticinco entre hombres y mujeres. Mientras bebían, notó que había una mujer que se destacaba de todas. Elegante, delgada y flexible, pertenecía a un mundo que no conocía. Intuía que su competencia en el trato de los hombres era tal que se había convertido en una especie de arrogancia. Había visto en otras ocasiones algunas mujeres como ella. Sus

maneras delataban en forma sutil su riqueza, sus apellidos, su educación y su aburrimiento. Era como si llenaran el aire de refinados perfumes. También tenía algo que ver con su sonrisa: no sonreía fácilmente y nunca al mirar a otras mujeres. Cuando miraban sonriendo a un hombre era como si le dieran la mano felicitándole; una sonrisa exenta de simpleza y de coquetería. Para esas mujeres los hombres no eran un entretenimiento sino una necesidad. Groteschele se percataba de esto y en cierto modo se sentía amenazado por ello y evitaba este tipo de mujeres.

La charla que dio transcurrió bien. Era una variante de la de siempre. En realidad no querían escuchar nada nuevo, sólo deseaban oírsele a él. Después, con la excusa de tomar nuevas copas, se formaron pequeños grupos que se entretenían discutiendo sus argumentos preferidos. Groteschele echó un vistazo al salón preguntándose cuándo empezarían a dispersarse. Todavía no había ningún indicio de ello. No podía marcharse demasiado pronto. Parte de sus honorarios de 750 dólares imponían su participación en aquellos momentos de aburrimiento. Sintió que alguien le tiraba suavemente del codo. Se volvió. Era su anfitriona y, a su lado, aquella mujer tan elegante.

—Evelyn, éste es Walter Groteschele, nuestro huésped de honor; Evelyn Wolfe. Evelyn tiene unos deseos enormes de conocerle. Me ha hecho prometerle que nos reuniremos más tarde, un pequeño grupo solamente, en un bar para que pueda oírle en primera fila —dijo y desapareció en seguida.

—Ha exagerado un poco, pero sí que tengo ganas de hablar con usted —dijo Evelyn Wolfe.

Ocho de los invitados se reunieron más tarde en uno de esos bares de hotel —tan «chics»— de los que hay tantos en Washington. Evelyn Wolfe se sentó junto a Groteschele y al cabo de pocos momentos se dio cuenta, lleno de azoramiento, que tenía la sensación de haberse quedado solo con ella en el extremo de la mesa, casi como si una barrera de sonido los aislara a los dos. Groteschele empezó a darse cuenta de que se trataba de una mujer extraordinariamente atractiva. Era inteligente, con un sello muy personal, bien educada, bien informada e intensa; no obstante, por lo menos había conocido ya una veintena de mujeres que poseían esas mismas cualidades. Pero ésta tenía además una especie de intensidad muy honda, casi ardiente, como si todas sus emociones se enfocasen en una forma dura sobre un objeto indefinido. Conversaba poco, se notaba que buscaba algo. Después de beber cuatro whiskies con soda, Groteschele se dio cuenta de que ese algo era él. Normalmente esto le habría enorgullecido. Pero esta vez sintió un pequeño escalofrío de aprensión. Aquella mujer tenía una manera de escucharle tal

como si quisiese apoderarse de él a la manera de una cobra. Su cabeza tan bien cuidada, su rostro, cuyo único defecto era quizás una boca demasiado pequeña, se movía lentamente de un lado a otro con pequeños gestos ondulatorios mientras Groteschele le hablaba de los sistemas de guerra, de la estrategia de la rendición, de los megatones y de los sistemas de aniquilamiento universal.

La mayoría, especialmente las mujeres, escuchaban sus descripciones de las tácticas americanas y soviéticas con un gesto y una mirada en la que se leía claramente el horror o el aturdimiento. En cambio, la expresión del rostro de Evelyn Wolfe seguía inescrutable para Groteschele. Sólo sabía que su concentración era enorme. Hablaba muy poco. Cuando le describía esos sistemas de aniquilamiento, sugiriendo que había varios ya clasificados, cerraba un momento los ojos y una pequeña sonrisa se dibujaba en la comisura de sus labios.

—¡Qué hermoso! —decía.

Sólo esas palabras, sin que las acompañara ni la más leve expresión de horror, de espanto o de desesperanza. Durante un breve instante incluso la serenidad tan cuidada de Groteschele pareció que iba a ceder. Pero siguió hablando automáticamente de los posibles supervivientes de una guerra termonuclear completa; era su manera de acabar, en una forma un poco grotesca, la macabra descripción y de dar un pequeño respiro a su auditorio. Seguramente, los únicos que se salvarían serían los más grandes delincuentes, aquellos encerrados en solitarias prisiones e incomunicados. Otro de los grupos humanos con más probabilidades de supervivencia eran los empleados de los archivos de las grandes compañías de seguros, pues trabajaban en habitaciones forradas contra incendios y aislados por toneladas del mejor aislante del mundo, el papel.

—Entonces, mi querida miss Wolfe, imagínese lo que pasará —dijo Groteschele sintiendo que recobraba su habitual compostura—. Ese pequeño grupo de criminales empedernidos y ese ejército de empleados de archivos pelearán para conseguir lo poco que quede para poder subsistir. Los presos tendrán el monopolio de la violencia, pero, en cambio, los otros tendrán el monopolio de la organización. ¿Qué grupo le parece que tiene más probabilidades de ganar?

Evelyn Wolfe miró fijamente a Groteschele; luego meneó la cabeza. Groteschele se sintió confundido.

—Me gustaría que me llevara a casa ahora —dijo Evelyn Wolfe, y se puso de pie arrojándose en su abrigo de visón antes de que él tuviera tiempo

de responderle. No se molestó en despedirse del resto del grupo pero todos les miraron al salir.

Estaban en el auto de Groteschele y a unas tres manzanas del bar cuando Evelyn Wolfe se decidió a hablar.

—Bromeabas cuando decías aquello de la guerra entre los presos y los empleados de los archivos —dijo apoyando la cabeza en el respaldo—. En realidad tú sabes que nadie sobrevivirá a esos sistemas de aniquilamiento total. En esto estriba la profunda belleza de todo ello.

—Nadie, miss Wolfe, ha llamado a esto «bello» antes —dijo Groteschele riendo.

—Han tenido miedo de hacerlo —dijo ella—. Pero eso es lo que sienten.

—¿Quiere decir que todos poseemos ese deseo de aniquilamiento? —preguntó Groteschele tratando de mantener un tono profesional.

—No, maldito sea, no trates de ser tan deliberadamente estúpido —contestó con cierta aspereza—. Todos saben que deben morir. Lo que me fascina y lo que hace que todo este asunto sea algo tan subyugador, es que se trata de la muerte de tantos. Es decir, literalmente de todos. —Hizo una breve pausa y luego habló con una pasión salvaje—: ¡Maldición! ¡Cómo me gustaría ser hombre y el hombre, además, que tuviera el poder de apretar ese botón! No lo haría, ¿lo comprendes? Pero sólo el pensar que podría hacerlo... —dijo, mientras se movía escalofriada dentro de su abrigo de visón.

Mientras salían de la Avenida Massachusetts y pasaban por el Rock Creek Park, Groteschele comprendió bruscamente lo que ella pretendía. No era él, Groteschele, con su físico, lo que atraía a las mujeres, sino Groteschele el mago, el hombre que poseía la clave del universo, el hombre que sabía cómo y cuánto apretarían el botón. Él poseía el secreto de la vida y de la muerte y ello le confería una aureola de poder.

—¿Por qué no lo apretarías? —le preguntó Groteschele suavemente—. Allí está. Hay más poder en él del que nadie haya poseído jamás. Pero no se pone a prueba hasta que se aprieta. ¿Por qué no hacerlo?

—Porque yo también moriría junto con los otros —dijo Evelyn Wolfe.

Su voz tembló un poco de manera extraña al pronunciar estas palabras. Groteschele se sentía muy excitado.

—Esto lo dices pero no lo crees de verdad —dijo en tono autoritario—. ¿Es que realmente crees que la vida es lo más importante para una persona? No lo piensas ni por asomo. Y sabes que yo tampoco lo pienso. Puedo exponerte una docena de ejemplos en que preferirías la muerte.

Ella se echó hacia atrás en el asiento. Tenía los ojos cerrados y esa expresión sofisticada, tan peculiar, que cubría su rostro como una laca, se disolvió. Se la veía extrañamente joven. Como una muchacha hambrienta.

—Sigue —dijo. Era la primera vez que se dirigía a él en ese tono implorante.

—Ahora, si ya sabes que tienes que morir, imagínate lo fantástico y maravilloso que sería tener el poder de llevarse a todos consigo —dijo Groteschele, dando rienda suelta a aquel pensamiento que nunca se había permitido formularse a sí mismo hasta entonces—. Ese enjambre que hay más allá, esos ignorados miles de millones, esas masas ignorantes, los hermosos, los artistas, los amigos, los enemigos... todos... Y sus planes y sus esperanzas. Todos serán asesinados: han nacido para serlo y no lo saben. Y sólo lo sabrá la persona encargada de apretar ese botón; y será la única que podrá hacerlo.

El pequeño suspiro de Evelyn Wolfe no era un gemido. Sino más bien la expresión maravillada de un niño... de un niño frente a una gran crueldad.

—Para el coche en uno de esos callejones oscuros —ordenó Evelyn Wolfe.

Groteschele obedeció.

En cuanto se apagó el motor, su cabecita tan bien arreglada le golpeó. Fue algo nunca experimentado por él hasta entonces. Le besó violentamente y luego le murmuró palabras al oído mientras sus manos recorrían su cuerpo. En cierto modo tenía la sensación de haber sido raptado, atacado por alguien más fuerte que él. Pero al mismo tiempo, las palabras de ella eran palabras llenas de la más extrema sumisión e iban despertando todos los instintos de su cuerpo.

Nunca pudo recordar perfectamente lo que sintió en aquel momento. Fue algo demasiado rápido y avasallador, una mezcla de revelación de sí mismo, de vergüenza, de hermosa obscenidad; sintiéndose como un niño bajo sus manos, pero con un profundo conocimiento de su condición de mujer; de cómo ella dejó de hablar y empezó a respirar hondo; de un orgullo salvaje al ver que su propio cuerpo era capaz de tanto; de todo lo que sucedió como un torrente en aquel pequeño universo bordeado de palancas de frenos, asientos de cuero e instrumentos; de unas pequeñas manos blandas que luego se arquearon como garras; del sonido de la tela al rasgarse; del olor a perfume caro mezclado con el aroma de ella, y, sobre todo, de que fue una entrega completa.

Cuando por fin ella se sentó y apoyó su pequeño cuerpo en el extremo del asiento, Groteschele pensó que se sentía satisfecha. Pero se equivocaba. Sus ojos brillaban todavía y de nuevo se inclinó hacia él. Le tomó la mano y la acercó a sus labios. Besó la palma de su mano y agarrándole el dedo meñique lo chupó suavemente y luego lo mordió con fuerza rechazándolo después.

De pronto, en una forma contra la que siempre había tratado de protegerse, Groteschele se dio cuenta de que en su propia persona, entremezclados y estrechamente entrelazados había dos conceptos distintos de la muerte. En una de sus formas, en su vida pública, la sentía como si fuese un respetable alto sacerdote de la muerte cívica. Había ensalzado ese diálogo sobre la muerte, haciendo que una conversación escondida y secreta se convirtiese en un arte respetable. Era una especie de juego que dominaba exquisitamente. Casi por la sola fuerza de su pensamiento y su agudeza, había llegado a introducir en toda la sociedad la idea de que una discusión lógica, serena y desapasionada acerca de la muerte colectiva, no era sino una forma de entretenimiento. Por medio de refinamientos e innovaciones lógicas, había hecho de la muerte en masa una manera, un estilo, una forma de vida.

Pero ahora, que sentía que todo el cuerpo le dolía y la camisa pegajosa de sudor, se dio cuenta que también se escondía en él una muerte personal, bestial. Se dio cuenta de que siempre había temido a las mujeres porque en el fondo de todas ellas se escondía un deseo inextinguible de amar a un hombre hasta la muerte. Evelyn Wolfe, sencillamente, lo demostraba de un modo más franco y más directo que las otras. Trataría de conseguir implacablemente como si fuera algo que él le debiera, todas las energías, las secreciones, los fluidos y la sustancia de su cuerpo en un requerimiento inagotable, puramente sexual.

Groteschele se dio cuenta de que nunca había sabido distinguir entre los impulsos sexuales y el verdadero amor. Y ahora ya era demasiado tarde.

Retiró la mano de la boca de Evelyn Wolfe, puso el auto en marcha, aceleró locamente y atravesó a toda marcha el Rock Creek Park. Lanzó una gran carcajada en el momento que el auto dejaba el parque. Una sola. Nunca trataría de enfrentarse de nuevo con esa negra bestia interna de la muerte. Y, además, no le sería necesario hacerlo. Poseía a la otra muerte más grande, la pública, como un amuleto. Era mucho para un hombre. Y era lo más grande que había tenido.

Al llegar a la casa de Evelyn Wolfe, ella se inclinó hacia él y le invitó a entrar. Él se inclinó a su vez un poco, pegándole con la palma de la mano, rápida y salvajemente, en su boca abierta. Ella no se movió, ni lloró, ni

titubeó siquiera. Se sentó simple y silenciosamente un momento, con los ojos cristalinos presos de un sentimiento de pérdida. Esperó unos quince segundos y entonces abrió la puerta y subió silenciosamente a su casa.

Diez minutos antes de las diez, Groteschele entró en el Pentágono sin prisa y sin demostrar que había corrido para llegar allí o que se preocupaba por lo que se avecinaba. Durante las cuatro horas y veinte minutos que había estado despierto, preparó el informe que daría ese día, anticipándose la reacción de ciertos secretarios y generales, y decidiendo qué argumentos reservaría para contrarrestar sus posibles ataques.

Sería un día más satisfactorio que de costumbre.

EL PRESIDENTE Y EL TRADUCTOR

El Presidente miraba su lápiz fijamente. Lo sostuvo en alto contra la luz; parecía estudiar las letras inscritas en él, preguntarse qué significaban sus seis lados, admirar la punta del mismo.

Buck miró su reloj y sintió un sordo aturdimiento: no eran sino las 10,38.

El tiempo parecía alargarse; un largo segundo y luego otro, como gotas semicongeladas, incapaz de separarse de una masa amorfa. Buck empezó a calmarse. «El lápiz es como una especie de tótem para el Presidente», pensó. «Mientras lo mira piensa en otras cosas».

Rápidamente calculó la diferencia en años que habría entre él y el Presidente. Sólo doce años. Por primera vez se dio cuenta de la madurez del hombre que estaba sentado delante de él. Ello, no sé por qué, le entristeció, invadiéndole una sensación de pérdida. No había manera, y tuvo honda conciencia de ello, de que pudiera sobrepasar nunca a aquel hombre en experiencia, en fortaleza, en empuje, en persistencia, en expansión. Lo que sentía Buck no encerraba nada de resentimiento y mucho menos de envidia; era tan sólo que hasta aquel momento había llegado a creer que si él quería todo le era posible. No es que él deseara hacerlo todo, pero le gustaba que ello fuera teóricamente posible. Pero ahora sabía que ni dentro de diez veces doce años, sería capaz de convertirse en un hombre como el que tenía sentado allí delante.

—Buck, quizá todo esto se haya acabado dentro de unos minutos —dijo el Presidente moviendo el lápiz con lentitud y levantando la vista para mirar a Buck—. Seguramente será así. Los bombarderos descubrirán su error y darán media vuelta y regresarán, o nosotros haremos una llamada por radio y los

llamaremos de nuevo. Pero ahora mismo no sabemos por qué han sobrevolado su Punto Límite-de-Seguridad, y tampoco podemos avisarles por radio. Nada de lo que ha pasado por sí solo es catastrófico. Pero la situación que se nos plantea ahora no había ocurrido nunca. Todo nuestro sistema de control positivo depende ahora de nuestra habilidad en mantener el contacto verbal por radio. Por esto estamos aquí. Seguramente el asunto se pondrá feo.

El Presidente hizo una pausa. Buck sabía que no era necesario que contestara pero, sin saber cómo, sintió que empezaba a hablar.

—No conozco los detalles, señor Presidente —dijo Buck, sorprendido por sus propias palabras—, pero si los militares estuviesen bien seguros de lo que hacen, podrían resolverlo solos, no tendrían que llamarle a usted. Si usted está aquí es porque saben que se trata de un problema serio.

El Presidente dejó de mover el lápiz.

—¿Usted se interesa por la política? —preguntó.

Buck hizo una pequeña pausa.

—No, señor, no de un modo particular.

—Recuerdo que usted estudiaba leyes...

—Sí, señor. —De nuevo Buck se sintió profundamente halagado y al mismo tiempo se asombró ante la memoria de aquel hombre.

—Veo que tiene un buen sentido político —dijo el Presidente—. Bogan, en Omaha, tiene instrucciones de comunicarse conmigo en un determinado número de situaciones muy detalladas y específicas. También tiene la instrucción general de avisar en el caso de que ocurra algo que esas instrucciones específicas no comprendan. Usted mismo señaló las instrucciones generales ahora mismo: siempre que ocurra algo anormal póngase al teléfono rojo.

El Presidente hizo una pequeña pausa de nuevo. Fijó otra vez la vista en el lápiz.

—Mire, Buck, si la cosa se pone realmente seria quizás tenga que utilizar el «cable ardiente» que me comunica con el Kremlin —dijo el Presidente, y tras una pausa añadió—: Por primera vez.

Buck sabía que, a fines del año 1962, Washington y Moscú habían acordado mantener una conexión telefónica constante entre el Presidente de los Estados Unidos y el Primer Ministro ruso. No tardaron en llamarle el «cable ardiente». Buck también sabía que no lo habían usado nunca. Por primera vez, desde el momento en que había sonado su teléfono aquella mañana, Peter Buck sintió un escalofrío.

—En la mayoría de los casos puedo solucionarlo yo mismo —continuó diciendo el Presidente—, pero no hablo ruso y usted sí. Es posible que tenga usted que traducir lo que yo diga y la traducción debe ser no sólo literalmente perfecta, sino que usted debe dar a la misma el énfasis que yo le dé y la misma entonación para indicar con claridad cuáles son mis intenciones. Así que desde este momento escuchará todas las conversaciones que yo sostenga por teléfono. En cuanto termine de hablar le diré lo que pienso sobre ellas. No discuta conmigo, trate sólo de estar seguro de comprender bien lo que yo siento. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Buck—. Es algo nuevo para mí, pero lo intentaré.

El Presidente se reclinó en el respaldo de su silla y cerró los ojos.

—Esto es todo lo que puede hacer. Esto es todo lo que podemos hacer.

Cuando habló de nuevo fue de una manera más íntima y abierta, sin ningún recelo, como si se tratase de una asociación verbal completamente llana.

—He hablado con Bogan, en Omaha, dos veces desde las 10,30 —dijo—. Es un buen hombre. Un aviador de la vieja escuela. Sin temor a este nuevo equipo. Pero está preocupado; yo también lo estoy. ¿Comprende? Luego hablé con Wilcox, el nuevo Secretario del Ejército. Es un tipo rudo, demasiado; se trata de un hombre nuevo. Demasiado seguro de sí mismo. Le escuchamos pero seguimos sus consejos con cautela. Con mucha mucha cautela. Ahora el cuadro telefónico está tratando de ponerse en contacto con Swenson. ¿Le conoce?

El Presidente permanecía con los ojos cerrados. Buck se dio cuenta de que descansaba mientras seguía dando instrucciones al mismo tiempo.

—No, señor —dijo Buck—. Sé que es el Secretario de Defensa, eso es todo.

—A Swenson le escuchamos y si nos aconseja algo le hacemos caso —dijo el Presidente—. A menos que yo le indique que no lo haga, cualquier cosa que diga Swenson es lo que yo pienso.

El teléfono sonó y el Presidente abrió los ojos, haciendo un signo con la cabeza a Buck para que lo tomara él también.

—Señor Presidente, soy Swenson, desde el Pentágono —decía una voz débil y seca—. Estoy en mi oficina pero me han llamado urgentemente para que acuda a la sala del Gran Tablero. También me avisaron que le llamara —la voz calló. No había ni la más leve sombra de duda ni pedía excusas, simplemente le había informado de todo lo que creía pertinente.

—Quizá no sea nada, Swenson —dijo el Presidente—. Pero podría ser algo serio. Uno de los grupos de nuestros «Vindicator» ha traspasado el punto Límite-de-Seguridad y se dirigen hacia Rusia. El control positivo se ha estropeado. En Omaha no se explican lo sucedido. He hablado con Wilcox, que se halla en la habitación del Gran Tablero, y él tampoco se lo explica, pero se muestra duro. Me gustaría que se dirigiera hacia allí preparado para cualquier emergencia. No deje que ese profesor universitario, Groteschele, se mueva de allí y no deje tampoco que esos militares le hagan callar. También Blackie, el general Black, está allí. Que no se mueva pase lo que pase.

—¿Hay alguna razón especial para ello, señor Presidente? —dijo el Secretario de Defensa.

—No, sólo que es un viejo amigo y un compañero de estudios. Le conozco bien y confiaría en él en cualquier momento —dijo el Presidente sin tratar de excusarse.

—Sí, señor, comprendo —dijo Swenson—. ¿Algo más?

—Esto es todo —contestó el Presidente.

El teléfono hizo un «clic» instantáneo y la comunicación se cortó sin que se cruzaran ningún saludo.

El Presidente miró sonriente a Buck.

—No pierde el tiempo —dijo—. Me gustaría sentir más simpatía por ese hijo de... Pero lo único que siento hacia él es respeto. Aunque ya es bastante.

Buck sólo había visto a Swenson de lejos pero nunca le había oído hablar. Pese a ello sabía muchas cosas de aquel hombre. Era como una leyenda, como una fábula desarrollada en una capital que estaba muy acostumbrada a hombres extraordinarios. Swenson parecía un buen empleado que hubiese llegado al poder por equivocación. Era delgado, tímido, y se aturdía fácilmente, pero al mismo tiempo era un hombre abrupto, incisivo y frío. Socialmente Swenson parecía querer confundirse con el fondo gris de las cosas, huir del trato con los demás. Vestía con un sentido innato para pasar totalmente inadvertido, como si sus ropas fueran como una especie de protección que le confundiera con el ambiente. Un artículo escrito sobre él en el *Time* decía: «Es el único millonario ascendido por su propio esfuerzo en los Estados Unidos, que viste como si su esposa le comprara la ropa en una casa de empeño». En esas fotos típicas de los tiempos de colegio y de universidad, Swenson era una de aquellas personas a quien nadie recuerda. Al conocerle de cerca era imposible concebir que Swenson fuese un valiente administrador y un innovador audaz.

Sin embargo, los hombres sensibles y poderosos sólo tardaban unos minutos en darse cuenta, al tratar a Swenson, de que se hallaban frente a un hombre que valía tanto como ellos. Si además eran personas especialmente sensibles, percibían también, de manera muy peculiar y fantástica, sin necesidad de que nadie se lo dijese, que Swenson estaba muy por encima de ellos. Poseía una mente serena, fuerte como el acero, que hubiera sido deslumbrante si Swenson le hubiese dado alas. Pero trataba por todos los medios de disimular su extraordinaria inteligencia. Swenson escuchaba cuidadosamente a todas aquellas personas que le merecían confianza, ladeando un poco la cabeza, tratando de sopesar con gran cuidado lo que decían. Pero en cuanto le parecía que la lógica les fallaba, o que algo no estaba bien detallado, les hacía preguntas en voz queda.

A ningún hombre corriente le gustaba hablar con Swenson. Conversar con él era algo demasiado parecido a un examen tranquilo y despiadado. En los meses que estuvo en el Pentágono, Swenson hizo saltar de sus puestos a docenas de almirantes y generales después de una sencilla conversación de sólo cinco minutos. Pero los hombres de primera fila, aquellos que poseían realmente una verdadera capacidad para el poder y una honda intuición, le respondían sin titubeos. Los otros, los hombres más corrientes, nunca acababan de comprenderle. No les daba tiempo de conocerle bien. Tranquilamente, y sin dañar su reputación, les iba retirando a un lado. Swenson no toleraba la incompetencia.

El Presidente tomó el teléfono rojo e indicó a Buck que tomara el suyo también.

—Póngame con Omaha de nuevo —dijo.

En ese momento el gran reloj de pared indicaba las 10,40.

LOS «VINDICATOR»

Aquella misma mañana, muy temprano, todavía sin amanecer, el teniente coronel Grady, comandante del Grupo 6, se encontraba junto a su bombardero «Vindicator» y lo examinaba a la luz fría, dura y permanente, de los focos que iluminaban el campo de aterrizaje.

«Es un bombardero estupendo», se dijo Gray. «En tierra tiene un aspecto algo desgarrado, con las alas caídas. Las ruedas de aterrizaje penden de demasiada altura; pero debajo del fuselaje normal tiene un esbelto apéndice alargado. En el interior del mismo hay bombas extras o combustible de reserva, o cohetes pequeños u otros aparatos encargados de engañar al enemigo. Este apéndice tiene una bella estructura aerodinámica y confiere al “Vindicator” un aspecto más fuerte y musculado. Pero así sobre el suelo, completamente quieto, más bien produce el efecto de un enorme flamenco con sus largas patas, de aspecto endeble, unidas a un poderoso cuerpo».

«Sin embargo, en el aire, el “Vindicator” es de una verdadera belleza», siguió pensando Grady. «Las alas suben y se esconde su tren de aterrizaje y entonces el “Vindicator” luce con la elegancia de una pulida joya. Por dentro, la impresión de sofisticada elegancia es aún mayor. A pesar de que se trata de un aparato enormemente complicado, sólo es pilotado por tres hombres. El funcionamiento de todos sus mecanismos ha sido miniaturizado, transistorizado, y su manejo hecho más simple y totalmente automático. Lo tripulan, además del piloto un bombardero y un artillero. En realidad los mecanismos del avión han sido perfeccionados de tal manera que puede volar, entablar batallas y lanzar bombas bajo el comando de un solo hombre».

Pero había otras razones, además de las estéticas y de su perfección mecánica, por las cuales, hombres ya mayores como Grady, que pilotaba uno

de ellos, sentían cariño hacia este tipo de avión. Se daban cuenta, incluso con la agonía de un amor fatalmente condenado a desaparecer, de que probablemente sería el último avión de su tipo. Quizás el «RS-70» sería algo parecido al «Vindicator», pero los de mayor edad no ignoraban que ellos ya no lo pilotarían. Y que éste era su último avión. Los aviones de su tipo habían llevado la cooperación entre el hombre y la máquina a su máximo límite. Un nuevo avión sería seguramente más rápido y complicado y volaría sin ser gobernado desde él mismo por ningún ser humano. Es decir, que el avión pasaría a ser un cohete teledirigido.

«Sin embargo», pensó Grady orgullosamente, «ahora la tripulación del “Vindicator” todavía ejerce el último control; el avión responde a nuestro manejo y somos nosotros los que vigilamos sus numerosos instrumentos. Y le obligamos a aterrizar chillando y protestando en el momento preciso».

El bombardero y el otro operador, que iban al lado de Grady, subieron al avión. Como la mayoría de los aviadores jóvenes, lo hicieron sin distraer la mirada. Introduciéndose en el avión, con sus carteras llenas de mapas en las manos, ansiosos de encerrarse en sus cabinas, de colocarse los cascos y de ponerse a su trabajo.

Grady miró de nuevo la forma perfecta del «Vindicator», tratando de no fijarse en el tren de aterrizaje que la estropeaba, y subió a bordo. Dos minutos más tarde lo hacía correr ruidosamente preparándose para el despegue, seguido de otros cinco «Vindicator». Tres horas después volaban a unos 20 000 metros en el aire helado que se extendía sobre Alaska. En ese momento empezaba a amanecer.

Una vez encajados en sus asientos, los tres hombres que tripulan el «Vindicator» ya no pueden moverse. El avión está tan lleno de maquinaria que quedan encerrados en sus puestos, como si fuesen estrechas madrigueras. Pueden hablarse a través de los aparatos de telecomunicación o bien, si lo desean, también pueden comunicarse uno con otro normalmente bajando la parte inferior de sus escafandras. Pero casi nunca hablan así; en realidad los tripulantes apenas se comunican entre sí si no es por medio de sus aparatos, y esto se debe en parte a que han sido acostumbrados a no hacerlo y en gran parte también a que casi nunca son verdaderos amigos.

Recientemente, la política del Servicio de Control Aéreo era destinar la tripulación de los distintos aparatos al azar. De este modo conseguían su objetivo de que todos los tripulantes respondieran de una manera uniforme y actuaran más bien como unidades idénticas que como individuos con personalidad propia. Dada la velocidad y el coste e importancia de los

«Vindicator», nadie deseaba que el resultado de una misión pudiese depender de la camaradería o de la moral de sus tripulantes.

No había nada del sentimiento de «hermanos de armas» en los «Vindicator», pensó Grady. Quizás había hablado con los dos compañeros que le tocaron en este vuelo alguna vez antes, pero sólo de paso. Sabía que tampoco conversaría mucho con ellos en el aire. El deber de cada hombre se limitaba a su cabina. Junto a cada uno había cientos de agujas y aparatos que debían observar, medidas que comprobar y manivelas que mover.

En caso de presentarse una emergencia fatal, cada hombre saldría disparado automáticamente del avión, encerrado en su cabina a una velocidad enorme; ésta tenía su propia reserva de oxígeno y un sistema de control que los llevaría sin ningún peligro hasta aterrizar en tierra o caer en el mar. Por lo menos ésta era la teoría, pero hasta entonces todos los que habían sido lanzados por ese sistema de catapulta, a gran velocidad, habían sufrido graves daños. Al salir lanzadas al espacio, esas cápsulas iban a una velocidad mayor que la de una bala, y el aire, siempre suave y acariciador cuando está quieto, se volvía repentinamente duro y brutal. El hombre así lanzado era maltratado sin piedad en aquella cápsula que caía dando vueltas. Tanto, que los tripulantes de los «Vindicator» no querían ni pensar en ello.

Debido a todo esto los hombres que tripulaban los «Vindicator» formaban un grupo orgulloso y muy bien preparado. Incluso su soledad les enorgullecía, pues aquella maquinaria tan bien dispuesta en el reluciente aparato en el que volaban les infundía una sensación de suficiencia. Además, encontrarse encerrados en aquel mecanismo, amalgamados en él pero manteniendo un control con los puestos de tierra, les daba una sensación de independencia y, al mismo tiempo, les hacía sentirse fuertemente ligados a una organización poderosa.

A las 5,30 el vuelo de los «Vindicator» se vio sombreado por dos aviones «Jet» de suministro que les llevaban combustible. La operación se realizó a la perfección, chupando miles de litros de los tanques en unos minutos. Luego continuaron volando en perfecta formación, en V, sin que su posición variara de un modo perceptible, aunque volaban a más de mil kilómetros por hora. La oscuridad de la tierra debajo suyo empezó a desaparecer, y empezaron a emerger de la misma, cadenas de montañas iluminadas por la tenue luz; más allá, un glaciar brillaba intensamente.

Recibieron la orden por radio de volar a sus puntos Límite-de-Seguridad, obedeciendo sin más comentario. Todos habían ejecutado esta operación en ocasiones anteriores. Grady conducía el grupo trazando un gran arco en el

cielo. Aumentaron la velocidad manteniendo una formación perfecta. Grady sentía el orgullo de haber ejecutado una maniobra impecable al completar su cambio de ruta. Volaban en línea recta, pues el no hacerlo ahora era inútil y representaría un derroche de combustible.

El capitán Thomas, el artillero, entregó a Grady una hoja en la que se leía: «Existencia de combustible pasado el punto Límite-de-Seguridad estimado en suficiente para 4983 kilómetros».

Grady se comunicó con él acusando recibo de la misma.

«Thomas parece un buen tipo», se dijo Grady a sí mismo echando una mirada al capitán. Lo único que vio fue un par de grandes ojos castaños, unas cejas oscuras y unos cuantos centímetros cuadrados de su rostro de tez blanca. El resto estaba cubierto por el casco, una máscara de oxígeno y el micrófono. Grady echó una mirada hacia atrás fijándose en el teniente Sullivan, que operaba los otros aparatos. Sólo le vio los ojos, sobresaltándose al pensar que en realidad le conocía tan poco que no podía recordar su rostro. Pero quedó bien impresionado al ver sus manos: los dedos eran largos y denotaban sensibilidad, y cuando se movían para tocar una palanca o control lo hacían con absoluta precisión y con un aire definitivo de completa seguridad en sí mismo.

«Grady, Thomas y Sullivan», pensó. «Sería difícil encontrar aquí un héroe para una novela de guerra. Toda nuestra maldita tripulación es anglosajona. Hace falta un judío o un italiano para darle sabor». Se acercó al transmisor para decirle esto pero no llegó a hacerlo. Debido a su edad, Grady no había tenido que pasar por aquel largo aprendizaje de nuevas ideas sobre la forma de comportarse en vuelo por el que habían pasado los miembros más jóvenes de la tripulación en los distintos centros de entrenamiento diseminados por los Estados Unidos. Observó que actuaban como si no tuviesen el más leve sentido del humor respecto a su trabajo y, además, presumía que esos muchachos no habían leído ninguna novela sobre la guerra. Durante un breve instante, corto pero muy intenso, Grady se sintió viejo, como formando parte de otra generación.

Instantáneamente olvidó todo esto, pues Thomas le entregó otro parte con la información de que se encontraban a unos 1650 kilómetros del punto Límite-de-Seguridad. Inmediatamente, con una sensación agradable de controlar la situación en forma perfecta, que repercutía muy hondo en sus músculos y su cerebro, viró en redondo, trazando una larga curva que lo llevaría de nuevo a su punto Límite-de-Seguridad. Sabía, sin que Thomas lo controlara confirmándolo, que los otros cinco «Vindicator» habían empezado

a girar también. Ésta era la razón principal de por qué Grady había ingresado en la Fuerza Aérea. Volar era para él algo puramente artístico que le llenaba de un emocionado placer. Sintió cómo se inclinaba el «Vindicator»; se movieron las alas, percibió un pequeño cambio de presión en sus correas de seguridad y calculó que, probablemente, habrían disminuido la velocidad en unos 150 kilómetros por hora al realizar aquella maniobra que les hizo deslizarse suavemente en el aire. Grady deseó que tuvieran que mantenerse en el punto Límite-de-Seguridad todavía durante unos minutos aquella mañana. Eran los únicos momentos en que todavía gobernaba el aparato con una sensación de independencia y autonomía. Pues, al llegar a ese punto, el comandante del grupo podía volar a su antojo, trazando diversos círculos a distinta velocidad siempre que no sobrepasara el punto indicado y no variara su altitud en más de 300 metros.

El sol empezaba a brillar a rayas en el horizonte hacia el oeste. Lanzaba largos haces de luz brillante que iluminaba los puntos más altos mientras la tierra permanecía oscura, haciendo que se destacara levemente el festón de las montañas. Durante un instante, por algún milagro de refracción, un glaciar se iluminó de un azul intenso, como prendido por una llama momentánea, y luego se apagó. La fuerte luz del glaciar recordó a Grady que la gente que habitaba aquellas tierras todavía estaba sumida en la oscuridad, y el pensarlo le produjo satisfacción. Dentro de unos minutos empezaría a amanecer allí, pero ahora, por encontrarse a tan gran altura, ellos eran los solos poseedores de la luz. Al pensar en la oscuridad y en la luz, Grady sentía siempre una honda satisfacción. Sabía que era un sentido de superioridad un poco pueril, pues no significaba nada. Pero, por esas mismas razones, algo ingenuas, Grady había querido volar. Su satisfacción le duró poco esta vez, pues casi inmediatamente se encontró pensando en el día en que los aviones volarían sin piloto y volar se convertiría simplemente en una combinación de la ciencia y la ingeniería que relegaría a los hombres a meros espectadores.

Obedeciendo a un impulso reflejo, como para demostrarse a sí mismo su control del aparato, hizo virar bruscamente el «Vindicator». «Qué placer», pensó Grady, «algo que sólo puede ser sentido por el hombre». Sin duda las máquinas llegarían a hacerlo mejor, pero nunca podrían gozar con ello ni emocionarse al contemplar la belleza de aquellos seis aeroplanos volando en magnífica coordinación mientras se deslizaban a tan gran velocidad. Pensó en los aviones que volaban en los extremos, los cuales, al deber recorrer mayor espacio alcanzarían la velocidad necesaria para mantener su formación en V.

—Sullivan, ¿se mantiene la formación del grupo? —preguntó Gray por el transmisor.

—Perfectamente, señor —contestó Sullivan al instante—. Incluso el número 6 sólo se ha desviado unos metros.

Grady sonrió tras de su máscara de oxígeno. Sí, debía acordarse de felicitar a Flynn, el piloto del número seis, al llegar a tierra. El número seis volaba con desventaja respecto a los demás, pues aunque no transportaba armas termonucleares era, aunque parezca extraño, el avión que llevaba más carga de todo el grupo.

En cada grupo había un avión cargado hasta el máximo de aparatos y otros sistemas defensivos. Era el avión encargado de estropear el radar del enemigo, de recibir, analizar y tratar de destruir el ataque enemigo, llenar la atmósfera de señuelos, y actuar en una forma que Gray siempre se había figurado como la de un elefante viejo y sin colmillos, pero lleno de sabiduría, al conducir a la lucha a un grupo de jóvenes machos. El número seis iba pilotado siempre por los mejores especialistas, que conocían a la perfección los increíbles y complicados sistemas de sus aparatos de observación, métodos de análisis y medios de defensa.

Grady movió la palanca y el «Vindicator» se enderezó. Sintió cómo disminuía la presión de sus correas de seguridad. Echó una mirada al arco limitado de cielo que podía ver y observó cómo cambiaba de un gris duro y cristalino a un azul intenso e ilimitado. Luego recibió dos señales que hicieron que su cuerpo se pusiera rígido, incluso antes de que su mente comprendiese plenamente lo sucedido. El audífono, apretado contra sus oídos, empezó a transmitir un sonido persistente que se repetía a cortos intervalos. En forma automática miró hacia la caja Límite-de-Seguridad instalada entre él y el artillero. Por primera vez en su vida vio que la bombilla sobre la misma brillaba con luz roja. Entonces sus reflejos empezaron a coordinarse en su mente: «aquello» había sucedido. Su vista se cruzó con la de Thomas, que también había mirado casi simultáneamente la caja Límite-de-Seguridad. Su mirada reflejaba tranquilidad. Grady reaccionó sin titubear. Alargó la mano hacia el conmutador S. S. B. de la radio, para ponerse en contacto directo con Omaha. Era la palanca del Control Positivo, que se hacía cargo de la situación controlándola a su vez. Grady sabía que casi inmediatamente oiría desde Omaha la señal tranquilizadora de «No atacar». Seguramente algo había fallado en su caja Límite-de-Seguridad. Movié la palanca S. S. B. Un ruido persistente y sonoro inundó sus oídos. Era imposible percibir ninguna otra señal.

—Pido permiso, señor, para verificar —dijo Thomas en tono decidido.

—Permiso autorizado —contestó Grady automáticamente.

Grady sintió su propia voz, muy débil, como helada. Pero se asombró de la falta de emoción en el tono de voz de Thomas, de sus ojos inexpresivos.

Grady buscó en la cartera donde guardaba los mapas, al lado de su asiento, y sacó un sobre rojo en el cual, inscrito en letras negras, había las siguientes palabras: «Modo de Operar el Límite-de-Seguridad Marzo 13». Thomas sacó un sobre idéntico de su cartera. Mientras Gray rompía el sobre con los dedos, echó una mirada a la parte superior de la caja Límite-de-Seguridad. Había seis aberturas en la misma de 1,5 cm² aproximadamente. También, hasta entonces, esas aberturas habían estado vacías. Ahora aparecieron en fuertes caracteres blancos tres letras y tres números: «CAP-811». La caja Límite-de-Seguridad era una máquina muy complicada en la que entraban, además de un tipo de radioreceptor, seis ruedas en las cuales estaban grabadas las letras del alfabeto y una serie de números del 1 al 9. Al activarse el radioreceptor dentro de la caja, mediante una señal directa lanzada a la máquina por un oficial del Servicio de Transmisiones en cada base, desconocido por los tripulantes, aparecían esas letras y números en las aberturas.

Grady terminó de abrir su sobre y sacó una tarjeta cuadrada de 4,50 centímetros. En la parte de arriba estaba escrita la fecha y debajo las letras y los números: «CAP-811». Luego puso la tarjeta junto a la máquina para asegurarse bien de que no se equivocaba. Mientras tanto Thomas había sacado una tarjeta idéntica que ahora sostenía junto a la de Grady. Ambas confirmaban que la máquina señalaba la secuencia correcta de la clave correspondiente a ese día.

—Pido permiso para comprobar la autenticidad por el segundo método —dijo Thomas.

—Permiso concedido —dijo Grady.

Thomas sacó una cubierta de plástico de un interruptor encima del cual se leía: «Límite-de-Seguridad, comprobación por el segundo método». Sin dudar un momento giró el interruptor hacia la derecha. Instantáneamente se apagó la luz roja y paró aquel sonido intermitente. Las letras y los números desaparecieron de la abertura de la caja Límite-de-Seguridad. Grady echó una nueva mirada al firmamento y sintió la presión de sus músculos contra las apretadas correas. Tenía la mente completamente vacía. Al cabo de tres segundos, aquel ruido persistente empezó de nuevo, encendiéndose la luz roja. La caja Límite-de-Seguridad recibía ahora su señal por otro camino

diferente. Cuando Grady miró de nuevo las seis aberturas vio las mismas letras y números: «CAP-811». Grady volvió a acercar su tarjeta a la caja para comprobar y Thomas también sostuvo la suya junto a la de Grady, confirmando a la vez sus mensajes.

Grady sintió que le invadía la duda, envolviéndole con un halo de desconfianza. No habiéndole sucedido nunca hasta entonces, no parecía posible que le ocurriese ahora. Pensó en qué otras alternativas le quedaban. No podía ponerse en contacto por radio con el general Bogan en Omaha, pero podía seguir dando vueltas alrededor del punto Límite-de-Seguridad, esperando que surgiera alguna otra forma de verificación. Entonces fijó la vista en Sullivan y en Thomas. Ambos le miraban con los ojos muy abiertos pero por mera casualidad, sin pestañear y sin hacerle preguntas. Implacables en su misma inocencia.

A Grady le pareció como si, de golpe, todas sus vértebras se fundiesen en una sola. La mano no le temblaba pero sintió que, repentinamente, todo él se convertía en algo rígido, duro, como si sólo estuviese formado de hueso, de músculos y de cartílago. También se percató de que Thomas le miraba con una especie de asombro interrogante en sus ojos.

Grady sintió como si les hubiese sucedido algo grave a las partes vitales de su cuerpo —corazón, cerebro, oídos y lengua—, como si todo esto hubiese muerto y en adelante le fuese imposible hablar. Ordenó a su lengua que se moviera, que hablara, que pronunciara las palabras que debía.

—Leo que dice «CAP-811» —oyó Grady decir a su voz. Éste era el procedimiento que les habían enseñado a seguir, haciéndoselo repetir miles de veces, pero la voz que oía ahora le era extraña, parecía provenir de algún punto del sistema de intercomunicaciones, con un sonido mecánico e inhumano.

—Comprobada su lectura de «CAP-811» —contestó Thomas.

—Ahora procederemos a abrir nuestras órdenes operativas —dijo Grady, y otra vez le pareció su voz completamente extraña.

Grady se inclinó a buscar el sobre en la cartera. Durante breves segundos vio que Sullivan le miraba. Otra vez le produjo aquella impresión de completa inexpresividad; aquellos ojos solos, sin boca, con la piel que los rodeaba apretada por la careta y el casco, no le decían nada. «¿Acaso sin máscara ni casco su rostro expresaría terror?», se preguntó Grady. No sabía por qué, pero lo dudaba. Sullivan volvió a fijar la vista en sus tubos y analizadores. Grady, a su vez, empezó a abrir el sobre con el plan de operaciones.

En el centro del sobre que contenía el plan de acción, y escrito en pequeñas letras de molde rojas, había las palabras SECRETO DE ESTADO. Más abajo, en la parte izquierda del mismo, había unas palabras más pequeñas en tinta negra que decían: EL SOBRE DEBE ABRIRSE SOLAMENTE AL RECIBIRSE ÓRDENES ESPECÍFICAS DE ACUERDO CON LAS INSTRUCCIONES PREESTABLECIDAS. En el extremo derecho estaban impresas las palabras: DESTRÚYASE EN CASO DE CAER PRISIONEROS O DE TENER QUE ABANDONAR EL AVIÓN. El sobre, cerrado, estaba lacrado en tres puntos. La estructura de este sobre había sido estudiada de manera que cumpliera dos objetivos: primero, que no pudiera abrirse impunemente, y segundo, que pudiera abrirse con facilidad.

Grady rompió los sellos lacrados y miró atentamente el formato familiar del plan de operaciones. Un sólo pedazo de cartulina contenía todo el plan. Todos los demás papeles no eran sino planes secundarios, indicación de rutas para el caso de que tuvieran que escapar, técnicas para sobrevivir y una tarjeta, envuelta en papel celofán, que Grady no ignoraba que contenía una lista de nombres de posibles agentes americanos en Rusia, la cual se disolvería en cuanto tocara un poco de agua convirtiéndose en un pedazo informe de celulosa; incluso un poco de saliva bastaría para deshacerla.

En la primera línea de la tarjeta que contenía el plan se leía: «Objetivo: Moscú». La segunda decía: «Cómo operar y línea de penetración», y describía la altitud y las velocidades a que debían volar. El avión número seis era el que debía ir delante. Además se daban instrucciones detalladas sobre lo que se debía hacer al encontrarse con distintos tipos de aviones de caza, cohetes teledirigidos o ataques antiaéreos.

Más abajo había instrucciones sobre cómo y dónde colocar las bombas. En las mejores condiciones se tirarían doce bombas simultánea y simétricamente distribuidas sobre Moscú, las cuales deberían estallar a una altura de 1650 metros, y serían lanzadas por los «Vindicator» desde una altura de 19 800 metros.

De algún lugar recóndito e insospechado de la mente de Grady empezaron a surgir una cantidad espeluznante de viejos noticiarios mostrando las explosiones de las bombas tiradas en Eniwetok, Los Álamos y Bikini. Veía cómo esas doce bolas de fuego se expandían y, después de juntarse suavemente alimentándose unas a las otras, se amalgamarían formando un enorme, terrible e insoportable halo blanco, rielante de un calor intensísimo que duraría un segundo largo, eterno. Dándose cuenta de que esta visión se

debía a su nerviosismo, Grady hizo un esfuerzo deliberado y desconectó de sí la imagen. Los grandes ojos azules y fríos de Thomas le miraban fijamente.

—¿Quiere que le ponga en comunicación con la TBS, señor? —dijo Thomas.

La TBS era una radio de potencia corta, cuyas transmisiones alcanzaban pocos kilómetros, diseñada para la intercomunicación entre los aviones de una misma escuadrilla. Su potencia y sistema de comunicación eran tales que sólo podían oírse dentro de una limitada zona.

—Un momento, Thomas —dijo Grady. Sentía una imperiosa necesidad de tomar antes alguna otra medida, pero no sabía exactamente cuál. Sintió como si una terrible sensación de soledad le fuese envolviendo. Sabía que la única explicación posible de que su radio estuviese interceptado y de que en su caja Límite-de-Seguridad apareciese la orden de «ataque» era que los rusos habían lanzado primero un ataque. Dudar en ese momento sería hacerles el juego a los rusos. Debía ejecutar las órdenes. Era el fin a que le conducían sus largos años de entrenamiento. Ya no era tiempo de titubear. Movi6 la cabeza tratando de ver claro.

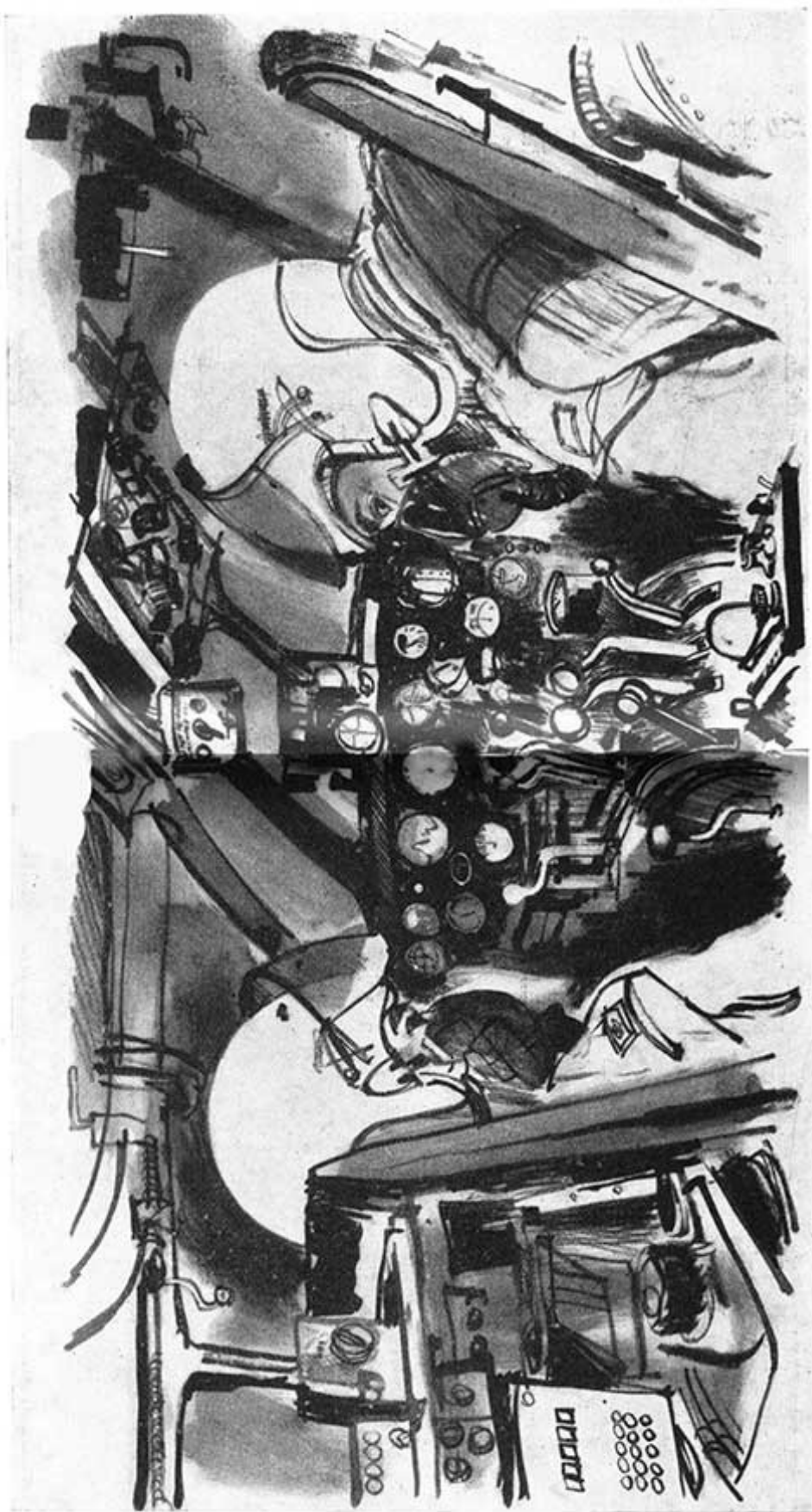
Grady fijó su vista en los ojos de aquellos dos extraños que tenía a su lado, dos técnicos magníficos, que igual hubiesen podido ser otro cualquiera entre cientos de expertos anónimos. Se humedeció los labios con la lengua tras de su máscara. Aquellos cuatro ojos le miraban sencillamente, sin acusarle, tranquilos. Grady, en cambio, se imaginaba que arderían llenos de celo, brillantados por la inocente seguridad de su deber. En realidad, así era como debía ser. Las máquinas les confirmaban la acción a tomar. En cierto modo no lo acababa de entender, pero aquellos cuatro ojos exentos de emoción le calmaron los nervios. Sintió que de nuevo le penetraba la seguridad que confiere el mando. Al hablar comprobó que, por fin, la voz que oía era la suya, la de siempre, y una nueva ola de confianza le invadió.

—Pon la TBS en contacto, Thomas —dijo Grady. Tomó el micrófono y, sin titubeos, empezó a dar la orden de penetración y ataque a los restantes aviones de la escuadrilla.



—¿Ninguna idea de cómo haya sucedido, eh? — preguntó Raskob.

—No, señor — respondió el general Bogan.



Automáticamente Grady miró el dispositivo Límite-de-Seguridad: por primera vez en su carrera vio brillar la luz roja...



De improviso Bogan sintió un dolor en la nuca que lo aturdió.

LA CONFERENCIA

Las 10,00

Había un sargento junto a la puerta del salón de conferencias. Saludó a Black en cuanto llegó y le dijo:

—General, la conferencia se ha trasladado a la sala de mando del Gran Tablero. —Se encogió de hombros antes de que Black tuviera tiempo de formularle la pregunta esperada—. No me pregunte el porqué, general. Se rumorea que el Secretario de Defensa se hallará allí. Ya usted sabe, esto atrae los moscardones, así que necesitaban un lugar más espacioso.

Black sonrió ante la jerga directa del sargento, con algo de reminiscencias de «jazz» (probablemente algún universitario haciendo milicias), dio media vuelta y casi chocó con el general Stark. Stark había oído también las palabras del sargento y los dos hombres se dirigieron hacia el ascensor que les bajaría rápidamente a aquel cúbico espacio de concreto, enterrado varios cientos de metros debajo del Pentágono.

—Creo que Swenson quiere ver a Wilcox en acción —dijo Stark—. He oído decir que no considera un acierto el que Wilcox ocupe la dirección de la Sección Secreta del Ejército, así que quizás se disponga a hacerle pasar un mal rato.

—Tal vez —contestó Black, pero lo dudaba. A Swenson le gustaba aquilatar a sus hombres pero no era de los que se dedicaba a martirizarlos.

Era cierto que el informe debía ser presentado por Wilcox, el nuevo Secretario de Guerra, pero aparte de admitir este hecho, Black no quiso tomar en cuenta los razonamientos de Stark. Stark era de edad parecida a la de Black, ambos eran generales jóvenes al principio de su carrera, aunque como

tales eran muy distintos. La carrera de Stark se basaba en la política. Era hombre de entendimiento rápido, pero confiaba en el talento de los demás para asentar su carrera. Black había llegado a la conclusión de que, seguramente, Stark hubiese podido llegar a general tan sólo por méritos propios, pero que disfrutaba jugando un papel maquiavélico; valiéndose de las habladurías, los datos secretos que conseguía y una intuición de lo que acaecería en el futuro. El temperamento de Stark no se había desarrollado en tal sentido por pereza o por falta de seguridad en sus propios conocimientos; en realidad trabajaba con gran energía y era un hombre capaz, pero amaba toda aquella complicada gama de intrigas personales, fascinado por la lucha entre los poderosos. Si en vez de ser general no hubiese sido sino un hombre vulgar, seguramente se habría convertido en un «manager» estupendo de luchadores o de boxeadores de primera fila. Como además era inteligente, había llegado a ser una especie de «manager» de hombres de ideas. Stark había descubierto a Groteschele y dirigía estupendamente su carrera. Poco después de que la fama comenzase a aureolar a Groteschele, Stark fue nombrado general en misión permanente.

—Leí el otro día tu memorándum sobre las posibles posturas defensivas —dijo Stark, y tras una pequeña pausa añadió—: No creo que Groteschele esté dispuesto a tratar este asunto hoy.

Black asintió con un pequeño movimiento. Era la forma típica de Stark para pedir que se retirara un asunto. Era meticuloso al anunciar esas decisiones oficiosas. Las jugadas de Stark eran violentas y duras, pero siempre seguía las reglas del juego. Una vez, cuando todavía era un coronel del montón, un compañero había ido con habladurías a Drew Pearson. Black se dio cuenta entonces de cuán quisquilloso era a veces en cuestiones de ética. Stark se indignó y desde entonces, sistemáticamente, con el celo de un Torquemada, destruyó la carrera de aquel coronel.

—De acuerdo, pero lo que decía en mi memorándum sobre «posturas de defensa» no ha variado —dijo Black—. Es una maldita idiotez que gastemos millones y millones de dólares para desarrollar una «postura militar» que los rusos pueden o no considerar más fuerte. ¿Quién necesita más fuerza ahora? Ninguno de los dos bandos. Todo se reduce a una adivinanza en un juego puramente psicológico, Stark. Esto de ir apilando bomba sobre bomba y cohetes teledirigidos sobre cohetes cuando ambos tenemos la capacidad suficiente para rematar *después* de sobrevivir a un primer ataque, es completamente imbécil.

—Muy bien; de acuerdo, de acuerdo —dijo Stark riendo—. Pero no discutamos esto hoy, ¿no te parece?

—O por lo menos no delante de «los grandes» —dijo Black en tono cortante.

—¡Por Dios, Blackie, eres tan endiabladamente testarudo! —concluyó Stark.

Se miraron sonriendo. Las reglas del juego para hoy estaban trazadas.

La sala del Gran Tablero hacía honor a su nombre, fuertemente iluminada por éste, que ocupaba todo un paño de pared. Su capacidad de recepción era la misma que la del Comando de Guerra de Omaha, pero carecía de las consolas de recepción y mando. Ésta era la estancia en la que debían reunirse todos los jefes de Estado Mayor y el Secretario de Defensa en caso de guerra. A ellos les incumbía tomar la decisión que sería llevada a cabo por otros centros dispersados alrededor del mundo. Era una habitación estratégica. Omaha y todas sus dependencias eran lugares tácticos. Éste era el gabinete donde se tomaban las grandes decisiones que otros se encargaban de ejecutar.

El salón del Gran Tablero mostraba su carácter; era una mezcla de despacho ejecutivo y de directivas militares. Stark y Black eran de los primeros y los técnicos estaban ocupados aún en preparar el Gran Tablero, comprobando su funcionamiento. De una manera casual y completamente al azar, probaban varios sistemas, presentando diversas informaciones y proyectando otras sobre la pantalla. En ese momento la habían puesto en la onda correspondiente al ADE^[7]. Las oficinas que dirigían este servicio estaban localizadas en Colorado Springs, y la información correspondiente, proyectada ahora sobre la pantalla del Pentágono, era de una claridad diáfana. El general Black, que se mantenía atento a lo que sucedía en la pantalla, observó cómo el ADE se ponía en contacto con el *Samos III*, un satélite que describía órbitas en la estratosfera. Unas palabras empezaron a formarse en la parte baja del tablero.

—*Samos III*, número 15, moviéndose a 33 000 kilómetros por hora, a 450 000 metros sobre la Tierra, acaba de recibir instrucciones para comenzar a fotografiar los cuadros que debe transmitir —decían las palabras—. Procede a efectuar un examen rutinario de la parte de Rusia que incluye un centro de cohetes o ICBM soviético. Sigue análisis.

Lo que había en la pantalla se disolvió y ésta pareció endurecerse. La proyección que mostraba ahora no era la de un mapa corriente, sino una verdadera fotografía de una gran extensión de tierra, y carecía de las líneas de latitud y longitud. Había una cadena de montañas, oscuras por un lado porque

todavía era de noche, y la cordillera del este todavía se hallaba en la sombra. También se veía el gran curso zigzagueante de un río y los innumerables riachuelos que desembocaban en él. El resto del paisaje, visto desde esa enorme altura, aparecía de un color pardo y desdibujado, bañado en un suave crepúsculo color magenta. En algunas partes de la pantalla se veían enormes nubes blancas y Black calculó que el grupo más grande era una tempestad que alcanzaba a más de 330 kilómetros.

—La foto que ahora se proyectará será un primer plano lo más cercano posible —indicaron las palabras que aparecieron en la base de la pantalla.

Al general Black siempre le producía una aguda emoción esta parte del programa de transmisión. Era tan maravilloso y complicado que aturdía. Siempre tenía que recordarse a sí mismo que estas fotos eran transmitidas instantáneamente desde el *Samos*. Lo que veía era algo que estaba pasando al otro lado del hemisferio sólo milésimas de segundo antes. Mediante una combinación de sistemas operativos en Colorado Springs, y en el mismo satélite *Samos III*, la proyección se agrandó en tal forma como si en realidad el *Samos III* se fuera acercando cada vez más a la Tierra.

El cuadro de la pantalla se fue definiendo con una velocidad casi pavorosa. Repentinamente se vio correr el agua en el gran río y, segundos más tarde, brillaba en los afluentes. Las ciudades aparecieron primero sólo como pequeños rectángulos y en seguida pudieron distinguirse claramente las casas que las formaban. Manchas de grandes bosques se hicieron visibles y luego, cada vez más claro, aparecieron grupos de árboles hasta que cada árbol se distinguió claramente. El cuadro en la pantalla se concentró en un claro rodeado de círculos que se veía claramente eran bases subterráneas de cohetes. Alrededor de éstos había unos camiones. Completamente al azar, pues esta proyección era sólo un ejercicio corriente, la proyección se concentró sobre uno de los camiones. El resto del sistema defensivo desapareció de la pantalla.

El técnico que operaba el *Samos* número 15, había llevado el sistema a su máximo rendimiento. Era maravilloso observarlo; un espectáculo científico casi increíble, que hacía que la mente de Black girara como un torbellino proyectándose hacia el futuro. Había oído cómo los hombres de ciencia discutían las grandes posibilidades de un espionaje realizado a enorme distancia. Algún día llegarían a conseguir mucho más que una simple proyección algo vaga de un camión y los detalles de éste serían claros y precisos. La mente de Black, ahora sumergida en esa posibilidad futura, empezó a llenar el cuadro borroso que se veía en la pantalla... Sí, allí había

dos hombres apoyados en el camión. Llevaban botas de cuero, uniformes del Ejército Rojo, y las gorras ladeadas sobre la cabeza. La imagen fue haciéndose más precisa, como si se les viniera encima, y más clara también. Poco a poco dos enormes manos cubrieron la pantalla; se podía percibir el vello destacándose sobre ellas, las sucias uñas de los dedos. Una de las manos sostenía la fotografía de una muchacha. Los detalles eran un poco borrosos, ciertamente, pero aun así se podía distinguir la cara redonda, típicamente eslava. Sonreía con la cabeza ladeada con coquetería... En ese momento se disolvió la imagen en el Gran Tablero junto con los detalles que la fantasía de Black le había añadido.

Sin embargo, el camión que había visto reflejado en el Gran Tablero era real, se dijo Black para sí. Y el conductor del mismo estaba bien lejos de suponer que una cámara, situada a 450 000 metros sobre la Tierra, había captado sus maniobras y las había proyectado luego a una distancia de 4125 kilómetros, reflejándose en aquella pantalla con un intervalo de sólo un segundo desde el momento en que fue captado y el de su proyección en la pantalla. Por primera vez el *Samos III*, su maravillosa cámara y su portentoso futuro llenaron a Black de intranquilidad. Le pareció que era una manera de invadir la vida privada de los demás, con aquel procedimiento sutil y silencioso de observar cualquier cosa que ocurriese en la superficie terrestre. «Blackie», se dijo, «parece mentira que un hombre como tú, que ha pasado por los vuelos del “U-2” y ha visto el desarrollo del *Samos* y tantas otras aventuras, se esté poniendo sentimental». Entonces se volvió hacia Stark decidido a chismorrear un poco.

—¿Qué es lo que se dice de Wilcox? —preguntó Black.

—Lo de siempre, se pasó de listo hace un par de días —dijo Stark riendo—. Alguien le mandó un memorándum de dos páginas para que lo hiciera circular entre el personal. Wilcox le metió en medio un ensayo de sesenta páginas de Emerson y dio su visto bueno para que los hicieran circular conjuntamente. Se lo devolvieron todo debidamente firmado, pero sin ninguna pregunta ni comentario sobre su contenido. Wilcox convocó a todo el personal para darles su merecido. Dicen que la cosa se puso fea de verdad para ellos.

Black rió a gusto. Lo que le contaban se avenía bien con su estado de humor. Parecía que quizás ese Wilcox haría que las cosas se avivaran un poco. No era de extrañar que Stark estuviera un poco intranquilo respecto a la reunión de hoy.

Black lanzó una mirada distraída alrededor de la habitación. Ésta se iba llenando ahora. Había un grupo en el lado opuesto al suyo, junto al teléfono rojo que comunicaba directamente a todas horas con el Presidente. Era como una especie de seguro contra incendios que se espera no tener que aprovechar nunca.

Black se dirigió hacia la larga mesa para conferencias situada en el centro de la habitación. Era impresionante, como si aquellos que la diseñaron hubiesen buscado combinar una gran mesa de dirección con las largas mesas universitarias de los seminarios. Alrededor de la mesa, muy bien dispuestos, había unos sillones de cuero con el respaldo muy alto. Frente a cada silla, un juego de escritorio con todos los objetos muy bien colocados: un secante, un grueso bloque de hojas por estrenar y dos lápices, dispuestos uno a cada lado del bloque como si le hicieran guardia. En algunos lugares de la mesa había jarros térmicos de plata y vasos con las iniciales oficiales. Un poco más allá de la mesa, al otro lado, junto a la pared, estaban «los asientos reservados». Dos hileras de sillones un poco menos lujosos, diseñados cuidadosamente para indicar que sus ocupantes, aunque personas de cierta importancia, eran los empleados de menos categoría. La barrera entre unos y otros era invisible. Cualquiera de ellos podía, si lo deseaba y había un puesto vacío, sentarse a la mesa grande. Pero ninguno de los del «reservado» cometía ese error. Sabían esperar y, de un modo intuitivo, percibirían exactamente el momento preciso en que los considerarían aptos para sentarse ante ella.

Ahora ya había bastante gente en la habitación, una veintena, más de la mitad de uniforme. Tenían algo en común que les daba un aspecto semejante: algo canosos ya, de mediana edad, rubicundos, hombres de aspecto poderoso. «¿Acaso todos tenían ese aspecto porque era precisamente el prototipo del poder?», se preguntaba Black, «¿o los escogían precisamente porque tenían ese aspecto?». Black observó cómo Stark iba de un grupo al otro. Se le veía muy contento, como pagado de sí mismo. Estaba seguro de que Black ya no saldría con aquellas dudas sobre las «posturas defensivas». El día pertenecería a Groteschele-Stark.

Esas reuniones-informe, necesarias y de gran valor, se iban haciendo cada vez más antipáticas a Black. Era difícil expresar disentimientos sobre algún asunto, pero aún así, una vez formulados, había que insistir sobre ellos y era imposible resolverlos. Por mucho que Black estimara al Servicio de Control Aéreo y a todos los hombres que trabajaban con él, tanto dentro como fuera de la Fuerza Aérea, durante esos últimos cinco años había tenido la impresión, cada vez más aguda, de que las «cosas» huían de su control.

El cálculo de las intenciones soviéticas y de su capacidad había empezado como algo convincente, haciéndose deducciones completamente lógicas. Pero en algún punto de estas deducciones, la lógica se había vuelto tan complicada, los elementos tomados en cuenta fueron tantos, surgieron tal cantidad de novedades en los sistemas deductivos, que para Black todo aquello había ido haciéndose borroso hasta convertirse en una especie de enmarañado mundo surrealista.

«Primero se llegó a igualar y luego a sobrepasar su capacidad de armamento y luego empezamos a preguntarnos cuáles serían sus intenciones», se dijo. «Entonces ellos hicieron una serie de tests y sobrepasaron la capacidad de Estados Unidos, empezando a adivinar nuestras nuevas intenciones. Y entonces nosotros empezamos a tratar de adivinar lo que ellos adivinaban que nosotros estábamos adivinando». Mientras tanto, y ya hacía años de esto, cada bando había desarrollado su capacidad de destruir al otro, incluso después de haber sufrido un ataque masivo por sorpresa.

Black tenía a menudo la sensación, durante el curso de una de aquellas reuniones, de que había perdido completamente todo contacto con la realidad y que flotaban libremente por un mundo extraño. No era sólo el SAC o el Pentágono, pensaba Black. Sino la Casa Blanca, el Kremlin, el número 10 de Downing Street, de Gaulle, la China roja, los pacifistas, los procaces ojos avizores de la derecha y los astutos de la izquierda, la NATO, los de la ONU, los suaves locutores de la televisión, los de las marchas pidiendo la paz, los que hacían manifestaciones en pro de la guerra... es decir, todos. Cogidos en una fantástica telaraña, enredados en los hilos de lo lógico y de lo ilógico, de los hechos y de las emociones. Parecía que no hubiese nadie completamente sensato. Ninguno que hablara con un conocimiento ponderado. No obstante, todos eran sinceros.

Black recordaba cuándo empezó a sentir aquella sensación de irrealidad. Fue unos años atrás, cuando Groteschele habló de la posibilidad expuesta por Kahn de lo que podría pasar en América si el submarino *Polaris* disparara accidentalmente un proyectil teledirigido contra Estados Unidos. El comandante del submarino tendría que ponerse en contacto por radio y explicar al SAC lo que había pasado, para que éste supiera que no era sino un accidente. Luego, todos los asistentes a aquella reunión habían movido la cabeza asintiendo, pensando que con ello se terminaba la discusión. Pero Groteschele había insistido, diciendo: «Los Soviets habrían descubierto que el proyectil estaba en marcha, sabrían que se trataba de una equivocación *nuestra* y sus aparatos detectores indicarían la explosión. Pero entonces

empezarían a preocuparse de nuestras reacciones: ¿Cómo podían estar seguros de que nosotros nos habíamos dado cuenta de que era un ataque por error y de que sabíamos que el proyectil era nuestro?», decía. «¿No era posible que temieran nuestra “represalia” y, movidos por este temor, nos atacaran en medio de la confusión consiguiente? Y, de ser así: ¿No sería mejor, desde el punto de vista soviético, atacar en seguida?». Es más, añadió entonces: «Consideren también que un verdadero ataque inmediato quizá resultase la mejor táctica para ambos. Incluso suponiendo que unos y otros se hubiesen cerciorado primero de que se trataba de un accidente y que ambos supieran, además, y con seguridad de quién procedía el ataque por error».

A juicio de Black habían discutido aquello un poco a la ligera, decidiendo, finalmente, tomar todas las medidas posibles para asegurarse de que tal accidente no ocurriera.

Quizá lo más correcto sería presentar la dimisión. La idea le obsesionaba de nuevo. No hacía sino rondarle la cabeza desde hacía algún tiempo. Era curioso, pensó; hubiera podido vivir con la conciencia tranquila, de acuerdo con sus sentimientos en cualquier otra sección del ejército, en cualquier otra menos en ésta que tanto estimaba. Pero precisamente su posición en la SAC, y especialmente su cargo específico (es decir, enlace entre «Operaciones y Análisis Estratégico» y «Valoración de Fuerzas»), hacía que estos pensamientos, completamente privados, le sonaran a insubordinación y herejía. Pero ¿por qué debían atormentarle más a él que a los demás? Así, vistos desde fuera, parecían muy contentos con su trabajo. Pero: ¿quién podía saberlo? Supuso que su aspecto era también tan despreocupado como el de los demás.

Notó que los que estaban al otro extremo de la habitación se movían. Sí, allí estaba, era él, Groteschele. Le produjo la misma impresión que ayer, como si hubiese abierto una puerta y, saliendo directamente de la fiesta de anoche, se hubiese encontrado en el Pentágono: con los mismos ademanes, un poco agresivos y confiados. Con el mismo paso seguro. Junto con Groteschele entraron Wilcox, Carruthers, el Ministro de Marina y Alien, del Consejo Nacional de Seguridad.

Todos en la habitación observaron la entrada de los «grandes». La habitación misma pareció cambiar. Un momento antes era un salón grande con personalidad propia, cómodo y con una atmósfera llena de camaradería. Ahora todo parecía haberse puesto rígido y firme en una serie de pequeños detalles que era difícil de explicar. En realidad era el mismo esfuerzo de todos al pretender que nada había cambiado, tratando de seguir comportándose

como si aquellas personas «importantes» no estuvieran allí, lo que creaba aquella diferencia.

Groteschele avanzó colocándose a la cabecera de la larga mesa de conferencias. Los demás empezaron a colocarse inmediatamente en los asientos alrededor de la misma. Era evidente que el Secretario de Defensa no tenía intención de venir y, si pensaba hacerlo, llegaría tarde y había dado la orden de que la reunión empezara.

Stark encauzó las observaciones preliminares de la reunión con facilidad y destreza y Groteschele empezó a hablar en seguida de aquella manera suya tan suficiente, con un tono de superioridad. Anunció el tema del día: «Guerra por accidente». Este tema se había ido actualizando y se hablaba mucho de él. Se habían publicado algunos artículos en revistas sobre el mismo. Los jefes militares, como es lógico, hacía ya largo tiempo, años, que estudiaban detalladamente este problema.

—En aquellos tiempos, seis meses atrás —dijo Groteschele en tono de sorna—, cuando hablábamos de «una guerra por accidente», diríamos ahora que era una teoría absurda. —Prosiguió explicando la posibilidad de que los comandantes de las escuadrillas del SAC, en un momento de locura, trataran de salvar el mundo eliminando a los comunistas por su cuenta.

No era ninguna broma, Black lo sabía bien. Groteschele se refería al examen psicológico, previo al reclutamiento, que la Fuerza Aérea había puesto en vigor en 1962 para asegurarse de que no ingresase ninguna persona «de mentalidad no adecuada» en la sección encargada de la preparación y descarga de las armas atómicas. Black había sido uno de los primeros, dentro de las Fuerzas Aéreas, en proponer y apoyar este programa. Incluso ahora no estaba muy seguro de que el problema hubiese sido resuelto. Los hombres del SAC era entrenados a conciencia para «destruir» y «adoctrinados» para atacar a Rusia.

—Lo que nos asustaba no era tanto el problema de un verdadero loco —decía Groteschele—, sino todo lo contrario: que en el último momento alguien se negara a lanzar la bomba. Un solo acto de rebelión podría echar a perder todo el sistema progresivo de operaciones. Digamos, por ejemplo, que uno de los sargentos encargados del control de transmisiones decidiera, sencillamente, no llevar a cabo la orden de ataque. Eso arruinaría nuestros planes por completo desde el momento en que se produjese.

»En realidad el programa de entrenamiento del SAC los prepara para un funcionamiento perfecto. Las pruebas, las doctrinas que les inculcan, los

continuos entrenamientos, todo está dirigido a convertir a muchachos americanos completamente normales en perfectos autómatas.

»Autómatas, es lo que muchos de nuestros críticos les llaman —dijo Groteschele sencillamente—. Pero también son patriotas y valientes. Y además ¿no hemos honrado siempre al cuerpo de infantería de Marina porque tiene por norma hacer exactamente lo que les ordenan?

»Al diablo con Stark», pensó Black, y a continuación dijo:

—Un momento, profesor Groteschele. ¿No es verdad que el reflejo de «ataque» está tan hondamente arraigado en nuestra gente del SAC, que incluso para aquellos que hayan pasado un examen psicológico satisfactorio, es más fácil que cometan el error de «atacar» que el de no hacerlo?

—Quizás en algún caso muy determinado, general Black —contestó Groteschele. Controló su impaciencia al verse interrumpido—. Pero hemos analizado esta posibilidad y nos hemos protegido contra ella. Incluso si uno de esos locos tuviese mando de una escuadrilla, general, incluso entonces, suponiendo que hubiera varios de sus colegas que estuvieran imbuidos de su misma locura no podrían hacerlo.

Groteschele echó una mirada al Secretario de Guerra. Wilcox escuchaba atentamente. Entonces Groteschele se lanzó a una descripción elaborada de sistemas de comprobación, de códigos y controles designados a asegurarse de que la guerra no podía estallar debido a un error humano.

—Es imposible, completamente imposible —concluyó diciendo Groteschele—. Las estadísticas nos dicen que esta posibilidad es tan remota que es prácticamente imposible. Tanto como pueda serlo cualquier otra cosa. La orden de «ataque» no puede ponerse en marcha hasta que el Presidente la dé. Incluso la rutina del «Control Positivo» requiere una doble comprobación.

Black dudó un poco. Sabía que Groteschele quería seguir adelante. Pero también sabía que Groteschele no hacía sino bordear inteligentemente el verdadero problema.

—¿Y qué pasaría si el Presidente se volviera loco? —preguntó Black bruscamente—. Es un hombre asediado por una enorme presión de trabajo.

Black, como sabían muchos de los que se encontraban en la habitación, era la única persona allí que, debido a su amistad con el Presidente, podía hacer esa pregunta impunemente. Pero Groteschele estaba seguro, y ello le llenaba de envidia, que Black lo hubiese dicho igualmente aunque no hubiese visto nunca al Presidente ni lo conociera personalmente.

La impresión que produjeron sus palabras era palpable. El Secretario de Guerra frunció el entrecejo mirando a Black. Groteschele lo vio y luego miró

a las otras personas que se hallaban alrededor de la mesa del consejo. Se dio cuenta en seguida de que no tendría que contestar a Black en forma directa.

—Entonces nos veríamos en apuros —dijo Groteschele riendo. Se encogió de hombros, levantó las manos al aire como si implorara un poco de sentido común y añadió—: Pero no es probable.

La tensa atmósfera de la habitación pareció ceder. Black no estaba satisfecho con su respuesta pero sabía cuándo era prudente callar. A pesar de todo, era algo muy posible: Woodrow Wilson había continuado en su cargo de Presidente dos años después de haber sufrido una embolia. Y muchos altos oficiales habían sufrido depresiones mentales debido al esfuerzo que requerían sus cargos. Forrestal, por ejemplo, se había suicidado arrojándose por una ventana. «¿Y si el Presidente sufriera un ataque de esquizofrenia paranoica?», pensó Black. No era probable, pues la política americana tenía por norma suprimir sin contemplación a todas las personalidades inestables, pero cabía la posibilidad de que ello sucediera.

«Quizá», siguió pensando Black, «todo este maldito juego me hace ver las cosas diferentes». Sintió que muy adentro se le iba adentrando aquel punzante terror. Tenía algo que ver con su «sueño». Durante sesiones como ésta sentía que la propia piel de su personalidad era arrancada a pedacitos, dejándole cada vez más vulnerable, más dolorido. «Sin embargo», pensó desesperado, «sé que pertenezco a esto y es aquí donde me necesitan, donde puedo contribuir a algo». Dejó vagar su mente, tratando de discernir el momento en que la verdadera faz del matador le sería revelada, cuando su espada realmente le heriría en la espalda acabando con sus indecisiones.

Groteschele proseguía hablando, mencionando ahora las posibilidades de un error mecánico. Esto era algo nuevo para los demás. Nadie conocía el asunto a fondo. Groteschele estaba sumergido en lo suyo, en las estadísticas. Era notable cómo todos los hechos humanos, vivos, de carne y hueso, de verdad, desaparecían bajo los números. Groteschele estaba explicando la posibilidad matemática, remota por supuesto, de que hubiera un error mecánico. Se había tomado el trabajo de calcular esa posibilidad de error. En un año las posibilidades de una guerra por accidente eran de 50 a 1. Black recordaba que esto se había hecho público en el *Hershon Report*. Pero el informe había aparecido varios años atrás y los que le dieron publicidad en el Estado de Ohio, hicieron hincapié en el hecho de que eran cálculos meramente especulativos, pues no tenían acceso a las informaciones confidenciales. La situación ahora era mucho peor, pues todo se había complicado muchísimo más.

—En otras palabras —dijo Groteschele—, y tomando en cuenta la cantidad de alarmas que se presentan continuamente y el complicado sistema de equipos de control, las posibilidades son tales que una guerra por error quizá podría ocurrir dentro de unos cincuenta años.

—¿No es verdad que la complicación cada vez mayor de esos sistemas electrónicos y la mayor velocidad de los proyectiles hacen que estas cifras empeoren año tras año? —preguntó Black.

Pensaba en la llamada pública que hizo años atrás el almirante L. D. Coates, jefe de Investigaciones Navales, que admitía que todos los que trabajaban en ello ya sabían «que las armas y los equipos electrónicos se estaban haciendo tan complejos que estaban sobrepasando la capacidad del hombre para controlarlas; la complejidad de las nuevas generaciones de máquinas iba aumentando el peligro de accidentes en proporción mayor a los instrumentos diseñados para salvaguardarlas». No se había hecho nada al respecto sino que se limitaron a ignorar el informe.

Groteschele hizo una pausa, sonriendo con tolerancia a Black. El Secretario del Ejército se inclinó hacia uno de sus ayudantes y le hizo una pregunta. Éste miró a Black y sonrió mientras cuchicheaba algo al oído del Secretario. Black sabía lo que estaba diciendo: «El general Black es uno de esos heréticos por principio». —En teoría, sí— dijo Groteschele. —Pero nosotros probamos cada nuevo mecanismo a fondo antes de emplearlo y todo sistema es comprobado por otro. Las posibilidades de una guerra debida a un error mecánico son casi nulas.

Esto no era cierto, pero Black no quiso proseguir discutiendo. Contuvo su ira y miró fijamente el Gran Tablero. Parecía un gran mosaico movable, más decorativo que funcional. Pequeñas lucecitas aparecían, se hacían más brillantes, recorrían una corta distancia y luego desaparecían. Nadie tomaba el Gran Tablero en serio hasta que la luz colocada encima del mismo indicaba que «alguien» había decidido ponerlo en alguna fase de alerta.

«Cuántos lugares habrá esparcidos por el mundo que se parezcan a éste», musitó Black, «con los mismos tableros estratégicos, con los mismos sistemas de control recogiendo, identificando y descartando signos de radar». El gran centro de operaciones de Omaha, desde luego, y, probablemente por lo menos, otra estación gemela a la de Omaha en alguna otra parte del país. Luego había el refugio antiaéreo del Presidente; seguramente también allí habría un tablero automático similar a éste. Quizás había más de un refugio presidencial. Sin duda habría otro en Camp David, o en la Casa Blanca de veraneo o quién sabe dónde.

Luego, además de esto, sabía que había siempre, cada minuto de cada día, un «KC-135» en el aire, convertido en una pequeña estación de emergencia similar a la de Omaha para el caso de que todo desapareciera en una explosión. Quizá todavía hubiese otra en algún superavión de transporte en alguna parte. Otra, en uno de los submarinos nucleares. ¿Y cuántas más? Varias en Inglaterra, sin duda, en Francia, quizá, y en Alemania occidental y en Rusia. Sí, seguramente que allí había casi tantas como en los Estados Unidos.

Black sabía que había cuatro aviones «KC-135» reservados exclusivamente para uso presidencial como puesto de comando en el aire en caso de una aguda emergencia. Desde 1962 se encontraban diseminados en diferentes puntos del país para que el Presidente tuviera uno constantemente a su alcance. Siempre que el Presidente se trasladaba a algún punto fuera del continente, uno de esos aviones, tranquilamente y en forma poco notoria, era incluido entre los de su escolta.

Seguramente habría uno similar en cada país. Y los hombres que los tripulaban también serían semejantes. Hoy en día, en todo el mundo, y en cada uno de los salones donde se hallaban estos Grandes Tableros de transmisiones estratégicas, al cuidado de hombres competentes y atareados, continuamente dedicados a ellos, se recibían, analizaban y proyectaban los mismos signos. Los «grandes» de todo el mundo observaban los datos que surgían allí y las mismas lucecitas, pensando y hablando sobre los mismos rompecabezas estratégicos que Groteschele presentaba ahora.

Black volvió a mezclarse en la discusión. Groteschele enumeraba ahora varios tipos de posibles errores mecánicos: «Guerra por accidente a causa del fallo de una máquina. Cálculo erróneo por las máquinas encargadas del control, interpretación equivocada por los empleados humanos encargados de interpretarlas (los “vivos” como les llamaban ellos mismos). Y, por último, el mayor de todos, una falla electrónica».

«La mayor», pensó Black, «porque nadie sabe nada de eso. Lo único que sabemos es que en cualquier sistema tan complejo como éste y que dependa directamente de un intrincado equipo electrónico, la posibilidad de que ocurra un error de esta naturaleza debe tenerse presente».

—Pero el sistema de Control Positivo del punto Límite-de-Seguridad representa la máxima protección contra este tipo de errores —decía Groteschele bajando la voz en tono persuasivo.

Éste era el factor más seguro de todo el sistema, en el que todo se apoyaba. Así, pues, todos quedaron tranquilos. Y desde luego, Groteschele

había asumido un tono muy convincente ese día; si exceptuamos una especie de tosecilla nerviosa que de vez en cuando le entorpecía. Black comprendía perfectamente a qué se debía: Groteschele sabía mucho más de lo que decía.

Sencillamente, no era tan simple. Cualquiera que tuviera algo que ver con las cajas negras del «Control Positivo» lo sabía. Las partes componentes de las mismas eran controladas y revisadas dos veces en un cien por ciento, de acuerdo con una rotación fija; estudiándose cada posible condición en la que se pudiese encontrar y sometiéndola a una condición simulada semejante. Esto se hacía por sistemas en duplicado y también se simulaban esas condiciones en máquinas comprobadoras de la operación, rigiéndose por fórmulas matemáticas cuidadosamente estudiadas, que expresaban las innumerables maneras en que uno de esos equipos podría fallar. En esas máquinas comprobantes se simulaba el «traslado» de las bombas y se «daban» las señales de «ataque».

Se podían predecir las presiones atmosféricas variables, se estimaba la deterioración natural del aparato y se tomaban en cuenta las vibraciones características de los bombarderos «Vindicator». Esas variantes podían transformarse en fórmulas matemáticas, y, con tales fórmulas, las máquinas comprobadoras o cerebros mecánicos probaban las cajas negras.

Pero todo ese sistema tenía una gran falla. Nadie sabía de modo seguro si esas cajas negras cumplirían su cometido cuando realmente se presentara la ocasión. La razón era sencilla: nunca habían tenido que demostrar su eficiencia y no podían ser probadas sino en el mismo momento.

Una prueba de esa naturaleza significaba la guerra. Todo el sistema de Control Positivo dependía, en realidad, de un equipo que no podía ser probado de verdad hasta que llegase el momento decisivo y, debido a esto, nadie sabía de antemano si funcionarían realmente o no. Las máquinas Límite-de-Seguridad podían ser probadas realmente solo una vez: en el momento decisivo en que se hicieran funcionar.

Era evidente, después de las experiencias hechas con los aviones «Electra» y con los «DC-6» ya fuera de uso, que un fallo serio en una de esas complicadas maquinarias podía pasar inadvertida a través de todas las experiencias preliminares, y sólo luego, al ponerlas en práctica de verdad, se haría evidente.

Esto alimentaba el humor agrio y denso que destilaban las habladurías del SAC. Los «DC-6» habían sido unos aviones hermosos y perfectos, salvo que los primeros se incendiaron en cuanto entraron en servicio. Entonces fue cuando se dieron cuenta de lo único que no habían calculado: lo que las

fuertes corrientes de viento al volar podían hacer con el gas sobrante. El gas era acumulado por una corriente de aire invisible a un punto situado directamente detrás de las máquinas, donde los aparatos succionadores de aire no tardaron en acumular aquel gas de desecho, convirtiendo el espacio destinado a almacenamiento de aire en una verdadera cámara de fuego explosivo.

También las grandes corporaciones resultan heridas cuando fallan sus sistemas «comprobados» de control positivo. Black recordaba lo consternado que había quedado unos años atrás cuando la revista *Fortune* había señalado este punto sobre dinámica en general. Los «Convair 990» no eran sino una demostración de la completa falibilidad de un cálculo simulado. Convair diseñó un avión teórico que probó ser el más rápido «Jet» comercial que los vuelos «simulados» habían podido hallar, así que decidieron ganar tiempo y dinero y pasar por alto los costosos ensayos sobre modelos previos, comenzando directamente la producción. Sólo que el 990 no respondió tal como esperaban. Nadie pudo explicarse el porqué, y tampoco pudieron achacar esa falla a los enigmáticos aparatos de prueba que habían señalado su eficacia con tal seguridad.

El general Black también sabía que Groteschele se estaba deslizando apresuradamente dejando atrás otro importante factor. Cada una de esas máquinas debía ser ajustada e instalada por hombres. Y todos los seres humanos, fuese cual fuese su capacidad y entrenamiento, no se veían libres de la natural fatiga y del aburrimiento. En más de una ocasión el mismo general Black había visto cómo uno de esos mecánicos, cansado e irritado por su trabajo, apretaban demasiado una pieza con su destornillador o dejaban de hacer una última comprobación o, sencillamente, pasaban por alto la lectura negativa de uno de sus instrumentos de prueba. Estos errores en un avión en vuelo significaban sólo la pérdida de un aparato valioso y de algunos hombres. Pero en una de esas cajas negras Límite-de-Seguridad —había que tomar en cuenta también que los hombres que las instalaban no tenían ni la más remota idea de su importancia— el más leve error podía mover el gatillo que conduciría al desastre final.

Black echó un vistazo alrededor de la mesa. Stark miraba fijamente el tablero estratégico. Nuevas lucecillas habían aparecido y Stark jugaba nerviosamente con su lápiz mientras estudiaba su avance. Black miró a Wilcox. Tuvo la intuición de que Wilcox, en ese momento, estaba rechazando la posibilidad de una guerra accidental. Esto hizo que Black se sintiera

deprimido al considerar que debía poner más de su parte, pero sin saber exactamente qué.

La voz grave y suficiente de Groteschele hizo que Black volviera de nuevo a la realidad. Esa voz hablaba ahora de lo que pasaría si ocurriera tal accidente. Sería un problema «muy interesante», decía.

—Supongamos que los rusos causaran dicho accidente —sugirió Groteschele—. Supongamos que se produjera un accidente de verdad y que se tratara de un cohete de 50 megatones dirigido contra Nueva York o Washington. ¿Qué es lo que podríamos hacer? ¿Cómo saber si realmente se trataba de un accidente? ¿Cómo podrían demostrarlo? ¿Es que la diferencia sería notable aunque lo probaran? Aunque realmente creyéramos que se trataba de un accidente, ¿es que no contestaríamos a ese golpe con todas nuestras fuerzas?

«Una buena pregunta», pensó Black, pero nadie la contestó. Parecía como si no fuera una discusión real de problemas reales y verdaderos. Black recordó el alboroto y la excitación que se produjeron años atrás cuando un estudiante publicó una tesis sobre la estrategia de la rendición. El argumento había sido bien sencillo. Suponiendo que cualquiera de los dos bandos fuera el primero en atacar, ¿no sería la rendición la única estrategia posible para el otro? ¿Qué ganaríamos con devolver el golpe? Esto había suscitado una serie de disertaciones y discusiones ante el Congreso, y después de ello nadie más habló de «la rendición como estrategia».

El pensamiento de Black fue interrumpido bruscamente. Groteschele dejó de hablar. Todos miraban hacia el Gran Tablero.

El signo de alerta encima del mismo se había encendido. El tablero todavía mostraba las lucecillas que Black había visto a Stark observar con tanta atención. Correspondían a seis grupos de bombarderos volando casi encima de sus puntos Límite-de-Seguridad. También había una pequeña lucecilla no identificada en algún punto entre Groenlandia y Canadá. Black observó que el reloj colocado encima del Gran Tablero marcaba exactamente las 10,28. Groteschele hizo una pequeña pausa para ver lo que pasaba en el Tablero, y luego, dirigiéndose de nuevo a su auditorio, dijo:

—Tenemos suerte. Aquí aparece un bonito estado de alerta donde apoyar nuestra discusión. Ahora ya no se puede pronosticar cuándo ocurrirán las cosas para hacerlas servir como base de una reunión del Pentágono. El equipo funciona con mucha más precisión y ocasiones como ésta sólo se presentan unas seis veces al mes como máximo.

Groteschele trató de captar de nuevo la atención de su auditorio enfrascándose en una explicación de la necesidad del máximo de tiempo posible para poder evaluar uno de esos estados de alerta. Aunque cada vez había más centros de producción de armas nucleares, explicó que éstas no podían ser usadas de modo inmediato en una crisis. Tenían los defectos propios de sus virtudes. Eran demasiado rápidas. No dejaban el tiempo suficiente para sopesar los hechos y buscar los posibles errores. Esto era la causa de que se hubiese vuelto a los bombarderos gobernados por hombres para dar el primer golpe, en vez de confiar en los cohetes más nuevos de largo alcance. Los bombarderos permitían un espacio de horas precioso para revalorizar y analizar; los cohetes sólo treinta minutos. Además, pasase lo que pasase, incluso si todo el país resultase devastado, siempre quedaba el recurso de lanzar los cohetes al final.

Sin embargo, el Gran Tablero les atraía más en aquel momento que todo lo que pudiera decir Groteschele. Alzó un poco la voz:

—Supongamos ahora que los rusos tengan realmente un satélite en órbita que contenga una bomba, entonces sí que estamos en peligro —dijo, haciendo una pausa, con voz grave—. Estamos en verdadero peligro, pues, entonces, el tiempo necesario para reaccionar se reduciría a sólo cincuenta o sesenta segundos. No tendríamos ni el tiempo suficiente para llamar al Presidente.

Pero ya nadie escuchaba a Groteschele. Todos los ojos permanecían fijos, pegados al Gran Tablero. Pronto el extraño objeto no identificado lo sería y desaparecería del tablero... Se trataba de un avión canadiense, sin duda, o de un vuelo compacto de pájaros, o de algo parecido. Entonces los grupos de los aviones del SAC virarían y desaparecerían también del tablero. Sí, eso era, Black vio cómo empezaba a suceder tal como él lo esperaba.

Aquella lucecilla extraña no identificada fue apagándose. La atmósfera tensa y silenciosa de la habitación empezó a disolverse, se encendieron algunos cigarrillos y se sintió el ruido de los lápices sobre el papel a medida que cada uno trataba de desahogar su nerviosismo a su manera. No tardaría en llegar el mensajero del SPADATS (Servicio Especial del Aire) con las explicaciones pertinentes sobre aquella lucecilla. Entonces Groteschele proseguiría su disertación, feliz de monopolizar de nuevo la atención de su auditorio.

Uno a uno, los cinco grupos de los bombarderos SAC empezaron a virar. Sólo uno quedó en la pantalla. Entonces, mientras Black siguió observándolo sin poder dar crédito a sus ojos, éste voló más allá de su punto Límite-de-Seguridad. Echó una mirada a Stark y le vio totalmente rígido en su asiento.

Wilcox, en cambio, permanecía absolutamente ajeno a lo que ocurría. La mayoría de los otros oficiales se habían vuelto y escuchaban a Groteschele. Stark miró a Black alzando sus cejas interrogante.

Black, a su vez, fijó la vista en Groteschele. La reacción de éste fue tan rápida, que a Black le pareció que no lo había visto bien: los ojos de Groteschele brillaron intensamente y, luego, una especie de escalofrío le recorrió todo el cuerpo. A Black le pareció que en aquellos breves momentos su rostro expresaba una mezcla de pavor, excitación, entusiasmo y, también, oportunismo. Luego desapareció y Groteschele quedó completamente inmóvil, mirando impasible el tablero. Black se dio cuenta de que sólo tres de los hombres que estaban en la habitación aquilataban realmente la enorme importancia de lo sucedido.

Después de esto, el tablero se oscureció. Sin duda el operador consideraba que la acción del Grupo 6 carecía de importancia. Quizás sencillamente le había pasado inadvertida. Stark escribió rápidamente una nota dirigida a Black; decía: «¿Has visto en alguna otra ocasión que una escuadrilla pasase más allá de su punto Límite-de-Seguridad?». Black movió la cabeza negativamente. Stark empezó a levantarse de su asiento. Black sabía que iba a confirmar los hechos con los oficiales encargados de los movimientos tácticos en otra oficina, pero Stark volvió a inmovilizarse en su asiento.

Un teléfono sonó. No sonó muy fuerte pero lo hizo de manera clara. Era una llamada persistente y seguida, la del teléfono rojo. Ninguno de los que se hallaban en la habitación la habían oído jamás. Wilcox no se daba cuenta de lo que aquello significaba, pero su sensibilidad captó la tensión que le rodeaba, y se puso rígido de atención. Un general del ejército corrió rápidamente hacia el teléfono rojo. En aquel momento parecía lo más natural que un general corriera de esa manera a contestar un teléfono. En realidad a todos les pareció que sus movimientos eran muy lentos, como si se hallaran sumidos en una pesadilla.

El general escuchó un momento. Luego se volvió hacia los demás, con rostro aturdido. Mirando a Wilcox dijo con una claridad excesiva:

—Señor Secretario, el Presidente le llama desde su refugio de la Casa Blanca. Quiere hablar con la persona de más alta graduación presente. Es usted, ¿verdad? Me han pedido que llame a todos los ministros y a los secretarios y les diga que se reúnan aquí inmediatamente. —Dejó el teléfono en su sitio y salió corriendo de la habitación.

Wilcox se levantó, tropezando, con la silla y abalanzóse hacia el teléfono, mirando al Gran Tablero de soslayo mientras lo hacía.

El Gran Tablero estaba iluminado de nuevo, y ahora, proyectado en él, se veían sólo dos cosas: el punto Límite-de-Seguridad del Grupo 6 y la lucecilla correspondiente a éste. En ese momento ya se encontraban varios centímetros más allá de su punto Límite-de-Seguridad y volaban en dirección a Rusia.

LOS MINUTOS DECISIVOS

Las 10,39

—No hay nada más que informar, señor Presidente —dijo el general Bogan. El coronel Cascio, a su lado, miraba fijamente el Gran Tablero—. El Grupo 6 se encuentra a 99 kilómetros de su punto Límite-de-Seguridad y continúa avanzando sobre lo que parece ser una línea de ataque.

—¿Saben qué puede haberles ocurrido? —preguntó el Presidente.

—No, señor, no lo sabemos —contestó el general—. Todavía hay la posibilidad, una posibilidad un poco remota, de que se hayan guiado por un error de cálculo en su línea de ruta y viren de un momento a otro.

—¿Han cometido algún error de esta envergadura alguna vez antes? —preguntó el Presidente sin darle mucha importancia.

—No, señor —dijo el general—. Pero considerando que viajan a una velocidad de más de 2575 kilómetros por hora, un pequeño error puede desviarles considerablemente.

—No lo tomemos en cuenta —dijo el Presidente—. ¿Por qué razón no se ha podido poner todavía en contacto con ellos por radio?

—Aún no lo sabemos, señor Presidente —dijo el general—. Hemos tratado de comunicarnos por todas las frecuencias de onda disponibles y nos ha sido imposible.

—¿Por qué? —dijo el Presidente con una nota de impaciencia.

—Primero, porque quizás haya disturbios atmosféricos considerables; el servicio meteorológico nos dice que hay una gran tormenta eléctrica precisamente detrás de los «Vindicator» —agregó el general—. Segundo, es probable que los rusos estén interceptando nuestra recepción normal.

—Pero ¿por qué diablos cree que podrían hacerlo? —preguntó el Presidente.

—No lo sé —contestó el general y, tras una pausa, prosiguió diciendo con lentitud, en un tono de voz poco convincente—: Hay una remota posibilidad de que sus cajas negras de Límite-de-Seguridad les hayan dado la señal de «ataque», y que los rusos nos estén interceptando y obstaculizando y por ello no podamos usar nuestro sistema de Control Positivo verbal.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea así? —preguntó el Presidente vivamente.

El general Bogan hizo una larga pausa. Luego su voz pareció más tranquila:

—No, señor Presidente, la eventualidad de que ambos sistemas fallen al mismo tiempo es tan remota que no la creo posible. —Notó que el coronel Cascio le observaba fijamente y sintió que empezaba a roerle la desconfianza en una forma indefinida—. Bueno, casi imposible —agregó.

—Bien —dijo el Presidente—. Suponiendo que podamos restablecer el contacto por radio, ¿contestarán a mi orden de que regresen?

—Sí, señor —dijo el general—, siempre que podamos ponernos en contacto con ellos dentro de cinco minutos. —Luego hizo una pausa y prosiguió diciendo—: Sin embargo, si transcurridos esos cinco minutos sus cajas negras les siguen indicando «ataque», tienen la orden de no regresar, incluso si alguien cuya voz se parezca a la suya les da la orden. Seguramente comprenderá usted la razón de esto. El enemigo podría hacer que abortara fácilmente un ataque de verdad, con sólo tener alguien que pudiera imitar bien el timbre de su voz. Los tripulantes de los «Vindicator» deben obedecer el mecanismo de sus cajas Límite-de-Seguridad. No pueden actuar siguiendo las transmisiones de radio.

El general sintió algo parecido a un suspiro.

—Bien, déjeme que resuma todo esto —dijo el Presidente—. Por razones que nos son desconocidas, el Grupo 6 ha sobrevolado su punto Límite-de-Seguridad y ahora parece hallarse en vuelo de ataque dirigido hacia Rusia. No podemos ponernos en contacto con ellos por radio, pero hay una posibilidad todavía de que podamos hacerlo más tarde. ¿Cuál es su objetivo?

—Moscú —contestó el general secamente.

—¡Virgen Santísima! —exclamó el Presidente muy muy lentamente. Pronunció de nuevo estas palabras como si con ello quisiera sacudirse una terrible realidad. Durante un breve instante su voz parecía que entonara una

plegaria, en un tono impersonal como el de un diácono. Cuando habló de nuevo, sin embargo, su tono era seguro y fuerte.

—Bien. ¿Qué medidas se pueden tomar?

—Si seguimos el «modus operandi» pertinente, lo único que podemos hacer ahora es dar orden a los aviones de caza «Skyscraper» que se encuentran junto a los «Vindicator» en vuelo de que los abatan —dijo el general. La cabeza del coronel Cascio se movió como impulsada por un resorte y sus ojos se clavaron en él—. Los cazas tratarían primero de fijar la atención de los bombarderos directamente y hacerles cambiar de rumbo. Pero si esto fallara, los atacarían con cohetes y fuego de ametralladora.

Hubo un largo silencio en la línea y, luego, el Presidente dijo:

—¿Quién da la orden, general?

—Usted, señor Presidente.

—General, le pido que ordene a los cazas que empiecen la persecución del Grupo 6 —dijo el Presidente sin titubear—. Supongo que necesitarán unos minutos para esto por lo menos. Dígales que no hagan fuego hasta que reciban órdenes directas mías. Me gustaría que no lo hicieran hasta haber agotado todos los recursos.

Bogan y Cascio oyeron el «clic» que hizo el teléfono en cuanto el Presidente colgó sin esperar a que confirmaran su orden.

Las 10,41.-El Pentágono

Swenson entró en la habitación del Gran Tablero, acompañado por sus dos ayudantes. Ambos eran muy altos y hacían más notoria aún la extremada delgadez y baja estatura de Swenson.

Éste estuvo un momento detenido en la puerta contemplando a toda aquella gente reunida en la habitación. Estaban de pie en posición de firmes, y, al verle entrar, alzaron la vista que tenían fija en el Gran Tablero. Swenson miró si estaban todos, hizo una pequeña inclinación con la cabeza y todos se sentaron. Entonces se sentó a su vez, en la presidencia de la mesa, levantando casi simultáneamente el teléfono rojo, que habían colocado sobre la mesa frente a su puesto, y llamó. Cuando se inclinó para coger el teléfono, Swenson miró distraídamente el Gran Tablero. Se le veía pequeño en su silla, muy pequeño y también muy seguro de sí mismo y ordenado. Su sola presencia hizo desaparecer la atmósfera tensa de la sala.

—Sí, señor Presidente —dijo Swenson.

Era posible unir el teléfono rojo con un altavoz para que todos los presentes pudieran oírlo. Pero Swenson no lo hizo así.

—Señor Secretario, el general Bogan, desde Omaha, me ha recomendado que demos la orden a nuestros aviones de caza que acompañan al Grupo 6, de destruir a los bombarderos —dijo el Presidente. Esto no era la verdad exacta y el Presidente lo sabía. Sin embargo, quería que Swenson se encarara con esta decisión de una manera brusca y completa—. La decisión debo adoptarla yo, pero me gustaría tener su opinión y la de su gente.

—Señor Presidente, ¿quiere que lo discuta con ellos ahora mismo o le llamo de nuevo? —dijo. Estaba contento de no haber transmitido la conversación por el altavoz. La mente metódica de Swenson le indicaba que la operación sugerida entraba en el procedimiento normal de los momentos de emergencia preestablecidos. Pero, al indicarlo de ese modo, el Presidente les obligaba a tomar la decisión por su cuenta y no a señalarles un procedimiento prefijado.

—No, me esperaré para saber su opinión —dijo el Presidente.

—El general Bogan, en Omaha, ha recomendado al Presidente que ordene a nuestros cazas que disparen contra el Grupo 6 —dijo Swenson con voz tranquila—. El Presidente espera nuestra opinión antes de dar la orden. Señores, ¿qué tienen que decir a esto?

De todo los hombres que se encontraban allí sólo Swenson y Black sabían que era el procedimiento normal prefijado. Del resto del grupo, Wilcox era el que parecía más afectado. Tenía el rostro congestionado.

—¡Dios mío!, ¡pedir que unos americanos disparen contra otros americanos! —exclamó—. Pero si es... es indecente. Yo estoy en contra.

Un velo cubrió los ojos de Swenson. Miró a su alrededor. La mano de Groteschele se alzó.

—Señor Secretario, yo me opongo basándome en que lo considero prematuro —dijo tranquilamente Groteschele. Quería apagar la aparente histeria de Wilcox—. Después de todo, nuestros aviones todavía no han llegado a la zona espacial soviética. En realidad, se encuentran a cientos de millas de allí.

El rostro de Swenson se mantenía impasible; podía haber estado presidiendo una oficina en una pequeña reunión del directorio de cualquier firma del Medio-Oeste.

—Debemos hacerlo en seguida —dijo Black bruscamente—. Primero, porque de no hacerlo inmediatamente es posible que los cazas ya no alcancen a los «Vindicator». Segundo, si tardamos en dar la orden perdemos la

oportunidad de que los rusos nos permitan discutir con ellos más tarde, cosa que seguramente tendremos que hacer. Es muy posible que en estos momentos estén observando cómo avanza el Grupo 6 y lo que hacen nuestros cazas y se están preguntando qué es lo que nos proponemos. ¡Y tengan presente que habrá que tomar otras medidas después de esto, que significan mucho más que la vida de los tripulantes de esos seis bombarderos! Mucho de lo que sucederá, dependerá de si los rusos creen o no lo que tendremos que decirles. ¡Por todos los infiernos, pueden estar bien seguros que en cuanto estos aviones penetren en zona espacial rusa, el Presidente se encontrará en serios apuros tratando de convencer a los rusos y tendrá que jugarse el todo por el todo para lograrlo!

También se le ocurrió otra cosa a Black: «Si tan sólo uno de los cazas hiciera fuego, destrozando a uno de los bombarderos, quizá los otros se dieran cuenta de lo ocurrido y regresarían». Lo pensaba pero realmente no creía en ello. Sabía que los «Vindicator» seguirían su ruta, incluso si tenían que hacerlo solos. Les habían entrenado demasiado bien y no se asustarían ni siquiera al ver como estallaba uno de ellos. Además, les habían inculcado en sus mentes de acero que cabía la posibilidad de que uno de los aviones enemigos, simulando ser un avión americano, les atacara.

Los ojos de Swenson se abrieron desmesuradamente; brillantes y atentos. Echó una rápida mirada al resto de los hombres de alrededor de la mesa. Parecía como si nadie tuviese nada que añadir. Black había expuesto lo que ocurría resumiendo la situación. Swenson sabía que había algunos que no estaban de acuerdo, pero se daba cuenta de que la respuesta de Black encerraba lo que parecía más lógico y se basaba en hechos reales. Admiró la manera tranquila con que Black expuso su punto de vista y tuvo la impresión de que el Presidente aquilataba los hechos en forma muy parecida.

—Señor Presidente, tenemos la impresión de que se trata de una decisión de defensa táctica, pero la opinión general es que se debe pedir que los cazas entren en acción —dijo Swenson mirando directamente a Wilcox.

Swenson colgó el teléfono. El rostro de Wilcox aparecía lleno de pequeñas manchas rosadas.

Las 10,42 - La Casa Blanca

Buck había escuchado toda la conversación y se quedó mirando fijamente al Presidente. El Presidente, con una pierna por encima de uno de los brazos del sillón, fumaba, sacando largas bocanadas de humo de su delgado cigarro.

Su postura despreocupada infundía confianza a Buck. Todo aquello que había oído por teléfono le había oprimido el estómago y si no llegó a temblar, fue debido a que veía al Presidente exteriormente tranquilo.

—Ponme con Omaha de nuevo —dijo el Presidente hablando por teléfono.

Casi instantáneamente le contestaron.

—Sí, señor Presidente —dijo una voz, la del general Bogan.

—General, dé la orden de que los cazas entren en acción —dijo el Presidente.

—A ver, confirme esto —dijo una voz extraña por el teléfono—. Aquí, el coronel Cascio al habla, el ayudante del general Bogan. ¿Es que quiere que los cazas entren en acción aunque después revienten? Esto triplicará su consumo normal de combustible y significa que es casi seguro que ninguno pueda regresar. —La voz hizo una pequeña pausa y empezó a hablar de nuevo, con una especie de fiera arrogancia—. Señor Presidente, esos cazas son nuestra primera línea de defensa contra un ataque ruso. Hacerles quemar todo su combustible persiguiendo a nuestros propios bombarderos, es sacrificar la capacidad defensiva de nuestros cazas en el momento en que más los necesitamos. Los rusos pueden atacar en cualquier instante.

El Presidente hizo una pausa. Buck observó cómo escribía unas palabras en su bloque de notas. Decían: «¿Es que el sacrificio de esos cazas convencerá a los rusos de que se trata de un accidente? Al mermar la capacidad defensiva de los cazas... ¿creerán lo que pasa?».

—General Bogan, repito la orden dada —dijo el Presidente glacialmente.

—Señor Presidente, los cazas abandonaron a los «Vindicator» en el momento que cesó la alarma —prosiguió diciendo el general Bogan—. Es más, los «Vindicator» y los «Skyscraper» han estado volando en dirección opuesta desde hace unos minutos. Los «Skyscraper» sólo tienen una velocidad muy poco mayor que la de los «Vindicator». Es posible que no puedan alcanzarlos.

—Repito, general Bogan, que los cazas deben alcanzar y abatir a los «Vindicator» aunque esto signifique que tengan que agotar su combustible —dijo el Presidente.

Las 10,44 - Omaha

—Coronel Cascio, pida a los cazas que ataquen al Grupo 6 —dijo el general Bogan al colgar el teléfono.

El coronel Cascio casi se cayó del asiento en un gesto de protesta.

—¿Esto significa que ustedes suponen que nuestros bombarderos van a tirar por error sobre Moscú? —preguntó el coronel Cascio. Su voz denotaba asombro, pero encerraba también una escondida y dura nota de rebelión.

—Así es y todo este maldito sistema también lo cree —dijo el general Bogan lleno de ira—. Las máquinas, los hombres, los diplomáticos, el Presidente, todos. ¿Por qué diablos piensa usted que esos cazas siguen a los «Vindicator»? ¿Sólo para protegerlos en caso de «ataque»? No sea imbécil. Todos sabemos que uno de sus objetivos es tirar contra los «Vindicator» si se produce un error. Bueno, ahí está, se ha producido un error. Póngase al habla con los cazas, coronel.

El coronel levantó la mano. Era un gesto muy peculiar. Algo así como si pidiera tiempo o como si estuviera apartando de sí algo demasiado grotesco, o bien el gesto propio de un niño al sentirse amenazado.

—Pero, general, los cazas...

—Coronel, póngase al habla con ellos y deles la orden —dijo el general—. Cada segundo que tarda en hacerlo hace más difícil el alcanzarlos.

El coronel Cascio empezó a mover las palancas y los interruptores que le comunicarían directamente con los cazas. Pero mientras lo hacía siguió hablando:

—Incluso suponiendo que alcancen a los bombarderos, general, cosa bastante improbable, no tendrán bastante combustible para regresar —dijo—. Caerán al océano o en territorio enemigo.

Se oyó una voz que hablaba por el sistema de intercomunicaciones de la Sala de Comando de Omaha. Era el oficial a cargo de las instrucciones de combate.

—General Bogan, estamos en comunicación con Tangle-Able-1 —dijo la voz—. Puede hablar con ellos por el conducto 7, longitud de onda corriente.

El general Bogan hizo una señal al coronel Cascio y éste levantó la palanca. Instantáneamente se sintió ese ruido pesado de las transmisiones de radio a larga distancia.

—¿Se lo digo usando nuestra clave o con lenguaje corriente? —preguntó el coronel.

—Lenguaje corriente —contestó el general—. Esto es, en la forma habitual.

El coronel Cascio lo sabía. Lo habían repetido una y otra vez, después de discutirlo durante meses, que si se presentaba la situación de emergencia en que los cazas se viesan obligados a abatir sus propios bombarderos, era

indiferente o seguramente resultaría ventajoso que el enemigo captara y comprendiera el mensaje transmitido.

—Éste es Tangle-Able-1 —contestó una voz fuerte y joven a través del micrófono—. Captamos su mensaje perfectamente en su última transmisión.

El coronel Cascio se inclinó y habló muy cerca del micrófono, sólo que su voz sonaba ahora algo más delgada y débil.

—Tangle-Able-1, aquí el coronel Cascio, del comando de Omaha. —El sudor le bañaba la frente—. El grupo 6 ha sobrevolado su punto Límite-de-Seguridad y se dirige a atacar a Moscú. Es un error. Lo repito... es un error. Pongan en marcha sus motores supletorios y alcancen y ataquen al Grupo 6.

Hubo un momento de silencio, y luego se oyó la voz de nuevo, más fuerte y clara ahora.

—Roger, da todo el gas; alcanza y ataca al Grupo 6 —dijo.

El coronel Cascio se inclinó un poco hacia adelante y desconectó la palanca. Al observarlo, el general Bogan pensó que, ahora, la manera de moverse del coronel era como la de un niño llorando quedamente.

Las 10,44-Los «Skyscraper»

El avión delantero de los seis «Skyscraper» viró describiendo un largo círculo. La voz del capitán al mando de la escuadrilla surgió por la onda de la radio TBS. Sabía que sólo los seis aviones en vuelo podían oírle.

—No sé lo que esos padres desnaturalizados de Omaha piensan, pero todos habéis oído la orden —dijo el capitán—. Debemos alcanzar y abatir a los «Vindicator».

—Hoy será nuestro día —dijo el piloto de veintiún años de uno de los cazas—. Nosotros, con una potencia de sólo 100 kilómetros por hora más que los «Vindicator», corriendo tras esos bastardos que se encuentran a medio camino de Moscú.

—No esperéis ni por asomo que nos envíen un «KC-135» a que nos reabastezca de combustible —dijo otra voz burlonamente—. Sólo corre a 924 kilómetros por hora, y nosotros vamos a 2640 kilómetros. Cuando nosotros ya no tengamos ni una gota de combustible todavía estarán a 1816 kilómetros de nosotros. Todo ha sido organizado a la perfección.

—¿Por qué os entretenéis hablando de la gente de las oficinas de mando? —dijo una voz burlona—. ¡Pero si es tan fácil! Cuando ya no tengamos combustible, nos deslizaremos planeando, recorriendo esos 1816 kilómetros

hasta llegar a los aviones tanque. Cualquier piloto que se precie de tal debiera poder realizar esa proeza en un «Skyscraper».

Alguien lanzó una pequeña carcajada. Todos sabían que aquellos elegantes aviones diminutos, de cortas alas, caerían como una piedra tan pronto les fallara el gas.

Ninguno de los seis pilotos tenía esperanzas de alcanzar a los «Vindicator». Sabían además que les sería imposible volver a sus bases. Si es que pensaban en algo, sólo lo hacían de verdad en dos cosas: Primero, ¿si la cápsula de lanzamiento y el paracaídas funcionarían realmente volando a 2640 kilómetros por hora? Segundo, ¿cuánto tiempo podría sobrevivir un hombre en las aguas heladas del Ártico?

—Déjense de habladurías —ordenó el capitán—. Hemos llegado a la velocidad máxima normal, ahora den todo el gas.

El capitán empezó a contar desde cinco para atrás quedamente: «Ya». Seis dedos movieron seis palancas. El respaldo del asiento contra el que se apoyaban aquellos cuerpos condenados, les golpeó fuertemente. Cientos de tubos al extremo de los motores «Jet» empezaron a funcionar arrojando más combustible en el llameante motor de inducción. Los aviones temblaron con fuerza bajo el impacto de la violenta aceleración y luego avanzaron velozmente a la caza de los bombarderos.

Las 10,44 - Los «Vindicator»

El teniente coronel Grady echó una mirada hacia abajo. Frente a los «Vindicator», la superficie del Pacífico era completamente negra, morada de tan negra. No parecía agua, sino una oscuridad espesa.

Grady sintió que era algo muy pequeño, como una mota, empujado por la presión de la aureola de luz que se expandía a sus espaldas. Deseó de pronto, en una forma completamente irracional, que el sol no saliera. Como si volar en la oscuridad fuera más seguro.

Grady echó una rápida mirada a los otros dos hombres de los «Vindicator». Estaban enfrascados mirando sus instrumentos.

De pronto Grady sintió celos de su cándida inocencia; esto le trastornó tanto que casi les odió.

Las 10,45 - La Casa Blanca

—Póngame de nuevo con el Pentágono —dijo el Presidente.

El Presidente todavía tenía una de sus piernas sobre el brazo del sillón. Del cigarro, sólo quedaba un poco de ceniza.

Swenson contestó al teléfono.

—Señor Secretario, si nuestros cazas abaten a los «Vindicator» nos hallaremos ante una tragedia, pero el problema estará resuelto —dijo el Presidente—. Me gustaría que su gente empezara a pensar en qué otro camino nos queda si los cazas no pueden cumplir su misión.

PALABRAS, ESTADÍSTICAS Y OPINIONES

Swenson echó un vistazo a la estancia. Durante un breve instante estuvo pensando en si apagar o no el Gran Tablero, pero decidió dejarlo conectado como un aviso constante de la difícil situación en que se encontraban. El problema estribaba ahora en conseguir la mayor cantidad de respuestas, y las más concretas, a sus preguntas, en el mínimo de tiempo posible.

—Señores, Omaha está escuchándonos y el general Bogan y el coronel Cascio tomarán nota de lo que digamos —dijo Swenson—. Mr. Knapp, el presidente de «Universal Electronics» y el diputado Raskob también se encuentran en Omaha, donde habían ido a visitar sus instalaciones. Les he dado permiso para que puedan escucharnos también y para que hagan los comentarios pertinentes.

El tono de voz de Swenson era casi excesivamente tranquilo. Cuando tomó la palabra de nuevo, había en ella también un timbre metálico, de suma urgencia.

—Dentro de poco, el Presidente estará en contacto de nuevo con nosotros y quiere que le contestemos algunas preguntas —dijo Swenson—. Primero: ¿Qué pasó? Segundo: ¿Qué debemos hacer si los cazas no pueden alcanzar a los «Vindicator»? Tercero: ¿Cómo interpretarán todo esto los rusos? Cuarto: ¿Qué medidas tomarán al respecto? La discusión se limitará estrictamente a estos puntos.

Swenson miró a su alrededor. Sus ojos se detuvieron sobre Black. Éste le devolvió la mirada sin pestañear con sus ojos serenos, casi invisibles de tan escondidos en las profundas órbitas.

—General Black, ¿quiere darnos una breve explicación de lo que ha sucedido? —dijo Swenson.

—Señor Secretario, lo primero que tenemos que hacer es partir de la base de que estamos volando a ciegas —dijo Black—. Nadie sabe exactamente lo que ha sucedido. Lo único que sabemos realmente es que el Grupo 6 del SAC ha sobrevolado su punto Límite-de-Seguridad y, a menos que se lo impidan, lanzarán un ataque contra Moscú. De una manera lógica sólo dos cosas podrían haber sucedido: un fallo mecánico serio o que alguien del Grupo 6 haya sufrido un ataque de locura.

—Según los datos estadísticos, un doble fallo mecánico es poco menos que imposible —chilló Groteschele.

—Pero es concebible, ¿verdad? —Swenson hizo la pregunta de una forma tan cáustica que Black se preguntó si alguien le habría puesto al corriente de la discusión de aquella mañana.

Groteschele dudó un momento.

—Claro que es posible, pero... —En cuanto vio que Swenson no le escuchaba dejó de hablar sin terminar la frase.

Se oyó retumbar la voz de Bogan en el altavoz. Ajustaron el volumen y su voz sonó como si se encontrara allí mismo, en la habitación.

—Estoy de acuerdo con el general Black, pero el coronel Cascio tiene una duda —dijo el general—. En resumen, su argumento es que los rusos han hallado la manera de enmascarar la verdadera posición del Grupo 6, que probablemente ya se halla volando en dirección a los Estados Unidos. Lo que nosotros vemos en el radar como el Grupo 6, en realidad no es sino un grupo de bombarderos soviéticos que están allí precisamente por una sola razón: para hacernos creer que, accidentalmente, hemos lanzado un grupo de bombarderos contra Rusia. No estoy de acuerdo con este análisis, pero deberíamos considerarlo.

Alrededor de la mesa se notaron múltiples signos de nerviosismo. Groteschele empezó a arañar su bloc, otros sacaron cigarrillos. Stark miró a Black. Éste permanecía impasible, a pesar de que esperaba, lleno de tensión interior, la respuesta de Swenson. Mucho dependía de la reacción de Swenson ante la observación de Cascio.

—Gracias, general Bogan —dijo Swenson sin dejar de apartar la vista del rostro de Black—. Concuerdo con su opinión sobre los argumentos del coronel Cascio. Ahora, general Black, ¿quiere continuar?

—Todos los sistemas de vigilancia que tenemos han sido lanzados para controlar a los rusos —dijo Black—. En este momento tienen siete grupos de

bombarderos en el aire. Pero ninguno puede llegar a América sin que los reabastezcan de combustible. Ninguno de ellos sigue una línea de ataque. Todos están volando siguiendo rutas determinadas dentro del espacio soviético. Un número muy grande de cazas rusos está actualmente en el aire, es decir, aproximadamente la mitad de los que poseen. Sin embargo, el cómputo y análisis simultáneo de sus líneas de vuelo revelan que no tienen una actitud agresiva. Los rusos no han disparado ningún cohete contra nosotros todavía. Los instrumentos que captan las descargas de energía son probablemente los más precisos que tenemos. Creo que, por ahora, los rusos todavía no han puesto en marcha sus depósitos de cohetes superatómicos.

—¿Qué dicen a esto? —Con estas palabras Swenson invitaba a los demás a que comentaran lo antedicho, pero el tono de su voz les decía: «Háganlo, rápido».

—Se enfrentan ahora con nuestro Grupo 6, ante el mismo problema que nosotros un poco antes con el Objeto No Identificado —dijo Alien, del Consejo Nacional de Seguridad. Hablaba por primera vez—. No saben lo que es ni por qué está allí, ni siquiera si es nuestro.

—La mejor respuesta siempre suele ser la más corta —dijo Black muy tranquilo—. Seguramente los rusos también investigaron el mismo ONI que nosotros, comprendiendo perfectamente la razón por la cual nuestros aviones empezaron a volar hacia sus puntos Límite-de-Seguridad. Esto ha pasado cientos de veces y se han familiarizado con nuestra manera de proceder. Hasta aquí todo iba bien. Pero en cuanto uno de nuestros grupos no regresó como de costumbre, se dieron cuenta de ello tan pronto como nosotros. Esto explica el que tengan un número tan considerable de cazas en el aire. Mi opinión es que en este instante todavía no consideran que nuestro Grupo 6 sea un grupo agresivo u hostil, aunque el retroceso de nuestros cazas pronto empezará a preocuparles. Pero si ven que los cazas se preparan realmente a abatir a los «Vindicator», sabrán en seguida que se ha producido un grave error.

—O quizás piensen que les estamos preparando una emboscada —dijo Groteschele sarcástico.

—También es posible —contestó Black—. Cualquiera de estas dos interpretaciones les alarmará. A pesar de esto, no creo que tomen una represalia o acción ofensiva que no puedan retirar fácilmente, a menos que el Grupo 6 llegue realmente a invadir su sector espacial, o que nosotros nos decidamos a emprender lo que, a sus ojos, puede parecer como una acción más fuerte en apoyo del Grupo 6.

Alien, del CNS, se sentó de nuevo en su sillón, junto a la mesa. Había estado hablando por otro teléfono situado al extremo de la sala.

—Señor Secretario, he estado hablando con el personal del Departamento Nacional de Seguridad —dijo Alien—. Como usted sabe mantienen un vigilancia permanente de las comunicaciones soviéticas durante las veinticuatro horas del día, grabando todo lo que se dice.

Black miró a Stark, ambos habían oído decir que cuando el accidente del «U-2» la gente del CNS oyeron cómo los encargados del servicio antiaéreo soviético hablaban por radio, enterándose casi inmediatamente de que habían sufrido un fallo en los motores, descendiendo hasta los 220 metros.

—Me dicen ahora que no han notado un incremento notable en las comunicaciones militares soviéticas —siguió diciendo Alien—, y que, en este instante, los aparatos de radar soviéticos no están en estado completo de alerta, ni en posición agresiva.

—Profesor Groteschele, ¿podría hacernos un comentario sobre lo que cree que los rusos están pensando ahora? —preguntó Swenson.

Se oyó la voz del general Bogan, desde Omaha, que interrumpía lisa y llanamente sin pedir excusas de ninguna clase.

—¿Quién es Groteschele, señor Secretario? —preguntó el general—. ¿Por qué está deliberando con ustedes?

La respuesta de Swenson fue cortés pero glacial:

—El profesor Groteschele es una autoridad reconocida en muchos asuntos que nos conciernen y fue invitado a asistir a esta reunión por deseo expreso del Presidente.

Groteschele sonrió. Se levantó, casi sin darse cuenta, adoptando la postura del profesor que se prepara a hablar con sus estudiantes. Chasqueó la lengua y luego, bruscamente, cambió. Se dio cuenta de la expresión del rostro de Swenson, duro como la piedra, los ojos azules autoritarios y fríos. La mirada de Swenson era tan explícita como una orden.

Entonces, Groteschele, con gran asombro por parte de Black, habló lisa y llanamente sin usar palabras ampulosas y sin desviarse del tema.

—Los dirigentes rusos tienen ideas marxistas —dijo—. No reaccionan como personas normales creen que la historia está determinada por hechos fuera del control humano que asegurarán la victoria del comunismo. La guerra nuclear interrumpe el proceso de este determinismo histórico. Los rusos tienen más que perder que nosotros con la guerra. Por lo tanto, si los americanos atacasen primero, es más probable que se rindieran que no que tomaran represalias nucleares.

Black tuvo que admitir un poco a regañadientes que admiraba a Groteschele. No estaba de acuerdo con casi nada de lo que había dicho, pero llegado el momento y enfrentándose con una crisis, había fijado su posición sin reservas.

—¿Por qué cree usted que se rendirían si empezábamos nosotros? —preguntó Swenson.

—No son sino máquinas calculadoras humanas, fanáticos marxistas, y no obran impulsados por el odio ni el rencor —dijo Groteschele sin alzar la voz—. Si son atacados primero, aunque sólo sea por una o dos bombas, saben que si toman represalias pueden destruirnos totalmente o, por lo menos, a una parte sustancial de nuestra gente y recursos. Pero también saben que podríamos darles un segundo golpe que les devastaría por completo. Lo que el marxista considera más importante es mantener intacta por lo menos una parte de la Unión Soviética. En realidad no les preocuparía mucho que sobreviviera o no también una parte del mundo capitalista. Es más, muchos de ellos creen que el capitalismo debe llegar por sí sólo a su histórica e inevitable derrota antes de que el comunismo pueda realmente triunfar. En pocas palabras: quieren seguir como ahora durante algún tiempo, y si el precio para ello es que subsistan también algunos países libres están dispuestos a pagarlo. No quieren que el mundo sea destruido. Lo que quieren es llegar a dominarlo algún día y por eso desean que permanezca intacto a ser posible. Por lo tanto, estoy seguro que se rendirían.

Swenson fijó la vista en el Gran Tablero. Las lucecillas de los cazas estaban muy cerca del Grupo 6. Se volvió bruscamente.

—Es decir, en resumen, usted cree que se encuentran completamente atrapados en las garras de su ideología —dijo Swenson—. Su lógica y su fanatismo hará que actúen de una manera perfectamente determinada. ¿No es así?

Groteschele titubeó. No sabía cómo Swenson había aquilatado sus argumentos. Respiró hondo.

—Sí, señor, así lo creo —dijo muy despacio.

De nuevo Black sintió admiración por él. Groteschele se estaba jugando su carrera, su reputación, todas sus teorías, en aquel instante. Era probable que se pusiera a prueba su validez aquel mismo día.

Swenson miró a todos los reunidos sin decir nada, invitándoles a que hablaran con su silencio.

Groteschele no pudo contenerse.

—Lo que trato de expresar, señor Secretario, es que, a pesar de que mi interpretación pueda parecerles una novedad y un poco extraña, es muy sencilla. No debíamos hacer nada. Si lo que yo pienso resulta cierto, los rusos se rendirán, y si nuestros dirigentes son lo bastante hábiles, la amenaza comunista desaparecerá para siempre con esto.

—Quedarnos impasibles —repitió Swenson quedamente.

Groteschele era un hombre duro; Swenson era un historiador aficionado y un estudiante de teorías modernas sobre el arte de gobernar. Le habían enseñado que casi todos los dirigentes más notables y poderosos habían sabido cuándo debían esperar. La capacidad de quedarse tranquilos en el momento adecuado formaba parte de la base de un buen estadista. Swenson no aceptaba ni por asomo la teoría ni el análisis que exponía Groteschele. Pero sus conclusiones podían ser correctas.

—Señor Secretario, a mí me parece que todo esto no son sino palabras —dijo el general Bogan, con tono cortante, desde Omaha—. Miren, a mí me afecta mucho más que a ninguno de ustedes. Tengo que escucharlo todo y luego trasladar sus órdenes y convertirlas en acción. No se dejen engañar, por lo menos habrá cuatro generales rusos en los puntos cruciales que pensarán exactamente como yo: la mejor defensa es una buena ofensiva. Atacarán sin que les importe un comino lo que Marx o cualquier otro haya dicho.

—¿Hay más comentarios? —preguntó Swenson.

Groteschele se había sentado, pero seguía con el cuerpo inclinado un poco hacia delante de su silla, tenso de emoción. En aquel momento, sus enérgicas palabras estaban a punto de comprometer el futuro de más de ciento noventa millones de personas al influenciar la enorme decisión militar que iba a ser puesta en acción.

Swenson miró a Black.

—Todo lo que expone Groteschele en su argumentación depende del grado en que los dirigentes rusos se hallen dominados por la ideología marxista —dijo Black—. Él cree que la dominación ideológica es total, pero yo considero que está equivocado. El Servicio Secreto hizo un largo estudio sobre esto y llegó a la conclusión de que los dirigentes soviéticos tomaban sus decisiones pensando como rusos y luego trataban de justificarlas con sus teorías marxistas. Olvídense de que son comunistas y juzguen sus actos objetivamente, y verán que su comportamiento es muy parecido al de cualquier dirigente de cualquier otro país.

En el Gran Tablero las pequeñas luces de los cazas estaban aparentemente sólo a unos centímetros de los «Vindicator». Todos escuchaban lo que decía

Black, pero observaban atentamente la pantalla. Aquella lucecita de acero repentinamente lanzó dos pequeños puntitos fosforescentes que se deslizaron un poco hacia adelante y, en seguida, la lucecita trazó una curva larga y lenta hacia abajo. Black sabía que el avión se había inflamado al faltarle el combustible y había disparado sus proyectiles, cayendo ahora hacia las heladas aguas de abajo. Se imaginó el terror que experimentaría el piloto, esa sensación horrible de sentir que el avión ya no le respondía. La zozobra de la espera, atento a que se disparara la cápsula, la caída lenta del paracaídas hasta tocar las heladas aguas árticas y los momentos de frío intenso antes de morir.

La voz de Swenson le interrumpió cortante, llena de autoridad.

—El caza ha caído en acción. Podemos presumir desde ahora que los otros tampoco podrán cumplir con su cometido; y, ahora, ¿cuál es la situación?

Groteschele volvió a hablar tratando de fijar bien su posición.

—Señor Secretario, permítame recordarle lo establecido para el día del «aniquilamiento total». Tanto la Unión Soviética como nosotros podemos lanzar un primer ataque, y es probable que casi todos los centros de proyectiles subsistan a ese golpe y puedan lanzar un segundo ataque —dijo Groteschele—. Supongamos que todos los habitantes de América sucumbieran bajo el segundo ataque ruso. Los rusos saben que toda la maquinaria de «aniquilamiento total» entraría en operación entonces. Esto significa que muchas semanas después, e incluso meses después de que nos hubieran muerto a todos, los silos superatómicos esparcidos en todas partes de los Estados Unidos entrarían en acción y destruirían lo poco que quedara de la Unión Soviética. Y, lo que es más importante, los rusos saben que tenemos esa arma. Y que la usaríamos. Sin embargo, el accidente del Grupo 6 nos ha dado una oportunidad como enviada por Dios. Uno de nuestros grupos ha sido lanzado hacia Rusia con muchas probabilidades de éxito. Estoy convencido de que en el momento que los rusos se den cuenta de esto se rendirán. Saben que no pueden escapar a nuestro segundo ataque y, además, conocen nuestro plan de «aniquilamiento total». El Grupo 6 tiene una ventaja histórica fantástica. Completamente por accidente nos han forzado a entrar en acción los primeros, algo que nunca nos habríamos atrevido a hacer deliberadamente. Al tomar esta decisión, al romper esta gigantesca tensión, obtendremos una rendición prematura de nuestro enemigo. Deberíamos aconsejar al Presidente que no hiciera ningún esfuerzo para hacerlos volver. Al mismo tiempo deberíamos decir a los dirigentes soviéticos que los habían disparado por accidente.

El segundo y tercer caza lanzaron sus inútiles cohetes cayendo en espiral hacia una helada muerte.

Swenson esperó un momento, como si quisiera dar tiempo a que los demás captaran las complejidades del argumento de Groteschele.

—De todas maneras, tenemos que dar al Presidente una contestación más concreta sobre lo ocurrido —dijo Swenson—. Conocemos la teoría del coronel Cascio de que quizás se trate de una triquiñuela rusa para engañarnos. ¿Tienen algo que añadir?

—Me parece que la afirmación del coronel Cascio no es exacta; sin embargo, una parte de sus argumentos puede sernos útil —dijo Black—. Si los rusos realmente piensan que lo ocurrido con el Grupo 6 es parte de un plan de ataque, tratarían de perturbar sus transmisiones de radio de manera que nos fuera imposible comunicarnos con ellos para guiarles y darles instrucciones.

—¿Pero por qué razón no nos dejarían vía libre para que pudiéramos decirles que volvieran en caso de que se tratara de una equivocación? —preguntó Swenson.

—Porque son tan suspicaces como nosotros —dijo Black—. Las instrucciones actualmente vigentes entre nosotros son también de tratar de aislar cualquier bombardero ruso que se dirija a lo que se supone, y parece ser, una ofensiva contra nosotros o nuestros aliados. Así somos todos víctimas de nuestras propias suspicacias. Aunque todos sabemos también que existe la posibilidad de que un bombardero de cualquiera de los dos bandos «actúe por su cuenta» por error o accidente, procedemos como si aceptáramos que si se tratara de un bombardero enemigo su acción sería deliberada. Así, nosotros mismos frustramos sus esfuerzos, y los nuestros, de ponernos en contacto para controlar los bombarderos o el envío de cohetes de largo alcance.

Se sintió un murmullo de voces por el altavoz correspondiente a la oficina de Omaha. Swenson inclinó la cabeza a un lado, escuchando. Entonces, la voz del general Bogan se dejó oír clara y precisa:

—Knapp probablemente sabe tanto o más que cualquiera de los presentes sobre artefactos electrónicos —dijo el general—. Se muestra un poco reacio a dar su opinión, pero le he pedido que lo haga. ¿Lo considera oportuno, señor Secretario?

—Sí. —Swenson lo dijo así, secamente, como dando énfasis a la premura con que debía hacerlo.

Se oyó en seguida una voz diferente, débil y deshilvanada al principio y luego más segura.

—Cuanto más complejo y complicado sea un sistema electrónico, la posibilidad de que ocurra un accidente es mayor —dijo Knapp—. Tomemos como ejemplo uno de nuestros cohetes de largo alcance. Cada uno de ellos, al ser diseñado, ha sido revisado y controlado mediante todos los sistemas, y probado a fondo a satisfacción. Todos sus detalles de funcionamiento, materiales, etc., han sido tratados y puestos a prueba, simulando las condiciones y circunstancias en que se encontrarán cuando presten servicio, mucho antes de que se emprendiera su construcción. En esa fase todo parece concordar estupendamente. No debiera fallar ninguno y todos deberían salir disparados y deslizarse en el aire a la perfección. Pero sabemos que no ocurre así en la práctica. El «Atlas» es uno de los cohetes más seguros que poseemos, pero ¿qué es lo que ocurrió?: lo disparamos contra la Luna y falló desviándose en 38 250 kilómetros. Tomemos por ejemplo el viejo «X-15». Era pequeño y compacto. La comprobación de su funcionamiento era ideal, volaba como un sueño. Un pequeño aparato perfectamente calculado que debía ser lanzado con maravillosa precisión desde un avión madre. Pero fueron poquísimos los vuelos de los «X-15» en que no ocurriera algún percance completamente inesperado.

—¿Pero qué tiene todo esto que ver con la situación en que nos encontramos ahora, Mr. Knapp? —dijo Swenson en forma abrupta.

—Mucho y en forma muy directa, señor Secretario —dijo Mr. Knapp alzando un poco la voz—. Agrupe todos esos sistemas electrónicos unos con otros y más tarde o más temprano se estropeará un transistor, o fallará un transformador y el sistema se desbaratará. A veces incluso esos maravillosos aparatos de control y cerebros electrónicos se cansan, y empiezan a dar datos ambiguos lo mismo que un ser humano sobrecargado de trabajo.

—Señor Secretario, lo que dice Mr. Knapp no es absolutamente cierto porque pasa por encima de un factor muy importante —intervino Groteschele iracundo—. Incluso suponiendo que las máquinas fallaran son supervisadas por seres humanos, y éstos siempre pueden dirigir o corregir la decisión de la máquina.

Se sintió la risa delgada, abrupta e implacable de Knapp.

—Cuánto me gustaría, señor, que estuviese en lo cierto —dijo—. Es indudable que las máquinas se mueven con tanta rapidez, pueden incurrir en errores tan complejos y sutiles, que en un momento de apremio, como el de una guerra verdadera, sería difícil que hubiera el tiempo material necesario para averiguar si la máquina incurría en error o no.

Black sintió que le quitaban un peso de encima. Si Knapp no hubiese pronunciado esas palabras se hubiese sentido abrumado, especialmente viniendo la cosa de uno de «fuera».

—Señor Secretario, no sé si le interesará conocer la opinión de un político —dijo la voz del diputado Raskob desde Omaha—. Pero creo que lo pagarán caro. Ningún político, y para el caso importa poco que sea dictador o demócrata, sobreviviría si permitiese que una de las ciudades más grandes de su país fuera destruida sin tomar una acción u otra contra el enemigo. El pueblo es, a menudo, terriblemente vengativo. No sé lo que piensa Kruschev, pero de esto estoy seguro: si deja que destruyamos Moscú sin reaccionar en forma fulminante, le aseguro que no llegará a explicarlo en sus memorias.

El teléfono rojo sonó. Swenson lo cogió con gesto tranquilo, sin denotar la menor emoción, como si recibiera una llamada particular cualquiera. Ninguno de los presentes sabía exactamente lo que contestaría, pero sus palabras serían reconocidas oficialmente como la opinión conjunta de una institución en la que trabajaban millones de hombres, con un equipo que valía miles de millones de dólares y teniendo en su poder una fabulosa cantidad de material informativo. Black miró a Groteschele, vio que éste, ahora que la decisión estaba acordada, se había echado hacia atrás en su silla, descansando.

—Señor Presidente, opinamos que el Grupo 6 ha sobrevolado realmente su punto Límite-de-Seguridad —dijo Swenson—. Esto se debe probablemente a un error mecánico complejo. También cabe la posibilidad de que los mismos Soviets hayan dañado o contribuido a que se produjera ese error mediante algún nuevo experimento o artefacto lanzado por ellos. No creemos que se deba a un error humano ni que el comandante del Grupo 6 haya sufrido un ataque de locura.

Se quedó mirando fijamente el bloc que tenía delante y empezó a tomar notas. La tensión existente en la sala aumentó en forma casi palpable. Habían dado su parecer pero la decisión no estaba tomada.

Swenson alzó la vista y se dirigió a todos en general, sosteniendo el teléfono en la mano, tranquilamente, con voz serena.

—El Presidente quiere saber qué posibilidad tienen esos seis aviones de llegar a Moscú —preguntó; y miró a Black.

—Uno o dos de los seis probablemente llegarán —dijo Black en seguida—. Quizás, incluso más.

—Dos —dijo Swenson acercándose el teléfono a la boca. Escuchó atentamente, y les miró de nuevo.

—¿Incluso con toda la fuerza defensiva soviética concentrada contra ellos? —dijo Swenson repitiendo la pregunta del presidente.

—Nuestros «Vindicator» vuelan a tanta velocidad que no tendrían tiempo de usar todos sus aparatos defensivos —dijo Black—. Sencillamente, no podrán ponerse a tiempo delante de los «Vindicator». Tendrán que tratar de liquidar a los «Vindicator» con lo que tengan disponible en ese instante, aparte quizás de algunos cazas adicionales. Es muy difícil predecirlo pero hemos hecho la prueba cientos de veces y esto se ha calculado basándose en la capacidad defensiva de los Soviets y la capacidad evasiva de nuestros «Vindicator».

—No podrán concentrar todas sus fuerzas de un modo efectivo contra los «Vindicator» a causa de su enorme velocidad —dijo Swenson acercándose al teléfono.

Swenson colgó.

—El Presidente partirá de la base de que dos de los aviones llegarán a su «destino» —dijo muy despacio—. Hemos entrado en una verdadera crisis. Ahora hablara con Krushev por teléfono.

LA CONFERENCIA TELEFÓNICA

—Creo que estamos listos para hablar con el primer ministro Krushev, Buck —dijo el Presidente—. La telefonista que opera la línea está preparada. Dile que nos acabe de conectar con Moscú.

Buck tomó el teléfono e instantáneamente se oyó a la telefonista que decía: «Sí, ¿señor?».

Le dio las instrucciones e inmediatamente se sintió el ruido característico de una llamada a larga distancia, pero la línea permanecía extrañamente silenciosa. Mientras la telefonista trabajaba en la conexión, Buck miró al Presidente.

El Presidente parecía estar dormido. Buck había oído hablar de esas pequeñas siestas que podía hacer a voluntad, pero sólo entonces se dio cuenta de hasta qué punto el Presidente había sabido desarrollar aquella capacidad que le permitía vivir en medio de crisis continuas, y pensó que si se hubiera dejado agotar por la ansiedad cada vez que se presentaba una crisis, no hubiera podido sobrevivirlas. Ahora, con los ojos semicerrados y el rostro tranquilo, el Presidente le pareció mucho más joven de lo que realmente era. «Sin embargo, nadie», se dijo Buck, «puede adaptarse por completo a una constante tensión». Esa tremenda responsabilidad era la culpable de las bolsas que aparecían bajo los ojos del Presidente, de las profundas líneas dibujadas alrededor de la boca, del leve temblor de sus poderosas manos.

—¡Allo! —dijo una voz repentinamente en ruso—. Krushev al habla.

—*Premier* Krushev, el Presidente de los Estados Unidos le llama —dijo Buck rápidamente.

El Presidente se despertó inclinándose en su asiento al tomar el teléfono.

—¡Quién iba a ser si no! —exclamó Krushev. Parecía increíble, pero a Buck el tono de su voz le sonó casi jovial—. Para eso se instaló la línea. ¿No es así?

Buck tradujo lo que decía al Presidente.

—*Premier* Krushev, estoy usando la línea telefónica que fue colocada por su gobierno y el mío con el criterio de que estuviera siempre disponible. Es la primera vez que le llamo y lo hago bajo la presión de un caso de suma urgencia.

Esta vez se oyó otra voz proveniente de Moscú que se puso a traducir lo que decía el Presidente de los Estados Unidos. El Presidente, casi instantáneamente, hizo una indicación con la cabeza a Buck y empezó a hablar. Buck traducía rápidamente, interponiéndose a la voz del traductor de Moscú.

—*Premier* Krushev, debido a la urgencia de este asunto espero que estará de acuerdo en que nos sirvamos de un solo traductor —dijo el Presidente—. Claro está que no haré objeción alguna a que su traductor escuche, a fin de que se asegure de que el mío le da una versión fiel de lo que digo, pero nos queda poco tiempo y el problema es urgente. Dos traductores a un tiempo sólo servirían para complicarlo más.

Hubo un largo momento de tensión después de que Buck tradujera esto. A pesar de hallarse separados por muchos miles de kilómetros, Buck tuvo tal conciencia del fuerte choque de aquellas dos poderosas voluntades, que le pareció que acabarían por aplastarle a través de la línea telefónica como si fuera un pequeño insecto. Por primera vez en su vida se sintió intranquilo al pensar que era el encargado de traducir sus palabras. Presentía que el resultado de aquel choque de voluntades sería decisivo y le hubiera gustado encontrarse muy lejos de allí, pero al mismo tiempo aquello le atraía y fascinaba.

Krushev cedió sin darle mucha importancia.

—La cosa no tiene importancia —dijo—. De acuerdo, nos serviremos de su intérprete.

—*Premier* Krushev, le llamo acerca de un asunto que tal vez no acabe por resultar tan grave como ahora parece —dijo el Presidente—. Pero sucede por primera vez y el resultado podría ser trágico si los hechos son mal interpretados.

—¿Tiene algo que ver con los aviones que hemos visto que vuelan hacia Rusia desde el mar de Bering? —preguntó Krushev sin preámbulos.

Los ojos del Presidente se dilataron un poco. Se repuso en seguida, y, aunque parezca increíble, le guiñó el ojo a Buck.

—Sí, *Premier*, por eso le llamo —dijo el Presidente—. Estoy seguro que su radar y los otros sistemas informativos que poseen, que son tan eficaces como los nuestros, ya han captado unas maniobras fuera de lo normal.

—Sí, me informaron de ello hace unos quince minutos —dijo Krushev con un tono de voz perfectamente indiferente, que no revelaba nada. A Buck le pareció que una especie de *poker* de palabras transcurría a través suyo. Krushev continuó hablando sin cambiar de todo—. Todavía no hemos hecho una identificación positiva. Supongo que me llama para informarme de que se trata de otro de esos llamados vuelos de reconocimiento no programados. Señor Presidente, le he avisado a través de mis discursos, notas diplomáticas y misiones militares que esos vuelos constantes de sus aviones armados a lo largo de la periferia de la Unión Soviética son una amenaza para la paz. El escandaloso incidente ocurrido con el «U-2» fue sólo un ejemplo dramático de su constante provocación. ¿Ha pensado usted alguna vez cuánto duraría la paciencia de...?

—Ahora se trata de un error, y es un error muy grave —dijo el Presidente interrumpiéndole fríamente. Hizo una señal a Buck para que tradujera. Buck habló interponiéndose a la voz de Krushev; sentía que su voz temblaba un poco. Éste dejó de hablar y entonces Buck repitió lo que había dicho el Presidente.

Krushev gruñó:

—Bien, hable —dijo con su voz gruesa de campesino—. Díganme el secreto.

—No es un secreto —dijo el Presidente—. Un grupo de bombarderos han sobrevolado su punto Límite-de-Seguridad. Supongo que usted está al corriente de nuestro sistema Límite-de-Seguridad...

—Comprendo perfectamente lo que ustedes llaman su sistema Límite-de-Seguridad. Han hablado muchísimo de ello en sus periódicos. ¿Es que no ofrece tanta seguridad como ustedes creían? —Un chasquido parecido a una carcajada acompañó aquellas palabras.

La tez del Presidente se puso lívida, pero se repuso y rió también.

—Sí, es precisamente lo que ha ocurrido. —Buck estimó aquella risa demasiado dura, pero consideró que en aquel momento era necesaria—. Una escuadrilla de nuestros bombarderos, que avanza a una velocidad de más de 2475 kilómetros por hora, cargados con dos bombas de veinte megatones cada uno, avanzan hacia Rusia.

Ahora el tono de voz de Krushev fue distinto y revelaba su astucia; arrastraba un poco las palabras y se notaba que se esforzaba por aparecer condescendiente, como si se tratara de un hombre de mucha más experiencia que estuviera reprimiendo a un muchacho.

—Esperamos con gran interés poder presenciar sus maniobras para regresar a sus bases. Recuerdo que hace sólo dos semanas, en un discurso pronunciado frente a un grupo de jóvenes soldados de su Academia del Aire, en Colorado, usted dijo que la Fuerza Aérea no sería nunca una amenaza para la paz sino un paliativo para la guerra —dijo Krushev sin alterarse—. Espero que este pequeño incidente sirva para demostrarle lo contrario.

El Presidente movió el lápiz que tenía entre los dedos y trazó con energía un círculo encima de un bloc amarillo dispuesto sobre la mesa.

—*Premier* Krushev, no es el momento de sermonear. Se trata de un asunto mucho más grave de lo que usted piensa. Ya hemos intentado decirles que vuelvan, pero hasta ahora no nos ha sido posible —le contestó el Presidente, y su voz ahora también era suave y contenía un deje de tolerancia—. Un accidente le puede ocurrir a cualquiera y es susceptible de producirse en cualquier parte. Si el capitán de vuestro submarino «Kalinin» todavía viviera, os lo podría explicar mejor que nadie.

El Presidente se refería al incidente, ocurrido unos ocho meses antes, cuando un submarino soviético se introdujo en la bahía de San Francisco más allá del límite fijado de 3,5 millas, y, al ser descubierto, fue perseguido y hundido por los destructores y helicópteros de la Marina de los Estados Unidos. Tanto Rusia como su país lo habían mantenido en secreto no dejando que llegara a conocimiento del público.

Krushev no contestó en seguida y el silencio se hizo pesado y amenazador; cuando lo hizo sus palabras llegaron lentas y llenas de amargura:

—¿Es que los pilotos procedentes del mar de Bering se han vuelto locos?

—No lo sabemos, *Premier* Krushev —contestó el Presidente—. Puede tratarse de un fallo mecánico. Las perturbaciones en la radio provocadas por ustedes nos han imposibilitado establecer un contacto normal con nuestros aviones. En este momento vuelan siguiendo órdenes que, normalmente, sólo podrían ser transmitidas por un mecanismo especial. Pero por ahora no sabemos nada en concreto. Lo único que puedo adelantarle es que se trata de un accidente. No es nuestra intención provocar una guerra y esto no constituye parte de un plan general de ataque.

—¿Y cómo quiere que un ruso tan ignorante como yo sepa si esto es cierto o no? —preguntó Krushev recriminándole con voz dura pero todavía

con un asomo de condescendencia—. ¿Quiere decirme cómo puedo yo saber si ustedes en este momento han lanzado ciertos de aviones contra nosotros que vuelan tan bajo que nuestro radar es impotente para localizarlos? ¿Cómo puedo saberlo...?

De nuevo el Presidente movió la cabeza indicando a Buck que interrumpiera a Krushev.

—Porque, *Premier* Krushev, ustedes poseen aparatos de radar tan perfectos como nosotros y obtienen la misma información aproximada —contestó el Presidente—. Además, si me da tiempo para que me explique, espero proporcionarle pruebas suficientes para que acabe por considerar todo esto como un serio accidente por el que asumimos toda la responsabilidad y al que estamos tratando de poner remedio.

El Presidente terminó de hablar, y el silencio se hizo largo y denso, pasando de una simple pausa en la conversación a ser una verdadera prueba de firmeza de voluntad. Buck se rebulló nervioso en su asiento. De nuevo sintió aquella desagradable sensación de hallarse cogido entre dos poderosas fuerzas, como si fuera un insecto y tuvieran que aplastarle. Era una sensación muy desagradable.

—Prosiga, señor Presidente —dijo Krushev.

—Tal como le acaban de informar sus consejeros, se encuentra en el aire un grupo de cazas de gran velocidad, que acompañan a cada escuadrilla de nuestros bombarderos siempre que vuelan hacia su punto Límite-de-Seguridad —dijo el Presidente—. Tal como se lo han indicado los complejos mecanismos que ustedes poseen, esos cazas han estado volando a todo gas, utilizando sus propulsores a chorro, tratando de alcanzar y abatir a nuestros propios bombarderos. Lo hacen obedeciendo órdenes directas mías. Ya se les ha acabado el combustible a tres de ellos y seguramente han caído al mar.

Se produjo un corto silencio, pero ahora era distinto y cuando Krushev habló de nuevo, Buck se dio cuenta de que estaba alarmado.

—¿Me está diciendo que usted mismo ha ordenado a sus cazas, a cazas americanos, que abatan a sus propios bombarderos?

—Sí, eso es precisamente lo que le estoy diciendo —replicó el Presidente—. Acabo de dar la orden. Si tienen un tablero estratégico cerca habrán visto cómo los cazas cambiaban de ruta y después de virar han tratado de alcanzar a los bombarderos.

—Señor Presidente, precisamente estoy sentado delante de una de esas pantallas —dijo Krushev—. Mis expertos acaban de confirmar el cambio de ruta en un determinado grupo de cazas. —Hizo una pausa y agregó—: Pero

todavía no estamos seguros de que realmente estén tirando proyectiles teledirigidos contra sus propios bombarderos. Tampoco estamos seguros todavía de que se les haya acabado el combustible. Quizás sencillamente se dejen caer en picado buscando menor altura para escapar a nuestro radar y estén volando hacia sus bases... o quizás hacia Rusia.

—En ese caso, señor, sus aparatos de radar son defectuosos —dijo el Presidente—. Nosotros hemos observado claramente cómo los cazas, después de disparar sus cohetes caían al mar. Al llegar a una altura de unos 6000 metros sus tripulantes fueron despedidos automáticamente al aire dentro de sus cápsulas, y también las divisamos claramente por el radar.

Kruschev gruñó asintiendo:

—Sí, también aparecieron claramente en el nuestro, señor Presidente —dijo—. En realidad no dudé ni un momento que estaban tratando de alcanzarles. Sólo quería oír sus explicaciones. También quería saber si usted les había ordenado que les persiguieran. —Hizo una pequeña pausa y cuando volvió a hablar su voz tenía un timbre extrañamente neutral—. Es duro tener que enviar a sus hombres a una muerte segura, ¿verdad?

—Lo es —dijo el Presidente sencillamente.

De nuevo se oyó un murmullo de conversaciones por el teléfono. Buck sólo pudo captar algunas palabras. Y garrapateó una frase rápidamente en el bloc, pasándoselo al Presidente. Decía: «Alguien está intentando persuadirle de que se trata de una argucia, y pide que devuelvan el golpe de lleno, o algo por el estilo».

De pronto se oyó claramente la voz de Kruschev.

—*Nyet* —decía colérico—. Seré yo quien tome mis propias decisiones.

Luego su voz se calmó.

—Señor Presidente, algunos de mis consejeros están convencidos de que este «ataque accidental» y su llamada telefónica no son sino una emboscada —dijo Kruschev—. Quieren contraatacar en seguida. Pero yo lo he prohibido. Después de todo, el aire espacial soviético todavía no ha sido invadido. Debo comunicarle, sin embargo, que si sus cazas no cumplen con éxito su misión de abatir esos bombarderos, nos veremos obligados a abatirlos nosotros mismos. Entonces entraremos en una fase de alerta y prepararemos nuestros cohetes de largo alcance y otras armas. Debemos tomar estas medidas para protegernos mientras no estemos completamente seguros que este ataque accidental no es un simulacro para algo más serio. Ese pequeño grupo de bombarderos no me preocupa en absoluto. Podremos acabar con ellos. Pero desconozco sus

verdaderas intenciones y debemos tomar las precauciones que nos parezcan necesarias.

—*Premier* Krushev, comprendo perfectamente su posición y deseo que puedan abatirlos a tiempo. Pero debo pedirle que no haga nada que sea irrevocable. Le doy mi palabra de que se trata de un error. Estoy seguro también de que comprenderá que si ustedes empiezan a lanzar proyectiles superatómicos, me será imposible impedir que la gente bajo mi mando haga lo mismo. Y si esto llega a ocurrir, será bien poco lo que quedará de la Tierra.

—Me parece que somos bien capaces de cuidar nuestros propios intereses, señor Presidente —dijo Krushev, y entonces el timbre de su voz era duro y decidido.

—Quiero estar bien seguro de que comprenden que se trata realmente de un error y le ruego que no haga nada irrevocable —recalcó de nuevo el Presidente sin levantar la voz.

—Lo comprendo —contestó Krushev con aspereza—. ¿Tiene algo más que decir?

—Sí, *premier* —dijo el Presidente—. He tomado las medidas necesarias para que se establezca otra línea de conferencias entre el Estado Mayor de nuestras Fuerzas Tácticas del Aire en Omaha y su contrapartida en la Unión Soviética. Si usted lo consiente, la línea podrá ponerse en funcionamiento en seguida. —La voz del Presidente pareció titubear un poco, respiró hondo, como un portero de béisbol, cansado de rebatir la pelota antes de asestar un nuevo golpe, y añadió—: Nuestros hombres, desde Omaha, colaborarán con sus fuerzas para que puedan abatir a nuestros bombarderos si nuestros cazas fracasan.

Krushev no contestó en seguida y, cuando lo hizo, sus palabras fueron cortantes, y a Buck le pareció que estaban llenas de rencor y de odio.

—Señor Presidente, las fuerzas de la Unión Soviética son perfectamente capaces de defender a su país sin colaboración alguna. No necesitamos su ayuda y tampoco la aceptaríamos.

—Ustedes tienen la palabra —dijo el Presidente sin alzar la voz. Entonces habló en voz tan baja, que el mismo Buck tuvo que pedir que repitiera lo que decía, pero al mirarle se percató de que lo hacía deliberadamente—: *Premier* Krushev, haga lo que quiera, pero es mi deber informarle que a pesar de las muchas precauciones que ustedes tomen, seguramente habrá dos de esos seis bombarderos que llegarán a su destino. Actualmente tenemos nuevos sistemas de protección y maneras de eludir al enemigo de las que no creo que ustedes

tengan un conocimiento completo, y el Comando Estratégico me informa que, por lo menos, dos de esos aviones dispararán contra su objetivo.

Casi instantáneamente, el tono de voz de Krushev cambió:

—¿Cuál es su objetivo?

—Moscú.

El silencio que siguió a esto duró casi veinte segundos. Krushev fue el que habló primero.

—Volveré a llamarle, señor Presidente, en cuanto sepamos el resultado de la misión de los cazas. Mantenga preparada esa segunda línea de conferencias que mencionó hace poco. —El tono de su voz ahora era velado, frío, sin nada que revelara su modo de sentir.

El Presidente colocó el teléfono en su sitio y miró a Buck, levantándose del asiento.

—Salgamos y veamos el Tablero Estratégico —dijo.

Condujo a Buck a una habitación contigua en la que estaban reunidos sus ayudantes frente a una réplica en miniatura del Gran Tablero del Gabinete de Guerra del Pentágono. Ninguno de ellos despegó los ojos del tablero al entrar el Presidente; sencillamente, se levantaron sin dejar de mirar. Sabían que había venido a observar el resultado de las operaciones que eran la consecuencia directa de su intervención.

Transcurrieron cinco minutos sin que nadie pronunciara ni una sola palabra y en ese lapso de tiempo ocurrieron dos cosas. El último de los cazas americanos disparó sus proyectiles en un intento inútil de alcanzar a los «Vindicator» y desapareció de la pantalla. Los «Vindicator» entraron también y luego pasaron por encima de aquella tenue línea verde que indicaba la frontera siberiana de la Unión Soviética.

El Presidente esperó un minuto más, hizo una indicación con la cabeza a Buck y ambos regresaron a su pequeño despacho.

Buck sabía perfectamente lo que había ocurrido. Estaban virtualmente en guerra. Habían invadido el territorio enemigo.

EL CÁLCULO Y LA ESPERA

El mundo vivía ahora de dos maneras distintas y paralelas. En la superficie estaba todo aquello que era del dominio público, mientras un lúgubre secreto seguía corriendo por debajo. El mundo, aparentemente, proseguía su vida diaria en forma serena, inocente y normal: los hombres seguían trabajando, morían, se amaban y descansaban como siempre. Pero debajo de esta aparente normalidad, se hallaba otro mundo complicado y oculto que trabajaba incansable en la inmensa tarea de preparar la guerra. En ese momento, aquel mundo recóndito y contrapuesto al primero, se encontraba a la expectativa, en alerta; la complicada danza guerrera que encerraba había llegado a un verdadero paroxismo de perfeccionamiento, y ahora se mantenía en suspenso, gracias a un equilibrio casi milagroso, a través de todo aquel complicado sistema informativo que acumulaba sospechas, supuestas intenciones, informes verídicos de hechos reales, e indicaba también su falta de información sobre otros.

Todos esperaban, atentos a los acontecimientos. En las salas de conferencias; en los comandos de guerra; en los silos de proyectiles superatómicos; en los aviones-piloto de los centros estratégicos informativos; en el interior de los submarinos inmóviles en el fondo del océano; en los aviones de caza; en los centros de observación frente a las consolas registradoras. Incluso los hombres que realizaban las misiones más activas, en realidad, no hacían sino esperar. También en Rusia se alzaban verdaderas olas de aviones de caza que se dirigían hasta el mismo borde de la frontera espacial soviética... y esperaban. Se preparaban los inmensos cohetes que hasta entonces habían estado sumergidos en profundos pozos... y esperaban.

Verdaderas caravanas de proyectiles de larga distancia eran enviadas hacia el Este... y esperaban también. Los equipos de radar estaban listos... y sus operadores a la expectativa.

Grandes ejércitos, flotas aéreas y muchos cientos de los más complicados armamentos eran preparados en los dos continentes y se mantenían listos para entrar en acción al más leve movimiento.

Los nervios y los músculos de todos esos centros militares estaban tensos, rígidos de atención. Para unos era una sencilla rutina: muchos miles de hombres no hacían sino repetir lo que habían hecho durante innumerables ejercicios prácticos, sin que tuvieran ni la más mínima noción de si se trataba de una verdadera situación de emergencia o no. Mientras otros trabajaban algo más conscientes de su trascendencia. No obstante, los que ocupaban puestos estratégicos eran los únicos que tenían pleno conocimiento de lo que ocurría o de lo que podía ocurrir, que aún era mucho peor, y ese intervalo de espera se les hacía punzante y doloroso: como si el mismo silencio se hallase inmerso en un inmenso grito de horror, como si la paz ya hubiese entrado en su agonía.

La Sala de Mando del Gabinete de Guerra de Omaha era también uno de los centros más afectados. Todos los aparatos que contenía y todos sus hombres estaban listos y atentos. Ahora irradiaba luz por todas partes; los miles de pequeños interruptores que se apagaban y encendían, las proyecciones, que se sucedían unas a otras sin cesar, y la luz tras el inmenso mapamundi transparente, habían hecho desaparecer hasta el más leve vestigio de sombra.

El general Bogan se hallaba sentado frente al escritorio situado delante mismo del mapamundi. Sentía en forma casi palpable la presencia de todos aquellos hombres sentados muy quietos y atentos tras sus mesas, observando las consolas que tenían junto a sí y los otros aparatos y mecanismos. Todo funcionaba con el máximo rendimiento. Se oía el chirriar de las máquinas y el respirar atento de los hombres; era un espectáculo hermoso en todo su orden y simetría. Pero ahora se trataba de una verdadera emergencia y ya era imposible contemplarlo serenamente sabiendo que quizás todo aquello llegaría pronto a su fin.

El general Bogan seguía inmóvil frente a su escritorio, observando atentamente la trayectoria de varios puntos proyectados sobre el mapa del mundo.

—Muestren un primer plano del Grupo 6 —dijo el general.

La proyección reflejada encima del mapa empezó a cambiar a una velocidad vertiginosa, como si una cámara filmadora hubiese descendido desde gran altura; el general Bogan se maravilló de nuevo ante el ingenioso mecanismo de aquella máquina. Sirviéndose de las estaciones de radar colocadas en cada uno de los satélites lanzados años atrás, se podía captar la imagen de cualquier punto del mundo con sólo ponerse en contacto con el satélite correspondiente. La imagen requerida ahora fue proyectada sobre un mapa en gran escala de la Unión Soviética, obteniéndose una versión exacta del avance del Grupo 6.

El Grupo se había abierto, separándose uno del otro antes de penetrar en zona soviética. Así disminuían el peligro de que un mismo proyectil enemigo destruyese dos aviones. El Grupo 6 había atravesado la frontera soviética, proyectada sobre el mapa con una fuerte línea roja, y había penetrado unos kilómetros en zona soviética.

Al darse cuenta de ello, los pocos hombres que aún seguían conversando callaron repentinamente.

—Proyecten el avance de los aviones soviéticos también —dijo el general.

En seguida apareció un enjambre de pequeñas lucecitas blancas, agrupadas meticulosamente en la zona soviética indicada por la línea roja.

—Informa la consola correspondiente a las operaciones enemigas, general Bogan —dijo una voz mecánica; se trataba de un verdadero cerebro mecánico que compilaba la información recibida y ahora retransmitía en forma verbal, por un altavoz, lo que se estaba proyectando en el Gran Tablero—. «El avión número 5, cargado con equipo defensivo y otros aparatos similares ha tomado la delantera» —siguió diciendo la voz—. «Es evidente que ha utilizado los nuevos sistemas defensivos que impiden localizarlos pues, tal como ustedes pueden ver, los cazas soviéticos no se han agrupado en el lugar por el cual el Grupo 6 ha cruzado la frontera realmente. Seguramente en este momento sus aparatos de radar les indican que el enemigo se extiende en una zona mucho mayor y su pantalla reflejará innumerables lucecillas sin que puedan determinar exactamente cuáles son las verdaderas y cuáles simples subterfugios».

—¿Han lanzado proyectiles atómicos ya? —preguntó el general.

«Aún no», contestó el mecanismo encargado de controlar los movimientos tácticos.

En aquel mismo instante el Comando Estratégico soviético ordenó que sus cazas entraran en acción, e instantáneamente el Gran Tablero se pobló de pequeñas lucecillas que se deslizaban por él, caían encima de los señuelos

lanzados por el avión número 6, siguiendo incansables sus rutas electrónicas y, luego, detonaban abriéndose como pequeños hongos que desaparecían casi instantáneamente.

«Esos pequeños puntos que aparecen y desaparecen rápidamente son proyectiles enemigos», siguió explicando el mecanismo «Experto en Defensa Enemiga». «Las luces más grandes corresponden a los cazas enemigos que probablemente tienen su propio equipo de radar y van provistos de proyectiles para ser lanzados en el aire. Hasta ahora la artillería antiaérea no ha hecho ningún disparo de tipo nuclear, actúa simplemente en forma convencional. Tal como pueden observar, nuestras armas defensivas y nuevos equipos han funcionado perfectamente. El avión número 6, que está empezando la retirada, lanzará sin duda otra “cortina” antes de marcharse».

Cada uno de los aviones poseía un equipo obstructor de radar y otros elementos llamados «cortina», designándose así una forma más perfeccionada del material de desecho que se lanzaba con el fin de que el radar enemigo captara falsas imágenes. Los «Vindicator» llevaban además otro tipo de señuelos, algunos de los cuales eran lanzados por pequeños cohetes, además de proyectiles defensivos y aparatos especiales cuya misión era descubrir e identificar la naturaleza de los proyectiles lanzados por el enemigo, a fin de computar el momento exacto en que los nuestros debían ser disparados para detenerlos.

«En este preciso instante, el radar soviético ha captado seguramente ya más de cien puntos o lucecillas distintas y las están examinando cada una sistemáticamente», siguió diciendo la voz. «Esos señuelos no han sido proyectados sobre nuestra pantalla, pues nuestro equipo elimina en forma automática las señales emitidas por nuestras “cortinas”. En cambio, el radar soviético capta todas las imágenes y de lo único que están seguros ahora es de la situación exacta de sus propios proyectiles y aviones de combate. La tarea que se les presenta en este momento es bien difícil, pues están tratando de seguir el movimiento y descubrir la naturaleza de varios cientos de lucecillas y controles dirigiendo al mismo tiempo sus propios aviones en una área de varios millones de kilómetros cúbicos».

Al oír aquello el general Bogan sintió una extraña sensación de orgullo y de impotencia al mismo tiempo. Durante muchos años todos los que allí se encontraban junto a aquellos complicadísimos mecanismos, habían trabajado con ahínco, practicando una y otra vez, preparándose para el instante terrible en que deberían entrar en acción. Había llegado el momento, pero existía un abismo de diferencia con los planes imaginados. Mientras iban

perfeccionando aquel mecanismo, tan magnífico y bien equilibrado, a ninguno de ellos se le había ocurrido que sería puesto en marcha para contrarrestar un impensado y grave error. A pesar de ello, el general Bogan no podía reprimir la admiración que sentía al ver la eficiencia con que aquellos bombarderos «Vindicator» lanzaban sus emboscadas y proyectiles defensivos, mientras seguían avanzando en línea de ataque.

Sin embargo, un sentimiento de culpa le invadía. Si el ataque hubiese obedecido a órdenes legítimas ordenadas desde Washington, los «Vindicator» hubieran recibido además toda clase de ayuda de su parte. Los «AB-52», provistos de equipos cargados de señuelos y otros procedimientos más complicados que los que podían transportar los «Vindicator» les hubiesen escoltado y, además, hubiesen sido empleados otros sistemas de enmascaramiento y de emboscadas para entorpecer el radar enemigo desde los diversos centros situados alrededor de la frontera soviética. Pero se habían dado las órdenes pertinentes para que éstos no se movieran. Los «Vindicator» luchaban solos sin ayuda alguna. El general Bogan, al pensar esto, se sintió más desgraciado todavía, especialmente al considerar que si llegaban a dar la información adecuada a los rusos, éstos últimos tendrían muchas más probabilidades de abatirlos. Pero instintivamente enterró aquella idea en las profundidades de su mente.

—¿Qué parte de su material defensivo han disparado los «Vindicator» hasta ahora? —preguntó el general.

«Por ahora han seguido el modo operativo corriente, mientras el avión número 6 se ha ocupado de lanzar proyectiles aéreos dirigidos contra los proyectiles y aviones enemigos, en cuanto estos últimos se han aproximado a un verdadero objetivo», dijo la voz mecánica. «El avión número 6 ha despachado ya un cincuenta y cinco por ciento de su armamento, pero los otros aviones todavía tienen intacto su aprovisionamiento de proyectiles dirigidos».

De pronto, uno de los cazas soviéticos proyectados en la pantalla viró y empezó a volar directamente hacia el avión guía de la formación de «Vindicator». Los dos aviones se iban acercando el uno al otro a una velocidad de 4950 kilómetros por hora. El general Bogan sintió una fuerte opresión en el pecho al entablarse una dura lucha entre su corazón y su mente. Pues, tras aquellos largos años de entrenamiento, sentía una simpatía desesperada a favor del «Vindicator».

Repentinamente la suerte estuvo echada. Una pequeña luz se desprendió del avión número 6, manteniéndose en suspenso un momento y, luego, como

si se tratase de un meteorito, tras el cual pendía una pequeñísima cola fosforescente, avanzó a toda velocidad hacia el caza soviético. Era un «Bloodhound», y el general calculó que corría a una velocidad superior a los 1475 kilómetros por hora. El caza soviético empezó a volar zigzagueando, pues seguramente alguno de sus mecanismos le había indicado que se acercaba al proyectil. Finalmente, cuando el «Bloodhound» se hallaba a unos kilómetros del avión soviético, este último lanzó un proyectil hacia él. Pero ya era demasiado tarde, y, al cabo de un segundo, una gran mancha en forma de hongo obscureció la escena. La cabeza del «Bloodhound» se desprendió y el proyectil aéreo soviético, el caza que lo había lanzado y el mismo «Bloodhound» desaparecieron absorbidos por aquella mancha. El bombardero americano viró apartándose de aquel espeso vapor verdoso que iba extendiéndose como si se tratase de un virus venenoso. Luego, repentinamente, su color fue haciéndose más tenue hasta que desapareció.

—¡Dios mío! ¡Me apuesto lo que quieran a que los «Vindicator» han pasado un buen susto! —exclamó una voz desde el fondo de la sala.

Más al norte de los «Vindicator», otro caza soviético cambió de ruta y, casi simultáneamente, otro hizo lo mismo. Ambos avanzaron a toda velocidad siguiendo sus rutas electrónicas, capeando obstáculos invisibles para los que observaban. El avión número 6 viró en dirección a ellos, pero en aquel momento cada uno de los cazas soviéticos soltaron dos de sus proyectiles dirigidos, que se deslizaron velozmente, cual pequeñas amebas hacia el «Vindicator» más próximo. El «Vindicator» atacó y casi simultáneamente el avión número 6 soltó un total de seis proyectiles hacia los dos cazas. Los proyectiles soviéticos avanzaban a una velocidad mucho menor. Mientras tanto los que acababa de lanzar el «Vindicator» seguían en dirección a los proyectiles soviéticos, pero luego se desviaron un poco dirigiéndose hacia el blanco más grande, el de los cazas enemigos.

—¡Oh! ¡Dios mío! —murmuró el coronel Cascio—. Pero si han pasado rozándoles.

Dos segundos más tarde los dos cazas soviéticos desaparecieron dentro de una llameante luz verde, mientras los cuatro proyectiles que habían lanzado seguían avanzando implacables. El «Vindicator», al verse atacado, empezó a dar saltos en el aire, cambiando rápidamente de ruta, tomando mayor altitud y disparando cuatro proyectiles más. Pero era demasiado tarde, pues los proyectiles soviéticos estaban ya muy cerca. Convergieron sobre el «Vindicator» y éste desapareció en medio de una explosión.

La sala quedó sumida en un profundo silencio; era la primera vez que muchos de aquellos hombres «veían» cómo caía destrozado uno de sus propios aviones. Éste no era el caso del general Bogan, quien durante la Segunda Guerra Mundial había visto por el radar, y también con sus propios ojos, cómo eran abatidos muchos aviones de los suyos. Intuyó que había llegado el momento de levantar el ánimo de su gente y restablecer aquella atmósfera impersonal propia de la Sala de Mando. Puso el altavoz para que todos pudieran oírle:

—Es evidente que los soviéticos tienen unos proyectiles mucho más lentos, pero de mayor alcance —enunció con voz clara—. Es decir, su alcance es mayor de lo que habíamos calculado. El mecanismo computador de tiempo que llevan nuestros proyectiles indicó la presencia de los cuatro proyectiles soviéticos, pero «calcularon» que debido a la escasa velocidad a que avanzaban, no eran sino planeadores de reconocimiento y en vez de atacarlos destruyéndolos, se desviaron y siguieron su ruta hacia los cazas soviéticos. ¡Hay que saber perder a veces también! —agregó.

Se dio cuenta casi instantáneamente de la ironía que encerraban sus mismas palabras. Pero si los «Vindicator» tenían que perder, era preciso que fuesen destruidos, o si no sólo Dios sabía lo que ocurriría. No obstante, todo su ser estaba a favor de los «Vindicator»: eran los suyos. Se sintió ligeramente mareado mientras su mente giraba en un torbellino entre esas dos corrientes opuestas; una gobernada por la lógica, y otra por la lealtad hacia sus compañeros.

—General, ocurrirán cosas peores antes de que se arregle el asunto —dijo alguien.

Miró hacia su interlocutor y vio que se trataba de Raskob, que se mantenía erguido sobre sus piernas abiertas, con la vista fija en el tablero y un cigarro puro apagado entre los labios. Incluso bajo aquella luz blancuzca, la palidez de Raskob impresionaba.

—Tiene razón, señor, esto se pondrá mucho, pero mucho peor —dijo el general.

—¿Serán capaces de soportarlo nuestros hombres? —preguntó Raskob—. No sólo los que nos encontramos aquí, sino los que están en el aire. Después de todo, los que morirán serán los nuestros, y es duro tener que quedarse inactivo mirando sin poder remediarlo. ¿Está seguro que podrán resistirlo?

—Creo que sí, diputado Raskob —dijo el general—. Los han ejercitado miles de veces para pruebas, ensayos y ejercicios, hasta tal extremo que se les

hace difícil saber ahora si se trata de un mero ejercicio o de una acción real y verdadera.

—Espero que tenga usted razón, general Bogan —dijo Raskob—. No sé lo que estará haciendo el Presidente, pero sea lo que sea deseo que acierte. No tardará en llegar el momento en que Krushev se canse de estar sentado, observando cómo esos aviones avanzan hacia Moscú. Todo depende de la habilidad del Presidente en persuadir a Krushev de que realmente todo fue debido a un error. Si no, esto reventará en un cien por ciento y habrá una verdadera hecatombe de explosiones, y esta maldita guerra que nos llevará al mismo infierno. ¿No es así, general?

—Eso es —contestó el general.

Sintió una fuerte corriente de simpatía hacia Raskob por primera vez. Era un hombre duro, tenía una visión clara de las cosas y la entereza de enfrentarse con ellas. Ahora se daba cuenta de que la responsabilidad de todo estaba en manos del Presidente. A menos de que ocurriera un milagro, uno de los dos bombarderos llegaría a su destino. Y a menos de que los soviets estuvieran plenamente convencidos de que el ataque se debía por completo a un error, se verían forzados a contraatacar.

—¿No tiene idea de cómo puede haber ocurrido, verdad, general? —preguntó Raskob.

El general Bogan se sintió confuso, no podía concentrar su pensamiento, como si en su mente sólo hubiese una película borrosa.

—No, señor, ni por asomo —dijo—. Nos han machacado una y otra vez que el sistema era infalible. Bueno, eso sí, nos explicaron que de vez en cuando podía ocurrir un pequeño fallo, pero el sistema estaba tan bien ideado y construido que lo subsanaría por sí solo.

—Nos dijeron... —replicó Knapp en un tono lleno de asombro—. Siempre ese impersonal «nos dijeron», esos «ellos» desconocidos. Nosotros que construimos y manufacturamos todos estos mecanismos, y que sabíamos para lo que servirían..., nosotros nunca dijimos a nadie que fueran infalibles. Pero claro, en Washington, «ellos» tuvieron que decir que era perfecto, que un error sería inconcebible. General, en este mundo no existe un sistema *perfecto* y «ellos» tenían la obligación de decírselo.

—Oiga, amigo —cortó Raskob bruscamente—. En Washington es imposible conseguir grandes sumas de dinero, personal especializado y todo eso a menos que sea para algo *perfecto*. —Hizo una pausa y añadió—: Sí, todo es muy sencillo: primero hay que dirigirse a las comisiones que conceden los créditos y hablar y hablar hasta que uno mismo queda

convencido de que el sistema es perfecto, y no hay nadie en el comité que se atreva a negar nuestros razonamientos. Porque, claro, ninguno de nosotros somos genios ni sabios electrónicos y todo eso. Así es que acabamos por contarles un «cuento». ¿Qué haríamos si no?

—Bien poca cosa —dijo Knapp—. Excepto tratar de escuchar los razonamientos de los realmente entendidos. Mire usted, durante años, un individuo llamado Fred Ikle, que trabajaba en la Rand Corporation y la Fuerza Aérea en cómo reducir los riesgos de una guerra por error, ha estado encontrando y señalando numerosas fallas en el sistema, mientras en esos mismos momentos la prensa hablaba de las maravillas y la perfección de ese mismo sistema. Kendrew, en Inglaterra, también ha hablado en forma clara y evidente sobre los peligros de que estalle una guerra de ese tipo, y así muchos más. La mayoría son hombres civiles como nosotros, que conocen bien las cosas —lo dijo con voz segura, pero sin vanagloriarse de ello—. Sabíamos que es imposible encontrar el sistema *perfecto* —añadió—. La gran equivocación ha sido que nadie se haya encargado de decirlo de un modo claro y terminante al pueblo y al Congreso.

—¿Qué quería que hiciéramos? —interrumpió el coronel Cascio, y su voz denotaba su mal contenida ira—. ¿Quedarnos sentados tranquilamente mientras nuestros enemigos se armaban hasta los dientes y dejar que las cosas llegaran a un punto en que pudiesen pedirnos la *rendición sin condiciones* y no tuviésemos más remedio que concedérsela?

—No, eso sí que no, no nos quedaba otro camino y tuvimos que hacer lo que hicimos —dijo Raskob abatido—. En el terreno político en cuanto se permanece inactivo se es hombre muerto. Me imagino que en lo militar sucede aproximadamente lo mismo. Pero quizás hubiese sido más prudente recapacitar un poco más y admitir que, llevado a estos extremos, ese maldito sistema resultaba un poco absurdo.

El general Bogan tuvo la certeza de que Knapp sufría terriblemente al reconsiderar los hechos. Con su cuerpo encorvado, consumido por el trabajo; sus ojos ardientes y su rostro desencajado, era la imagen misma del dolor. Además adivinaba el porqué de su agonía: gran parte de la maquinaria que había en aquella Sala de Mando había sido ideada y fabricada por él y la certeza de que era absolutamente imposible que el sistema funcionara siempre a la perfección, hacía largo tiempo que le agobiaba. Ahora mismo se preguntaba por qué no lo había planteado antes.

El único capaz de seguir viendo los dos lados del problema era Raskob, endurecido por la política. No apartaba los ojos del Tablero y cuando habló de

nuevo su voz denotaba compasión pero al mismo tiempo una plena aceptación de la dura realidad.

—Bien, ahí va otro bombardero. Si esos cazas soviéticos se ponen forma quizás todavía pueda evitarse lo peor.

Todos los que estaban reunidos allí notaron que el Coronel Cascio se removía incómodo en su asiento al oír esto. Con los ojos ardientes y el cuerpo extrañamente retorcido, parecía preso de una verdadera tortura física. No pronunció palabra pero sus ojos llenos de odio se clavaron en Raskob.

Raskob le devolvió la mirada sin inmutarse.

—Mire, amigo, ocurren cosas mucho peores que la pérdida de seis bombarderos —dijo—. Es lamentable tener que observar cómo esos dieciocho hombres luchan denodadamente para acabar pereciendo en la acción. Pero piense un instante en todos los demás, en esos millones y millones de personas de todo el mundo, ocupados en sus quehaceres, y que no tienen la más mínima noción de que quizá dentro de unas pocas horas serán aniquilados. ¿Es que ha pensado alguna vez en ello? Bien, precisamente de esto se ocupa lo que llamamos «política» y ese hombre que tiene la desgracia de estar en la presidencia y tomar la decisión final lo sabe bien también.

La expresión de los ojos del coronel no cambió a pesar de todo. Parpadeó un instante y volvió a fijarse en sus controles.

Los cinco «Vindicator» que quedaban ahora volaban muy separados, pero su dispersión había sido cuidadosamente calculada. A esa distancia era imposible que un solo proyectil alcanzara a dos de ellos al mismo tiempo, pero aún podían seguir protegiéndose y ser protegidos por el avión número 6.

—¿Cómo les va a los cazas soviéticos? —preguntó el general por el micrófono.

La consola encargada de informar sobre la defensa enemiga contestó inmediatamente:

«Se nota que están completamente desconcertados luchando contra los señuelos y la “cortina” de los nuestros», dijo la voz. «Todavía no se han podido concentrar sobre el grupo seis, y siguen dispersos a la caza de los señuelos».

Alguien lanzó en la sala una exclamación de gozo, que no tardó en ser seguida por otras. El general Bogan también sintió que un grito de alegría se formaba en su garganta, pero lo reprimió instantáneamente. Sus sentimientos se le aparecían extrañamente perversos, encerrados en una fuerte paradoja. La idea de que él mismo, desde su puesto en la sala de mando, podía ayudar a los

rusos a distinguir entre sus aviones y los señuelos, no cesaba de repercutir en su mente. Se dirigió a los demás en un tono duro, como un latigazo:

—¿Quieren terminar con este barullo? —dijo—. ¿No comprenden que no se trata de un partido de fútbol? —Todos enmudecieron instantáneamente—. Acuérdense de que todo esto puede ponerse feo de veras dentro de unas horas.

Echó una mirada a su alrededor y notó un destello de contenida ira en sus ojos; permanecían callados, con los hombros encogidos de resentimiento. Eran hombres bien entrenados, pero no para esta clase de cosas tan desconcertantes.

—¿Cuánta carga defensiva tiene todavía el número 6? —preguntó el general Bogan.

«Un veinticinco por ciento», contestó la voz. «Ha disminuido sus disparos defensivos tratando de conservar sus proyectiles para tirarlos sobre Moscú».

En el flanco sur de los bombarderos «Vindicator» un caza soviético corría aprestándose a interceptar el vuelo de uno de ellos. El «Vindicator» se apartó, pero la pequeña lucecilla correspondiente al avión soviético hizo lo mismo, era obvio que pronto le alcanzaría.

—Dispara, dispara —decía una voz allí mismo. El general levantó los ojos y vio al coronel Cascio. Estaba sentado en el mismo borde del asiento, mostrando los dientes entre sus labios estirados—. Dispara antes de que uno de esos bastardos lance sus proyectiles lentos de largo alcance.

—Coronel, si vuelve a pronunciar una palabra más en ese tono saldrá de esta sala de mando y le será aplicada la ley marcial —dijo el general en voz baja.

Nadie más oyó sus palabras.

El coronel Cascio se retorció aún más, como un boxeador lastimado que tratara de protegerse. Luego clavó sus ojos en el general y desaparecieron las sombras que los cubrían, irguiéndose de nuevo en su asiento.

Otros tres cazas soviéticos se unieron al anterior y avanzaron en formación cerrada. El «Vindicator» dio un salto y los cazas soviéticos hicieron lo mismo. Casi instantáneamente el «Vindicator» lanzó cuatro proyectiles. Los cazas soviéticos, a su vez, lanzaron otro proyectil cada uno, mientras siguieron avanzando hacia el «Vindicator». Casi al mismo tiempo sus aparatos de control les indicaron que habían disparado contra ellos y viraron rápidamente, pero ya era demasiado tarde. Cinco segundos después estallaron en el aire, pero sus proyectiles seguían avanzando con terrible lentitud hacia el «Vindicator». Éste empezó a moverse de un lado a otro tratando de escapar, pero no fue lo bastante rápido. Los proyectiles siguieron

su marcha implacable hasta dar en el blanco. De nuevo se produjo la fusión de los puntos en la pantalla seguidos de la explosión y el fuerte destello que fue apagándose.

El general Bogan sintió cómo le temblaban las puntas de los dedos que tenía pegados al pantalón de su uniforme. Durante un instante tuvo la sensación de estar sometido a un nuevo tipo de tortura desconocida hasta entonces; como si socavaran sus sentimientos, interfiriendo su misma forma de ser. Deseó ardientemente poder estar solo, junto a una botella de *whisky*, encerrado en una oficina muy lejos de allí.

Entonces, como si obedecieran a una orden previa, todos los que estaban allí suspiraron muy hondo, en un espeluznante concierto. El diputado Raskob murmuró algo entre dientes, como si dijese: «Todavía faltan cuatro más».

LA CONFERENCIA TELEFÓNICA

El teléfono colocado sobre el escritorio del Presidente sonó. La llamada era fuerte y persistente. El Presidente miró a Buck y enarcó las cejas. Buck tomó el teléfono.

Era Moscú.

La voz que habló primero era la de Krushev.

En cuanto oyó su voz, un segundo sentido pareció ponerse alerta en la mente de Buck. Captaba perfectamente lo que Krushev decía, pero presentía que había algo más tras sus palabras. Se dio cuenta de que la persona que hablaba era la misma de antes pero parecía haber cambiado y al terminar cada frase alzaba la voz de una manera peculiar y extraña.

Mientras iba traduciendo literalmente las palabras que escuchaba, escudriñaba desesperadamente en su mente, tratando de captar aquel algo sutil y significativo que se le escapaba.

—Contamos con pocas horas, señor Presidente —dijo Krushev—. ¿Qué debemos hacer? Ha lanzado una ofensiva contra nuestro país sin ningún motivo ni provocación alguna. Usted asegura que se trata de un accidente, pero mientras tanto nos encontramos indefensos a su merced.

—No tanto, *premier* Krushev —dijo el Presidente—. Tienen cientos de aviones e innumerables cohetes superatómicos para defenderse. Recuerdo muy bien que en uno de sus últimos discursos, pronunciado en Varsovia, hizo hincapié en la invulnerabilidad de las fuerzas soviéticas.

Krushev gruñó asintiendo. Luego, bruscamente, suspiró en forma intempestiva.

Buck reconstruyó en seguida esas ideas deshilvanadas que pupulaban en su mente. Recordó un disco que había escuchado en el Colegio Mayor de

Idiomas de Monterrey, interpretado por un campesino ruso, en el que éste expresaba su gran dolor y resignación precisamente en la misma forma: mediante un gruñido seguido por un hondo y largo suspiro. Le habían enseñado entonces que, aun cuando sólo hubiese empleado palabras y frases completamente corrientes, el hecho de que fueran acompañadas de aquel gruñido y del suspiro, significaba que la persona que hablaba estaba sumida en un gran dolor, en un dolor tan grande que era imposible encontrar palabras para expresarlo. No tenía nada que ver con la expresión de la voz misma, sino que las palabras iban rodeadas de una especie de hálito que surgía del fondo del pecho.

Buck alargó la mano buscando el bloc que tenía frente a sí y escribió rápidamente con letra clara y fuerte: «Kruschev se expresa como si estuviera muy apenado». El Presidente lo leyó al instante por el revés mientras Buck lo escribía. Cuando terminó de leerlo, trazó un fuerte círculo a su alrededor indicando que comprendía perfectamente.

El silencio en que quedó sumida la línea se hizo más tenso que nunca. El pequeño zumbido estático de la misma pareció crecer, chillándoles en los oídos. El Presidente empezó a dibujar en el bloc que tenía sobre la mesa. Trazó la punta de una flecha, luego siguió dibujando el extremo de la misma y entonces, completamente consciente de sus gestos, levantó el lápiz y lo mantuvo sujeto entre sus dedos índices; con la goma de un extremo enterrada en la yema del dedo izquierdo y la aguda punta de la mina enterrada en la del derecho. Sí, su pulso se mantenía firme.

Cuando Kruschev habló, a Buck le pareció que su voz sonaba como una campana trizada; la comparó al ruido de un relámpago rasgando la oscuridad, a una aguja pinchándole el oído, y no obstante, comprobó con extrañeza, que hablaba con suavidad.

—¡Qué ironía señores!; ahora aún nos queda tiempo y, sin embargo, dejamos que éste cuelgue vacío en nuestras manos sin hacer nada —dijo Kruschev. Sus palabras infundieron confianza a Buck. Ahora estaba seguro de que el dolor que sentía Kruschev era hondo y verdadero—. Hemos llegado a ese punto en que ya no podemos hacer nada. Qué pasará después no lo sé. Pero si las bombas caen sobre Moscú, se habrán acabado las vacilaciones y tiraremos contra ustedes.

Buck traducía con rapidez, pero el Presidente parecía escucharle abatido, con la cabeza un poco ladeada como si estuviera haciendo un cálculo difícil. Tras una pequeña pausa hizo una señal a Buck, como queriendo indicar que estaba preparado.

—¿Qué suerte han tenido, cómo han ido sus ataques contra nuestros bombarderos? —preguntó el Presidente.

—¿Suerte? Ninguna en absoluto —contestó Krushev—. Misiones cumplidas, oh sí, muchas. Ochocientos sesenta de nuestros cazas supersónicos han estado persiguiendo cientos de blancos que repentinamente aparecieron en nuestros aparatos de radar. Ése sí que fue un momento difícil, señor Presidente. Un grupo de nuestros expertos estaba convencido de que sus hombres de ciencia habían encontrado la manera de disimular por completo el avance de sus bombarderos en territorio enemigo. Decían que todas aquellas lucecillas que parecían ser simples señuelos eran en realidad sus bombarderos. Me acosaron pidiéndome que contestáramos inmediatamente con todos nuestros cohetes atómicos y nuestros bombarderos.

—¿Por qué no lo hicieron? —preguntó el Presidente.

Buck le miró desconcertado; la pregunta le parecía demasiado brusca y antagónica, pero el Presidente hizo un gesto indicándole que tradujera.

—¡Ah, ésa sí que es una buena pregunta! —replicó Krushev.

Buck se sintió de nuevo desasosegado, como si se le escapara alguna inflexión, una tendencia, un acento especial tras sus palabras. Sus frases eran fuertes e irónicas, pero su manera de decir era más bien evasiva.

—¿Por qué no lanzó una ofensiva? —dijo el Presidente, insistiendo en su pregunta.

Buck vaciló un momento. La palabra «ofensiva» en ruso tiene varios significados. Puede tomarse en el sentido de dudar de la virilidad de otro, usándose también para referirse a su acerbo egoísmo o incluso como una especie de reto. Buck miró al Presidente, sentía una creciente tensión, consciente de que debía transmitir lo que decía el Presidente con las palabras más adecuadas, pero sabía también que si no tenía tacto suficiente podría bastar para encender aquel genio de campesino, para que sus poderosos dedos apretaran el botón decisivo.

Buck se decidió al fin.

—¿Por qué no se defendieron contraatacándonos? —dijo, traduciendo así las palabras de su Presidente.

—No quise hacerlo en seguida, pues todavía me quedaba tiempo para decidir si sus declaraciones eran sinceras o no. Además, sabía que si lo hacía así todo habría terminado. Cuando un campesino entra en el campo político, señor Presidente, no por eso deja de tener intuición. Pero los militares están descontentos, y me imagino que los suyos tampoco se sienten muy felices.

Sin embargo, siempre llega el momento en que es necesario hacer gala de sentido común... y esto ocurre tanto entre gente sencilla como poderosa.

El Presidente se dispuso a hablar, y el mismo Buck quedó sorprendido cuando alzó la mano instintivamente tratando de contenerle. En ese momento el dirigente ruso pensaba en voz alta y Buck intuyó que saldrían ganando si le dejaban hablar sin interrumpirle. El Presidente le miró y asintió con la cabeza.

—De los ochocientos sesenta cazas que despegaron, setenta, guiándose por su propio valor e intuición, atacaron a varios de sus «Vindicator» —siguió diciendo Krushev, y tras una pequeña pausa añadió—: Pero sólo pudieron abatir a dos de sus bombarderos.

—¿Cuántas bajas? —indagó el Presidente.

—Muchas —contestó Krushev—. De los setenta cazas que atacaron, unos sesenta y cinco fueron destruidos de una forma que no nos explicamos. La mayoría estallaron sencillamente en el aire, y a cambio de esto sólo pudimos abatir a esos dos bombarderos.

—Y de los otros cuatro, ¿qué? —preguntó el Presidente.

—La situación no nos permite ser optimistas —replicó Krushev.

Entonces pasó algo increíble que incluso hizo dudar a Buck, pensando que quizás había oído mal. Krushev bostezó en forma fuerte y audible. Buck miró al Presidente interrogante, y vio que éste también se había percatado de ello y había empalidecido al oírlo. Entonces, Buck recordó de pronto qué es lo que le había recordado aquel bostezo, reconstruyendo la escena en su mente. Se trataba de un ruso que conoció en Monterrey que bostezó también durante toda una clase de seminario... y se suicidó al día siguiente.

—Quizá caigan, quizá no —dijo Krushev.

Ahora su voz sonaba fuerte y decidida, con el sello peculiar de siempre.

—Sólo el tiempo puede decirlo —añadió.

—No, no debemos dejar que el tiempo lo decida —dijo el Presidente con voz tan fría y calculadora que incluso Buck se alarmó—. Ofrecí ayudarles para que pudieran abatir a nuestros «Vindicator» y ustedes se negaron a ello. ¿Cuál es su respuesta ahora?

Krushev vaciló. El Presidente había hablado en forma brusca y directa; su pregunta no podía ser más clara. Buck se mordió los labios nerviosamente. Se preguntó en seguida si Krushev estaría haciendo lo mismo.

—Señor Presidente, estoy de acuerdo en que se ponga en funcionamiento la línea para que nuestro comando de Kiev pueda conferenciar con su gente de Omaha —dijo Krushev en un tono que indicaba que su decisión era

inmutable—. Si tenemos suerte, quizás todavía podamos acabar con esos «Vindicator». Espere..., iré a dar las órdenes pertinentes.

El Presidente tocó uno de los timbres que había sobre su mesa de despacho y apareció uno de sus ayudantes. En cuanto llegó le dio rápidamente las instrucciones necesarias para que se pusiera en funcionamiento la línea telefónica entre Omaha y Kiev. Buck se imaginó que Krushev estaría haciendo lo mismo.

Krushev se puso al habla de nuevo y a Buck le pareció que el tono con que el Presidente proseguía la conversación era completamente distinto al que empleara antes. Hablaba muy lentamente, como si no tuviera ninguna prisa.

—*Premier* Krushev, ahora ya sabemos que los bombarderos soviéticos y los nuestros, y, es más, casi todos nuestros sistemas defensivos y mecanismos, son prácticamente idénticos. Pero aún quiero hacerle una pregunta: ¿qué clase de experimentos han estado haciendo desde sus centros militares y científicos acerca de nuestros aviones, mientras éstos volaban alrededor de su punto Límite-de-Seguridad?

—¡Ajajá!, ésta sí que es una buena pregunta —dijo Krushev—. Me acabo de enterar de eso hará cosa de una hora.

Buck sentía cómo su lengua seguía traduciendo mecánicamente, pero en cambio notó que su mente había dejado de funcionar como si estuviera congelada. También observó la tensión del Presidente; los ojos le brillaban como los de una mangosta retorciéndose bajo los venenosos músculos de una serpiente cobra. Pero se dio cuenta también de que hasta cierto punto acababa de ganar una batalla difícil y crítica. Las palabras de Krushev ahora eran las de un hombre que se encuentra en un punto crucial, con la mente hecha un torbellino. Los vocablos todavía eran los adecuados, y la sintaxis irreprochable; pero igual que un animal que entabla una desesperada lucha en el fondo de un callejón sin salida, así sus expresiones tenían el acento peculiar del que se enfrenta ante una calamidad irremediable.

—Sí, pero ¿cuál es su respuesta a mi pregunta? —dijo el Presidente.

Cuando Krushev contestó, su voz era más firme y segura, pues su decisión estaba tomada.

—Señor Presidente, hace aproximadamente una hora me informaron del resultado de unos experimentos que se han estado haciendo de los cuales yo no tenía conocimiento —dijo Krushev—. Estoy seguro, señor Presidente, que cosas como éstas también ocurren a veces en su país, ¿verdad?

—Desde luego, señor Krushev —dijo el Presidente—. Me doy perfecta cuenta de que «no me doy cuenta» de *muchas cosas* —añadió con sorna.

Kruschev rió sin levantar la voz y luego dijo:

—Este experimento fue llevado a cabo por un equipo de expertos en radar, matemáticos, especialistas en cerebros mecánicos y en toda clase de armas —siguió diciendo—. Pudimos seguir su avance estratégico, conocer el lugar y número de aviones que tienen fijos en el aire, los que mantienen a punto de despegue y la marcha de todo su sistema, incluyendo el del punto Límite-de-Seguridad. Esto, en sí, no ofrecía gran dificultad, pero los hombres de nuestro Estado Mayor de Moscú habían recibido la orden, además, de estudiar la manera de llegar a discriminar entre un verdadero ataque y un vuelo rutinario a los puntos Límite-de-Seguridad. El resultado de sus observaciones nos indicó la línea sobre la cual se encontraban estos puntos Límite-de-Seguridad. Entonces establecimos en forma matemática la línea imaginaria de penetración que seguirían sus aviones en caso de tratarse de un ataque verdadero.

—¿Por qué me explica todo esto? —preguntó el Presidente, pero Buck, al observar su rostro, advirtió que ya sabía la respuesta. El Presidente había reasumido en parte la ofensiva.

—El resultado de los análisis efectuados hoy, señor Presidente, indicó que el lanzamiento de un ataque real podía ser inminente. Es posible que estuvieran en un error. Pero supusimos que la única manera de evitarlo era tratando de intervenir en sus frecuencias de onda interrumpiendo sus emisiones para que los bombarderos no pudieran recibir la señal de «ataque» por la línea Límite-de-Seguridad. Teníamos que hacer lo posible para que no cambiaran el sistema de control corriente de su Límite-de-Seguridad por una orden de ataque. Señor Presidente, quizá lo hayamos logrado. Pero ¿cómo saberlo?

—¡Dios mío! —El Presidente dejó escapar esta exclamación en una forma casi involuntaria—. ¡Pero qué ironía! Sí, se calculó toda la operación basándonos en nuestra completa confianza en la infalibilidad de nuestros sistemas de cajas control Límite-de-Seguridad. Lo que pasa es que ambos nos hemos fiado ciegamente de este maldito sistema.

—Así es, señor Presidente; y la trágica ironía de todo esto es aún mayor, pues no sabemos si nuestros esfuerzos por interrumpir sus emisiones han tenido éxito y si parte de la culpa recae sobre nosotros y, lo que es más grave, es que ustedes tampoco lo saben. Lo único que sabemos de una manera cierta es que esos bombarderos son vuestros y que se dirigen a atacar a Moscú. Bien, bien, no lo niego, quizá se deba a errores cometidos por ambos lados. Pero ¿qué hacemos ahora? ¿Qué? Señor Presidente, ¿qué hará para

convencerme, así, rápidamente, de que sus aviones, al ser lanzados, se dirigían a una misión absolutamente inocente?

—Un momento, señor Krushev —dijo el Presidente—. Sus mismas palabras indican en forma obvia que la culpa de todo esto no recae sólo sobre nuestros aviones. Los hombres de ciencia de su país también debían haberle informado de que tratarían de dañar nuestro sistema de comunicaciones. La culpa, si es que hay alguien que la tenga, sin duda recae sobre los dos.

—Señor Presidente, si no hubiese ocurrido todo esto no habría razón alguna para que yo le informara de que hoy emprendimos, quizás equivocadamente, lo admito, esa operación contra sus sistemas de comunicación —dijo Krushev—. El hecho de que un equipo de científicos absolutamente desconocidos hayan cometido un error de cálculo, carece en absoluto de trascendencia. A los ojos del mundo su país ha atacado a la Unión Soviética sin provocación alguna y sus aviones pueden incluso llegar a destruir Moscú. ¿Se imagina que en la India o Thailandia, o en el Japón, o en África o Europa creerán que algo tan monstruoso se deba a nuestra pequeña interferencia en sus servicios? No. Nadie, nadie lo creerá. Y lo que es aún más grave, ni uno solo de los habitantes de Rusia tolerará ni por un momento que ustedes destruyan Moscú sin que les demos su merecido. Olvídense de los errores mecánicos, de las emboscadas y controles; ustedes están de acuerdo en que el error fue originado por ustedes mismos. En cambio, seremos nosotros los que sufriremos las consecuencias.

—¿A qué viene todo esto, señor Krushev? —preguntó el Presidente.

—Me hallo ante un terrible dilema, señor Presidente —y su voz realmente denotaba su desesperación—. Estoy completamente dispuesto a ordenar que todos nuestros aparatos ofensivos entren en acción. Es más, pienso dar la orden inmediatamente a menos que ustedes puedan persuadirme de que sus intenciones no eran realmente hostiles y de que todavía queda alguna esperanza de restablecer la paz.

—Me extraña que sus expertos no hayan podido informarle de que di la orden a todos los bombarderos americanos de regresar a sus bases y aterrizar —dijo el Presidente—. Ni uno solo de nuestros aviones, descontando los del Grupo 6, se halla preparado o preparándose para atacar. ¿Cree que la situación sería ésta si en realidad se tratara de un plan completo de guerra total?

—Mis observadores militares me han comunicado eso también —dijo Krushev, y su voz denotaba cansancio—. Así, a primera vista, parece que sean inocentes, pero ¿cómo saber si esto es lo único que realmente está

ocurriendo en este momento? ¿Qué otros planes secretos tienen escondidos bajo el brazo? ¿Sobre qué otro punto pueden dejar sentir el peso de sus sistemas electrónicos?

—No tenemos ningún plan preparado —dijo el Presidente—. Ustedes mismos pueden verificarlo y oirán cómo doy de viva voz instrucciones radiofónicas a los submarinos «Polaris», diciéndoles que no disparen sus proyectiles, y que ni tan sólo los preparen a menos que reciban una orden directa mía de «ataque». —Lo decía en tono de súplica pero con una seguridad tan absoluta que tenía que ser evidente hasta para el mismo Krushev—. Además, no puedo garantizarle en forma absoluta que no se produzca de nuevo un fallo mecánico y esto lo sabe usted tan bien como yo, porque tampoco puede garantizármelo a mí.

Se oyó un fuerte suspiro. Y luego, a través de la larga línea telefónica, llegó esta sola palabra:

—No.

Al oírlo, algo parecido a un gemido salió de la garganta de Buck. Hizo un signo con la mano al Presidente, indicando que no podía pedirse más. Krushev había cedido en todo.

—*Premier* Krushev, me parece que sería prudente que se trasladara a un lugar apartado de Moscú para que su persona no corriera peligro —dijo el Presidente—. Ello nos permitirá seguir nuestras negociaciones, incluso suponiendo que llegue a ocurrir lo peor y que los bombarderos lancen sus proyectiles sobre Moscú. ¡Ruego a Dios que esto no ocurra, pero puede ocurrir!

—Ya he tomado las medidas necesarias para trasladarme en helicóptero con mi estado mayor a otro punto —contestó Krushev con firmeza, en un tono duro de voz—. Moscú no será evacuado. No hay tiempo material de hacerlo. Aquí lo tienen, a punto de ser inmolado inocente e indefenso. Si en realidad llega a ser destruido, señor Presidente, me parece que será bien poco lo que nos quedará por discutir.

—Me doy perfecta cuenta de ello —replicó el Presidente—, pero estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi poder para demostrarles nuestra buena voluntad. Sólo le pido que no tome una decisión irrevocable. En cuanto usted lance sus bombarderos y cohetes atómicos y armas nucleares todo habrá terminado. No, no podré evitar que mi gente dispare todos nuestros armamentos contra ustedes y esto sería el aniquilamiento total de ambos.

—Lo sé, señor Presidente —dijo Krushev—. Hemos hablado de todo ello en ocasiones anteriores; y hemos sopesado esto en nuestras mentes una y

otra vez, pidiendo a nuestros expertos que nos ayudaran a resolver el dilema. Pero si Moscú llega a ser devastada... —Y al pronunciar estas palabras su voz se impregnó de rabia impotente—. ¿Qué quiere que haga? ¿Que me quede tranquilo mirando como aniquilan una de nuestras ciudades más grandes, y luego venga tranquilamente a pedirle, sombrero en mano, que reanudemos nuestras conversaciones ginebrinas sobre la paz? Sería completamente absurdo, yo no soy un hombre de esta índole, y a mi gente tampoco les gusta aparecer tan absurdos.

—Concuerdo en gran parte con usted —dijo el Presidente. Y, por primera vez, Buck vio reflejado en el rostro del Presidente la tremenda tensión física y el dolor que sentía.

Hubo un largo momento de vacilación y Krushev habló de nuevo.

—Volveré a hablar con usted en cuanto me halle fuera de Moscú —dijo Krushev.

El tono de su voz ahora era completamente inexpresivo, sin matices.

La comunicación se cortó y la línea quedó muerta.

—Señor Presidente —empezó a decir Buck—, permítame felicitarle por la forma magnífica en que condujo la conversación. Pero ¡si incluso llegó a admitir la posibilidad de que se tratara en parte de su propio error y...!

Buck calló de repente al darse cuenta de que el Presidente no le escuchaba. Su rostro distendido mostraba ahora toda su desesperación. Miraba fijamente su bloc de notas como si tratara de descifrar un difícil enigma que se escondía tras aquellos signos cabalísticos trazados al azar.

De nuevo Buck tuvo la sensación de que algo muy significativo se le había escapado, de que tras las palabras literales había algo mucho más importante.

—Lo ha destrozado, señor Presidente —dijo Buck—. ¡Estaba realmente desolado!

El Presidente alzó los ojos. Los tenía ensombrecidos, pero a pesar de ello las pupilas le brillaban rebosantes de dolor, cual pequeñas y oscuras lagunas.

—Está abatido pero no deshecho, Mr. Buck —le dijo el Presidente—. Sufre porque siente que los han puesto de espaldas contra un muro, pero no está derrotado. A menos que podamos demostrarle de una manera fehaciente que se trata de un error involuntario, absolutamente en contra de nuestros deseos, lanzará un aniquilador ataque sobre nosotros.

Buck sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Con las prisas de la traducción y lo apasionante de aquellas negociaciones, había olvidado por un

momento la magnitud del desastre que se avecinaba. Miró interrogante al Presidente.

—¿Y qué haremos ahora? —susurró Buck.

El Presidente le miró a su vez por encima del escritorio, meneando la cabeza como tratando de aclarar sus ideas.

—Haremos lo que no tenemos más remedio que hacer —dijo arrastrando las palabras—. Llame al Pentágono y pida al general Black que venga.

Mientras Buck cumplía sus órdenes, el Presidente se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla. Se tapó los ojos con las manos y cerró fuertemente las mandíbulas, sintiendo los dientes apretados y los músculos endurecidos en las mejillas. Entonces trató de descansar un poco, relajándose.

—El general Black al habla, señor Presidente —dijo Buck.

El Presidente estiró la mano cogiendo el teléfono sin abrir los ojos.

—Blackie —dijo el Presidente, con voz queda y firme—. ¿Te acuerdas de la historia de Abraham del Viejo Testamento? El viejo Bridges nos la contaba en sus prédicas por lo menos seis veces al año durante el oficio en la capilla del colegio.

«¡Oh, Dios mío! Se está volviendo loco», pensó Buck, «su cerebro se partirá en dos y el mundo entero estallará al mismo tiempo». De una manera inconsciente empezó a mirar a su alrededor como buscando por donde escapar, esperando ver aparecer una puerta milagrosa por la cual salir de allí. Entonces se oyó la voz del general, tan pausada que infundía confianza.

—Sí, señor, me acuerdo —dijo Black.

Estaba en una posición un poco absurda, sosteniendo el teléfono rojo por encima de Swenson. Los otros siguieron discutiendo sentados alrededor de la mesa sin dejar de mirar al tablero. A Black, de pronto, le pareció todo demasiado irreal. Casi simultáneamente pensó también que quizás hubiera sido mejor llamarle por su nombre de pila, pero no pudo hacerlo. La media docena de veces que se había encontrado con el Presidente durante los últimos años, éste siempre le había saludado con afecto llamándole «general Black», sonriendo al decirlo. Pero ahora notó un cambio en la voz del Presidente. Como si recordando aquellos tiempos de su juventud se hiciera más íntimo.

—Blackie, piensa en la historia de Abraham, no dejes de hacerlo durante las horas que vendrán —repitió el Presidente, y, luego, tras una pausa preguntó—: ¿Betty y los niños están en Nueva York?

—Sí —contestó Black sencillamente, sintiendo que un terrible presentimiento le invadía.

—Necesito tu colaboración —le dijo el Presidente con voz pausada—. Ve hacia Andrew Field inmediatamente. Allí recibirás instrucciones. Las cosas andan mal, Blackie. Quizá tenga que pedir mucho de ti.

—Haré lo que me diga —dijo Black. Hizo una pequeña pausa, pues sabía que para el Presidente todo aquello era torturante y luego añadió—: Y usted haga lo que crea que tenga que hacer.

Casi inmediatamente Black sintió una imperiosa necesidad de llamar a Betty, de hablarle, y también a los dos muchachos. Pero sabía que esto era absolutamente imposible. Entonces sintió temor, un temor vago e inexplicable. Recordó que Betty había ido a pasar el día con una amiga al otro extremo de la ciudad. No estaría en casa hasta tarde, los muchachos estarían solos. Esto aumentó la intranquilidad de Black. Durante breves segundos, el vivido recuerdo de aquel «sueño» invadió su mente. No, ya no podía pensar en ello. Ahuyentó todos aquellos pensamientos y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Después de colgar el teléfono, el Presidente se quedó inmóvil un largo minuto, con los ojos cerrados. Entonces quitó rápidamente los pies de encima del escritorio y miró fijamente a Buck.

—Diga a la central que me ponga con nuestro embajador en Moscú y también con el delegado soviético en las Naciones Unidas —dijo el Presidente quedamente—. Conecte la línea directamente con la que nos comunica con Krushev. En cuanto podamos hablar con Krushev haga la conexión.

Mientras Buck hablaba transmitiendo sus instrucciones, fijó la vista en el Presidente. Su rostro había sufrido una extraña transfiguración. Relajado en parte y más tenso en otras, permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Si no lo hubiese conocido le habría sido difícil adivinar la edad del Presidente ni lo que significaba aquella expresión. Pero en aquel momento Buck se dio cuenta de que su rostro reflejaba el dolor tantas veces repetido ante la inevitabilidad de la última y mayor tragedia humana. La que no tiene nada que ver con las grandes y pequeñas desventuras diarias del hombre sino que forma parte de su misma condición humana.

Peter Buck sintió una imperiosa necesidad de llorar como no la había sentido desde los catorce años.

LA ÚLTIMA TENTATIVA

Encima de la mesa de despacho del general Bogan había un teléfono de «contacto» que no había servido todavía desde que el general llegó a Omaha. Funcionaba con sólo apretar un botón y, en seguida, aquella caja cuadrada transmitía la voz muy aumentada de la persona que hablaba al otro extremo de la línea.

El teléfono de contacto era reservado en este caso para comunicarse directamente con los dirigentes de cualquier potencia enemiga cuando llegara el momento.

A nadie le gustaba este teléfono y lo miraban desconcertados y nerviosos como si se tratara de un artefacto contaminado. Mientras cada uno de los aparatos de aquel complicado equipo, diseminados en la Sala de Mando, se asociaba casi siempre a una determinada persona que lo consideraba como algo propio, nadie quería sentirse asociado al teléfono de «contacto». En cierta manera, su misma presencia les producía la impresión de tener al enemigo prácticamente en la sala. Sabían perfectamente que ese teléfono no podía transmitir lo que decían, que antes de que entrara en funcionamiento era necesario hacer una serie de conexiones que eran revisadas cuidadosamente, pero, aun así, lo consideraban como una especie de «totem» enemigo de mal agüero.

Hacía apenas unos minutos que el general Bogan había recibido una llamada del ayudante del Presidente, pidiéndole que pusiera en funcionamiento el teléfono de «contacto», pues estaba haciendo las gestiones necesarias para comunicarse directamente con el estado mayor de los soviets en Rusia. En este momento el botón de contacto del teléfono brillaba con una fuerte luz roja. El general Bogan, con movimientos estudiadamente lentos, se

acercó y apretó el botón. La sala de mando quedó sumida en un profundo silencio; todos, incluso los que se hallaban en el extremo opuesto, demasiado lejos para oír lo que decía, enmudecieron y miraron hacia allí, tensos de atención.

—El general Bogan, del Comando Estratégico del Aire de Omaha, al habla —dijo el general.

Se sintió un pequeño ruido indicando que la línea había entrado en funcionamiento, y entonces se oyó una voz que decía en perfecto inglés.

—Soy el traductor del mariscal Nevsky, del Comando de Defensa Aérea Soviética. El mariscal Nevsky le saluda, y le comunica que la transmisión es perfecta. ¿Nos oyen bien ustedes?

—Sí, la nuestra también es buena —contestó el general—. No he recibido detalles sobre los temas a discutir. ¿Los ha recibido usted, mariscal Nevsky?

Se oyó al traductor que hablaba en ruso muy de prisa, y, poco después, contestó con voz más fuerte:

—Nosotros tampoco hemos recibido instrucciones específicas, general; sólo que nos pusiéramos en contacto con su comando.

Se produjo un largo silencio. Los ojos del coronel Cascio no cesaban de moverse intranquilos pasando del rostro del general al teléfono de «contacto», como si se hallase hipnotizado por algo que le repugnaba pero a cuyo poder no podía sustraerse. El teléfono rojo sonó.

—General Bogan, el Presidente al habla. Me gustaría que transmitiera mi llamada por el altavoz para que puedan oírla todos los hombres que se hallan junto a usted —dijo el Presidente—. Sírvese abrir la comunicación con el Comando Aéreo Soviético también para que la oigan.

—Inmediatamente, señor Presidente —contestó el general, volviéndose hacia el coronel para darle las instrucciones necesarias. Al cabo de diez segundos, todo estuvo preparado.

—Señor Presidente, estamos a punto, en cuanto hable todos podrán escuchar sus palabras —dijo el general.

—Señores, os habla el Presidente —dijo éste, y su fuerte voz juvenil inundó la Sala de Comando apagando el incesante murmullo de las máquinas. Los hombres, casi sin darse cuenta, se habían puesto en posición de firmes, muy erguidos, con los pulgares tocando la costura de sus pantalones, la cabeza inmóvil y los ojos fijos—. Las palabras que pronunciaré ahora serán escuchadas también por el Comando Aéreo Soviético, por los lugartenientes del *premier* Krushev en el Kremlin, por nuestro Estado Mayor en el Pentágono, por el Servicio de Control Aéreo en Omaha, por nuestro

embajador en la Unión Soviética y por el delegado soviético en las Naciones Unidas. Las órdenes que daré ahora a los miembros del personal militar y civil norteamericano deben ser obedecidas ciegamente, sin reservas y al instante, y deben ser consideradas como órdenes personales y directas del comandante en jefe de la nación.

El Presidente hizo una pequeña pausa. El general Bogan levantó los ojos mirando a su alrededor; le parecía estar sumido en un mundo completamente irreal, como si su mente estuviera llena de humo y todo se le volviera borroso. Sí, todo era como un sueño, pero un sueño del que no se podía escapar, implacable y duro como el acero.

—Nos enfrentamos con una situación desesperada —dijo el Presidente muy lentamente, dando un fuerte énfasis a sus palabras. El general oía al mismo tiempo las voces apagadas de los traductores repitiendo las palabras del Presidente en ruso a través de la línea del teléfono de contacto—. A causa de un error, que creemos de tipo mecánico, un grupo de nuestros bombarderos ha penetrado en zona espacial soviética. Calculamos que se dirigen a atacar Moscú. Cada uno de los bombarderos lleva una bomba de 20 megatones. A pesar de que todo el sistema soviético de defensa ha entrado en funcionamiento, es muy probable que por lo menos dos de los bombarderos lleguen a su supuesto destino. Les repito que se trata de un trágico error. Repito de nuevo: no se trata de un ataque a la Unión Soviética ni es nuestra intención provocar un conflicto armado. El *premier* Krushev en este momento se dirige a su cuartel general fuera del área de Moscú. Cuando pueda comunicarme de nuevo con él trataré de persuadirle de la sinceridad de mis palabras y de la buena voluntad de todos nosotros.

El Presidente hizo otra pequeña pausa, y cuando empezó a hablar de nuevo lo hizo con deliberada lentitud, tan despacio que cada palabra parecía colgar de un hilo invisible.

—Todos nosotros, los que nos enfrentamos con este terrible asunto, somos los únicos que podemos salvar al mundo de un holocausto atómico total y definitivo —dijo—. Dada la gravedad de la situación, todos y cada uno debemos hacer lo máximo posible para impedir que nuestros bombarderos ataquen Moscú. Al mismo tiempo, debemos actuar en tal forma que no le quepa ninguna duda a Rusia de que se trata de un verdadero error y que no forma parte de un plan premeditado de ataque. Yo ya he hecho todo lo humanamente posible para conseguir estos dos objetivos. Hasta ahora nos ha sido imposible lograr que nuestros aviones desviaran su ruta, a pesar de haberlo puesto todo en juego. En cuanto nos percatamos de lo ocurrido, dimos

la orden de que cesara la «Posición Roja» a nuestras fuerzas ofensivas y defensivas. Esto ha sido comprobado por los sistemas detectores rusos. La situación ahora es la siguiente: Rusia admite que es probable que su comando de Defensa Aérea se declare incapaz de contener a nuestro Grupo 6, y ante la gravedad del problema están pensando en la posibilidad de tomar represalias contra los Estados Unidos. El mismo *premier* Krushev me dice que alguno de sus dirigentes militares están a favor de ello. —Hizo una pequeña pausa, como si su voz estuviese sobrecargada de emoción, y luego agregó—: Y... su actitud es comprensible.

Ante estas palabras, el coronel Cascio se sintió terriblemente confuso. Comprendió perfectamente la posición de aquellos indignados oficiales rusos y pensó que si se hubiese encontrado allí, su reacción hubiese sido la misma. Cascio echó una mirada a los demás y vio que todos seguían inmóviles, como paralizados ante la inaudita situación.

El Presidente siguió su peroración:

—La decisión del *premier* Krushev es muy semejante a la que yo habría tomado en tales circunstancias. Ha preferido esperar prudentemente antes de lanzar una represalia, creo que en el fondo está convencido de que se trata de un error. Pero nos toca a nosotros demostrárselo a él y a sus consejeros también. Por lo tanto; ordeno a todos los americanos que cooperen con todas sus fuerzas con los oficiales del gobierno soviético para que éstos puedan derribar a nuestros bombarderos invasores. Les doy la orden inquebrantable de que lo hagan, ofreciendo a la Unión Soviética toda la información que requieran. Además, quiero dejar bien en claro que cualquier vacilación o duda en suministrar dicha información puede tener graves consecuencias. ¿Quieren hacer alguna pregunta más al respecto?

El Presidente hizo una larga pausa. No hubo ninguna pregunta.

—Señores, les deseo suerte —dijo el Presidente—. La situación es difícil para todos. Espero que su comportamiento sea digno y que mis órdenes sean obedecidas sin vacilaciones.

Casi instantáneamente un pequeño «clic» indicó que el Presidente había colgado el teléfono.

El general Bogan se volvió para mirar al coronel Cascio. Notó que sus ojos verdes tenían un brillo inusitado y duro bajo la luz tenue de la sala.

Repentinamente se oyó la voz del traductor ruso a través del teléfono de contacto.

—¿Acaso el «Bloodhound» se sirve de los rayos infrarrojos y del radar para dar en el blanco? —preguntó—. Varios de nuestros cazas han sido

destruidos por un proyectil que parece tener la capacidad de destruir el transmisor de radar. ¿Es esto posible?

—El coronel Cascio contestará su pregunta, señor —dijo el general Bogan haciendo una señal a Cascio.

El coronel Cascio miró al general Bogan. Incluso, bajo esa luz difusa, el general Bogan observó que el rostro del coronel palidecía intensamente, mientras sus ojos parecían girar con lentitud en sus órbitas. Su garganta se movía como presa por una súbita convulsión, como la de un hombre que solloza; sin embargo, tenía la boca seca y sus labios permanecían cerrados. Vio cómo movía la cabeza desesperado. Luego estiró la mano como si fuera a apretar el botón de contacto del teléfono, y cuando sólo le faltaba un centímetro para tocarlo con la punta del dedo, se puso rígido, helado; como paralizado, completamente inmóvil. No pronunció ni una palabra, ni le invadió el más ligero temblor, como si la tensión interior que sentía se hubiese adueñado de su cuerpo.

El general Bogan sintió una fuerte náusea en la boca del estómago. No era una persona intuitiva ni emocional, pero comprendió perfectamente lo que ocurría en el interior de aquel hombre. Durante años y años el coronel Cascio había estudiado, perfeccionándose en una carrera cuya base se fundamentaba en su capacidad de guardar secretos. Gracias a una férrea disciplina, su mente guardó cantidades fabulosas de estos SECRETOS DE ESTADO, y ahora, así, de pronto, con la rapidez de un relámpago, le pedían que actuara en una forma completamente distinta de la acostumbrada, que destruyera ese edificio interior tan laboriosamente construido. Por otra parte, estaba habituado a obedecer ciegamente las órdenes de sus superiores, cualesquiera que fuesen. Era pedirle demasiado, y el desdichado se sentía atrapado entre esas dos fuerzas contradictorias que le oprimían de tal manera que parecía haber quedado petrificado, encerrado en tan terrible dilema.

El general Bogan se acercó y tocó el brazo del coronel Cascio, pero éste no reaccionó; como si fuese una masa inerte, un brazo de mármol. Casi al mismo tiempo, el general apretó el botón del teléfono con la otra mano.

—Conteste esa pregunta, coronel —dijo el general Bogan con voz firme—. Los soviets nos están escuchando.

Sus palabras aumentaron la tensión que reinaba en la sala de mando, quedaron allí sin respuesta, zumbándoles en los oídos.

—Es una orden, coronel —insistió el general.

Cascio abrió la boca, logró mover un poco los labios mostrando los dientes, y luego dirigió sus ojos muy abiertos, abstraídos y lejanos, hacia el

general.

—Es una orden —repitió el general lentamente.

Entonces el coronel emitió un ronco sonido, lento y angustiado. Un verdadero grito de desesperación; al mismo tiempo su cuerpo se distendió e hizo un gesto indicando que no con la cabeza.

—Mariscal Nevsky —continuó diciendo el general—, el coronel que está a cargo de estos asuntos ha sufrido una especie de ataque. —El traductor repitió sus palabras y a través del hilo telefónico les llegó un murmullo de voces que fueron haciéndose cada vez más fuertes. El general Bogan escuchó un momento y añadió en seguida—: Estamos preparados para casos como éste. Cada uno de los hombres que forman la dotación de esta sala de comando tiene un doble que posee sus mismos conocimientos y experiencias. —Hizo una pequeña pausa, echó un vistazo a la sala y vio que el teniente coronel Handel, el sustituto de Cascio, estaba allí. Notó también que Handel miraba a Cascio como hipnotizado y recordó que eran íntimos amigos.

Entonces el general hizo un gran esfuerzo para conservar la serenidad y pensar con calma. Ante todo debía acallar aquellos murmullos que delataban la creciente suspicacia que empezaba a reinar en el comando soviético. No podía arriesgarse a que volviera a repetirse lo que había pasado con Cascio. Miró una larga lista de nombres, repasándola con su dedo índice, pasó el nombre de Handel por alto y un poco más abajo se paró en el del sargento que actuaba como ayudante de ambos.

—Sargento Collins, preséntese ante el general en comando inmediatamente —dijo.

Una de las puertas de la sala se abrió, dando paso a un sargento de edad madura, bajo y rotundo, que se dirigió caminando muy seguro hacia la mesa de despacho, tras la cual estaba sentado el general, cuadrándose delante de él.

—Sargento Collins, me gustaría que nos dijera si el «Bloodhound» tiene aparatos detectores infrarrojos además del radar —dijo el general.

—Sí, señor, tiene ambas cosas —dijo Collins sonriente.

—¿Puede el mecanismo del detector de radar verse sobrecargado al aumentar el volumen de las señales? —preguntó el traductor ruso, traduciendo la pregunta al inglés con gran velocidad. El murmullo de voces que llegaban por el teléfono se había apagado por completo.

El general Bogan respiró, parecía que por fin habían decidido aceptar que obraban de buena fe.

—Sí, señor; puede sobrecargarse y dañarse la recepción aumentando las transmisiones y traspasando las ondas de radar tan rápidamente como sea

posible —dijo el sargento Collins. Seguía hablando muy sonriente, completamente ajeno a la expresión de los otros hombres de la sala que tenían los ojos fijos en él, completamente inconsciente de que, en cierta manera, hacía el papel de Judas—. Lo que sucede es que el mecanismo que le obliga a dispararse actúa en tal forma que toma ese mayor volumen de carga en amperios como proximidad al blanco y hace que estalle la carga que lleva.

—Gracias, general Bogan —dijo el traductor en voz queda—. Hemos comunicado lo que acaba de decirnos y reorganizado nuestra red de comunicaciones de tal manera que las maniobras tácticas son controladas desde este comando.

Al pronunciar estas palabras, el general Bogan se dio cuenta en seguida con súbita clarividencia que desde ese momento era la Sala de Comando de Omaha la que dirigiría las operaciones defensivas soviéticas.

La nueva información se reflejó instantáneamente en el Gran Tablero. Las dos lucecillas soviéticas empezaron a moverse hacia uno de los «Vindicator» y cuando estuvieron más o menos a nueve kilómetros de él el «Vindicator» dejó caer dos pequeñas lucecillas, eran los «Bloodhound». Pero apenas se habían separado de la lucecilla más grande, correspondiente al «Vindicator», cuando estallaron gracias a la información transmitida por el sargento Collins. Instantáneamente se vio aparecer aquella mancha verdosa que les envolvió y que fue aumentando hasta cubrir al «Vindicator». Entonces la mancha purulenta estalló, haciéndose enorme, abarcando también a los dos cazas soviéticos, que estallaron a su vez y desaparecieron.

La luz roja del teléfono de contacto se apagó. El sargento Collins se volvió repentinamente y salió muy despacio de la sala, encogido como si huyera.

El general Bogan levantó la vista y miró al coronel Cascio. Lo que vio le llenó de asombro. Su tensión y ese extraño brillo de los ojos había desaparecido, y ahora le hablaba muy tranquilo y normal excusándose por lo ocurrido.

—Lo siento, mi general —dijo—. No podía reaccionar, me fue imposible hacerlo, no... no recuerdo exactamente lo ocurrido. Parecía como si mis ojos estuviesen velados y no hallaba qué hacer ni qué decir. Me parece que ya estoy mejor ahora.

—Coronel, esto puede pasarle a cualquiera —dijo el general Bogan. Tanto el general como él sabían que esto no era cierto. Aquel mismo momento el general Bogan le observaba atentamente, pensando en la posibilidad de reemplazarle por el sargento Collins. En teoría este último sabía tanto como

Cascio en cuanto a detalles técnicos, pero debido a su educación, intuición y habilidad, el coronel Cascio era mucho más eficaz. El general Bogan pensó que a pesar de todo tendría que mantenerlo allí. Ya empezaba a marchar hacia otro punto de la sala, cuando el coronel le agarró fuertemente por el brazo.

—General, escúcheme, estoy seguro que se trata de una trampa que nos han tendido los soviets —decía Cascio vivamente, pero con pleno dominio de sí mismo—. Sabemos que hace semanas que están tratando de intervenir nuestro mecanismo de Límite-de-Seguridad. Creo que esto ha sido algo premeditado y que debíamos decirle al Presidente que se trata de una emboscada soviética. Que se han valido de ello para ganar tiempo, para preparar sus cohetes de largo alcance y tener sus bombarderos listos para un contraataque en masa.

—Pero eso no nos consta, como se puede demostrar con el avance de nuestros bombarderos —dijo el general Bogan en tono cortante.

—Pero, general, quizás estén volando muy bajo, entre «la hierba» —dijo Cascio con vehemencia—. Muy bien pudiera ser que tuviesen cientos de aviones volando sobre el Ártico en dirección a nosotros. También puede ser que hayan disparado cohetes y los hayan puesto en las trayectorias de los satélites ya conocidos. Acuérdesse, señor, de que nosotros mismos estudiamos el problema y decidimos que era fácil servirse de los satélites para que los cohetes atómicos, pudiesen pasar inadvertidos.

—Quizás esté en lo cierto, pero no pienso comunicar algo a menos de que esté absolutamente seguro de ello —dijo el general.

—Creo que debíamos recomendar un ataque completo e inmediato de todas nuestras unidades aéreas, seguido de otros en cuanto pudiéramos activar nuestros cohetes y armas de largo alcance —continuó diciendo el coronel.

—Eso no nos toca decidirlo a nosotros, sino a los expertos del Pentágono y a nuestro Presidente —dijo el general Bogan muy despacio.

—Pero, general, usted sabe muy bien que esa gente del Pentágono no conocen todo esto como nosotros —dijo el coronel—. Sólo poseen información de segunda mano y no están entrenados en valorar los innumerables trucos del enemigo. Sólo entienden de política, lo mismo que el Presidente. Somos nosotros, todos los que nos hallamos aquí, los que entendemos de guerra, los únicos que podemos darnos cuenta cabal de la situación, y si actuamos en forma rápida y decisiva, quizá todavía podamos salir de ésta. A pesar de que ha sido retirada la Posición Roja, todavía tenemos suficientes bombarderos en el aire para lanzar un fuerte ataque. Tal

como puede comprobarlo ahora en el Gran Tablero, los soviets no tienen ni con mucho la capacidad defensiva que les atribuíamos.

Al general Bogan le dolía fuertemente la cabeza, como si las mismas células de su cerebro hubiesen empezado a arder como filamentos sobrecargados de electricidad. Fijó la vista en el Gran Tablero y todas aquellas señales y lucecillas le parecieron extraños y amenazantes signos cabalísticos. Sólo con dar una orden, con un simple movimiento de la mano podía acabar con todo aquello. Se sentó cansado.

El coronel Cascio siguió hablando y hablando pero el general Bogan ya no comprendía sus palabras, sólo captaba el tono persuasivo de las mismas.

Súbitamente el general empezó a sentir una honda corriente de simpatía hacia el coronel Cascio. Amargado por aquella autoridad indefinida, esa «gente» de Washington que había lanzado tan inmensa responsabilidad sobre sus espaldas. Se removió en la silla, sintiéndose más pequeño, más seguro, más elemental. Apretó los dedos fuertemente dentro de los puños cerrados y luego entreabrió la boca como si le faltara aire. Sintió lástima de sí mismo, un sentimiento casi infantil de impotencia. Acurrucado en la silla, percibía como se le llenaba la boca de una saliva espesa que se iba juntando en la comisura de sus labios, incapaz de recordar nada de lo que acababa de oír. Parecía que su memoria hubiese cesado de funcionar y ello le producía una deliciosa sensación de alivio, como si resbalase hacia un lugar donde no se exigían responsabilidades, donde ya nada era importante. Una especie de ronquido se formaba en su pecho, un sonido primitivo y reconfortante. Se sintió seguro y protegido y sus labios se entreabrieron dejando escapar un suspiro de alivio.

Entonces el coronel Cascio le miró de frente fijamente. Esto fue suficiente. La expresión de su rostro había cambiado por completo; de nuevo tenía aquella mirada dura y como de iluminado. Sí, ahora lo comprendía, el coronel Cascio se había vuelto totalmente loco. Los extraños vapores que llenaban la cabeza del general Bogan se disiparon y se irguió lentamente, sonriendo cortésmente al coronel Cascio.

—Le prevengo coronel que lo que me está diciendo es una incitación a la rebelión —dijo el general Bogan en tono tranquilo y contenido—. Si pronuncia una sola palabra más en ese sentido haré que le detengan y le echaré de esta Sala de Comando.

El coronel asintió con la cabeza pero la expresión de su rostro no varió.

La voz del Presidente penetró de nuevo en la sala a través del altavoz.

—General Bogan, dígame: ¿El Grupo 6 abrirá sus líneas radiofónicas al acercarse a Moscú?

—Sí, señor, en cuanto se encuentren a la distancia necesaria para dar en el blanco tienen instrucciones de hacerlo.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó el Presidente.

El general Bogan hizo un cálculo rápido.

—Pues, creo que pronto deberán hacerlo.

—Muy bien —agregó el Presidente—; tome las disposiciones necesarias para que pueda hablar personalmente con el comandante del Grupo 6 tan pronto como se restablezca la comunicación radiofónica.

—Muy bien, señor —dijo Bogan mientras hacía un signo al teniente coronel Handel, que salió corriendo de la Sala de Mando para encargarse del asunto.

El botón del teléfono de contacto se encendió y al instante se oyó una voz que hablaba muy aprisa en ruso. El traductor empezó a repetir inmediatamente lo que decía en inglés, hablando casi al unísono con el otro.

—Habla el mariscal Nevsky desde Kiev —dijo la voz—. Nuestros expertos inventaron la forma de entorpecer las emisiones de radar y cada uno de nuestros bombarderos está provisto de uno de esos aparatos. Recogen las señales de radar enemigas y las retransmiten con longitudes distintas. Cuando ustedes reciban la nueva señal de su radar verán que habrá variado en una longitud que puede oscilar de ocho a dieciséis kilómetros. Suponemos que sus aviones van provistos de aparatos similares. ¿Acaso sus sistemas detectores muestran también esta posición inexacta?

—No, señor —dijo el general—. Nuestras pantallas indican la latitud y longitud que corresponde realmente a su posición debido a los mecanismos compensadores que tiene nuestro aparato de radar, que corrigen automáticamente las señales procedentes de nuestros aviones en vuelo.

El general Bogan sabía de antemano lo que le preguntarían ahora.

—¿Podrían darnos entonces la longitud y latitud exacta de los tres bombarderos que quedan? —preguntó, tal como lo esperaba, el mariscal Nevsky.

—Sí, podemos hacerlo, pero nos será imposible indicarles la altitud a que se encuentran, pues nos ha sido imposible hacer la corrección correspondiente en nuestros aparatos de radar encargados de determinarla.

—¿Podría darnos la posición de los tres bombarderos —preguntó el mariscal—, a fin de dar las instrucciones necesarias para que nuestros aviones se desplacen hacia allá, volando a distintas alturas, y traten de localizarlos?

El general Bogan sintió que una gran fatiga le invadía. Se inclinó pesadamente para levantar la palanca que pondría en funcionamiento la

consola encargada de facilitar los datos solicitados cuando, de pronto, sintió un agudo dolor en la base del cráneo. Los oídos le zumbaban mientras la habitación empezó a dar vueltas vertiginosamente a su alrededor y tuvo la impresión de que aquel teléfono le había atacado asestándole una fuerte descarga eléctrica. Al recobrar el conocimiento se encontró sentado en el suelo mirando fijamente la cara contorsionada del coronel Cascio y, al mismo tiempo, oyó como éste hablaba con voz fuerte y autoritaria a través del altavoz acallando los murmullos de la Sala de Comando; sostenía en la mano derecha un pesado cenicero de cristal con el que acababa de golpearle.

LOS «VINDICATOR»

El comandante Grady, del Grupo 6, volaba sumido en una oscuridad completa, con excepción de la luz de un señalizador que indicaba en forma gráfica los datos sobre situación y altitud transmitidos por el radar, de tal manera que mostraba una verdadera imagen gráfica del terreno hacia donde se dirigían. A la altura en que se encontraban, y volando a tan tremenda velocidad, era imposible distinguir en forma visual la geografía del terreno; nada, ni un monte ni un árbol ni una línea telefónica ni un poco de humo que les avisara a tiempo de la presencia enemiga o de las irregularidades del terreno. Pero a través de aquella minúscula pantalla, veían hasta los más pequeños obstáculos claramente proyectados, de manera que Grady no tenía más que hacer subir el bombardero y pasar por encima de aquellos obstáculos.

De vez en cuando, en los momentos en que sabía que tenía unos 100 kilómetros de terreno libre, se permitía mirar por una de las ventanillas hacia Rusia, sumergida en la quietud de la noche. Veía las pequeñas luces de los poblados, las de los camiones y autos que circulaban por las carreteras y también, de vez en cuando, los numerosos puntitos brillantes de las luces de una fábrica. Aquella iluminación que indicaba la actividad normal del país, llenaba a Grady de zozobra. Sabía que los oscurecimientos de emergencia no ofrecían protección alguna contra una bomba de tipo nuclear, pero así y todo lo que veía era un indicio bien claro de que en aquellos momentos los rusos no habían recibido ninguna señal de alarma que les hubiera hecho correr a esconderse en sus refugios antiaéreos.

Desgraciadamente, Grady ya no estaba en situación de analizar todo aquello en forma lógica. El esfuerzo sobrehumano que habían hecho para rechazar los ataques soviéticos y la terrible experiencia de ver cómo los

aviones de su grupo iban siendo abatidos por los cazas enemigos, estallando en medio de fuertes llamaradas, le había endurecido, convirtiéndole en una especie de esqueleto viviente con una sola idea fija: llegar a su objetivo y destrozarlo al enemigo.

—¿Cómo le va al avión número 2? —preguntó al encargado de la defensa de los bombarderos.

—Es difícil situarlo volando tan bajo, pero de vez en cuando me llega su frecuencia de onda —contestó aquél—. En este momento se halla a unos noventa y dos kilómetros aproximadamente de nosotros, pero es probable que alrededor de las nueve empiece a perder velocidad y se averíe.

—Pronto llegaremos a una distancia adecuada para el lanzamiento. Avísame unos cinco minutos antes —dijo Grady—. Podemos conectar la radio entonces y preguntar en qué estado se encuentra.

Al llegar al punto de lanzamiento, los «Vindicator» elevarían la cabeza del avión, pondrían en funcionamiento sus motores de retropropulsión y lanzarían las bombas sobre su objetivo. La distancia ideal para el lanzamiento dependía en parte de la velocidad del bombardero y del tipo de proyectiles. Si se ponían en contacto por radio antes de esto, había la posibilidad de que los soviets enviaran un tipo de cohetes, diseñados de tal forma que pudiesen seguir la misma onda de emisión radial y estallar sobre los «Vindicator». Sin embargo, tenían instrucciones de abrir la comunicación por radio en cuanto llegaran al punto de lanzamiento, a fin de que el comando del Servicio de Control Aéreo pudiera recibir la información correspondiente, pues las probabilidades de que las bombas cayesen en ese momento eran casi de un cien por ciento y así el SAC podía hacer una evaluación rápida de la eficacia del ataque. Pasado ese punto los aviones podían comunicarse libremente entre sí si lo deseaban.

—Seis minutos para el punto de lanzamiento —dijo el operador.

Sobre la pantalla del radar iba apareciendo una larga cadena de montes bajos. Se encontraban a unos treinta y tres kilómetros de allí y tardarían unos cuarenta segundos en volar por encima de ellos. Grady empezó a levantar la cabeza del «Vindicator» lentamente.

—Faltan cinco minutos para el punto de lanzamiento —dijo el operador triunfante.

—«Turkey 2», «Turkey 2» —dijo Grady aproximándose el micrófono de la radio—. Al habla el «Turkey 6». ¿En qué condiciones se encuentra?

—«Turkey 6», aquí el «Turkey 2» —dijo una voz muy clara—. Hemos sufrido un pequeño percance en nuestra ala izquierda a causa de una fuerte

descarga de metralla, pero el único contratiempo es que ha reducido nuestra velocidad. Avanzamos sólo a 2735 kilómetros por hora, pero no parece disminuir.

—«Turkey 2», nuestra condición es excelente —dijo Grady—. Parece que el avión sigue intacto y nos encontramos sólo a cuatro minutos del punto de lanzamiento, y me dispongo a informar a nuestra base.

Grady se inclinó para tomar otro micrófono.

—«Ultimate número 2», «Ultimate número 2». Aquí «Turkey número 6» —dijo Grady con voz segura—. ¿Me oyen?

—La recepción es excelente —oyó que le decía una voz muy clara allí mismo, en su oído—. Tenemos un mensaje para usted.

—No estoy autorizado para recibir mensajes —contestó Grady—. Sólo debo comunicarle que vamos a llegar al punto de lanzamiento sin haber recibido daño.

Una voz clara y fuerte irrumpió de nuevo a través del aparato de radio de Grady. La reconoció inmediatamente, produciéndole un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Era la voz juvenil del Presidente. Pero no, era imposible, echó una mirada a la caja Límite-de-Seguridad, y vio claramente la señal de «ataque» y eso le infundió confianza.

—Coronel Grady, el Presidente de los Estados Unidos, vuestro jefe supremo, os habla. Vuestro avance en terreno enemigo se debe a un error en los mecanismos. Le ordeno que tanto usted como los bombarderos bajo su mando, regresen a sus bases inmediatamente.

Grady quedó estupefacto, sin poder dar crédito a sus oídos. No dijo nada. Alargó la mano hacia el mando de la radio como si fuera a apagarla pero se detuvo unos centímetros antes. Miró aquella mano como si no le perteneciera y la dejó caer sobre sus rodillas.

Grady levantó la vista hacia el operador y el encargado de las operaciones defensivas. Ambos habían oído el mensaje y le miraban fijamente con los ojos exentos de emoción. Se sintió desamparado, preso de una extrema debilidad, como si se hundiera. Deseó encontrarse lejos de allí, ser otra persona, cualquiera que fuese en cualquier otra parte. Las lágrimas le inundaron los ojos, su mente parecía gritar pidiendo clemencia, que le dejaran abdicar de su comando. Las emociones largamente reprimidas en su subconsciente parecían haberse adueñado de él. Se acordó de su infancia. Sentía la necesidad de rogar a Dios; era un niño que necesitaba a su madre. Quería cerrar los ojos; olvidar esta pesadilla y volver a su infancia. Los cerró casi sin darse cuenta. Pero al

abrirlos se enfrentó de nuevo con aquella realidad dura y palpable que la voz de la radio hacía aún más viva.

—Coronel Grady, le repito que soy yo, el Presidente quien le habla.

Percibió en seguida aquel acento tan peculiar de Nueva Inglaterra, pero ahora surtió el efecto contrario. Sí, por fin lo veía claro, no era sino un truco enemigo; y su mente se cerró a todo otro pensamiento. «Qué fácil de imitar resultaba la voz del Presidente», pensó; recordaba más de una conferencia en la que se había hecho hincapié en esto. Interrumpió la voz en un tono decisivo:

—No estoy autorizado para recibir cambios tácticos por radio una vez pasado el punto Límite-de-Seguridad. He recibido órdenes específicas de no hacer lo que usted me está pidiendo.

—Lo sé de sobra, ¡oh cielos! ¡Maldición!..., pero si soy... —Grady se inclinó un poco y cerró la radio de golpe dejando que el resto de la ferviente súplica del Presidente se perdiera en el espacio.

EL MANDATO DE CASCIO

La actividad de la Sala de Mando había quedado paralizada de golpe, igual que un grupo de niños que estuviesen jugando al juego de las estatuas.

—Señores —dijo Cascio haciendo caso omiso del general Bogan, que yacía a sus pies—. He tomado el mando de esta sala siguiendo órdenes específicas del Presidente de los Estados Unidos. Hace tiempo que viene notando que el general Bogan está muy decaído psíquicamente y me encargó que le vigilara de cerca. Las negociaciones y la información que el general ha estado transmitiendo al mariscal Nevsky no han sido autorizadas por la Casa Blanca y deben ser consideradas como producto de su desequilibrio mental. Siguiendo la autorización dada por el Presidente de los Estados Unidos, desde ahora en adelante deberán obedecer órdenes mías.

Al general Bogan le pareció encontrarse en un mundo irreal. «Sí, era cierto», pensó aturdido, «los locos siempre tienen ventaja sobre los sanos». Habiéndose encontrado hacía pocos momentos al mismo borde de la locura, su subconsciente miraba con cierta indulgencia el comportamiento de Cascio. Notó que obraba con una intuición perfecta, aquilatando con precisión las reacciones de su auditorio como si fuese un gran actor.

El general Bogan se arrodilló y luego fue alzándose del suelo muy despacio tratando de pasar inadvertido para evitar que Cascio le golpeará de nuevo. El general echó una mirada a su alrededor; el equilibrio de fuerzas que mantenía en suspenso a aquellos hombres era tan delicado que le parecía sentirlo como si fuese algo tangible. El general Bogan había aprendido a conocer bien a su gente; tanto a los de mayor graduación, como a los oficiales y soldados que trabajaban bajo sus órdenes en aquella Sala de Mando. Notó que la incitación a la rebelión ya había hecho presa en algunos de ellos y que

tenían los ojos encendidos en odio y estaban dispuestos a secundar a Cascio. Observó que los de graduación intermedia, los oficiales que servirían largo tiempo como tales, ascendiendo mucho más tarde a tenientes coroneles, y retirándose al llegar a coroneles, eran los que se mostraban indecisos. En cambio, los que ya habían empezado a agruparse alrededor del coronel Cascio, dispuestos a apoyarle, eran precisamente los oficiales de carrera más brillante, esa pequeña fracción destinada a un rápido ascenso y que, seguramente, llegarían a generales.

No obstante, todo aquello resultó completamente innecesario; de la penumbra de uno de los rincones aparecieron dos hombres vestidos con el uniforme de la Fuerza Aérea llevando los brazales de la brigada de seguridad y sosteniendo en sus manos dos pistolas del calibre 45. El general Bogan sabía que estaban siempre junto a la puerta, hacía meses que lo sabía, pero hoy se había olvidado por completo de ello. Estaba tan acostumbrado a su presencia que los consideraba como parte de la habitación misma, de su mobiliario. Les miró asombrado de su capacidad de mantenerse inmóviles y casi invisibles durante días y meses, de su manera de moverse implacable y lenta. Avanzaron hacia aquel grupo como un par de bailarines que estuvieran ejecutando una nueva coreografía de un «ballet» largo tiempo ensayado. Sortearon las sillas, las mesas y las personas, colocándose uno a cada lado de Cascio con la mayor tranquilidad, completamente seguros de sí mismos.

Uno de los hombres le golpeó en un hombro. El coronel volvió la cabeza e inmediatamente se fijó en el brazal. Casi al mismo tiempo, inclinó la cabeza para hablar por el micrófono pero ya no pudo hacerlo. El otro hombre se lo había arrebatado; con un solo golpe rápido y preciso en la muñeca le había hecho abrir la mano. El micrófono estaba ahora en su poder y Cascio gritaba a voz en cuello ante su mano vacía.

—Coronel, le advertimos que si pronuncia una sola palabra más tenemos orden de dejarle inconsciente —dijo uno de los hombres, y sonrió ante lo inaudito de sus palabras.

—Le garantizo, coronel, que sabemos cómo hacerlo, y que actuaremos con tal rapidez que no logrará terminar la palabra siguiente —agregó el otro.

Cascio cesó de hablar, dándose cuenta de que su breve mandato había terminado. Su rostro aparecía cansado y lacio. Su perfil aquilino, tan agudamente concentrado antes, tenía una expresión idiota, como si le hubieran desinflado. El general Bogan se marchó de allí. Pensó que Cascio había sucumbido a una terrible tentación, la misma que había sufrido él mismo sólo unos minutos antes. Uno de los guardias de seguridad le golpeó

suavemente en el hombro haciendo que Cascio se moviera y empezase a caminar con la docilidad de un «robot». Bogan observó la transformación que se operaba en aquel hombre que marchaba hacia la puerta entre los dos soldados. Al llegar allí, Cascio había sufrido una transformación tan grande que parecía ser otro; una burda imitación de la figura arrogante de unos momentos antes.

El general Bogan habló inmediatamente por el teléfono de contacto, que todo aquel rato había permanecido abierto.

—Mariscal Nevsky, hemos debido interrumpir un momento nuestras operaciones —dijo—. En seguida le daré la longitud y latitud de vuelo de nuestros bombarderos, de acuerdo con lo solicitado.

—General Bogan, me percaté de la situación producida —dijo el mariscal Nevsky—. Nosotros también hemos tenido algún problema de éstos. Es imposible predecirlo todo. Espero sus informes.

El general Bogan observó rápidamente a todos sus hombres. No tenía nada que temer: había recuperado el mando por completo, ni Handel ni nadie se mostraría reacio a sus órdenes. Cascio, también a su modo, con su conducta insana, había prestado un servicio a su país. Había sucumbido a la tentación que todos —incluso el mismo Bogan— habían sentido, y el hecho de haber cedido a su impulso de insurrección había actuado como una especie de purga, eliminando los impulsos similares de los otros.

—Teniente coronel Handel, le pido que me dé la longitud y latitud y la dirección de los bombarderos del Grupo 6 —dijo el general—, y que haga los cálculos lo mejor que pueda.

El teniente coronel Handel hizo los cálculos correspondientes y, en seguida, anunció las longitudes requeridas por el teléfono de contacto.

Casi inmediatamente se vio cómo los aviones soviéticos más cercanos se reagrupaban. En ese momento los cazas volaban a diferentes alturas tratando de hallar a los «Vindicator»; los señuelos dejaron de ser efectivos.

Tres de los cazas soviéticos se lanzaron casi simultáneamente sobre el primer «Vindicator». El «Vindicator» vaciló, perdió luminosidad y bajó en picado; lo mismo pasó con las tres lucecillas correspondientes a los cazas soviéticos.

—Mariscal Nevsky, cuando al Grupo 6 le queden sólo dos aviones las instrucciones que tienen es que los dos bajen cuanto puedan y sigan hacia el blanco. De esta manera tratarán de escapar a su radar. Pero les advierto que el avión contra el cual se han lanzado sus cazas ahora es un aparato que sólo lleva armas defensivas y no es un bombardero.

El corazón de Bogan dio un salto al oír la voz de Nevsky, sospechando en seguida lo que significaba aquel cambio de tono en la voz del mariscal ruso. El traductor dijo:

—Gracias, general Bogan, pero probaremos suerte de todos modos.

Las palabras del mariscal, incluso después de filtradas a través de la voz más neutral del traductor, daban la impresión de estar preñadas de desconfianza. Entendía perfectamente cuáles eran los pensamientos de Nevsky en aquel momento. Era lo que normalmente hubiese pensando cualquier otro en su lugar.

El general Bogan volvió a mirar abatido el Gran Tablero. Los tres puntitos luminosos de los aviones americanos eran claramente visibles y se distinguían perfectamente entre los cazas soviéticos esparcidos por su camino. El avión número 6 llevaba la delantera; no tardó en observar cómo los cazas soviéticos empezaron a variar su posición virando hacia el número 6. Bogan sintió deseos de cerrar los ojos, sabía lo que iba a ocurrir. Los cazas convergieron sobre la ruta del número 6 y al poco rato una pequeña mancha verde suplantó el punto correspondiente a éste así como a los cazas soviéticos que se hallaban a su alrededor. El avión desapareció, pero aún así llevó a cabo su misión de dispersión del enemigo y de protección de sus bombarderos. Con la explosión, los cazas perdieron la posición de los otros dos aviones; ahora era casi seguro que estos dos «Vindicator» llegarían al final de su destino. El general Bogan vio cómo aumentaban su velocidad. Ahora, descargados de gran parte de su peso, podían volar a gran velocidad, casi a más de 3000 kilómetros por hora. Pronto estarían sobre Moscú.

Se sintió el ruido de una gran conmoción al otro lado de la línea del teléfono de contacto. Se escuchó un murmullo de voces, en ruso, interrumpidas por otros ruidos más fuertes. Al poco rato, la voz del traductor ruso dijo en inglés con voz seca y contenida:

—El mariscal Nevsky acaba de sufrir una conmoción. Bueno, así parece... En este momento se lo llevan. El general Koniev ha tomado el mando.

Casi simultáneamente se oyeron las voces del Presidente y de Swenson que interrumpían pidiendo una explicación.

—Creo que yo mismo puedo dársela —prorrumpió el general Bogan. Su voz denotaba simpatía y comprensión—. El mariscal Nevsky mandó que sus cazas persiguieran a nuestro avión número 6, a pesar de que le expliqué que no llevaba bombas. La concentración de sus fuerzas sobre este avión ha permitido que los otros dos bombarderos escaparan a su control. En realidad,

no hizo sino seguir los procedimientos tácticos acostumbrados y persiguió a los tres «Vindicator» por igual. Nuestra última operación táctica se basa precisamente en la probabilidad de que esto ocurra. Las bombas de 20 megatones no tardarán en caer sobre Moscú; seguramente el mariscal Nevsky se dio cuenta de esto casi inmediatamente.

Lo que decía el general Bogan se vio pronto confirmado en el Gran Tablero. Los dos «Vindicator» que quedaban se dejaron caer en picado y quince minutos más tarde habían desaparecido de la pantalla; al mismo tiempo los cazas soviéticos se dispersaron al azar buscándolos.

—Los dos «Vindicator» han desaparecido de nuestra pantalla —dijo el general Koniev—. ¿Los ven ustedes todavía?

—No, general; nosotros los hemos perdido también —dijo el general Bogan.

El general Koniev hizo una pequeña pausa. Bogan pensó que necesitaba que le diera ánimos y estimo que la mejor manera de hacerlo era no decir nada.

—¿Puede ponerse en contacto con ellos por radio? —preguntó el general Koniev.

—No —contestó el general Bogan—. Los bombarderos cerraron su contacto después de oír las palabras del Presidente pidiéndoles que regresaran. Sin embargo, seguimos llamándoles por si decidieran cambiar de opinión.

—¿Qué capacidad defensiva tienen todavía? —preguntó el general Koniev.

El general Bogan empujó una palanca y la delgada voz mecánica de la consola correspondiente dijo: «No podemos indicarles con absoluta precisión su capacidad defensiva. Durante unos minutos se ha producido una confusión. Estimamos que no es menor de un cincuenta por ciento ni mayor de un setenta y cinco por ciento. Todavía conservan un cien por ciento de sus señuelos y sistemas de diversión, pero no son muy eficaces».

—No hemos podido localizarlos por medio de nuestro radar y van a tan gran velocidad que resulta inútil apuntarles con los cañones antiaéreos —dijo el general Koniev muy despacio—. Suponemos que estos aviones pasarán todas nuestras barreras defensivas.

—Creo que sus cálculos son correctos —contestó el general Bogan.

—Sólo nos queda un último recurso —dijo el general Koniev—. Enfocaremos todos los cohetes que nos quedan sobre su supuesto recorrido y

los dispararemos simultáneamente, tratando de formar una barrera termonuclear que les impida el paso.

—Quizá lo logren todavía —dijo el general Bogan sin poder reprimir su admiración—. Rogaremos para que tengan éxito.

—Lo intentaremos de todos modos, pero temo que sus cálculos resulten ciertos y que esos dos aviones lleguen a Moscú, y entonces ya nada importará, tanto si son cuatro bombas solamente como si son los cientos de bombas de que disponemos ustedes y nosotros juntos. Habremos dedicado el trabajo de toda una vida a asegurar nuestra destrucción.

El general Bogan se apoyó en el respaldo de su silla y fijó la vista en el asiento vacío del coronel Cascio. Pensó en la silla vacía del mariscal Nevsky. Ambos habían trabajado como honrados y buenos patriotas, luchando con valor, determinados a ganar la guerra. Los dos la habían perdido. Todos la habían perdido.

—¿Hay algo nuevo que todavía no nos hayan dicho? —preguntó el general Bogan.

—No, nada, señor —replicó Koniev—. Todos ustedes —dijo tras una pequeña pausa— han sido honrados con nosotros. Sencillamente, los suyos son mucho mejores de lo que creíamos. Seis horas atrás me habría comprometido a abatir un cien por ciento de sus aviones. Si hubiesen enviado un ataque en masa sabíamos que el porcentaje hubiese sido menor. Pero nunca hubiera creído que fuéramos incapaces de abatir sólo a seis aviones empleando todas nuestras fuerzas, como parece haber sucedido.

Se produjo un denso silencio entre los dos soldados profesionales. Ambos sabían lo que el otro pensaba en aquel momento. No se conocían personalmente y hasta ahora no se habían hablado nunca. Se conocían de nombre solamente, como un peón en un plan de batalla. Pero los dos percibían cuán semejantes eran sus carreras, los riesgos, las esperanzas, las ambiciones, las pérdidas y las posibles victorias, pero, sobre todo, lo poco que se conocían ambos bandos; cuán evidente se había puesto de manifiesto su mutua ignorancia.

—General Koniev, ¿cuántos minutos nos quedan? —preguntó el general Bogan.

—Yo diría que unos dieciocho o veinte minutos, según sea la capacidad defensiva y de protección de sus dos aviones —contestó el general Koniev—. Estamos disparándoles con todo lo que tenemos. Nuestros cañones antiaéreos están lanzando una verdadera batalla. Uno de nuestros cazas ha lanzado un cohete sobre una gran extensión de bosques incendiándolos. Luego disparó

contra una estación de radar creyendo que era un «Vindicator», a pesar de que el punto luminoso que indicaba su presencia no se movía. Mañana tendré que ordenar un juicio de guerra contra el piloto del avión. Es decir, si hay un mañana...

El general Bogan calló. Le pareció que su conversación se había vuelto insustancial, como la de los conductores de camión en sus tiempos de estudiante, cuando trabajaba como chófer durante sus vacaciones. La crisis había pasado; estaban acabando ya la larga ruta. Hablaban por hablar, era una manera como otra cualquiera de pasar el tiempo en espera de la decisión final.

—General Koniev, ¿dónde se encuentra usted en este momento? —preguntó el general Bogan de repente.

No se le había ocurrido hasta entonces que quizás el general Koniev se hallara en un lugar menos protegido que el refugio de Omaha. Empezó a sentirse alarmado por la suerte que correría aquel hombre que le hablaba desde el otro extremo de la línea.

—Me encuentro a varias millas de Moscú —dijo el general Koniev—. La retirada no se hizo en forma ordenada y prevista, sino que al partir el *premier* Kruschev nos indicó que unos cuantos de nosotros debíamos trasladarnos a un lugar más seguro; un puñado solamente.

El general Bogan iba a agregar algo más, pero calló en seguida. Se preguntaba si el general Koniev había dejado a su familia en Moscú. Pero decidió que prefería no saberlo.

—Es un día realmente difícil —dijo el general Bogan al traductor.

Una larga pausa siguió a estas palabras.

Por fin contestaron. El general Bogan sabía lo que iban a decirle antes de que el traductor empezara a hablar.

—Es un día realmente difícil, general Bogan —dijo el general Koniev—. Adiós, camarada —dijo Koniev.

—Adiós, amigo mío —dijo Bogan.

El traductor hizo una pequeña pausa, vaciló un momento y luego supo que era inútil seguir traduciendo. Ya nadie escuchaba, sólo esperaban...



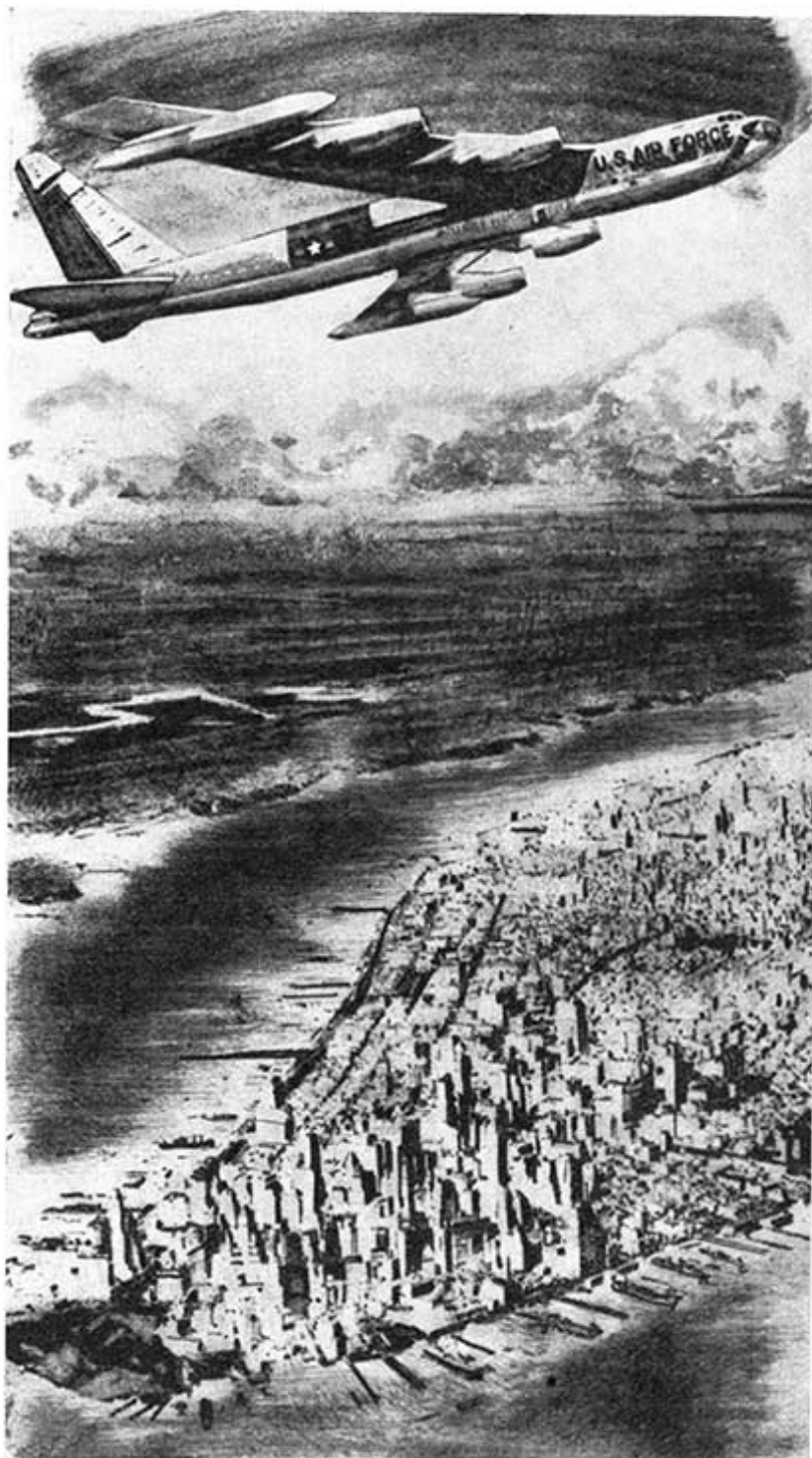
El último caza lanzó sus dos misiles en un esfuerzo inútil para derribar los *Vindicator*, y cayó.



—He ordenado a nuestros cazas que los derriben
cueste lo que cueste — dijo el Presidente.



—¿Usted ha ordenado a cazas americanos derribar bombarderos americanos? — exclamó Krushev.



Bajo el avión se erguían los bloques bien cortados de Manhattan.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS

Los dos bombarderos que quedaban siguieron su ruta a través de la noche, cada hombre en su puesto haciendo lo que le correspondía. Grady perdió su tensión. El tremendo peso que había sentido hasta entonces desapareció. Le pareció ser otro, como si estuviera observándose a sí mismo desde un punto situado algo más lejos. Actuaba como un autómata bajo su traje de goma y de «nylon» y aquel pesado casco. Como si sólo le quedaran la carne y el hueso y ya no tuviera corazón. Su inteligencia todavía le obedecía, pero permanecía inerte e impermeable a toda emoción. Era su intelecto el que miraba la pantalla de radar haciendo las correspondientes alteraciones de altitud de vez en cuando, acusando recibo de los informes que le daban el piloto y el artillero.

Repentinamente, Grady tuvo miedo y esto hizo que volviera a la realidad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cristo! —exclamó el artillero preocupado. Al oírle, Grady recuperó por completo el dominio de sí mismo.

—Coronel Grady, el indicador de rayos infrarrojos nos muestra que un gran número de cohetes han estallado a unos treinta kilómetros de aquí. Pronto aparecerán en su pantalla de radar —agregó el artillero.

Los últimos quince años de prácticas empezaron a girar como un torbellino en la mente de Grady. En los informes facilitados por los servicios de inteligencia les habían indicado que probablemente se encontrarían con ese cinturón de cohetes defensivos. También sabía que éstos habían sido diseñados para ser disparados contra blancos que volaran a gran altura a fin de evitar que contaminaran las instalaciones vitales, como las fábricas de acero. Entonces, una serie de dispositivos les indicaban el punto donde se

encontraban otras máquinas o motores de reacción, tales como los aviones, por ejemplo.

—¿Cuántos «Bloodhound» nos quedan? —preguntó Grady a su ayudante.

—Dos —dijo éste.

La mente de Grady estudió rápidamente aquel nuevo problema sopesando y revisando diversas alternativas. Pero a pesar de ello sabía que intuitivamente encontraría la respuesta. Sí, aquí estaba: lo que los soviets intentaban era lanzar todos los cohetes que les quedaban simultáneamente y así detonarían a una altura suficiente para que el país se salvara, pero la enorme bola de fuego y la barrera termonuclear que originarían se extendería en todas direcciones y seguramente acabaría con ellos.

Sabía que para los rusos era jugarse el todo por el todo. Pues se ignoraba el efecto que una barrera de este tipo tendría sobre las cargas nucleares que llevaban. El ataque podía abortar a causa del mismo «shock» producido, del calor, o por un bombardeo de neutrones; quizás por esos tres factores a la vez. Pero Grady había tomado una decisión.

—En cuanto empiecen a aparecer en la pantalla de radar dispáren los dos «Bloodhound», uno a babor y otro a estribor, y diríjanlos hacia la altitud máxima que puedan alcanzar —ordenó Grady.

—¿Hacia arriba, señor? —preguntó el operador desconcertado. Nunca había oído hablar de este tipo de táctica, su voz estaba llena de escepticismo.

—Hacia arriba; en cuanto vea los cohetes enemigos empiece a subir —dijo Grady con voz ronca.

Se produjo una pausa de apenas dos segundos.

—Ahora —dijo el artillero. Casi instantáneamente Grady sintió cómo el «Vindicator» saltaba al desprender los «Bloodhound». Vio la llama simultánea de sus cohetes de propulsión. Su brillante luz iluminó la oscuridad de la noche como un gigantesco fuego artificial preparado expresamente para ellos solos. Vieron cómo esos dos tremendos cohetes llenos de luz giraban enfrente del «Vindicator» y luego, al alzarse, dibujaban un sobrecogedor arco de llamas sobre la oscuridad espesa de la noche. Grady se dirigió de nuevo a su artillero:

—¿Cuál es la velocidad máxima a que pueden avanzar los «Bloodhound» si se les da todo el gas?

—Casi mil kilómetros por hora, pero eso aumentaría su consumo de combustible en tal forma que seguramente no alcanzarían a recorrer más de unos cuatro mil metros.

Pero Grady hacía sus cálculos basándose en lo que veía y guiándose por una intuición segura, estimando que cuando los proyectiles soviéticos llegasen a una altura de seis mil seiscientos metros, los «Bloodhound» se encontrarían unos ochocientos cincuenta metros más arriba. Decidió correr el albur de lanzarlos pensando que quizás, con suerte, serían capaces de desviar los cohetes soviéticos. Pues, suponiendo que hubiese hecho sus cálculos para que la explosión se produjera al llegar a los seis mil seiscientos metros, sabía que estos cohetes llevaban un dispositivo especial que les permitiría percibir si el blanco estaba más allá del punto fijado, y en ese caso proseguirían su camino. Sabía, además, que habrían colocado sus dispositivos para que detonaran a unos seiscientos sesenta metros del blanco, y calculó que, si lograban que los «Bloodhound» se mantuvieran unos ochocientos cincuenta metros por encima de la nube de cohetes soviéticos, cabía la posibilidad de que éstos estallaran simultáneamente, en forma automática, sobre los «Bloodhound».

—Trate de dejar a los «Bloodhound» la energía suficiente, suministrándola a pequeños intervalos, para que puedan mantenerse por lo menos ochocientos veinticinco metros más arriba de los proyectiles enemigos —dijo Grady.

El artillero se volvió para mirar a Grady y, al comprender lo que se proponía, sus ojos brillaron, llenos de una admiración casi salvaje. Al mismo tiempo, sus dedos largos y sensibles, como los de un pianista, empezaron a buscar los controles.

—Están a cinco mil novecientos cuarenta metros. Ahora a seis mil doscientos setenta. Ya han llegado a los seis mil seiscientos metros —iba diciendo el artillero en voz alta y aquella maniobra tan fuera de lo normal parecía llenarle de extraño júbilo.

Cuando por fin calló y ambos fijaron su vista en la pantalla del radar, se dieron cuenta de que la ola de cohetes se encontraba muy por encima de ellos. Inmediatamente, en forma casi automática, Grady extendió la mano hacia la palanca que controlaba la descarga de las bombas. Aunque los cohetes estallaran dentro de unos segundos, le quedaba el tiempo suficiente para lanzar las dos bombas sobre Moscú. El «Vindicator» desaparecería en seguida fulminado por la potente explosión de los cohetes.

Los proyectiles avanzaron más allá de los seis mil seiscientos metros. Entonces la perfecta línea de su formación empezó a dibujar un ángulo, pues los proyectiles de los extremos viraron buscando a los «Bloodhound». Grady se dio cuenta inmediatamente de que la táctica empleada había surtido su

efecto. Los cohetes enemigos perseguían tenazmente a los dos «Bloodhound», y los que se encontraban más lejos perdieron un poco de altura al virar dirigiéndose hacia ellos. El artillero hablaba en voz baja consigo mismo mientras observaba sus instrumentos. Buscó la palanca de control, bajándola un momento y, casi al mismo tiempo, los dos «Bloodhound» dieron un salto hacia delante. Todavía respondían a las palancas de mando del bombardero.

Casi instantáneamente los cohetes soviéticos aumentaron también su velocidad. Una fuerte luz irrumpió en un extremo de la línea de cohetes: uno de ellos había estallado antes de tiempo. El radar se oscureció en parte debido a ello y varias de las lucecillas desaparecieron momentáneamente.

Grady meneó la cabeza mientras gritaba por el micrófono al piloto:

—¡Altera el rumbo! ¡Sube! —Al mismo tiempo abrió la comunicación radiofónica para que le oyera el «Turkey 2»—. Pónganse en guardia, prepárense para una sacudida —dijo.

Cuatro segundos más tarde la fuerte ola producida por la explosión golpeó al «Vindicator» como si el aire se hubiese endurecido de golpe. El avión empezó a perder altura oprimido por una fuerza terrible, como un juguete bajo la presión demoledora de un gigante. Grady fijó la vista en el altímetro: durante aquellos cuatro segundos habían subido tres mil novecientos sesenta metros y luego la tremenda ola de la explosión les había hecho bajar a tres mil trescientos metros. Después, el avión empezó a subir de nuevo, recibiendo menudas sacudidas de vez en cuando al ser golpeado por las pequeñas olas de corriente que aún removían el aire.

El artillero fijó la vista en Grady guiñándole el ojo. Con la mirada nuevamente iluminada por la alegría y el orgullo de su éxito. Sin embargo, sus ojos no sólo reflejaban alegría sino que la dureza de sus pupilas dejaba adivinar el temor de lo que presentían. Pronto caería sobre ellos una lluvia letal de neutrones. Morirían, pero habrían cumplido su misión.

En la pantalla de radar, completamente clara ahora, se divisaban los «Bloodhound» situados a una altura de treinta y tres mil metros, mientras los cohetes soviéticos, que convergían hacia allí formaban un ángulo agudo, como si se tratase de una enorme flecha. Dentro de unos segundos el «Bloodhound» alcanzaría los cuarenta y nueve mil quinientos metros.

El artillero emitió un pequeño silbido mientras murmuraba: «Están subiendo más de lo que creía; quizás pasen de los sesenta y seis mil metros».

Los «Bloodhound» se elevaron un poco más aún, alcanzando los setenta y dos mil metros. Entonces, bruscamente, empezaron a perder altura, mientras aquella enorme flecha de proyectiles se iba aproximando más y más. De

pronto pareció que la pantalla del radar iba a estallar al reflejar el impacto producido por la enorme explosión simultánea de aquellos potentes cohetes.

El piloto había luchado denodadamente para mantener la máxima altura sin necesidad de que se lo ordenaran, pasado el impacto de la ola producida por el primer estallido. En este momento volaban casi a unos tres mil metros. El choque producido por esta nueva explosión fue mucho menor que el primero, disminuido en gran parte por la enorme distancia a que se hallaban. Aun así el «Vindicator» recibió una sacudida salvaje y sus alas parecieron ceder. Pero pasado el fuerte alud, a pesar de los tremendos crujidos que provenían del punto donde las alas se unían al fuselaje, éstas aguantaron firmes en su sitio.

—Seguimos volando como si fuéramos uno de esos pájaros grandotes y testarudos —dijo Grady gritando a voz en cuello. Mientras, a través de la hendidura de sus cascos, el artillero y el piloto le observaban atentamente.

—¿Cuántos minutos nos faltan para llegar a Moscú? —preguntó Grady.

—Siete —contestó el piloto.

Grady debía tomar una última decisión. A la altura a que volaban la posibilidad de que fuesen abatidos por nuevos proyectiles era insignificante. Pero en cuanto lanzaran las bombas de 20 megatones, aun considerando que pudieran elevarse bruscamente unos trescientos treinta metros o cuatrocientos noventa y cinco, serían destruidos irremisiblemente por la fuerza misma de la explosión.

Si subía hasta los 8250 o los 10 000 metros no sufrirían los efectos de las bombas, pero sería mucho más fácil que los proyectiles antiaéreos les alcanzaran. En cierto modo, la suerte ya estaba echada, y Grady sintió que le invadía una especie de euforia. Pensó de nuevo en aquellos viejos tiempos en que volar tenía otro sentido, cuando el piloto y la tripulación formaban un todo y se conocían a fondo, llegando incluso a ser verdaderos amigos y compañeros. En realidad, ahora, tal como estaban organizadas las cosas, no tenía por qué dirigir la palabra a los otros tripulantes. Si así lo hubiese deseado hubiera podido llevar a cabo su misión completamente solo. Sabía que ni tan sólo le mirarían cuando diera la orden de soltar las bombas. Sin embargo, consideraba que todo hombre tiene derecho a expresar su opinión frente a la muerte. No pudo contenerse más y dijo:

—Escuchen. No sólo hemos sido heridos gravemente sino que podemos considerarnos hombres muertos. El fuerte impacto de las bombas concentrará sobre nosotros tantos rayos «Roentgen» que nos llegará a encoger la misma médula de nuestros huesos. Con suerte podríamos sobrevivir un par de días

como máximo. Pienso bajar hasta unos ciento noventa y ocho metros y entonces, cuando esté seguro de dar en el blanco, subiré hasta unos mil seiscientos cincuenta metros. El mecanismo de las bombas ha sido fijado para que estallen a esa altura, así que cuando estallen nosotros desapareceremos también.

Miró fija e intensamente a los otros dos y aquellos dos pares de ojos le devolvieron la mirada sin pestañear. Entonces Thompson dijo:

—De acuerdo, capitán —añadió riendo quedamente—: De todos modos es bien poco lo que nos espera en casa.

LA CONFERENCIA TELEFÓNICA

El embajador de los Estados Unidos y el delegado soviético se comunicaron con el Presidente antes de que lo hiciera Krushev.

—¿Desde qué punto me habla usted, señor embajador? —preguntó el Presidente.

—Desde mi biblioteca, en el último piso de la embajada americana —contestó éste.

—¿Y usted, Mr. Lentov? —preguntó el Presidente al delegado soviético.

—Desde el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, señor —contestó Lentov.

—Pase lo que pase —dijo el Presidente—, me gustaría que ambos se mantuvieran en sus puestos a menos que reciban una orden expresa del *premier* Krushev o mía.

Entonces, con voz tranquila y pausada, les puso al corriente de lo ocurrido. Un largo silencio siguió a sus palabras. Buck fijó la vista en el Presidente. Sabía de sobra lo que estarían pensando en aquel momento todos los que escuchaban por aquella línea: el embajador americano perdería la vida si los «Vindicator» llegaban a su destino... Pero, a pesar de ello, se mantenían tranquilos. Con la sola excepción de Buck, eran diplomáticos de larga experiencia acostumbrados a enfrentarse con situaciones difíciles.

Buck apenas podía dar crédito a sus oídos, pues el delegado soviético empezó a hablar de béisbol. Se sorprendió al comprobar que estaba muy enterado de los equipos y tanteos obtenidos, llegando a indicar incluso que su equipo favorito era el «New York Yankees».

—Es extraño, ¿verdad? —dijo—; en cierto modo es algo así como si apoyara a los aristócratas —agregó riendo—. Pero es así. Los vi jugar por

primera vez el año en que Mantle y Maris se empeñaron en batir el record de ataque que ostentaba Babe Ruth. Me conquistaron en seguida, tanto por su fuerza como por esa gracia flexible que ponen en el juego. Son dos cualidades que admiro mucho.

—Si es así, estoy seguro que de haber nacido en América habría llegado a ser un renombrado abogado de Wall Street —contestó el Presidente.

—Oh, eso sí que no, señor —contestó el delegado soviético—. Acuérdesse que dije fuerza y gracia. No digo que su gente de Wall Street carezca de fuerza, pero todavía les falta mucho para tener esa gracia flexible que yo admiro. Me imagino que si hubiese sido americano quizás hubiese acabado diseñando automóviles. Posiblemente es lo único en América que puede compararse a nuestro partido comunista en cuanto a fuerza natural y gracia para adaptarse a las circunstancias más adversas. Es incluso desagradable y feo exteriormente, como nuestro partido comunista, pero cómodo y muy duradero por dentro.

—Estoy de acuerdo con usted, embajador Lentov, en cuanto a su admiración por la fuerza y la gracia —dijo el embajador americano.

«Una voz salida de la misma tumba», pensó Buck; estaba escuchando las últimas palabras de un hombre que no tardaría en morir quemado vivo. Sin embargo, su voz era clara y firme, sin vacilaciones. Pero a pesar de ello, la mano de Buck que sujetaba el teléfono empezó a temblar violentamente. Permaneció así largo rato con los ojos bajos, incapaz de contener aquella agitación involuntaria, sin atreverse a mirar al Presidente, mientras la voz seguía diciendo:

—Esas dos cualidades son necesarias para llegar a la cima, lo mismo en béisbol que en política. Tanto en un campo como en el otro se distinguen en seguida los mejores, forman una clase aparte. Su objetivo es magnífico y sencillo: dar lo mejor de sí mismos. En cuanto toman una decisión, todo —sus energías, su inteligencia, sus músculos— se aúna, dando a su fuerza una flexibilidad y gracia naturales. Los que les siguen tienen a menudo la misma fuerza que ellos pero carecen en absoluto de aquello que el señor Lentov llama gracia.

—Pero no, señor embajador, no es una gracia innata —dijo el delegado soviético—. Me acuerdo que cuando estuve destinado a Méjico llegué a tener gran afición por los toros. A menudo, los mejores toreros eran individuos pequeños, sin ningún atractivo. Pero en cuanto entraban en el ruedo adquirían una fuerza llena de eso que usted llama gracia.

—Es cierto —dijo el Presidente— que la vida de esos personajes tiene cierta grandeza, pero en el fondo es triste también. Piensen por ejemplo en Babe Ruth. No le conocí en su esplendor pero en cambio tuve ocasión de verle cuando ya se había retirado del juego; era como su propia sombra, como si sólo le quedara la piel exterior de su cuerpo. Antes estuvo henchida de una voluntad orgullosa y de un fuerte deseo de superación. Pero cuando yo le conocí sólo había amargura en sus ojos, y sus músculos habían perdido aquella maravillosa fuerza. Recuerdo que mi padre tenía una colección de retratos en su despacho, enmarcados en madera de encina, de hombres como Herbert Hoover, John Nance Garner, Bernard Baruch, Eisenhower y Truman. Consideraba que su vida había sido o era trágica; se trataba de hombres jóvenes cuya carrera había sido truncada en pleno apogeo, cuando todavía poseían la gracia y el deseo de ejercerla; eran como enormes toros desconcertados ante un ataque sin sentido.

—Quizá nuestro sistema también sea mejor en esto —dijo el delegado soviético secamente—. En mi país es fácil encontrar vacas y bueyes viejos pero en cambio no hay toros retirados. Mientras poseen ese vigor luchan en algo útil. La muerte es el único retiro permitido a los toros fuertes y viriles. En cierto modo es mucho mejor así.

La conexión con Krushev se hizo tan silenciosamente que Buck se sobresaltó cuando oyó su voz.

—Camarada Lentov, se está convirtiendo en un filósofo —dijo Krushev. Casi instantáneamente todos los resortes de la mente de Buck y su aguda intuición se pusieron alerta al observar un cambio notable en el tono de su voz.

—Señor *premier*, creo que es un momento bien adecuado para filosofar —respondió el delegado soviético.

Todos esperaron la réplica de Krushev, pero éste no contestó sino que al cabo de un rato empezó la conversación tocando otro tema.

—Me han informado que su embajador en Moscú y mi delegado ante las Naciones Unidas han recibido instrucciones de comunicarse con nosotros —dijo Krushev—. Supongo que hay alguna razón para ello.

Buck encontró la palabra adecuada para describir el tono de voz de Krushev: «definitivo». Alargó el brazo y tomando el bloc de notas del Presidente escribió: «Tono de voz fuerte y definitivo. K. ha tomado una decisión».

El Presidente leyó el mensaje, pero su rostro permaneció impasible.

—Desde luego hay una razón para ello —dijo el Presidente—. Pero primero infórmenos de cómo está la situación respecto a los «Vindicator».

—Mis técnicos dicen que es muy probable que dos de estos aviones lleguen a lanzar sus bombas sobre Moscú —dijo Krushev lentamente—. Sus cálculos resultaron correctos, señor Presidente.

—Siento no haberme equivocado, *premier* Krushev —replicó el Presidente.

Buck pensó en aquel momento en la familia de Krushev. Recordó a su hija y, sobre todo a su mujer, que había llegado a hacerse querer de los americanos durante su visita a Estados Unidos con sus ropas sencillas y su rostro sin afeites. ¿Estarían también en Moscú?

—Hablemos claro —dijo Krushev bruscamente—. Dentro de breves minutos esas bombas caerán sobre Moscú. Todas mis armas ofensivas están prontas a ser disparadas. Si no podemos llegar a un acuerdo satisfactorio inmediatamente no tendré más remedio que ordenar un contraataque. ¿Qué me propone, señor Presidente?

El Presidente se mantuvo erguido en su asiento, sosteniendo el teléfono apretado contra su oído con la mano izquierda mientras dibujaba una fuerte línea de un solo trazo en la mitad exacta del bloc que tenía delante.

—Primero le diré lo que ocurrirá, *premier* —dijo el Presidente con voz firme. Casi instantáneamente sus labios palidieron, pero su voz seguía inalterable—. Después le diré lo que pienso hacer para demostrarles nuestra sinceridad.

—Siga, señor Presidente —dijo Krushev—. Pero, por favor, sea lo más breve posible.

—Los dos aviones lanzarán sus cuatro bombas de 20 megatones sobre Moscú. Es posible que nuestro embajador llegue a distinguir el ruido de los aviones antes de que estallen las bombas —dijo el Presidente—. De todos modos, estará pendiente del ruido de sus cañones antiaéreos y de sus proyectiles defensivos. Pocos segundos después estallarán las bombas. Cuando esto suceda, suponiendo que el embajador ya no pueda decirnos nada, oiremos el silbido peculiar que producirá el teléfono al ser derretido por el fuerte calor generado por la inmensa bola de fuego. Lo sabemos; porque hemos hecho pruebas. Ese ruido característico nos indicará que nuestro embajador en Moscú ha muerto.

Por toda contestación se oyó una especie de quejido, como si alguien acabase de recibir un fuerte golpe en la boca del estómago. Buck pensó que

sería Krushev pero no estaba bien seguro. Se produjo un largo silencio. Entonces el Presidente dijo:

—Señor embajador, supongo que comprende perfectamente que no puede moverse del lugar donde se encuentra en este momento...

—Sí, señor —contestó la voz del embajador.

—¡Señor Presidente! —La voz fuerte de Krushev era ahora explosiva. Buck casi saltó involuntariamente del asiento sin despegar la vista del Presidente. Notó que aquella voz no contenía ni la más ligera sombra de dolor o de simpatía, sólo una violenta furia—. ¿Así que ése es su gran plan? ¡Sacrificar un solo americano —su simpático embajador— contra cinco millones de moscovitas! —Las palabras salían entrecortadas, ahogadas por la furia de su ira.

Buck escribió la palabra «furioso» en el bloc del Presidente y observó cómo le temblaban las manos al hacerlo. Durante todo este rato una sola idea invadió la mente de Buck: aquello era «el fin del mundo». Una escena simplificada de ese fin apareció en su imaginación; aquella que se le reproducía siempre que pensaba en ello: largas hileras de pequeños timbres clavados en un gran tablero —azules, verdes, rojos— y una mano gruesa, pesada, de campesino, con sus dedos rechonchos y cortos, a punto de apretar aquellos botones. En aquel momento, al oír la voz de Krushev, que seguía hablándole al oído sin que pudiera fijarse en sus palabras, aquella imagen se le hizo más viva, mientras la mano indecisa hasta entonces le parecía que tomaba impulso decidida a acabar con todo. Un terror primitivo y avasallador pareció adueñarse de Buck.

El tono agudo de la voz del Presidente, que apenas podía contener su ira, le hizo reaccionar en forma violenta. Buck empezó a traducir de nuevo interponiéndose a la voz del mismo Krushev, sorprendido al ver que repetía gritando las frases imperativas del Presidente mientras golpeaba la mesa furiosamente con su puño cerrado.

—¡No, no y no, señor *premier*! ¡No se trata de eso en absoluto! ¡Debe oír hasta el final, *debe escucharme primero*! En el mismo instante en que nos llegue el chirrido del teléfono derritiéndose bajo el violento calor de las bombas en Moscú, daré la orden a una escuadrilla del Servicio de Control Aéreo, que ya se encuentra volando sobre la ciudad de Nueva York, de que suelte cuatro bombas de 20 megatones idénticas a éstas, que serán lanzadas desde la misma altura y en la misma forma que las que habrán caído sobre Moscú. El blanco será el Empire State Building; cuando oigamos el segundo

chirrido por la línea telefónica sabremos que su delegado en las Naciones Unidas habrá desaparecido y con él toda la ciudad de Nueva York.

Imperó un corto silencio.

—¡Madre mía Santísima! —exclamó Krushev. Su voz sonó como un largo suspiro.

Se produjo un silencio hondo y sobrecogedor. Entonces, como si aquellos mecanismos quisieran burlarse de ellos, la línea se llenó de pequeños ruidos estáticos entrecortados y estridentes, cual una risa macabra salida de lo más recóndito de los complicados sistemas mecánicos.

—*Premier*, no he encontrado otra manera para demostrarle nuestra sinceridad —dijo el Presidente quedamente—. Ambos perderemos una de nuestras ciudades más importantes y populosas. Pero todo lo demás sobrevivirá: nuestra gente, nuestro patrimonio, nuestros sistemas sociales. Es terrible pensar lo que esta tragedia significa, pero no encontré otra solución. —Hizo una pequeña pausa y continuó en voz más baja todavía—: A menos, a menos que usted considere el sacrificio innecesario. A menos que estime que el hecho de prestarse a ese holocausto sea suficiente para mostrar nuestra honradez y...

No terminó la frase. Buck le observaba en silencio y vio cómo su rostro se ensombrecía repentinamente, preso de un dolor casi físico, agónico, mientras iba desapareciendo de sus ojos el último destello de esperanza.

De nuevo se produjo un silencio profundo, largo. Al cabo de unos diez segundos, Krushev replicó:

—Me gustaría poder decirles que es innecesario, pero no puedo. Hemos trabajado años y años levantando un edificio de odio e incompreensión entre nosotros; tanto que ahora yo tampoco veo otra salida. Mi pueblo acabaría liquidando a cualquiera de sus dirigentes que dejara destruir Moscú sin tomar una represalia contra el enemigo. La venganza de mi sucesor forzosamente debería ser mayor y más terrible. No se contentarían con destruir Nueva York... sino que la pérdida sería mayor. Luego ustedes también se vengarían... y... No, el sacrificio es tremendo ciertamente, pero debe hacerse.

—No tenemos más remedio que entregarlos en holocausto para que los otros puedan sobrevivir —dijo el Presidente en un tono de cansancio infinito—. No sé cuál será la reacción del pueblo americano ante la decisión que he tomado. Quizá sea la última, espero que me comprendan.

Se produjo una nueva pausa. Todos los que escuchaban eran conscientes de lo fútil que resultaba seguir hablando y de la imposibilidad de encontrar las

palabras adecuadas. Además, cada cual estaba sumido ahora en su propio y terrible problema particular, silenciosos y abstraídos.

—Jay, no sabes el agradecimiento que siento hacia ti —dijo el Presidente a su embajador en Moscú—. Hago extensivo mi agradecimiento a usted, señor Lentov.

—Yo también les doy las gracias a ambos —dijo Krushev, y, tras una pausa, agregó—: Además les admiro.

—Gracias —dijeron el embajador y el delegado soviético casi a la vez.

Todos esperaron en silencio.

—Debo comunicar mi decisión a Omaha y al Pentágono —dijo el Presidente finalmente—. Lo haré de modo que todos ustedes me oigan.

EL ÚNICO CAMINO

La Casa Blanca sólo tardó unos segundos en poner la comunicación. Cuando el Presidente comenzó a hablar, tanto la Sala de Mando de Omaha como la estancia del Gran Tablero en el Pentágono habían sido conectadas a la línea. La voz del Presidente era transmitida por altavoces tanto en el Pentágono como en Omaha.

—Señores, me he visto obligado a tomar una terrible determinación —dijo el Presidente—. Es la más difícil de mi vida. No he pedido consejo ni ayuda porque es de una índole tal que de nada me servirían los buenos consejos; quiero, además, que la responsabilidad de la misma caiga enteramente sobre mi persona.

El general Bogan escuchó estas palabras con el cuerpo tenso. Sentía sus huesos transidos de cansancio pero a pesar de ello sabía que quizás dentro de breves instantes le ordenarían que dirigiera el ataque de cientos de bombarderos del SAC contra la Unión Soviética. Se sentía básica e inmensamente confuso. Por mucho que pensase no concebía la manera de evitar una guerra total. Sin embargo, de tantos cientos de conferencias a las que había asistido ninguna había anticipado que se presentara una situación como ésta. Se sentía enfermo y extrañamente incapaz.

Mientras tanto, en el Pentágono, Groteschele murmuró al oído de Stark, aprovechando una pausa del Presidente:

—Lanzará un ataque en masa, tendrá que hacerlo, es el único camino que le queda.

Stark miró silenciosamente a Groteschele pasándose la lengua nerviosamente por los labios, y carraspeó después. Entonces Groteschele se dio cuenta de que Stark estaba muy asustado. Esto le llenó de asombro pero,

al mismo tiempo, una pequeña sombra de temor empezó a extenderse en su mente. Repentinamente aquel juego elegante y lógico que había llenado sus pensamientos hasta entonces desapareció y en su lugar aparecieron hombres de carne y hueso que no tardarían en entrar en acción y lanzarían verdaderas bombas y proyectiles termonucleares contra millones y millones de seres indefensos. Hacía ya mucho tiempo que Groteschele había dejado de pensar en la guerra en términos reales de hombres de carne y hueso, de heridas y de muerte. Pensaba en ella como si se tratara solamente de un juego estratégico basado en miles de reglas impecables. Ahora, de repente, sentía, a través de las reacciones de su propio cuerpo, lo que sucedería. Su mente seguía resistiendo pero no podía controlar el pequeño temblor espasmódico que se había adueñado de él.

—Es muy probable que dos de nuestros «Vindicator» lleguen a Moscú y dejen caer sus cuatro bombas de 20 megatones sobre dicha ciudad —dijo el Presidente—. La ciudad sigue ignorante de la suerte que le espera. El *premier* Krushev estima que enterarla, sólo serviría para provocar el pánico, ya que es demasiado tarde para salvar la vida de sus habitantes. En cuanto las bombas caigan sobre Moscú lo sabremos inmediatamente, pues el teléfono de nuestro embajador producirá un chirrido especial al derretirse bajo los efectos del calor de la explosión.

El Presidente hizo una pequeña pausa. Buck sintió que no estaba bien que siguiera mirándole, pero no pudo despegar los ojos de su persona. El Presidente se disponía a informar brevemente de la decisión devastadora y casi increíble que había tomado, a pesar de ser una decisión que le repugnaba y que gustosamente habría rechazado. Se sentía atrapado, cogido entre las fuertes mallas de aquel accidente histórico, atenazado por una serie de errores mecánicos que nadie acababa de comprender.

—He tratado de persuadir al *premier* Krushev de que todo ha sido debido a una equivocación, a un trágico error —dijo el Presidente—. He puesto en sus manos toda la información clave necesaria para que sus fuerzas defensivas pudiesen actuar. He conseguido que el *premier* Krushev no lanzara un contraataque, pero me ha comunicado que a menos que le dé una prueba dramática y convincente de nuestra sinceridad no tendrá más remedio que devolver el golpe antes de que sea demasiado tarde. La discusión que hemos sostenido carece de importancia, pero el resultado de la misma es que si Moscú es bombardeada por nuestros aviones, daré la orden inmediatamente a un grupo de nuestros «Vindicator», que ya se encuentran volando sobre

Nueva York, de que lancen cuatro bombas de 20 megatones sobre nuestra ciudad. Esto es todo, señores.

En Omaha, el diputado Raskob fue el primero en reaccionar. Igual que todos los demás quedó un largo momento como atontado, rígido, sin acabar de comprender, mirando fijamente el altavoz como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Entonces se puso en pie y se dirigió hacia donde estaba el general Bogan. Aún tenía la misma manera de caminar que La Guardia, el exalcalde de Nueva York, pero ahora era menos aparatosa.

—No puede hacerlo, general —dijo Raskob con voz queda. Le miraba con los ojos redondos, abiertos, con la vista tan fija y lejana que parecían pintados sobre mármol—. Usted puede impedirlo. Aunque luego digan que se ha sublevado, así y todo puede impedirlo. —Hizo una pequeña pausa y luego siguió hablando en otro tono, como si se lo dijera a sí mismo—. Emma, los chicos, la casa. Todo desaparecerá. Sí, mi distrito 46 desaparecerá también. —Sin darse cuenta fue alzando la voz y ahora hablaba en un tono declamatorio y persuasivo, como si estuviese haciendo un discurso en la Cámara—. El Congreso le apoyará sin reservas, general —prosiguió diciendo—. Pasará a la historia como el patriota más famoso de su tiempo.

La sensibilidad del general Bogan, agudizada por las circunstancias, le indicó que la perorata de Raskob era sólo una válvula de escape, una manera de dar rienda suelta a lo que pensaba para no volverse completamente loco.

—Lo siento, diputado Raskob —dijo el general Bogan—. ¡Sólo Dios sabe cómo lo siento! Sé que su familia vive en Nueva York. Pero se trata de salvar la vida de ochenta, noventa o cien millones de personas en América y otras tantas en Rusia, diputado Raskob. —El general Bogan recalcó el tratamiento de diputado deliberadamente, tratando de que Raskob volviera así a la realidad—. Diputado Raskob, piense un momento en esto. Además, aunque no fuese así y no acabase de comprender la decisión del Presidente, no por eso dejaría de cumplir sus órdenes.

Los ojos de Raskob se animaron, perdiendo su fijeza, llenándose de una expresión tan triste y desoladora que el general Bogan tuvo que desviar la vista.

—Sí, comprendo su decisión si no pienso en mi casa, en mi familia, si sólo pienso en ello desde un punto de vista político. Debe restablecerse ese equilibrio de poderes si no queremos que el mundo estalle y desaparezca. Sí, lo comprendo. Es la vieja ley, ojo por ojo, ciudad por ciudad. Es la única forma en que puede actuar la justicia cuando está basada únicamente en el poder. Sacrificamos una ciudad para salvar una nación —dijo Raskob, y su

voz ahora era suave e inteligente—. Pero es mi ciudad, mi casa, mi familia... ¡la mía... la mía! —añadió bajando la cabeza. Tenía las manos apoyadas en la mesa con las palmas abiertas y enterró la cabeza en ellas, con un gesto de dolor tan viejo como el hombre. Pero esto duró sólo breves instantes; en seguida alzó la cabeza decidido, su rostro aparecía sereno—. Debe hacerse —dijo sencillamente—. Ojo por ojo. Debiera haber otro camino pero no lo hay. —Sus ojos, que momentos antes parecían muertos, como labrados en mármol, ahora estaban inundados de lágrimas, pero su voz seguía siendo firme y controlada como siempre—. En política hay que tomar duras decisiones, pero quizás ésta sea una de las más duras que se hayan tomado jamás. Y además es acertada.

—Yo también la creo acertada, señor —dijo el general Bogan.

—General Bogan, ¿cree que me daría tiempo de volar a Nueva York? —preguntó Raskob—. Me gustaría hallarme junto a mi familia.

—No, señor, ya es demasiado tarde —dijo el general—. Pero aunque no lo fuese no le dejaría abandonar esta sala hasta que todo estuviese liquidado y resuelto.

Raskob movió la cabeza en señal de asentimiento. Entonces se levantó y volvió a sentarse junto a su mesa.

—Tanto las máquinas y los hombres, como las decisiones, a veces se salen de límite —explicó Knapp al general Bogan—. En el fondo todos sabíamos en teoría que eso podía ocurrir, pero nadie quería asumir la responsabilidad de decirlo. Mejor dicho, no encontraban la manera de exponerlo en términos diplomáticos sin que pareciese una debilidad de su parte.

El general Bogan le escuchaba atentamente. Sentía respeto por Knapp pero no acababa de entender sus palabras, pues seguía pensando en Raskob.

Percibía la duda que ahora estaría llenando la mente de éste. Era increíble, y casi imposible de imaginar, que todos aquellos rascacielos, oficinas, edificios públicos, puentes y caminos, y los millones de personas que albergaban, desaparecerían en cuestión de minutos, y que, en su lugar, sólo habría fuego, viento y polvo, y que ese paisaje vivo se convirtiese en unos negros montículos de acero fundido y carne carbonizada.

El general se preguntaba si Raskob volvería algún día a Nueva York. No sabía cómo pero estaba seguro de que lo haría y de que su impulso no obedecería a un motivo morboso, sino a una natural curiosidad por ver esas ruinas, por amor hacia lo que habían sido. La imagen del judío errante surgió

en su mente y, de pronto, tuvo una comprensión profunda de las cosas: político al fin aunque no fuese diputado.

El general sacudió la cabeza en un gesto involuntario, como queriéndose librar del tremendo dolor del otro, dándose cuenta entonces de que era imposible porque también era el suyo.

Cuando el Presidente terminó de hablar, casi todos los que se encontraban en el Pentágono miraron a Swenson. La mayoría de los que se hallaban sentados alrededor de aquella mesa sabían que la familia de Swenson vivía en Nueva York y que tenía allí la oficina central de sus negocios. Sin embargo, vieron que su rostro permanecía impasible.

—¿Hay algunos papeles o documentos en Nueva York que sean absolutamente esenciales para el gobierno de los Estados Unidos? —preguntó Swenson a Stark—. ¿Y cree usted que habría tiempo de sacarlos de allí?

—No, no, señor, no habría tiempo de hacerlo —dijo Stark. Le costaba controlar la voz—. Hay gran cantidad de documentos insustituibles en Nueva York, pero no creo que tengan una importancia absolutamente crucial. Claro que quizás los archivos de algunas compañías particulares...

—Eso no tiene importancia; podrán componérselas sin ellos —dijo Swenson interrumpiéndole. Entonces dirigió una mirada fría y escrutadora alrededor de la mesa buscando el más leve signo de protesta, de nerviosismo en aquellos rostros; algo que rompiera la compacta unidad que formaban. Pero lo que vio le infundió confianza.

Sabía que al cabo de algún tiempo aquel mismo grupo de hombres debería tomar nuevas decisiones y, para tantearlos, Swenson inició una discusión acerca de las medidas que deberían tomar las compañías con sede en Nueva York cuyos archivos quedaran completamente destrizados. Una conversación insólita, dirigida por un hombre que tenía toda la familia en aquella ciudad que muy pronto iba a ser destruida hasta sus cimientos, y secundada por otros que no sentían el más mínimo interés por aquel tema. Pero Swenson les obligó a seguirlo: contradijo rudamente a uno de ellos y pilló a Stark en un error debido a falta de lógica.

En cuanto oyó las palabras del Presidente, Groteschele pensó inmediatamente en su familia, pero sólo durante breves momentos. En el fondo lo hizo de una forma un poco automática porque sabía que en tales circunstancias era lo que solía hacerse. Seguramente, como vivían en Scarsdale, escaparían a los efectos directos y fulminantes de la bomba. En este caso, si llegaban a sobrevivir, podrían refugiarse en el subterráneo a

prueba de bombas que el mismo Groteschele había mandado construir en el patio de su casa.

Entonces, una vez cumplido el deber de pensar en los suyos, Groteschele especuló sobre su futuro. Después de la catástrofe, producida por un error que nadie sabría nunca a qué atribuir, el mundo no querría saber nada de teorías y discusiones para futuras guerras nucleares. Sin duda las grandes potencias impondrían un estado de desarme en el que fuese imposible la repetición de un accidente de esta naturaleza.

Durante unos breves momentos casi sintió una especie de desilusión en un sentido teórico. Admitió que, en el fondo, le habría gustado ver el desarrollo de una guerra nuclear sobre las líneas debatidas y expandidas por él. «No es cierto», se dijo, «que la muerte es lo que más se teme; al contrario, a veces no nos importa morir si ello sirve para afianzar nuestras ideas».

Entonces Groteschele empezó a sopesar las posibilidades de trabajo que tendría en el futuro. Si se disminuían en forma drástica los gastos militares, muchos negocios se verían afectados; habría muchos que desaparecerían y otros que quedarían arruinados. Le sería fácil ganarse la vida a un hombre como él, que entendía de altas finanzas y movimientos políticos, aconsejando sobre cómo encauzar de nuevo las industrias más amenazadas. Era una buena idea. Groteschele la guardó cuidadosamente en un rincón de su mente sintiéndose más seguro.

Entonces se lanzó de nuevo a la discusión hablando con celo de la reconstrucción de archivos, etc. Swenson no le quitaba los ojos de encima, y adivinó casi exactamente todo lo que había pasado por su mente.

—Señor Secretario, ¿se intentará avisar a la población de Nueva York que probablemente van a ser bombardeados? —preguntó Wilcox.

Swenson lanzó una mirada cortante a Wilcox y le contestó secamente:

—El Presidente es quien decidirá lo que ha de hacerse, Wilcox. Supongo que habrá tratado este asunto con el *premier* Krushev y tomará las medidas que considere oportunas.

Stark echó una mirada al Gran Tablero. En uno de sus lados había una larga hilera de botones verdes y brillantes. La luz de esos botones se habría vuelto roja si se hubiese dado la señal de alarma de un ataque aéreo o se hubiese puesto en guardia a la Defensa Civil. Stark sabía que Swenson estaba al corriente de esto, pero supuso que Wilcox lo ignoraba.

—Se podrían salvar muchas vidas si la gente tuviera unos momentos para correr a los refugios antiaéreos —dijo Wilcox persistiendo en su idea. No era hombre que se asustase fácilmente. Su voz era tranquila y serena y Swenson

sabía perfectamente que no era probable que Wilcox se pusiera histérico. Pero notó un cambio en la atmósfera que reinaba en la sala. Era la que Swenson había temido unos minutos antes. La tensión existente era casi increíble, pues todos ejercían un control sobre sí mismos casi sobrenatural.

Wilcox buscó algo dentro de su cartera y sacó un ejemplar del «New York Times» de la mañana, tirándolo encima de la mesa de tal manera que cayese enfrente de Swenson. En el mismo centro de la primera página del diario había un retrato de la esposa del Presidente. Había ido a Nueva York para la apertura de una nueva sala de exposiciones.

Todos los que se encontraban alrededor de aquella mesa, a excepción de Swenson, se pusieron rígidos al ver aquella fotografía. La esposa del Presidente era una mujer muy hermosa, que entusiasmaba al gran público en una forma que no tenía precedentes en el país. Era una persona activa, que sabía hacer las cosas con sencillez y elegancia: además de pintora, cuidaba de los hospitales para niños, se vestía con un gusto exquisito, organizaba grandes recepciones en honor de los huéspedes ilustres procedentes de todo el mundo, viajaba por el extranjero en representación de su marido y cuidaba de sus hijos.

La mirada dura de Swenson volvió a fijarse en Wilcox y en los otros hombres. Había leído mucho sobre la forma de reaccionar de algunos grupos o individuos bajo el peso de una fuerte tensión o situación anormal. Recordó que la conclusión de aquellos estudios era que en conjunto se podía soportar una situación extrema, incluso de las más terribles, siempre que los afectados considerasen que todos y cada uno estaban igualmente expuestos, pero en cuanto se insinuara solamente un tratamiento preferente para cierto sector, ese grupo compacto se desintegraría convirtiéndose en un caos de gente desesperada.

¿Qué es lo que se proponía Wilcox? ¿Sugerir o tratar de sugerir que la esposa del Presidente debía recibir un trato diferente a los demás? Incluso gente tan bien preparada como los que se hallaban reunidos en esta sala, acabarían con los nervios destrozados en cuanto se empezara a hablar de la posibilidad de que el Presidente avisara a Nueva York para que su mujer abandonara la ciudad.

—No acabo de comprenderle, Wilcox —dijo Swenson—. Diga rápidamente y en forma clara lo que tenga que decir.

Wilcox señaló el periódico con el dedo índice, pasando por encima de la fotografía de la esposa del Presidente, deteniéndose un poco más abajo, a la izquierda del mismo, donde empezaba un artículo encabezado con las

siguientes líneas: *«El presidente de la Defensa Civil declara que las probabilidades de supervivencia aumentarían en proporción geométrica si la población recibiera la señal de alerta»*. Se trataba de un artículo escrito por el presidente de la Defensa Civil asegurando a la población que en caso de emergencia las bajas serían mucho menores si recibían el aviso oportuno unas horas antes.

Swenson se dio cuenta entonces de que Wilcox ni tan sólo había pensado en la suerte que correría la esposa del Presidente, y mucho menos en la posibilidad de que éste pudiese considerar necesario comunicarse con su familia para ponerles sobre aviso.

Groteschele, Stark y los otros hombres del consejo rieron casi al unísono. No era una risa alegre, sino corta y fría, pero de todas maneras deshizo la tensión. Swenson sonrió también. Wilcox les miró asombrado e irritado a la vez.

Entonces Swenson dijo:

—Si se diera la señal de alarma a una ciudad tan grande como Nueva York con tan poco tiempo disponible, sería mucho peor. Si se dispusiera de unas horas, entonces sí que se podría proceder a evacuar a la gente. Pero disponiendo de sólo unos minutos lo único que se conseguiría es producir un enorme pánico; las calles se embotellarían, y la gente correría desesperada buscándose, los hijos a los padres y éstos a sus hijos y así todos los demás. Las estadísticas demuestran también que casi siempre, cuando se produce una alarma, hay más gente en lugares protegidos y seguros unos minutos antes, que en los minutos que siguen inmediatamente a ésta.

Stark iba a decir algo, pero Swenson le hizo un gesto con la cabeza indicándole que no lo hiciera.

Sabía perfectamente lo que iba a decir: «Si una bomba de 20 megatonnes llegara a caer en el centro de Manhattan, nadie en la ciudad sobreviviría, ni tan sólo los que se encontrasen en el refugio antiaéreo más fuerte construido para uso de la población civil. Claro que habría unas pocas excepciones: quizás algunos técnicos de algún hospital a quienes la casualidad hubiese reunido en una habitación en la que hubiese almacenado suficiente oxígeno, rodeada de fuertes paredes; algún empleadillo trabajando en el remoto rincón de un sótano en que, por una de esas raras casualidades, pudiese seguir respirando el aire acumulado en una de las cloacas y subsistir unas horas. Pero en total no llegarían a una veintena de personas o treinta como máximo». Swenson estaba seguro de esto.

Sus reflejos, largo tiempo controlados, hacían que Swenson no pensase en su propia familia. Sabía que eso sería fatal. Pues su dura personalidad estaba centrada en un amor fuerte y sentimental hacia ellos. Si dejaba que esto se trasluciera, si se permitía pensar en los suyos, aunque sólo fuese durante unos breves instantes, ese torrente de amor y preocupación le destrozaría y su labor como dirigente perdería toda eficacia. Por eso, su mente, lógica y cargada de inteligencia, no cesaba de repetirle en forma inconsciente, como una letanía: «Es inútil, no puede remediarse, no puede remediarse, no puede remediarse, no puede...».

Su única tarea ahora era mantener incólume aquel grupo de hombres, dueños de sí mismos y de la situación, prontos a actuar en la forma que el Presidente creyese adecuada. Todavía había una posibilidad remota de que los «Vindicator» no llegasen a lanzar las bombas sobre Moscú; también era posible que los soviets no aceptasen la destrucción total de Nueva York; por último, también cabía la posibilidad de que otra de las grandes potencias, asustada ante el desarrollo de los acontecimientos, empezara a lanzar a su vez proyectiles atómicos.

La mente ordenada y prudente de Swenson empezó a sopesar todas estas alternativas, pensando qué medidas deberían tomarse en cada circunstancia, las tareas a emprender y la mejor manera de distribuirlas entre sus hombres.

LA CONFERENCIA TELEFÓNICA

La complicada línea telefónica que unía a Moscú, Kruschev, las Naciones Unidas y la Casa Blanca, seguía funcionando, pero las palabras pronunciadas a través de ella eran ya muy pocas.

La confusión y el aturdimiento de Buck habían desaparecido, ahora sentía que en el curso de estas pocas horas se había endurecido. Al encontrarse en forma tan súbita ante aquella situación inesperada, la tensión casi incalculable a la que estuvo sometido le había llenado de zozobra; sintiéndose invadido por sentimientos contradictorios. Pero ahora había aprendido a aquilatar los hechos. Se sentía más maduro y seguro de sí mismo. Sin pensar en nada concreto sabía que, ocurriese lo que ocurriese, su vida sería diferente desde este día.

Casi sin darse cuenta empezó a pensar en las distintas maneras de abordar la situación que se aproximaba mientras seguía mirando al Presidente: «¿Qué hubiera pasado si la situación se hubiese producido a la inversa, si en vez de esto fuesen los aviones soviéticos los que estuviesen a punto de lanzar una bomba por error sobre los Estados Unidos? ¿Habría pedido también el Presidente a los rusos que sacrificaran una de sus ciudades?».

Era probable que también lo hubiese hecho, meditó Buck, aunque gran parte de la misma tradición americana y el carácter político en que se basaba, hubiese considerado la posibilidad de darles tiempo suficiente para probar que el ataque había sido accidental. Pero ¿cómo probar un accidente de ese tipo? Era algo imposible de hacer. Sin embargo, la mentalidad soviética, agudizada por su entrenamiento marxista, siempre pronta a interpretar los hechos, sospechando lo peor de las intenciones de sus contrarios, no podía esperar.

—Señor Presidente, la actividad aquí en Moscú transcurre en una forma completamente normal, como si fuese un día cualquiera —dijo el embajador americano.

Buck tuvo la impresión de que el embajador quería decir algo y que esas palabras eran sólo una manera de pedir permiso. El Presidente se inclinó un poco hacia delante con un gesto comprensivo.

—Sería inútil en estos momentos dar la señal de alarma, Jay —dijo el Presidente—. Nos queda tan poco tiempo que sólo serviría para producir una histeria colectiva, sin que se salvara ni una sola vida.

—Lo que dice el Presidente es exacto, señor embajador —dijo Krushev, y el tono de su voz era muy tranquilo—. He dado orden de que entren en funcionamiento solamente los grupos de defensa que tienen alguna posibilidad de abatir a los «Vindicator». También he dado la orden de que cesara el estado de alerta en nuestros centros de proyectiles atómicos; no quiero correr el albur de que alguno de nuestros tenientes se las quiera dar de «listo» y se le ocurra arreglar las cosas por su cuenta.

Eran las palabras que esperaba el embajador.

—¿Y qué piensa hacer, *premier* Krushev, para que no vuelva a repetirse una tragedia tan terrible como ésta en el futuro? —preguntó el embajador.

—A pesar de todo, no será la más terrible de todas las tragedias que hemos sufrido —dijo Krushev. No obstante, el tono de su voz no era agresivo—. En el curso de la Segunda Guerra Mundial la pérdida de vidas fue mayor que la que sufriremos si esos dos bombarderos hacen que Moscú desaparezca. Pero lo que es enloquecedor es que mueran tantos de un solo golpe para nada —hizo una pausa como si le faltara aire, respiró hondo y luego continuó diciendo—: y sobre todo, por error. Estas últimas horas han sido y continúan siendo muy difíciles para mí, señor embajador, y el hecho de que esté hablando con usted y con el embajador Lentov que probablemente morirán dentro de unos minutos, las hacen más dolorosas todavía. He aprendido algunas cosas durante estos momentos pero no tendré tiempo de decírselas todas. Sin embargo, le diré que estoy convencido de que habíamos llegado a un punto en el transcurso de estos diez últimos años en que nuestras luchas e ideas políticas habían sobrepasado la raya de lo racional, y ambos habíamos llegado a ser prisioneros de nuestras máquinas, de nuestras suspicacias y de nuestra fe ilimitada en los argumentos basados solamente en la lógica. Estoy dispuesto a trasladarme a los Estados Unidos para llegar a un acuerdo mutuo sobre el desarme. Antes de dejar mi puesto en el gobierno,

tomaré las medidas necesarias para que sea imposible que se repita lo que está ocurriendo hoy.

—*Premier* Krushev, me sentiré honrado de darle la bienvenida y prometo tomar las mismas medidas respecto a nuestras fuerzas armadas —dijo el Presidente—. Usted ha puesto el dedo en el mismo centro de la llaga que ha estado atormentando mi mente durante todos estos instantes.

El Presidente hizo una pausa y la línea pareció sumirse en una calma casi irreal.

—¿*Premier* Krushev? —había una nota interrogante en la voz del Presidente.

—¿Sí, señor Presidente?

—La crisis producida, este accidente o error, como quiera llamarle..., en cierto modo, se debe a un factor fuera del control humano. El error se produjo por una causa impersonal, ajena a la voluntad del hombre, por lo tanto sería una equivocación acusar a nadie de ello —dijo el Presidente.

—Estoy de acuerdo, señor Presidente —dijo Krushev tras una breve pausa.

Buck notó que el Presidente hizo un signo de asentimiento al oír estas palabras, como si realmente la persona con quien hablaba se hallase junto a él. Después agregó, como si estuviese pensando en voz alta:

—Precisamente el hecho de que el factor humano tenga tan poco que ver con el hecho mismo de que se haya producido esta tragedia, es lo que más me preocupa. Como si el hombre ya no contara y esos conmutadores le hubiesen arrebatado su puesto de dirección. Nosotros mismos, usted y yo, hemos estado luchando denodadamente todas estas horas, no uno en contra del otro, sino simplemente tratando de dominar este sistema complicado y rebelde, buscando la manera de impedir que los mismos sistemas creados por nosotros acabasen por destruir el mundo entero.

—Es cierto, señor Presidente. El mundo en que vivimos estuvo a punto de perecer abrasado, sin que ni uno solo de sus habitantes pudiese intervenir para impedirlo.

—Además, lo más tremendo es —continuó diciendo el Presidente— que ni tan sólo llegamos a imponer esos sistemas en forma deliberada. Primero los estudios hechos nos demostraron que técnicamente era posible instalarlos, así que procedimos a fabricarlos. Luego, poco a poco, en una forma casi imperceptible, fuimos dándoles más y más tareas de control, encargándolos de realizar las órdenes de forma automática y, sin darnos cuenta, llegamos tan

lejos que esos mismos sistemas inventados por nosotros nos han llevado a la situación en que hoy nos encontramos.

—Sí, ambos pusimos demasiada fe en nuestros sistemas, demasiada. —La voz de Krushev pareció sumirse de nuevo en un hondo pesimismo—. No hay que confiar nunca del todo en ningún sistema, señor Presidente, tanto si se basa en aparatos como si se basa en seres humanos... —no terminó la frase y su voz fue debilitándose como si se hallase perdido en sus propios pensamientos.

—No debimos confiar en nuestro sistema pero lo hicimos —dijo el Presidente—. Tanto ustedes como nosotros dimos demasiada importancia a nuestro magnífico sistema Límite-de-Seguridad, y esto ha sido la causa principal de que nos hallemos tan desamparados ante su fallo.

Buck traducía muy aprisa. Los pensamientos del Presidente parecían surgir en forma atropellada, como si el chorro de ideas sugeridas entorpeciera sus palabras; paraba un momento y luego empezaba a hablar de nuevo. Lo hacía como si, de repente, diera rienda suelta a las preocupaciones largo tiempo contenidas. De pronto, Buck pensó que ahora aquellos dos seres parecían comprenderse incluso antes de que él tradujese sus palabras. La crisis compartida por ambos parecía haber formado un lazo de comprensión intuitiva entre ellos. Buck observó al Presidente mientras éste coordinaba sus ideas, buscando la palabra adecuada para expresarlas y entonces Buck se percató de algo que en cierto modo era extraño. Después de lo ocurrido habían muchas cosas, problemas hondos e importantes que, de ahora en adelante, el Presidente podría tratar solamente con Krushev, pues éste sería el único que los comprendería. Buck se dio perfectamente cuenta de esto y al mismo tiempo percibió que, en cierto modo, los dos agradecían aquellos momentos de respiro durante los cuales podían comunicarse sus ideas; abrían una pequeña brecha en la terrible soledad en que se hallaban sumidos en los altos cargos que ocupaban.

El Presidente seguía hablando:

—Lo ocurrido hoy ha sido una calamidad impuesta por el imperio de la máquina. Y me parece que tanto a usted como a mí nos fue dado leer en el futuro. Más vale que aprendamos bien esta lección, pues, con el tiempo, todas nuestras formas de vida se verán invadidas por estos sistemas mecanizados.

—Es cierto —dijo Krushev sencillamente—. ¿Me pregunto cuál será el papel que desempeñará el hombre en el futuro? Quizá debamos cambiar incluso nuestro concepto del hombre: «Los sistemas mecánicos proponen; pero el hombre dispone».

—Sí, esto es una de nuestras esperanzas pero ni tan sólo podemos estar seguros de ello hoy en día. Debemos hallar la manera de controlar estos sistemas en una forma realmente efectiva, pues representan una nueva y terrible forma de poder —de despotismo incluso— y debemos encauzarlos de una manera constitucional.

—Señor Presidente, sin duda sería un tipo de constitución que yo también aprobaría. Pero éste es un problema que sobrepasa el campo científico y entra de pleno en el político. —Rió suavemente—. Son sistemas demasiado importantes para que los controlen los matemáticos solamente.

Se produjo un pequeño silencio, unos veinte segundos quizás. El Presidente se rebullía inquieto en su silla.

Entonces ocurrió lo que esperaban en forma rápida, casi imprevista.

—Señor Presidente, me parece oír explosiones hacia el noroeste —dijo el embajador americano—. Parecen cohetes que estallan en el aire. El cielo aparece luminoso, brillantemente iluminado por las explosiones; hermoso como un 4 de Julio.

Casi instantáneamente su voz se quebró, ahogada por una especie de chillido gutural, que hubiese emitido un animal salvaje y extraño. El «chirrido» aumentó haciéndose estridente, duró unos cinco segundos y después, abruptamente, se produjo el silencio.

Buck percibió un ruido extraño que irrumpía súbitamente en aquel silencio: era el aire emitido simultáneamente por unos cincuenta hombres aproximadamente que, de pronto, se acordaron que tenían que seguir respirando. Al mismo tiempo, desde un lugar indeterminado, se oyó perfectamente un sollozo apagado y lejano.

—Señores, debemos suponer que Moscú ha sido destruido —dijo el Presidente. Hizo una pequeña pausa y se quedó mirando a Buck con los ojos muy abiertos, incapaz de hablar, como si todavía esperase un milagro. Luego reunió todas sus fuerzas y dijo—: Me parece que ha llegado el momento de ponerme en contacto con el general Black, que se encuentra volando sobre Nueva York.

EL SACRIFICIO DE ABRAHAM

Era un día muy espléndido para volar. Black se mantenía en el aire trazando largas órbitas, deslizándose suavemente a quince mil metros sobre Manhattan. Unos cien metros más abajo flotaban unos cúmulos blancos y esponjosos que contrastaban con las líneas firmes y plateadas de los ríos Hudson y East River. Las casas, las plazas y las calles de Manhattan aparecían claramente delimitadas formando bloques y rectángulos. Incluso desde esta altura se adivinaba el suave verdor del Central Park, esa gran área de hierba enclavada en aquel bosque de cemento. Black recordó que hacía pocos días que había estado allí con los chicos; llevaron la pelota y los palos de béisbol. Apartó bruscamente aquellos recuerdos, revisándolo todo de nuevo: «Estaba en orden. Las bombas preparadas, a punto para ser lanzadas. La tripulación en sus puestos, pues ya les había dado las instrucciones más precisas en forma somera por el altavoz».

Black disfrutaba a bordo de los aviones. Le gustaba aquel movimiento de las palancas de mando, sentir que controlaba toneladas de maquinaria complicada y precisa. Incluso tuvo que admitir que esa agradable sensación de poder aumentó cuando fueron agregadas las bombas termonucleares a los bombarderos que él dirigía. Era un culto a la fuerza, una especie de amor infantil por aquel juguete fuerte y poderoso. Pero, por encima de esto y, como ulterior justificación, se hallaba su hondo sentido del deber. Durante años Black sintió que al volar defendía a su país, y no se equivocaba. Le habían asegurado en múltiples ocasiones que esas bombas no serían lanzadas a menos que los Estados Unidos fuesen agredidos primero. Black sabía que en ese caso estaría dispuesto a atacar al enemigo sin una queja, poniendo en ello toda su pericia, su confianza en sí mismo y su inteligencia. Además, le habían

asegurado también que era imposible que se produjese una guerra por accidente. Esto era, precisamente, lo que le atormentaba, porque siempre tuvo la certeza de que se equivocaban, de que podía ocurrir ese accidente, y no había hecho nada al respecto. Ahora le habían escogido, precisamente a él, para restablecer de nuevo el equilibrio. Black veía en ello un sentido algo irónico de la justicia que le atraía en cierto modo y hacía más llevadera su misión.

Todo estaba a punto y tranquilo. Conectó la radio de corto alcance para comunicarse con el resto de la escuadrilla, pidió que cada uno de los tripulantes revisara de nuevo sus instrumentos y no tardó en recibir la señal indicando que todo estaba conforme. Entonces les habló con voz lenta y tranquila:

—No sé si tendré tiempo pero quisiera decirles unas cuantas cosas. Les he hablado de la importancia de esta misión pero quiero añadir algunos comentarios de tipo personal. Creo que todos ustedes saben que soy de Nueva York y que toda mi familia se encuentra allí. —«Del primero al último», se dijo Black sarcásticamente, burlándose cruelmente de sí mismo. Había querido hablarles para que todos comprendieran que no había escapatoria, para que supieran que estaba dispuesto a sacrificarlo todo y que, a pesar de ello, no titubeaba.

—También debo darles una última orden: ninguno de ustedes soltará las bombas: lo haré yo solo. Lo he organizado en tal forma que puedo hacerlo sin necesidad de ayuda.

Black hizo una pausa. Sentía que una extraña pesadez iba penetrando lentamente en su mente, o quizás era en su corazón o en su alma, como si le estuviesen anestesiando. Sus vividas impresiones de Nueva York y de su familia se hicieron borrosas y, luego, casi desaparecieron del todo. Se sintió aliviado. La parte de su mente que todavía seguía consciente le hizo comprender que era una forma de autoprotección.

—Repito: asumiré el control directo del avión y lanzaré las bombas —dijo Black—. Ninguno de ustedes tocará ni un solo instrumento durante la descarga. Pueden mirar o cerrar los ojos si quieren. Ustedes son mis cómplices y no sería honrado con ustedes si les dijese lo contrario. Pero el acto decisivo será ejecutado por mí. Estoy convencido de que no hay otro camino, de que es la única manera posible de mantener la paz. Por favor, confirmen la orden.

Esperó que llegara la conformidad de todos y, mientras tanto, miró por última vez aquel paisaje magnífico y familiar. Más bello aún en su completa

inocencia. Todos esos millones de seres que habitaban en la gran ciudad estaban ocupados en su quehacer diario, en sus distracciones, ignorando por completo lo que les acaecería. «Es mucho mejor así», pensó Black.

Una voz interrumpió a las demás. Era el Presidente.

—Blackie, ha llegado el momento. Las bombas acaban de caer sobre Moscú. Suelte las cuatro bombas de acuerdo con el plan preestablecido. Confirme dentro de tres minutos.

Black se volvió para mirar a los hombres que estaban junto a él y vio como alzaban los ojos lentamente al cielo. Movi6 la palanca de mando para realizar su última maniobra. Comprobó el funcionamiento de sus aparatos, abrió el panel de control que tenía frente a sí, acercando su dedo índice con decisión hacia el botón que tenía grabado el número 1, lo apretó firmemente durante tres segundos, levantó el dedo, lo acercó al botón número 2 y también lo apretó durante tres segundos. Entonces se irguió y buscó con la mano en el bolsillo de su pantalón. Ahora comprendía quién era el matador, cómo sería la última estocada. El sueño había terminado. Tomó con mucho cuidado aquel pequeño objeto escondido en el fondo de su bolsillo. Hizo un gesto rápido con la mano y, casi al mismo tiempo, su mano derecha agarró espasmódicamente el brazo izquierdo del copiloto que estaba a su lado. Black cayó violentamente hacia delante de su asiento.

El mayor James Callahan dejó de rezar asustado. Al sentir que el general Black le agarraba fuertemente del brazo, se volvió rápidamente y vio como éste caía del asiento.

Los ojos de Black giraron bruscamente. Ahora tenía los ojos en blanco, de un blanco purísimo, muy hundidos en sus órbitas. Luego, casi instantáneamente, la fuerte cabeza de trazos irregulares cayó hacia atrás, doblando el cuello inerte.

El mayor Callahan se dio cuenta en seguida de lo ocurrido. Con los ojos rebosantes de lágrimas se inclinó y tomando la mano derecha, inerte y sin vida, de Black, la apretó fuertemente contra sus húmedas mejillas, después la colocó cuidadosamente sobre la guerrera de Black. En seguida se irguió, tratando de recobrar el dominio de sí mismo, con la vista fija hacia adelante, y buscó la manecilla roja que establecía la comunicación con la Casa Blanca.

—Señor Presidente, habla el mayor Callahan. Nuestra misión ha sido cumplida. Las cuatro bombas acaban de estallar a mil seiscientos cincuenta metros sobre Nueva York. El general Black ha muerto, se ha suicidado con un estilete.

—Gracias, mayor, así lo esperaba.

Todavía oía la voz del Presidente, pero ya no le hablaba a él sino a uno de sus secretarios adjuntos.

—Preparen inmediatamente un acta pidiendo al Congreso que conceda la Medalla de Honor al general de brigada de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos Warren Abraham Black. Quiero que en la citación pongan sencillamente: «Por haber realizado el máximo acto de valor y por su supremo concepto del deber hacia su país y hacia la humanidad entera».



Eugene Burdick



Harvey Wheeler

EUGENE LEONARD BURDICK (Sheldon, Iowa, 12 de diciembre de 1918 - Los Ángeles, California, 26 de julio de 1965) fue un politólogo estadounidense, novelista y escritor de no ficción, coautor de *The Ugly American* (1958), *Fail-Safe* (1962) y autor de *The 480* (1965).

Hijo de Marie Ellerbroek y Jack Dale Burdick. Su familia se mudó a Los Ángeles, California, cuando tenía cuatro años. Asistió a la Universidad de Stanford, sirvió en la Marina durante la Segunda Guerra Mundial, después de lo cual realizó sus estudios de posgrado en la Universidad de Oxford, donde fue Rhodes Scholar en 1948. Trabajó en el departamento de ciencias políticas en el Universidad de California.

Primero ganó la atención nacional como escritor en 1947 cuando su cuento, *Rest Camp on Maui*, que había aparecido en *Harper's Magazine*, fue la selección del segundo premio para el O. Henry Award. En 1956 se publicó su primera novela, *The Ninth Wave*, y fue seleccionada por el Club del Libro del Mes. Al final de la década de 1950, fue uno de los primeros miembros de la Sociedad para la Investigación de Sistemas Generales.

Burdick murió en 1965 de un ataque cardíaco, mientras jugaba al tenis, a la edad de 46 años. Después de su muerte, se informó que era un diabético y que luchaba con una enfermedad cardíaca crónica.

JOHN HARVEY WHEELER (Waco, Texas, 17 octubre 1918 - Carpinteria, California, 6 septiembre 2004) fue un estadounidense autor, politólogo y académico. Fue mejor conocido como coautor con Eugene Burdick de *Fail-Safe* (1962), una novela temprana de la Guerra Fría que describía lo que fácilmente podría salir mal en una época al borde de la guerra nuclear.

La novela se convirtió en una película, dirigida por Sidney Lumet y protagonizada por Henry Fonda, en 1964.

En años posteriores, Wheeler fue editor fundador del *Journal of Social and Biological Structures*, en 1982, y uno de los primeros defensores de la educación en línea e Internet como herramienta democratizadora. Enseñó un curso de «Publicación en línea» para Educación conectada a mediados y finales de los años ochenta.

Notas

[1] MMPI es el anagrama del *Cuestionario de personalidad multifásico de Minnesota*. (N. del T.) <<

[2] Objeto no identificado. <<

[3] Seguridad ante todo. <<

[4] Personaje de Shakespeare. (*N. del T.*) <<

[5] Ley a favor de los excombatientes. (*N. del T.*) <<

[6] Modelos para una guerra futura. <<

[7] Análisis Datos Espaciales. <<